

P. Jason Jorquera Meneses, IVE

**DESDE LA CASA
DE SANTA ANA**

P. Jason Jorquera Meneses, IVE

DESDE LA CASA DE SANTA ANA

Crónicas, reflexiones y poesías desde la casa
de Santa Ana, San Joaquín y la Virgen Niña



VOZ CATÓLICA
EDICIONES

© Voz Católica - 2026

ISBN: 978-1-965073-42-1

ediciones.vozcatolica.com

Compaginación: P. Jason Jorquera Meneses

Diseño de portada: Gonzalo Castro

Ilustración de portada: “La sagrada familia”
de la hermana María de Jesús Sacramentado

PRESENTACIÓN

Vivir en unas ruinas es una empresa fuera de lo común. Puede llegar a ser heroico. Nuestros monjes, contemplativos de la Familia Religiosa del Verbo Encarnado, decidieron dar vida a esas ruinas al decidir custodiar esas piedras sagradas. Piedras sagradas que fueron, en un tiempo, testigos de la presencia, ni más ni menos, que de la Sagrada Familia. La Basílica de Santa Ana de Séforis, propiedad de los franciscanos de la Custodia de Tierra Santa, conserva en su regazo los restos, las ruinas, de la que fuera la casa de la madre de María Santísima y casa de san Joaquín, su padre. Según tradiciones locales y algunos estudios, el mismo san José y el mismo Jesús, viviendo en Nazaret junto a María Santísima, habrían trabajado como carpinteros en la, por entonces, ciudad de Séforis. Ciudad que estaba siendo ampliada y embellecida. Nazaret se encuentra a unos cuatro kilómetros de Séforis. Es así que en este recinto sagrado encontramos, en la plenitud de los tiempos, al joven Verbo Encarnado, junto a Su Madre Santísima, su Padre adoptivo, sus Abuelos maternos. Lugar lleno de encanto. Lleno de gracias celestiales. La simplicidad de las ruinas de la Basílica cruzada y de la piedra central y restos de la habitación original, nos tocan el alma. Más aún, nos golpean: ¡aquí vivió santa Ana, la abuela de Jesús! Aquí estuvo san Joaquín y la Virgen Santa. El mismo san José y Jesús joven estuvieron por aquí. El lugar agreste y hermoso, como todo paisaje de la Galilea, conserva su frescura original. Esa hectárea de tierra rodeada por un muro, que ha

protegido las reliquias del lugar, se muestra, paradójicamente, desde fuera, como una fortaleza, pero, apenas atravesados sus muros, se descubre en su interior un sereno jardín de paz: olivos por doquier, frutales, plantas y flores rodean el recinto de la Basílica.

Ese lugar durante muchos años no tuvo presencia Eucarística. Deben haber sido unos 35 años en que allí no vivió nadie. La última persona que vivió en las ruinas, había sido un sacerdote que protegía el lugar. Luego de su muerte, quedó la Casa sin vida...

Solamente, de tanto en tanto, las Hermanas de Santa Ana, que poseían un orfanato junto a las ruinas, hacían abrir las puertas para alguna visita ocasional.

El paso del tiempo, de todas maneras, al parecer, se fue cobrando con muchas de las piedras sagradas y restos arqueológicos.

El testimonio de nuestros monjes que hacen que “cada día” Jesús vuelva a descender del Cielo a la tierra, volviendo a estar, real, verdadera y sustancialmente, en Séforis, es conmovedor. Y, sobre todas las cosas, muy fructífero. La vida escondida, dura, humilde, simple y alegre de estos consagrados, continúa atrayendo gracias invisibles para todo el mundo. Allí rezan por todos en hebreo y en árabe, en latín y en español, en italiano...

Así como fue la vida oculta de todos los personajes de la Sagrada Familia, así es la vida cotidiana de estos religiosos. Vida, aparentemente, sin brillo, sin publicidad, monótona y, sin embargo, ese es el camino que, muchísimas veces, Dios ha elegido y elige para los suyos. Grandes cosas ha hecho el Poderoso en María y en su familia, y, sin embargo, la mayor parte de esas cosas han

permanecido ocultas a los ojos de los hombres. La mayor parte de la vida terrena de Jesucristo, más del 90 % de su vida... fue oculta, escondida a los ojos de todos... menos a los ojos de Aquel que contempla todo y que estuvo, y está, unido hipostáticamente a Jesús, Verbo Encarnado. Somos una encarnación suplementaria. Como religiosos misioneros y misioneras de Él, no tenemos que tener miedo de vivir ocultos para el mundo, vivos y muy activos para Dios.

Al felicitar a nuestros monjes actuales y a todos los que han pasado por Séforis, así como a todos los amigos y benefactores del monasterio, les agradecemos por su perseverancia en este lugar santo, dentro de la diócesis del Patriarcado Latino de Jerusalén.

Gracias a ellos Jesús volvió a Séforis y sigue estando allí para que, quien sea que venga a la casa de Ana, lo encuentre vivo sobre el altar. Y, además, por medio de la caridad de los monjes experimente el amor del Señor. Gracias a su vida unida a Dios, sigue emanando su Gracia de manera invisible pero muy efectiva a toda esta tierra bendita y a todo el mundo. Solamente con los ojos de la fe y con mucha honestidad intelectual uno puede descubrir la grandeza de la entrega cotidiana, lo arduo del trabajo de la tierra, las horas y horas en la soledad de la celda y en la capilla junto a los hermanos, la vida de estudio constante de las lenguas y de las ciencias sagradas... una generosidad que, con mucha simplicidad, busca imitar la vida de Aquel que, siendo el Salvador del mundo, eligió la vida del abajamiento, del anonadamiento, para Gloria de Dios y salvación de las almas.

Hermosas crónicas y pensamientos del Padre Jason Jorquera Meneses desde Séforis que recomiendo leer. En

medio de las tinieblas del mundo, desde esta parte de Tierra Santa, y por gracia de Dios, sigue brillando la Luz del Evangelio.

P. Gabriel Romanelli, IVE

27/4/2026

PRÓLOGO

Han pasado ya 20 años desde que llegaron a Séforis, Tierra Santa, los primeros dos monjes que comenzarían a vivir en la casa de santa Ana. Ni había más cristianos en el pueblo -y eso hasta el día de hoy-, ni comunidad religiosa cercana; solamente permanecían en pie los muros incompletos de lo que antaño fuera una gran basílica cruzada erigida en honor de la madre de nuestra Señora, como testigos silenciosos de la historia de los peregrinos que alguna vez vinieron a rezar en este perdido lugar santo, y que hasta entonces se había quedado durante años en una nostálgica soledad. Había que revivir una tradición olvidada y testimoniar la vida monástica desde cero; ¿qué hacer entonces?, pues nada nuevo, simplemente lo que ha hecho siempre la santa Iglesia cuando desea llevar las almas a Dios: poner un sagrario donde nuestro Señor Jesucristo pudiera ser adorado sacramentalmente, y desde allí comenzara a llamar y recibir a todos aquellos que quisieran estar junto a Él. Y el silencio permaneció, pero ya no en soledad; y comenzó a descender a diario nuestro Señor hasta el altar; y el “ora et labora” de los monjes se prolongó por años con paciencia, con esfuerzos y sudores, cansancios y dedicación; pero especialmente con la confianza en Aquel que sabe bien cuánto tiempo y cómo debe ser arada la tierra para dar sus frutos cuando corresponda.

No fue fácil trabajar la mies; se necesitaron más operarios y almas generosas que siempre estuvieron

dispuestas a ayudar; y así, poco a poco, sumando oraciones que comenzaban a llegar de todos lados, los días fueron cambiando: la campana del monasterio comenzó a sonar tímidamente, y ya las jornadas en la casa de santa Ana no eran sólo de los monjes sino también de los devotos peregrinos que decidieron venir a dejar también aquí sus intenciones... y llegaron las Misas y confesiones (y hasta un matrimonio y un bautismo), las consultas y predicaciones de ejercicios espirituales, y el correspondiente apostolado con los peregrinos y contacto con los no cristianos; y hasta se nos llenó el monasterio en más de una ocasión, sea con los grupos de peregrinos, sea con los conciertos de música clásica; y, como si fuera poco, un detalle más de la Divina Providencia nos vino a sorprender: la hermosa imagen de santa Ana con la Virgen niña, devoto presente de una parroquia dedicada a nuestra dueña de casa.

En acción de gracias a Dios y a la Sagrada Familia; a la Custodia Franciscana de Tierra Santa por encomendarnos el cuidado del lugar; a nuestros padres y hermanas misioneros que tanto nos han ayudado durante estos años; por las oraciones que desde diversas partes del mundo se elevan al Cielo pidiendo por este sencillo santuario y por cada colaboración de los peregrinos que han pasado por aquí y quienes nos acompañan a la distancia, es que he querido compartir esta compilación de crónicas y algunas reflexiones que he podido ir escribiendo en estos años en los que Dios nuestro Señor me ha concedido la gracia de rezar y servir en la casa de santa Ana, en ocasión de este 20º aniversario de la presencia de nuestros monjes aquí.

Siempre en unión de oraciones, y poniendo a los pies de santa Ana las intenciones de todos aquellos que rezan por nosotros.

Con mi bendición,

P. Jason Jorquera Meneses, IVE.

ÍNDICE

Presentación.....	5
Prólogo	9
Índice	12
CRÓNICAS Y REFLEXIONES.....	17
10º Aniversario de fundación en Séforis	19
Solemnidad de san Joaquín y santa Ana.....	20
Nueva ermita en Séforis.....	22
Luego de ocho siglos:	
santa Misa de Domingo de Resurrección.....	23
Solemnidad de san Joaquín y santa Ana.....	24
Breves del Monasterio de la Sagrada Familia.....	27
Un encuentro familiar	30
“¡Abuna!, ¡abuna!”, manos y manitos a la obra	31
Nuestra Señora de Luján, festejos en Belén	33
Solemnidad de san Joaquín y santa Ana.....	35
Exaltación de la santa Cruz y nuestra Señora de los dolores	38
“25 años de sacerdocio”, nuestros padres nos visitan	40
Obispos y sacerdotes nos visitan.....	42
Hermanas y niños del Hogar Niño Dios en Séforis.....	44
Nos visita Monseñor Pierbattista Pizzaballa.....	45
Nochebuena en el lugar del Nacimiento del Hijo de Dios.....	47
Triduo Pascual en Séforis	48
San José y san Francisco finalmente en la capilla.....	50
Nueva cruz para el jardín.....	51
Un Corpus Christi diferente.....	52
“Fuimos pocos... pero muchos”	55
Solemnidad de san Joaquín y santa Ana.....	55
Como siempre bendiciones	57
Iluminación del jardín y cosecha	59
Y pensar que un día aquí... ..	60
Dos meses intensos	63
Triduo pascual en Jerusalén.....	66

Breves desde la casa de santa Ana.....	70
Corpus Christi.....	74
Fin de los conciertos de música clásica y tercera orden en Séforis	75
Solemnidad de san Joaquín y santa Ana: por los frutos se conoce el árbol (homilía).....	77
Agradeciendo sus oraciones	80
Pero Dios tenía otros planes	83
Continuando con la poda: reflexión sobre el trabajo monástico.....	85
Convivium en la casa de santa Ana.....	88
Santa Misa y caminata en el desierto de Judea	90
Vía Crucis en la casa de santa Ana	93
¡Recémoslo especialmente en esta santa Cuaresma!.....	93
Cosechamos y sembramos: Un deber de gratitud.....	95
Bienvenido a casa.....	98
Los lazos de sangre	98
Los lazos espirituales	102
Breves desde la casa de santa Ana.....	107
Toda una vida junto a un alma magnánima.....	109
Bautismo de Matías José en el monasterio	113
39º Aniversario de nuestra familia religiosa	115
Lo que no se ve	117
¡Finalmente santa Ana llegó a su casa!.....	121
Solemnidad de santa Ana y san Joaquín.....	125
¡Llenemos el Cielo de oraciones!	127
¿Una vida para vivir o una vida para morir?.....	132
Un pesebre al principio solitario.....	136
Providencialmente llegó para la Cuaresma	140
Un gran grupo nos visita.....	143
Juntos y en paz	146
Solemnidad de santa Ana y san Joaquín en Séforis	149
¿Se imaginan si fuéramos santos?.....	153
Hay que entusiasmarse con la santidad	153
Mí viejo rosario.....	158
Los que hemos dejado todo por seguir a Cristo, ¿hemos dejado todo por seguir a Cristo?.....	162
Cosechando en familia	166
Jesús se fija en los detalles	168
¡La Sagrada Familia llegó a Séforis!	171

A la Sagrada Familia	174
Santa Ana, la que supo esperar	175
San Joaquín, el primer guardián	177
María santísima, la niña Inmaculada.....	178
“La maternidad espiritual de María santísima” (homilía)	179
“Flores a mi Madre del Cielo”	183
San José, el guardián de los tesoros de Dios	184
“La prueba de san José: ejemplo para nosotros” (homilía de Adviento)	187
El Sagrado Corazón de Jesús (homilía)	190
El Corazón de Cristo	193
Lo que Jesús no hizo	194
¡Monasterio lleno!.....	198
Solemidad de la Encarnación en Nazaret	200
¡Recemos el santo Vía Crucis!	202
¡Jesucristo se merece honores!	204
En este último tiempo... ..	207
Mi dibujo del Padre Pío	210
Nuevo relicario para nuestra capilla	214
¿Qué haremos Señor con esta cruz?	216
Dios es nuestro refugio.....	221
Concierto de música clásica 2025.....	225
Feliz día de san Alberto Hurtado	227
¡Basilica llena!.....	230
Entre hoy y el día de nuestra muerte	233
“A veces sin darnos cuenta...”	237
“Un año bueno y un año malo...”	241
¡Cristo Rey con feligreses!.....	244
¡Deo gratias! Trece años de sacerdocio	246
A pesar de todo, siempre vuelven a sonreír.....	251
Y otra vez la treintena se nos cambió en acción de gracias.....	256
La castidad de san José.....	259
Una Semana Santa del todo particular.....	264
Impresiones de Tierra Santa.....	269
Oración de un sacerdote.....	287
 POESÍAS	 293
Ave María	295
Ofrenda al Niño Dios	296
Breve plegaria	297
Ya dos años... ..	297

Ahora hay que cambiar	298
Vocación contemplativa.....	299
La santificación del monje.....	299
La santidad no espera	300
Los tres binarios	301
Generosidad.....	302
Todo tuyo.....	303
Yo tampoco lo entiendo	304
La cruz y el misionero	309
Mt 16, 24.....	313
La mujer adúltera (Jn 8, 1-11)	315
¡María!	317
Sea Dios tu tesoro.....	319
Nueve años de sacerdocio	319

CRÓNICAS Y REFLEXIONES

10º ANIVERSARIO DE FUNDACIÓN EN SÉFORIS

14 de junio de 2016

Todo aniversario es un momento especial para dar gracias a Dios; y cuando se trata de la fundación de una casa religiosa más aún, puesto que esto implica la continuación de una obra que por las solas manos divinas ha podido seguir adelante pese a los necesarios esfuerzos que exige toda misión. Y el Monasterio de la Sagrada Familia no ha estado exento de ellos: el terreno estaba abandonado desde hace varias décadas, no se conocía la lengua, no se tenía a nadie cerca ni venían peregrinos, etc.; sin embargo Dios dispuso que en este lugar, gracias a Él- en primer lugar-, a su Madre y demás padres y hermanas de nuestra familia religiosa, actualmente contemos con monjes que desde hace 10 años han instaurado la vida religiosa “comunitaria” de que antes carecía por haber tenido siempre un solo fraile.

Para los festejos correspondientes vinieron nuestros padres apostólicos que trabajan en Jerusalén con el P. Marcelo Gallardo (provincial), y hermanas Servidoras de las distintas comunidades. Se intensificaron los trabajos en el jardín y sobre todo tuvo el puesto central la liturgia, comenzando con los maitines dirigidos por el P. Romanelli la tarde anterior, y culminando al día siguiente con la santa Misa solemne, presidida por el P. Enrique González y predicada por el P. Gallardo.

Finalmente tuvimos el almuerzo festivo con algunas familias cercanas y religiosas “hijas de Santa Ana”, nuestras vecinas.

Encomendamos nuestra comunidad y el apostolado que podamos realizar a Nuestra Señora de Luján, patrona de nuestra congregación, para que nuestro monasterio sea, ante todo, lugar de oración y encuentro filial con Dios.

SOLEMNIDAD DE SAN JOAQUÍN Y SANTA ANA

26 de julio de 2016

Por gracia de Dios pudimos celebrar en nuestro monasterio la fiesta en honor de los santos abuelos de Jesús, y con la gran alegría de vivir exactamente donde ellos vivieron, y donde también lo hicieron Jesús, María y José durante un tiempo.

Como todos los años los trabajos de preparación fueron intensos: contactar religiosos y benefactores, organizar la fiesta, y por supuesto los trabajos de limpieza, orden y ornamentación; para los cuales nos vinieron a ayudar ya desde el día anterior las hermanas SSVM y el P. Pablo de Santo, quien preparó los libritos para el rezo de los maitines.

Tanto los días previos como el de la celebración misma estuvieron acompañados de grandes esfuerzos, pero también de gran espíritu de familia y colaboración, el mismo espíritu que acompañó los festejos posteriores a la santa Misa, la cual fue presidida por los padres de la Custodia mientras que nuestros sacerdotes se dedicaron a

administrar el sacramento de la confesión en el nuevo jardín del monasterio. Otra cosa nueva que pudimos hacer fue poner un Vía Crucis completo en los muros de la ruina de la basílica, para fomentar de esta manera esta santa devoción, y finalmente coronamos el ábside con otra cruz de un metro de altura.

Los peregrinos debemos decir que como siempre se veían muy contentos y agradecidos por la liturgia y la acogida, participando con notable devoción y ganas de venir nuevamente a visitar la casa de santa Ana. También debemos mencionar que este año vinieron más peregrinos que el año anterior, lo cual a la vez que ser un motivo más de gratitud, se convierte en un gran incentivo para mejorar cuanto nos sea posible la celebración del próximo año.

Agradecemos a todos aquellos que nos acompañan con sus oraciones y de tantos y variados lugares, capillas y parroquias y que ciertamente han contribuido con sus oraciones a este momento tan importante en la vida de nuestro monasterio.

Nos encomendamos a sus oraciones y les pedimos especialmente por los peregrinos de Tierra Santa, a la vez que renovamos nuestro compromiso de ofrecer plegarias y sacrificios por sus intenciones.

NUEVA ERMITA EN SÉFORIS

16 de febrero de 2017

Con gran alegría, luego de haber preparado un jardín con una cruz de 3 metros de alto en nuestro monasterio, queremos compartirles la construcción e inauguración de una ermita dedicada a la santísima Virgen María, quien cuando niña vivió, jugó y se santificó en este santo lugar que fue la casa de su mamá, santa Ana.

Como en todas las cosas que nos acontecen, la mano de la Divina Providencia siempre presente y atenta a nuestras necesidades, se valió de un amigo del monasterio: Daniel, primer feligrés de este sencillo lugar, quien nos hizo llegar la imagen de la santísima Virgen (donada a su vez a para alguna casa religiosa en Tierra Santa), quien quiso contribuir pagando todo lo necesario para la construcción de la ermita; y así fue que con gran esfuerzo y dedicación, hicimos las veces de constructores, y con ayuda de varias personas: un voluntario, un par de benefactores, muchas oraciones y finalmente nuestra improvisada mano de obra, pudimos finalmente inaugurar y bendecir el pasado 28 de enero la imagen de nuestra Señora durante la santa Misa, pare ser posteriormente colocada en el lugar a ella destinada por manos del mismo Daniel, quien feliz la llevaba en sus brazos durante la solemne procesión, para quedarse al centro del jardín, y a quien le encomendamos nuestra misión y a los peregrinos que vengan a visitar este santo lugar, ubicado en las afueras de un Moshav hebreo y en consecuencia desconocido para muchos cristianos de Nazaret, quienes poco a poco han ido tomando conocimiento de su existencia y van apareciendo de vez en cuando para rezar, pedir alguna

confesión o participar de la santa Misa aquí, en la casa de santa Ana.

Nos encomendamos a sus oraciones y les pedimos también por las intenciones de los peregrinos y nuestra santificación.

LUEGO DE OCHO SIGLOS: SANTA MISA DE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

16 de abril de 2017

Querida familia religiosa y amigos:

Como antes les hemos contado, nuestro monasterio se encuentra en lo que fue la casa de Santa Ana, Madre de nuestra Señora. El lugar forma parte de un parque arqueológico, y debido a que se encuentra dentro de un moshav hebreo, siendo tan solo nosotros y las religiosas vecinas los únicos cristianos de la zona, y pese a que celebramos la santa Misa a diario, lo normal es que no contemos con feligresía, razón por la cual siempre hemos asistido para las grandes celebraciones a la Basílica de Nazaret. Pero este año fue diferente, puesto que gracias a que la Divina Providencia se encargó de contactarnos con un grupo de peregrinos mejicanos que querían participar de la liturgia en español y no encontraban lugar, es que luego de ocho siglos pudimos celebrar aquí, en la casa de santa Ana, “la santa Misa de Domingo de resurrección”.

Digna de mención fue la gratitud y devoción con que los casi sesenta peregrinos pudieron participar de la santa

Misa, la cual fue presidida por el P. Enrique González, superior del monasterio, mientras los Padres Jason Jorquera y Néstor Andrada se dedicaron a oír confesiones durante toda la celebración, en la cual además más de diez matrimonios renovaron sus promesas matrimoniales, acompañando la liturgia con hermosos y variados cantos y un gran estandarte de nuestra Señora de Guadalupe.

Haber podido celebrar esta santa Misa tan especial para toda la cristiandad aquí, en nuestro monasterio y con tantos feligreses, realmente ha sido una gracia hermosa que esperamos poder prolongar de aquí en adelante, para lo cual nos encomendamos nuevamente a sus oraciones junto con los peregrinos de este lugar, comprometiendo nuevamente las nuestras por sus intenciones. Siempre gracias por acompañarnos a la distancia en este apostolado.

Con nuestra bendición, en Cristo y María: Monjes del Monasterio de la Sagrada Familia.

¡Felices Pascuas!, ¡Jesucristo resucitó!

SOLEMNIDAD DE SAN JOAQUÍN Y SANTA ANA

26 de julio de 2017

Queridos amigos:

Ciertamente que “todos” los beneficios espirituales que Dios derrama incesantemente sobre nuestras almas jamás podrán ser conocidos en este mundo, pero es cierto

también que muchos de esos beneficios –que a menudo llevan consigo algún aspecto externo- sí los podemos conocer y mediante ellos elevar nuestra gratitud hacia lo alto. Pues bien, en esta oportunidad les queremos compartir algunas de las tantas gracias con que Dios mismo nos fue ayudando a preparar la celebración de san Joaquín y santa Ana de este año.

Las gracias se fueron sucediendo una tras otra, comenzando por las personas que sin saber cómo llegaron a este lugar. Y en esto nos detenemos para contarles que justamente una persona que llegó acá “sin saber cómo, porque iba hacia otra parte” mientras estábamos en la adoración Eucarística de la tarde, en la cual actualmente nos acompaña todas las semanas cuando puede, se convirtió en un instrumento más de la divina providencia; y a partir de esto comenzó una especie de cadena de gracias demasiado intensa y a la vez hermosa durante este último mes: vinieron amigos de su grupo de oración, luego una familia regaló e instaló el aire acondicionado para la capilla y otra la escalera de entrada a la misma; luego comenzaron a venir a Misa aquí los Domingo, siendo que para ellos implica el gran esfuerzo de levantarse temprano y movilizarse con sus hijos (la mayoría niños todavía); y en seguida comenzamos a tener monaguillos, lectores, y hasta un organista, cuando hasta ahora siempre éramos sólo los tres monjes en la santa Misa dominical. Después vinieron las preguntas sobre nuestro monasterio y estilo de vida, y todos admirados y contentos “¿cómo hacen para hablar sólo una hora al día?” –salvo los Domingos y solemnidades- preguntaban, pero enseguida agregando “qué bueno que ustedes recen siempre por nosotros”. A continuación vinieron más ofrecimientos, y gracias a “los voluntarios” este año, por primera vez, pudimos limpiar

“todo el terreno”, cosa que en años anteriores no se había podido realizar debido a todo lo que implica -además de la fiesta- el mantenimiento regular del monasterio y haber sido hasta la celebración anterior sólo dos monjes para todos los trabajos (pues este año fue el primero en que participa nuestro tercer miembro de la fiesta), y todo en un clima de gran alegría; además tuvimos primeras confesiones, y también una segunda gran jornada de trabajo que estuvo totalmente marcada por la alegría de los voluntarios: “qué bueno trabajar y sudar junto con ustedes”, “qué paz se respira en este lugar”, “qué gusto poder ayudarlos”, etc., eran los comentarios de los jóvenes, los cuales se fueron “todos” confesados luego del intenso día trabajo.

Posteriormente fue apareciendo todo lo que nos faltaba para la fiesta, tanto de liturgia como para los festejos y la santa Misa con muchísimas personas de todos lados, familias enteras festejando “el día de los abuelos de Jesús” y siempre con una sonrisa en los labios.

Finalmente festejamos con las familias, amigos y benefactores del monasterio en un clima completamente ameno, dónde muchas personas pudieron conocer a nuestros religiosos y religiosas que trabajan en diferentes partes de Medio Oriente y que, en la medida de sus posibilidades, nos acompañaron es este día tan importante para nuestra comunidad monástica.

Damos gracias a la Sagrada Familia y a ustedes por sus oraciones, y nos encomendamos nuevamente a ellas para perseverar en la voluntad de Dios y en su servicio en favor de las almas, siempre fundados en una intensa vida de oración.

Con nuestra bendición, en Cristo y María: Monjes del Monasterio de la Sagrada Familia.

BREVES DEL MONASTERIO DE LA SAGRADA FAMILIA

7 de marzo de 2018

Queridos amigos:

Junto con el comienzo de la santa Cuaresma, que ya les hemos compartido anteriormente, les queremos contar algunas noticias breves de nuestro Monasterio, invitándolos nuevamente a rezar por los cristianos de Medio Oriente y de manera particular, en esta ocasión, por los peregrinos que visitan los santos lugares, de entre los cuales tenemos la gracia enorme de vivir y custodiar el que fue la casa de santa Ana.

Visita de nuestras religiosas misioneras

Cuatro peregrinas, representantes de Perú, Brasil y Argentina, pasaron por aquí para conocer el lugar, contarnos acerca de sus misiones y pedirnos oraciones por las mismas. Pudieron participar de la santa Misa del Monasterio, donde se les predicó acerca de la fe que mueve, acompaña y culmina toda peregrinación, y la gracia enorme que significa haber podido pasar por los lugares bíblicos donde se escribió primero con hechos la historia de nuestra redención.

Visita desde Tenerife

Con gran agrado pudimos reencontrarnos con amigos del Monasterio de “Nuestra Señora del Socorro”, en Tenerife-Islas Canarias, donde junto con el P. Néstor tuvimos la gracia de ser destinados antes de venir aquí, y donde tantos tinerfeños nos acogieron con gran amabilidad en dicho Monasterio. La oportunidad se nos presentó gracias a una peregrinación que algunos de ellos realizaron y en la cual quisieron aprovechar para volver a saludarnos luego de estos años. Un reencuentro muy especial.

Sacerdotes peregrinos

Un pequeño grupo de sacerdotes chilenos decidieron pasar por la casa de santa Ana antes de regresar a sus respectivos lugares de apostolado, con gran agrado de haberse encontrado sin saber con nosotros, los monjes del Instituto del Verbo Encarnado; y con gran interés de poder venerar los santos lugares. Luego de haberles explicado un poco acerca del lugar a mis compatriotas, se marcharon muy contentos y ofreciéndonos sus oraciones por nuestra comunidad y el Monasterio en cuanto lugar de peregrinación.

Una sorpresa desde Perú

Como ya les hemos contado antes, cada jueves hacemos dos horas más de adoración Eucarística pidiendo por las vocaciones, pues bien, fue el jueves pasado cuando

“sorpresivamente” llegó un grupo de Perú, con un sacerdote y religiosas justo para acompañar a nuestro Señor Sacramentado. Notable fue la devoción con que rezaron estos peregrinos en nuestra pequeña capilla y la alegría de haber podido participar de la adoración que a diario se realiza en Séforis, continuando muy contentos su viaje luego de haber rezado con gran devoción.

Peregrinos italianos

Finalmente les contamos acerca de un grupo de voluntarios italianos, quienes están colaborando en el Hogar Niño Dios de Belén, y quisieron aprovechar la oportunidad para hacer un día de peregrinación participando aquí de la santa Misa, para luego continuar camino al Mar de Galilea acompañados por una de nuestras religiosas; quedando muy impresionados especialmente con el valor de la Tradición en Medio Oriente, la cual nos ha custodiado y ayudado a redescubrir tantos lugares santos que hoy en día podemos encontrar con toda su historia desde tiempos antiguos, y que hoy en día se han convertido en confirmación de nuestra fe.

Ejercicios espirituales de san Ignacio

Finalmente les contamos que por gracia de Dios se predicaron ejercicios espirituales según el método de san Ignacio de Loyola a un joven voluntario italiano, quien durante mucho tiempo ha estado ayudando con gran entusiasmo en el Hogar Niño Dios de Belén, que atienden nuestros religiosos. Estos ejercicios fueron el broche de oro antes de regresar a Italia con gran aprovechamiento espiritual como nos dijo muy alegre nuestro ejercitante.

Nos encomendamos, como siempre, a sus oraciones y les pedimos las suyas nuevamente por los cristianos del mundo entero, especialmente en Medio Oriente; para que permanezcamos siempre fieles a nuestra fe y a su valiente testimonio.

UN ENCUENTRO FAMILIAR

26 de marzo de 2018

Queridos amigos:

Por gracia de Dios, hemos tenido la paternal visita de nuestro superior general, el P. Gustavo Nieto, quien tuvo la oportunidad de pasar aquí en Tierra Santa la Semana Santa de este año. Y debido a tan importante visita nos reunimos con él y nuestra familia religiosa que trabaja en Belén y Jerusalén para poder saludarlo y compartir con él estos dos días. El encuentro tuvo lugar en la casa de nuestros sacerdotes, los padres Marcelo Gallardo y Pablo De Santo, terminando con un almuerzo en familia en el Hogar Niño Dios, y todo esto con el gran broche de oro de haber podido concelebrar la santa Misa presidida por el P. Nieto en la gruta de Belén, donde nació nuestro Señor Jesucristo.

Ciertamente que las gracias nunca vienen solas, así que junto con esta visita pudimos hablar acerca de nuestras misiones en el mundo, familia religiosa y especialmente de nuestras comunidades aquí en Medio Oriente y la labor que desempeñamos cada uno donde la Divina Providencia nos ha puesto, manifestándonos el P. Nieto todo su

entusiasmo y el de la Familia Religiosos del Verbo Encarnado, en seguir siempre adelante buscando la gloria de Dios y salvación de las almas según las exigencias de cada uno de los apostolados que se llevan a cabo.

Luego de este cordial encuentro, regresamos a nuestro monasterio muy motivados por las paternales palabras de nuestro superior general.

Encomendamos a sus oraciones al P. Nieto y a todos nuestros misioneros, especialmente por aquellos que se encuentran en los lugares más difíciles de misión, por nuestra fidelidad al Carisma del Instituto.

Con nuestra bendición, en Cristo y María:

Monjes del Monasterio de la Sagrada Familia,
Séforis.

“¡ABUNA!, ¡ABUNA!”, MANOS Y MANITOS A **LA OBRA**

22 de abril de 2018

Queridos amigos:

El día de hoy les queremos compartir una nueva y muy especial jornada de trabajo con voluntarios en nuestro monasterio el día de ayer, sábado. Desde ya les anticipamos que no será precisamente breve esta crónica, ya que han sido muchas las gracias recibidas por medio de nuestros colaboradores, así como las que ellos mismos han recibido ciertamente por su generosidad.

“¡Abuna!, ¡abuna!”, fue la palabra que más veces llegó a nuestros oídos durante toda la jornada, y que es la manera de llamar a los sacerdotes que tienen los árabes cristianos aquí, es decir, “Padre”; y que normalmente venía acompañada de gestos y mímicas (especialmente de los más pequeños), para preguntarnos “qué más hacer”, o “dónde dejo esto”, “qué hacer con aquello”, o simplemente mostrarnos cómo trabajaban con una gran y común sonrisa.

La jornada comenzó con la oración, como corresponde, para ofrecer el trabajo a Dios y encomendarnos a san José obrero. En seguida les dimos una pequeña charla sobre la vocación: a la existencia, a la Iglesia, a buscar en todo la santidad, e ir descubriendo poco a poco el plan de Dios en lo que se refiere a toda nuestra vida. La plática fue en italiano e iba siendo traducida al árabe. Posteriormente se distribuyeron los niños y jóvenes por sectores con sus respectivos encargados y “pusimos manos y manitos a la obra”, ya que éramos los monjes, adultos, jóvenes y niños ocupados cada uno en su tarea: los más pequeñitos ayudaron en el jardín de la Virgen, otros se encargaron de la sacristía, una señora del planchado de los elementos litúrgicos y el resto nos dedicamos en gran parte a sacar malezas, tirarlas afuera, limpiar, etc., y finalmente hasta tuvimos la plantación de un árbol que pretende conmemorar toda esta mañana en equipo, además de flores en distintos lugares del Monasterio.

Una vez finalizados los trabajos, continuamos en comunidad con un almuerzo-árabe festivo, que los mismos voluntarios se encargaron de preparar, y donde las sonrisas no se ausentaron jamás, así como tampoco los “¡abunas!” de los niños.

Luego nos fuimos a la capilla para dar gracias a Dios en primer lugar, y luego a nuestros colaboradores, quienes con sus manos (y sus manitos), su esfuerzo y su alegría, nos ayudaron enormemente con el mantenimiento de este lugar santo, y nos mostraron una vez más cómo pese a las diferencias culturales y demás, siempre nuestra fe común es fuente de unidad para quienes creemos y queremos amar cada vez más y mejor a Dios.

Coronamos la jornada con la bendición y despedida de los niños, luego de la torta con uno de ellos que justamente estaba de cumpleaños y por sorpresa recibió aquí todos los saludos.

Encomendamos a sus oraciones a todos los cristianos de Medio Oriente, especialmente los niños y jóvenes, para que jamás se marchite en ellos la fuerza de la fe, y para que surjan de entre ellos abundantes y santas vocaciones para la Iglesia.

NUESTRA SEÑORA DE LUJÁN, FESTEJOS EN BELÉN

8 de mayo de 2018

Queridos amigos:

“Toda madre tiene una misión específica, que le corresponde por título: velar por sus hijos; pero en la Virgen de Luján, en cuanto nuestra patrona, esta misión se ensancha y se extiende de una manera completamente diferente, especial, magnánima, “irrefrenable” -podríamos

decir-; ya que por medio de la misión su maternidad no se detiene, al ir abarcando junto con su Hijo a todas las almas que Él va conquistando, porque donde está Jesús está María, y donde están los misioneros de Jesucristo está la Reina de las misiones acompañando, confortando, sosteniendo e intercediendo por nosotros, “sus primeros misionados”; y esta consideración nos recuerda que así como la Virgen nos asumió con las responsabilidades propias de su patrocinio, así también nosotros tenemos deberes de amor filial con nuestra madre y patrona...” (Extracto de la Homilía predicada en el Hogar Niño Dios, Belén).

Por gracia de Dios hemos podido festejar, el pasado 8 de mayo, a nuestra Señora de Luján como corresponde: en familia, y en un lugar tan significativo como lo es Belén, donde por divina disposición el Hijo de Dios fue recibido en este mundo por las purísimas manos de la Virgen. Para celebrar nos reunimos todos en el Hogar Niño Dios, donde rezamos ya la noche anterior los Maitines, y luego la santa Misa al día siguiente, presidida por el P. Pablo De Santo, rindiendo homenaje a nuestra Patrona y compartiendo a la vez la alegría, en nuestro caso, de haber cumplido 12 años de fundación del Monasterio de la Sagrada Familia, nuestra casa.

Luego de la santa Misa compartimos una cena festiva con nuestros demás religiosos de Tierra Santa, cerrando así la jornada dedicada a nuestra Señora de Luján, patrona de nuestra familia religiosa del Verbo encarnado.

Damos gracias a Dios por todos los beneficios recibidos durante todos estos años, especialmente por medio de las manos de María santísima, y encomendamos a sus oraciones a todos los miembros de nuestra familia

religiosa, para que seamos siempre fieles a la “aventura misionera”, según enseñan nuestras constituciones.

SOLEMNIDAD DE SAN JOAQUÍN Y SANTA ANA

26 de julio de 2018

Queridos amigos:

Bien sabemos nosotros los creyentes que la Divina Providencia no descansa. Dios siempre está trabajando y derramando sus bendiciones sobre nosotros, aun cuando a veces no le prestemos mucha atención a todas sus gracias, o al menos no de inmediato, sin embargo, en todo momento Él se está preocupando por nosotros y ofreciéndonos sus abundantes beneficios.

Pero también es cierto que son muchas las gracias que se nos manifiestan de manera notable y que vale la pena compartir. Pues bien, de estas gracias -como siempre- no estuvimos exentos este año, y es así que los queremos hacer partícipes de nuestra alegría por los beneficios recibidos para la celebración de este año.

Preparativos

Todos los años, para la celebración, ponemos un pequeño techo al lado izquierdo de la basílica, donde desgraciadamente no entran todas las personas que asisten, obligando a los demás a buscar la sombra para participar

mejor de la santa Misa. Este año, por primera vez, pudimos cubrir prácticamente toda la ruina con grandes “media sombras”, haciendo así no sólo que el lugar quedase más fresco, sino que además el altar para la santa Misa quedó al centro de todo, con los restos de la casa de santa Ana atrás y todos los feligreses sentados. Pero antes de esto recordemos todo el trabajo de limpieza y orden del lugar, para el cual la Divina Providencia nos envió con gran generosidad las manos que nos hacían falta, en atención al día de sus abuelos terrenos, por lo cual queremos resaltar de manera especial las manos de cinco jóvenes voluntarios españoles, quienes durante su peregrinación, al enterarse de la fiesta y de que éramos sólo dos monjes ofrecieron en seguida su ayuda, gracias a la cual se pudo techar, limpiar y ordenar de manera notable. Después vinieron también nuestras hermanas a cooperar con la preparación, con lo cual terminamos de formar el “equipo de trabajo” de este año, importantísimo para nosotros también por algunas innovaciones, como el ya mencionado techo, una sencilla reja para resaltar más aún los restos de los que fue (según nos enseña la tradición y antigua peregrinación a este santo lugar), la casa de santa Ana, y la petición de una veneración especial de la gran roca que nos ha quedado como gran reliquia, más sillas para que todos pudieran participar cómodamente, etc.

El gran día

Ya dijimos que por vez primera todo pudo estar techado, y cómo llegaron providencialmente más manos voluntarias; pues bien, la ayuda continuó cuando llegaron nuestras religiosas a ayudarnos con la liturgia y últimos detalles del lugar. Ya para la ceremonia tuvimos el altar al

centro, 14 sacerdotes concelebrantes venidos de distintas parroquias de Nazaret junto con los frailes de la Custodia de Tierra Santa y hasta un matrimonio cristiano que amablemente se ofreció a dirigir los cantos trayendo ellos mismos el órgano, parlantes y micrófonos. Las “Hijas de santa Ana” (religiosas italianas vecinas, a quienes celebramos la santa Misa) nos prestaron la imagen de santa Ana junto con una reliquia; luego pusimos el cuadro de santa Ana con la Virgen niña que está en nuestra capilla y gracias a Dios la Ruina de la Basílica se vio notablemente embellecida, dejando también muy contentos a los feligreses que participaron de la celebración.

Un regalo especial

Como les contamos en la crónica anterior, habíamos hecho una petición especial de veneración de la roca al centro de la basílica, la gran reliquia de la casa de santa Ana, la cual fue solemnemente aprobada por los padres franciscanos y llevada a cabo antes de la bendición final: se rezó una oración especial, luego pasamos a la roca donde se leyó el Evangelio para luego incensar la roca y bendecirla con cantos. Finalmente se dio la bendición a todos los feligreses y después de la santa Misa pudimos participar de un sencillo festejo con nuestra familia religiosa presente en la solemnidad.

Damos gracias a Dios por todos sus beneficios, por las manos que nos envió y por las muchas oraciones de ustedes por esta celebración que Él atendió paternalmente y de manera tan notable.

Nos encomendamos como siempre a sus oraciones y comprometemos las nuestras por sus intenciones.

EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ Y NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

16 de septiembre de 2018

Queridos amigos:

Con gran alegría les queremos compartir estas dos celebraciones que pudimos realizar en un ambiente plenamente familiar, ya que en esta ocasión nos reunimos con nuestra familia religiosa que trabaja en Belén, Beit Jala y Beit-Sahur, lugares sumamente importantes dentro de la historia del cristianismo. A continuación, les contamos brevemente.

Fiesta de la exaltación de la santa Cruz

Para dicha celebración participamos de la santa Misa en el “Hogar Niño Dios” de Belén, que atienden nuestras hermanas asistidas y sacerdotes, a tan sólo unos metros de la Basílica de la Natividad. Para la ocasión vinieron algunos sacerdotes del Patriarcado Latino de Jerusalén y estuvieron también presentes los trabajadores y algunos de los voluntarios que ayudan en esta gran obra de caridad. La santa Misa fue presidida por el P. Iusuf Emad, misionero en Gaza, y predicada por el P. Pablo De Santo, capellán de las hermanas del Hogar, quienes se encargaron de la liturgia y posteriores festejos en familia. Realmente ha sido una gracia enorme poder celebrar el día de “nuestro estandarte”: la santa Cruz de nuestro Señor Jesucristo, a tan pocos metros del lugar de su nacimiento. Durante la santa Misa nuestras hermanas realizaron la renovación de sus votos religiosos, ya que ese día se celebra

la “Virgen de Matará”, cuya cruz llevan nuestras religiosas como parte de su hábito.

Nuestra Señora de los Dolores

Al día siguiente celebramos temprano la santa Misa en Beit-Sahur, en el “Campo de los pastores”, lugar donde los pastores recibieron el anuncio de los ángeles sobre el nacimiento de Jesús, y desde donde fueron a verlo en el pesebre de Belén, a unos 30 o 40 minutos caminando. La santa Misa fue presidida por el P. Jason y predicada por el P. Néstor, y en ella participaron por supuesto nuestras religiosas que misionan cerca del lugar. Aquel día celebramos también el aniversario de votos perpetuos de varios de nuestros sacerdotes, y lo mismo el día anterior con las hermanas.

Posteriormente festejamos con un almuerzo en común en la casa Provincial de las hermanas, para luego retornar a nuestro Monasterio.

Damos gracias a Dios por las abundantes gracias recibidas, especialmente haber podido celebrar como familia religiosa con nuestros sacerdotes y hermanas que llevan a cabo su labor misionera con tanto esfuerzo por estas tierras santificadas por nuestro Señor Jesucristo mismo.

Nos encomendamos a sus oraciones pidiéndoles especialmente por los frutos de nuestras misiones en Medio Oriente, para que surjan santa vocaciones dispuestas a llevar el Evangelio donde sea y hasta las últimas consecuencias, como lo exige nuestra fe y amor a nuestro Señor.

“25 AÑOS DE SACERDOCIO”, NUESTROS PADRES NOS VISITAN

4 de octubre de 2018

Queridos amigos:

Por gracia de Dios hemos recibido una gran visita en la casa de santa Ana. Un grupo de doce de nuestros sacerdotes misioneros de diversos lugares del mundo venidos junto con nuestro Superior General, quisieron celebrar aquí la santa Misa y pasar una velada familiar junto con nosotros, todo inmerso en un clima de completa gratitud, ya que luego de muchos años han coincidido todos ellos para festejar sus 25 años de sacerdocio con esta peregrinación a Tierra Santa.

Bien sabemos nosotros que la perseverancia, especialmente en la vocación, es una gracia que hay que pedir todos los días, y en esta oportunidad nos alegramos junto con nuestros misioneros que durante todos estos años han perseverado, desde sus lejanas y variadas tierras de misión, en esta súplica filial al servicio de Dios: bautizando, predicando, confesando, alentando, y llevando el mensaje de la Buena Nueva del Evangelio según múltiples las necesidades y circunstancias de cada misión, y según el Carisma del Instituto del Verbo Encarnado, nuestra gran familia religiosa.

Delicadezas de la Divina Providencia

Como Dios no se deja ganar en generosidad y a menudo nos sorprende, pues en esta ocasión volvió a

hacerlo mediante la generosidad de los cristianos árabes amigos del Monasterio quienes, apenas se enteraron de esta importante visita, quisieron ellos también tomar parte de esta bienvenida, y regalaron para nuestros peregrinos una cena típica árabe, además de venir a saludar y estrechar la mano de nuestros misioneros, signo de respeto que acá es mucho más fuerte que en Occidente, y rendir honor mediante sus especiales saludos, y lo mismo quiso hacer uno de nuestros benefactores que, si bien no es cristiano, profesa un profundo respeto hacia los consagrados. Incluso una pequeña ofreció “un canto para los abunas”.

La velada con estas dos familias transcurrió en un clima sumamente agradable, incluyendo cantos y acciones de gracias, y a los dos días nuestros sacerdotes vinieron a celebrar la santa Misa y conocer bien todo el lugar, terminando con un desayuno todos juntos.

Agradecemos al Padre Gustavo Nieto y todos sus compañeros de ordenación sacerdotal; los encomendamos a ellos y a todos nuestros misioneros a sus oraciones, pidiendo especialmente por su perseverancia y santificación y la de todos los miembros de nuestra familia religiosa.

OBISPOS Y SACERDOTES NOS VISITAN

15 de marzo de 2019

Queridos amigos:

Como ya saben, parte de nuestro apostolado es la recepción de peregrinos en este santo lugar, es decir, aquellos que por gracia de Dios han podido visitar Tierra Santa y que dentro de su itinerario han decidido incluir los restos de la casa de santa Ana. Con gran alegría les compartimos un par de visitas muy especiales, ya que hemos tenido la gracia de recibir a 20 obispos de la Conferencia Episcopal de República Checa, y a un grupo de nuestros sacerdotes misioneros en Extremo Oriente.

El pasado 12 de marzo, hemos recibido a un grupo de 20 Obispos y 4 colaboradores, de República Checa, quienes quisieron aprovechar esta peregrinación para hacer una tarde de formación y retiro en nuestro Monasterio. Al principio les explicamos que no contamos con un lugar para conferencias ni nada más grande que nuestra pequeña capilla, en la cual podrían entrar bastante ajustados agregando algunas sillas; sin embargo, insistieron en que el jardín estaría bien y, en caso de mal tiempo, entrarían sin problemas en la capilla. Providencialmente se nubló antes que llegaran y así permaneció toda la tarde, así que luego del correspondiente recibimiento y presentación comenzaron con una plática y luego reflexión personal por el monasterio, especialmente el jardín de la Cruz.

Antes de partir se quisieron despedir todos de nosotros; se mostraron muy contentos y agradecidos, y por supuesto nos pidieron oraciones por su labor en la Iglesia,

esperando “volver a vernos” más adelante si se llega a dar nuevamente la oportunidad.

Escribía san Juan Pablo II: “Inculturación es lo que permite a la Iglesia encarnar el Evangelio en las diferentes culturas, asumiendo lo que hay de bueno en estas culturas, y renovándolas desde su interior. La inculturación constituye un camino hacia una plena evangelización para que todo hombre pueda acoger a Jesucristo en la integridad de su ser personal, cultural, económico y político, de cara a su plena y total unión con Dios Padre y de una vida santa bajo la acción del Espíritu Santo...”; para lo cual se necesitan almas misioneras, que lleven el mensaje de Jesucristo por todo el mundo; y es así que siempre para nosotros es una gracia recibir a nuestros misioneros que tienen la oportunidad de visitarnos, quienes junto con pedirnos oraciones por la misión de nuestra familia religiosa del Verbo Encarnado y de la Iglesia, además nos cuentan acerca del trabajo que realizan en sus distintas misiones, motivo de acción de gracias y renovación y aumento de plegarias y sacrificios, para cada día sean más las almas que se beneficien del Anuncio del Evangelio.

En esta oportunidad, contamos con la visita nuestros sacerdotes: P. Gervais Baudry, misionero Hong Kong; los padres Salvador Curutchet, Luis Zapata, misioneros en Filipinas; y el P. Michael Zhang, misionero en Taiwán; quienes celebraron la santa Misa en nuestra capilla y nos acompañaron durante la Adoración Eucarística de la tarde, para luego rezar todos juntos las Vísperas y terminar con una grata cena en Familia.

Damos gracias a Dios por permitirnos recibir a los peregrinos en este santo lugar, especialmente en esta ocasión en que en tan pocos días recibimos a tantos

consagrados, es decir, “obreros que trabajan para la mies del Señor”; a quienes encomendamos a sus oraciones junto con pedirles también que tengan presente en ellas el aumento de las vocaciones a la vida consagrada, especialmente para que cada día sean más las almas dispuestas a dejarlo todo por llevar el Evangelio de Jesucristo hasta los confines del mundo.

HERMANAS Y NIÑOS DEL HOGAR NIÑO DIOS EN SÉFORIS

14 de mayo de 2019

Queridos amigos:

Por gracia de Dios hemos tenido la grata visita de los niños del Hogar Niño Dios de Belén, quienes, acompañados de algunas de nuestras hermanas, decidieron hacer una parada en el Monasterio antes de continuar el viaje rumbo a Tabga.

Siempre es gratificante ver cómo nuestros religiosos dedicados a las obras de misericordia se preocupan de la atención de estos niños, especialmente de aquellos que no pueden valerse por sí mismos, y que se convierten en fuente abundante de gracias para los demás, ya que la Divina Providencia jamás pasa por alto el cuidado que se le brinda a estos pequeños, como bien en claro nos deja nuestro Señor en el Evangelio: “En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos hermanos míos, *aun a los más pequeños, a mí lo hicisteis.*” (Mt 25, 40).

Compartimos el almuerzo en un clima, como siempre, muy familiar. Apenas llegaron “los comensales”, las hermanas se encargaron de preparar lo que cada uno necesitaba, y posteriormente estuvimos todos juntos conversando, riendo, y paseando con cada una de aquellas “pequeñas manitos” que simplemente toman la de algún religioso para ir a recorrer el lugar.

Luego de terminar, nuestras pequeñas visitas continuaron el viaje con las hermanas, dejándonos la gran alegría que se dejaba ver claramente en sus sonrisas.

Encomendamos a sus oraciones, especialmente en esta ocasión, a todos aquellos religiosos que se dedican a las obras de misericordia y a los voluntarios que los ayudan, y de manera particular a los habitantes de nuestros hogares, para siempre permanezca en ellos el espíritu de familia y aprendamos de ellos a dejar de lado el egoísmo, dedicándonos en la medida de nuestras posibilidades, a atender al prójimo que nos necesita.

NOS VISITA MONSEÑOR PIERBATTISTA PIZZABALLA

6 de diciembre de 2019

Administrador Apostólico del Patriarcado Latino
de Jerusalén en Tierra Santa

Por gracia de Dios, el pasado 30 de noviembre por la mañana, hemos recibido la visita de Monseñor Pierbattista Pizzaballa, quien, junto con su secretario y un

sacerdote del Patriarcado latino de Jerusalén, realizaron la correspondiente visita pastoral de este año a nuestro monasterio.

Luego de la bienvenida nos dirigimos en seguida a la capilla para rezar Laudes (oración de la mañana) todos juntos, los cuales fueron dirigidos por el P. Jason. Posteriormente, hicimos el recorrido por el monasterio con Mons. Pierbattista y sus acompañantes, donde recordamos los inicios de nuestra presencia aquí, luego de más de tres décadas en que la casa de santa Ana estuvo abandonada, para poder ser encomendada finalmente a los monjes del Instituto del Verbo Encarnado. Monseñor resaltó el cambio que se ha ido dando a través de estos años y está muy contento del mismo. Compartió anécdotas de los inicios con nosotros y, a continuación, pasamos a tomar el desayuno con el que el P. Néstor y el P. Andrés nos esperaban.

Monseñor nos preguntó acerca de nuestra familia religiosa, específicamente acerca de los monjes, la rama contemplativa, cómo nace, dónde estamos, cómo nos formamos, etc.; y sobre cómo es nuestra vida en Séforis, todo lo cual se convirtió en una plática muy grata en la mesa.

Finalmente, luego de la acción de gracias, nos despedimos muy agradecidos de esta importante visita en la que se pueden ver y conocer las comunidades religiosas que habitamos en Tierra Santa, a la vez que fomentamos el tan importante contacto entre los consagrados que misionamos en Medio Oriente.

NOCHEBUENA EN EL LUGAR DEL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS

27 de diciembre de 2019

Que Dios haga cosas increíbles, es de lo más creíble para nuestra fe. Como ofrecer su perdón con creces a aquellos que lo abandonaron; o como “perseguir” los corazones que huyen de Él; como resucitar un muerto...; o como el asombroso hecho de haber entrado en este mundo a través de un apartado y frío pesebre haciéndose pequeño... como aquellos a quienes pertenece el Reino de los Cielos. Pues bien, todo este inabarcable misterio, imposible de ser comprendido completamente por nuestra humana inteligencia, se ha quedado para siempre en la gruta de Belén..., y es que Dios siempre es original para llegar a nosotros, y a veces -como nos enseña dicha gruta- se encuentra donde menos lo esperamos.

Belén se convirtió en el testigo silencioso de la entrada en humildad de Dios en la historia de los hombres de una manera completamente impensable: hecho un hombre más; Belén se convirtió en el hito que marca el punto de encuentro entre el Nacimiento en el tiempo del Eterno, y el nacimiento de la eternidad para quienes vivimos en el tiempo. Belén ya no es “la más pequeña entre las familias de Judá” (Cf. Mq 5,2), porque hace 2019 años vio salir de uno de sus pesebres al Niño “Rey del mundo”, quien transformó con su “pequeña presencia” aquella helada gruta en el signo de su amor extremo por la humanidad pecadora, un amor más deseoso aun de transformar los corazones y de que nos hagamos también pequeños, como Él, a los ojos de este mundo, buscando

en todo humildemente cumplir la voluntad del Padre... también como Él.

Por gracia de Dios, nuevamente hemos tenido la oportunidad de celebrar la santa Misa en Belén, lugar pequeño que contiene mucho más que aquello que se ve en la gruta, y como corresponde pudimos hacerlo como familia, no sólo religiosa sino también cristiana católica, junto a los muchos y variados peregrinos que desde los lugares más apartados llegan cada 25 de diciembre a participar en la santa Misa de Nochebuena en Belén.

Posteriormente, como amerita la ocasión, pasamos a festejar el Nacimiento del Hijo de Dios como familia religiosa, alegrándonos junto a Aquel que nos ha llamado a tomar parte de su Iglesia, y que nos invita a seguirlo desde el pesebre hasta la cruz en esta vida, para hacerlo en su victoria definitiva en la eternidad.

TRIDUO PASCUAL EN SÉFORIS

20 de abril de 2020

Queridos amigos:

Pese a las especiales circunstancias de esta Semana Santa, por gracia de Dios pudimos celebrar el Triduo Pascual, con las debidas disposiciones e indicaciones para cada lugar, como familia religiosa.

“En el Misterio pascual está el sentido y el culmen de la historia humana. «Por ello –subraya el Catecismo de la Iglesia Católica–, la Pascua no es simplemente una fiesta

entre otras: es la “Fiesta de las fiestas”, “Solemnidad de las solemnidades”, como la Eucaristía es el Sacramento de los sacramentos (el gran sacramento). San Atanasio la llama “el gran domingo” (Ep. fest. 329) así como la Semana Santa es llamada en oriente “la gran semana”. El Misterio de la Resurrección, en el cual Cristo ha aplastado la muerte, penetra en nuestro viejo tiempo con su poderosa energía hasta que todo le esté sometido»” (San Juan Pablo II)

Con la participación y ayuda de las hermanas SSVM, pudimos celebrar el Triduo Pascual lo mejor posible, y gracias a lo significativo de este lugar, la liturgia fue de gran provecho para todos, sea en ella misma y todos sus signos, las lecturas, los salmos, predicaciones, etc.

Dios jamás se deja ganar en generosidad y nos regaló esta oportunidad de rezar por todo el mundo de manera especial en este tiempo.

Nos encomendamos a sus oraciones y pedimos por la conversión y santificación de las almas, especialmente las más alejadas del Creador, en quien siempre encuentran nuestras almas fortaleza, confianza, caridad y todo lo que necesitamos para caminar al Cielo, donde nos espera quien venció a la muerte y el pecado, como el gran triunfador, porque ¡Jesucristo resucitó!

SAN JOSÉ Y SAN FRANCISCO FINALMENTE EN LA CAPILLA

25 de mayo de 2020

Queridos amigos:

Hace un par de años nos regalaron dos hermosas y significativas imágenes: san José con el Niño Jesús, a quien tanto le debemos, comenzando por su atento cuidado del Hijo de Dios y su madre, además de innumerables gracias para nuestra comunidad; y san Francisco de Asís, santo fundador gracias al cual hoy en día los padres y hermanos franciscanos han podido mantener tantos santos lugares, con quienes tenemos un trato verdaderamente familiar y en la misma liturgia cuando podemos. Pues bien, había un inconveniente más: estaban en bastante mal estado, pero pese a eso los recibimos gustosos esperando la oportunidad de mandarlos a restaurar, lo cual debido a diversas circunstancias se nos hizo sumamente difícil... hasta ahora, en que por gracia de Dios se pudo concretar. Luego de haber recibido las imágenes, con las extremidades faltantes restauradas, las partes agrietadas reparadas y con la notable nueva viveza de sus colores, solamente nos faltaban los pedestales, los cuales ayer pudimos recibir, hechos y terminados hermosamente en Belén y traídos directamente a la casa de santa Ana. Y para celebrar de manera especial este día de la Asunción del Señor (celebrado hoy jueves en esta parte, aunque por motivos pastorales se traslada a veces al Domingo), además recibimos la visita del P. Carlos Ferrero, nuestro Provincial (quien concelebró la santa Misa en la capilla con “los

nuevos integrantes”), junto con el P. Marcelo Gallardo, para compartir un tiempo en familia.

Agradecemos como siempre a Dios, que tiene sus tiempos y sus razones para obrar, permitiéndonos ser partícipes de estos “pequeños detalles” que podrán contemplar los peregrinos cuando regresen a visitar los santos lugares; y también agradecemos sus oraciones por nuestro sencillo monasterio, y que desde acá correspondemos con las nuestras.

NUEVA CRUZ PARA EL JARDÍN

2 de junio 2020

“En el trabajo humano el cristiano descubre una pequeña parte de la cruz de Cristo y la acepta con el mismo espíritu de redención, con el cual Cristo ha aceptado su cruz por nosotros. En el trabajo, merced a la luz que penetra dentro de nosotros por la resurrección de Cristo, encontramos siempre un tenue resplandor de la vida nueva, del nuevo bien, casi como un anuncio de los «nuevos cielos y otra tierra nueva», los cuales precisamente mediante la fatiga del trabajo son participados por el hombre y por el mundo. A través del cansancio y jamás sin él. Esto confirma, por una parte, lo indispensable de la cruz en la espiritualidad del trabajo humano; pero, por otra parte, se descubre en esta cruz y fatiga, un bien nuevo que comienza con el mismo trabajo: con el trabajo entendido en profundidad y bajo todos sus aspectos, y jamás sin él.”
(San Juan Pablo II)

Queridos amigos:

Queremos agradecer sus oraciones y mensajes por el monasterio y junto con ello compartirles algunas fotos de los últimos trabajos, como la nueva cruz -más alta-, ya que la anterior se había deteriorado mucho por ser de madera vieja, al punto de caerse.

Ciertamente que el mantenimiento del lugar es trabajo de todo el año, pero poder realizarlo es siempre motivo para agradecer y seguir pidiendo oraciones, especialmente por la fidelidad de todos los consagrados, para que seamos fieles a la misión que Dios nos ha encomendado, a cada uno de nosotros, y que podamos así seguir correspondiendo con nuestras oraciones y ofrecimientos por las necesidades de la Iglesia y del mundo entero.

UN CORPUS CHRISTI DIFERENTE

16 de junio de 2020

Ciertamente que hoy es un día especial: es Domingo, día del Señor, pero uno de aquellos domingos que “poseen un nombre más largo”, como el “Domingo de la Divina Misericordia” o el “Domingo del buen Pastor”. Hoy celebramos el cumplimiento de una promesa, la constatación de una victoria y un milagro demasiado grande que se contiene en pequeño: hoy es el Domingo de Corpus Christi; en que la promesa de Jesucristo de

“permanecer con nosotros hasta el fin de los tiempos” (Mt 28, 20), su victoria sobre el pecado y sobre la muerte y su maravillosa y redentora iniciativa de hacerse por nosotros “Pan de vida” (Jn 6,35), se sintetizan y se nos comunican en la Sagrada Eucaristía: Jesucristo mismo hecho sacramento por amor a los hombres, ofreciéndose a ellos como pan de eternidad y don del Cielo, presente en todos los sagrarios del mundo y esperando nuestra compañía y nuestra recepción, es decir, quedándose “con nosotros y entre nosotros”. Y, siendo que cada solemnidad es en sí misma especial, esta vez fue algo diferente...

No se dieron las condiciones como para hacer una gran procesión, como se acostumbra (de hecho, finalmente no tuvimos feligreses); y, sin embargo, hicimos lo que pudimos porque el fin es siempre el mismo: darle gloria a Dios; con lo que se tenga y como se pueda, no importa si a veces es poco, el resto lo debe suplir la buena voluntad. Así que luego de la santa Misa, expusimos el Santísimo Sacramento e hicimos de todas maneras la procesión: Jesucristo sacramentado abriendo camino, yo sosteniéndolo en la custodia y el hermano Cristóbal con el turíbulo llevando el incienso, ambos cantando y rezando hasta la mesita preparada para la bendición. Debo decir que justo antes de salir de la capilla pensé fugazmente en los emocionantes ejemplos que tantas veces nos contaban los misioneros que pasaban por el seminario así que ellos me entenderán; en lo que implica para el misionero “querer ofrecer más”, querer llenar para Dios las iglesias, querer que sean más y más las almas que participen de la liturgia y aprovechen los sacramentos... pero por diversas circunstancias, a veces -especialmente en las misiones que recién comienzan-, esto sencillamente no se puede; lo cual si bien por una parte duele, por otra es un gran incentivo

para seguir rezando, sacrificarse y trabajar más intensamente en la misión, donde a menudo nos encontramos con limitaciones; pero con la confianza necesaria para seguir delante pues la obra no es nuestra sino de Dios; y mientras uno ponga los medios correspondientes, Él mismo se encargará de todo lo demás y de la manera que Él quiera, pues Él conoce sus tiempos... tal vez el próximo año seamos más, no lo sé, pero lo que sí sabemos, especialmente estando en tierra de misión, es que al igual que en la procesión Eucarística, “Jesucristo sabe abrirse camino”. Del misionero depende la entrega cada vez más profunda a Dios y dejar el resto en sus manos.

Este Corpus Christi fue diferente, fue más íntimo... dos monjes católicos en un lugar donde la creencia es otra, y, sin embargo, rezando y dando gloria a Dios con lo poco que tenían: ¡qué gran bendición! Ya regresarán los peregrinos, Dios sabe cuándo, pero mientras tanto hay que esperar buscando la santidad... y ese “mientras tanto” implica toda nuestra vida.

Finalmente, la bendición Eucarística, luego de rezar las letanías del Santísimo Sacramento, se dirigió hacia toda Galilea desde el patio del monasterio, prolongando así la bendición que hace 2000 años recibió esta tierra al recibir al Hijo de Dios que entraba con su cuerpo humano y su redención en este mundo, para llegar desde aquí a todas partes hecho sacramento por medio la Iglesia y sus misioneros.

Dios los bendiga; seguimos rezando por sus intenciones y a sus oraciones, como siempre, nos encomendamos.

“FUIMOS POCOS... PERO MUCHOS”

SOLEMNIDAD DE SAN JOAQUÍN Y SANTA ANA

26 de julio de 2020

Queridos amigos:

Como en todo el mundo, las actuales circunstancias han restringido muchas cosas, como la apertura de algunos santuarios y sus celebraciones, y la casa de santa Ana no ha sido la excepción. Sin embargo, eso no significa que no nos hayamos preparado como la ocasión lo amerita; fue así que aumentamos las horas de trabajo para limpiar lo más posible y embellecer el monasterio y disponernos mediante el Triduo y demás para participar lo mejor posible del gran día de nuestro monasterio.

Este año la solemnidad de san Joaquín y santa Ana fue del todo especial en nuestro monasterio: a puertas cerradas y menos de 20 personas pues no se podía de otra manera, es decir, que en la santa Misa éramos pocos..., *pero en las oraciones fuimos muchos*. Nos resulta imposible terminar de ver -y más aún, responder- a todos los mensajes de acompañamiento y compromiso de oraciones que nos llegan; es así que como siempre les agradecemos a todos los que de diversos países nos acompañan con sus plegarias y sacrificios, a los cuales correspondemos siempre con los nuestros: “Dios los bendiga”, “la Virgen los acompañe”, “gracias por compartir”, “saludos y bendiciones desde...”, suelen ser los mensajes que más recibimos y agradecemos. Este año fuimos muchos en unión de oraciones y es por eso que la santa Misa la

ofrecimos por la Iglesia y el mundo entero, por las intenciones y necesidades espirituales y materiales de ustedes, de nuestras familias, amigos, benefactores, etc., pidiendo de manera especial que las cosas cambien y mejoren, y que sepamos aprovechar las pruebas para aferrarnos más a Dios como buenos hijos suyos.

El trabajo en tierra de misión siempre es arduo, porque sin Cruz no hay santificación ya que en ella se encuentra a Cristo, pero ciertamente la comunión de oraciones hace que nos ayudemos entre todos a seguir adelante y perseverar en la voluntad de Dios, y eso es lo que pedimos para todas las almas encomendadas a nuestras oraciones.

Por gracia de Dios, para la ocasión nos acompañó nuestro Provincial, el P. Carlos Ferrero, y pudimos compartir con algunos de los padres franciscanos que vinieron y las hermanas Hijas de santa Ana; además de recibir por la mañana la visita de un pequeño grupo nuestras religiosas, misioneras en Tierra Santa, compartiendo también la santa Misa más temprano.

Desde la antaño casa de santa Ana, san Joaquín y la Virgen, y muy probablemente san José y Jesús temporalmente, nuestras oraciones por sus intenciones.

COMO SIEMPRE BENDICIONES

16 de septiembre de 2020

Queridos amigos:

Sabemos que para el pesimista la vida es una especie de vasto cuadro pintado en una rica escala de grises y ya; por el contrario, el alma que vive de cara a Dios, sabe perfectamente que en la vida también los grises (las cruces, dificultades y pruebas en todos sus matices), son parte de la obra, es más, son necesarios, pero para resaltar y poner en su lugar a los colores, contrastando con la luz y dando así a cada cosa su lugar. Pues bien, a partir de esta metáfora les queremos compartir algunas más de las tantas bendiciones que Dios jamás deja de concedernos, acicate para seguir agradeciendo e intercediendo por el mundo con nuestras oraciones, aquella especie de “gota de agua en el océano” (siguiendo la conocida anécdota de la madre Teresa de Calcuta), sin la cual al océano le faltaría una gota... pero la oración es más, mucho más que una pequeña gota. Es así que entre todas las dificultades por las cuales el mundo está pasando y cada uno en su vida, Dios no deja de poner su mano providencial para que los creyentes veamos en dichas pruebas “el castigo de los malos y la purificación de los buenos”; para que le sigamos pidiendo y le sigamos ofreciendo nuestras cruces y a nosotros mismos por la humanidad entera y por el plan de redención. Pero como la gran obra “no son sólo grises”, siempre siguen las bendiciones de Dios hacia las almas, y en esta oportunidad les compartimos la gracia enorme de haber podido festejar la Exaltación de la santa Cruz con nuestros sacerdotes y hermanas de Belén, como siempre en familia, y también a nuestra Señora de los Dolores en

Jerusalén, día en que además de recordar aquel purísimo, probado y fuerte corazón de nuestra Madre del Cielo, muchos de nuestros religiosos celebran con ella su aniversario de profesión perpetua, día decisivo en que nos consagramos definitivamente a Dios, con el solemne compromiso de “haber tomado firmemente el arado sin querer mirar atrás jamás” (Cf. Lc 9, 62).

Para el día de la Exaltación de la santa Cruz, asistimos a la santa Misa en el Hogar Niño Dios, donde luego de la misma compartimos la cena todos juntos y se llevó a cabo el tradicional fogón, dedicado a celebrar con cantos y poesía dicha conmemoración. Hoy por la mañana, por gracia especial de Dios e intercesión de María Santísima, participamos de la santa Misa en Jerusalén, en la Iglesia del Santo Sepulcro, donde luego de haber tocado la roca misma del Calvario y pedir por todas las almas encomendadas a nuestras oraciones y por el mundo entero, celebramos el Sacrificio Eucarístico en el altar dedicado a la Virgen de los Dolores, ubicado junto al Gólgota, es decir, prácticamente en el mismo lugar donde históricamente María santísima nos fue dada por Madre, dando eternas gracias por tan hermoso “detalle de Dios” para quienes no lo merecemos.

Siempre agradecidos de Dios y de sus oraciones, seguimos comprometiendo las nuestras por ustedes y los invitamos a seguir ofreciendo sacrificios y rezando por el mundo entero todos juntos, siempre en unión de oraciones y con mirada sobrenatural en todo momento de “purificadoras pruebas” para las almas que aman filialmente a Dios, a quien nada se le escapa y sabe sacar bienes de los males y hacer almas grandes, santas, de los pobres pecadores que se abandonan sinceramente a Él.

ILUMINACIÓN DEL JARDÍN Y COSECHA

4 de noviembre de 2020

Queridos amigos:

Después de tanto tiempo es una gran alegría para nosotros poder compartirles las últimas mejoras que por gracia de Dios y tantas oraciones de ustedes, hemos podido concretar. Ciertamente que la actual situación ha limitado muchas cosas y tantas otras se han vuelto mucho más difíciles; sin embargo, la Divina Providencia no cesa de estar presente en todas partes y nos ha permitido ir poco a poco manteniendo y haciendo pequeños arreglos que contribuirán a preparar la casa de santa Ana para el retorno de los futuros peregrinos.

En esta oportunidad les queremos contar que, finalmente, hemos iluminado el jardín que recibe a quienes visitan estas ruinas, además de agregar algunas plantas nuevas, permitiendo así que tanto ellos como los posibles ejercitantes (quienes hacen Ejercicios Espirituales según el método de san Ignacio de Loyola) tengan un ambiente más para rezar incluso cuando cae el sol. Por ahora seguimos rezando para tener algún día un par de imágenes más que ciertamente contribuirían a la devoción de la casa de santa Ana.

Por otra parte, hoy comenzamos la cosecha para el aceite que nos abastece todo el año y que, si es suficiente, también podemos vender para ayudar al monasterio; es así que a partir de hoy nos dedicaremos especialmente a este trabajo tan importante para nosotros.

Finalmente les contamos que hoy pudimos abrir nuevamente las puertas del monasterio (con las normativas correspondientes a la actual situación), recibiendo 3 grupos de visitantes locales, quienes pudieron conocer acerca de nuestra vida aquí en Tierra Santa y algo de la historia de este santo lugar.

Siempre agradecidos de Dios, la Sagrada Familia y sus oraciones, a éstas nos seguimos encomendando y agradeciendo con las nuestras; y pidiendo especialmente por la actualmente difícil situación a nivel mundial que a tantas personas ha perjudicado; especialmente para que siempre aprovechemos las cruces, ofreciéndoselas a Dios en reparación por los pecados y abrazándolas con paciencia y santo abandono a su divina voluntad, que SIEMPRE sabe sacar bienes de los males que padecemos, sobre todo espirituales, si aceptamos amorosamente sus designios.

Y PENSAR QUE UN DÍA AQUÍ...

23 de noviembre de 2020

Reflexión desde la casa de santa Ana

Un misionero, si bien ha renunciado a todo por seguir su vocación, dejando a menudo la patria, la familia, los amigos, la cultura, la lengua, etc., sigue siendo parte de su familia: es “el hijo que está lejos”, “el hermano a la distancia”, “el amigo que reza”, “el portador de la Buena Nueva que salió de tal lugar”, etc. Pero no es que propiamente renuncie a ella del todo, sino que pasa a

formar parte -además- de una familia mucho más extensa, de lazos espirituales que son parte de aquella recompensa prometida a la renuncia por amor a Jesucristo (Cf. Mc 10, 28-31); capaces de fructificar hasta el ciento por uno según sea su fidelidad a la divina voluntad y su “morir al hombre viejo”, para volverse más espiritual en la vida de intimidad con Dios. Y esta renuncia -reiteramos-, si bien implica sacrificios porque está aferrada irrevocablemente a la Cruz, también se encuentra llena de dádivas de lo alto, comenzando por los bienes espirituales de la propia alma para llevar a cabo su misión, el ser testigos del obrar de Dios en los corazones que le han sido encomendados, y gozar de la satisfacción de que se ha hecho la mejor y más segura inversión de la propia vida según la divina disposición. Pero también implica en muchos casos aquellos pequeños detalles siempre impagables, porque son gracias, que fuerzan a la gratitud y a la determinación de traducirla en obras, como es el caso de este santo lugar, erigido en monasterio y llamado con toda propiedad “de la Sagrada Familia”, puesto que aquel pequeño gran detalle de Dios para con sus consagrados aquí, no es otro que el haberlo santificado por medio de la familia que acogió en su regazo al mismo Hijo de Dios, dándole una santísima Madre Virgen, un varón justo en extremo como guardián, y hasta los abuelos de quienes la tradición nos ha dejado sus nombres, habiendo sido ésta antaño su casa y, por lo tanto, morada temporal de quienes santificaron más que nadie el concepto y realidad de “la familia”.

Probablemente fue de paso, por motivos de trabajo (Jesús, María y José), pero también en algún momento como hogar (la Virgen niña, santa Ana y san Joaquín); como sea, el hecho es que un día aquí, donde hoy tenemos una ruina que lo conmemora, estuvo cuando niña quien

sería la madre del Redentor, junto a sus padres en amorosa obediencia, riendo y jugando, como lo haría probablemente después su Hijo... y pensar que san José pudo haber tenido aquí algunas de sus herramientas, y a Jesucristo aprendiendo también al modo humano... y todos santificando a la familia.

Siglos después, los cruzados dejarían erigida la basílica en el lugar que antes recibiera a la Sagrada Familia, la cual destruyeron en gran parte los siglos venideros, pero sin impedir que la divina Providencia mantuviera hasta hoy en día el ábside con la gran roca al centro, testigos silenciosos que hasta hoy dan testimonio de que la más santa de las madres y el más justo varón como custodio, pasaron alguna vez por aquí con el Verbo del Altísimo encarnado, que vendría a instituir la gran familia de Dios por medio su Iglesia y de la vida de la gracia.

Encomendamos a sus oraciones a todos aquellos consagrados que se encuentran en lejanas tierras, dándolo todo por el Evangelio; a todos los misioneros que se desgastan por la gloria de Dios y salvación de las almas, y a quienes tienen el oficio de rezar y ofrecer especiales sacrificios por ellos y sus misiones, rogando todos juntos al Dueño de la mies que suscite y envíe operarios a trabajar en su viña...

DOS MESES INTENSOS

16 de diciembre de 2020

Queridos amigos:

Debido a diversas circunstancias, hemos dejado pasar algunas nuevas de nuestro monasterio en estos últimos casi dos meses, en que algo les hemos compartido, pero quisiéramos contarles un poco más, aunque lo más brevemente posible, acerca de las infaltables gracias que Dios nos sigue concediendo.

Hemos recibido varias visitas de nuestros religiosos y religiosas, como el P. Carlos Ferrero y el P. Gabriel Romanelli, como ya les hemos contado, pero también de más de un grupo de nuestras hermanas misioneras también en Tierra Santa; dos de las cuales hasta nos dieron una mano para preparar las mermeladas que nos ayudan a sustentarnos. Respecto a esto, como les contamos anteriormente, también ha sido una gracia enorme la realización de la cosecha y aceite de este año para contribuir también a nuestro sostenimiento, y esta semana el comienzo de la poda de los olivos que no pudimos hacer el año pasado y que ciertamente es muy necesaria.

El pasado mes también pudimos celebrar una santa Misa especial en que Sandra y Matán, amigos nuestros, renovaron sus compromisos matrimoniales en su séptimo aniversario.

También hemos comenzado a recibir a muchos grupos locales tanto de cristianos como de no cristianos, de los cuales éstos últimos a menudo se interesan mucho en saber qué es un monje católico y en qué consiste

nuestro estilo de vida, llamándoles grandemente a muchos la atención; y donde los cristianos han podido rezar y conocer los restos de la casa de santa Ana que aquí reposan.

Los trabajos de mantenimiento nunca cesan, y entre todo esto hemos podido ir haciendo pequeños arreglos y mejoras como la iluminación de los muros de la basílica y el jardín, además de agregar algunos arreglos más cerca de la Cruz que domina la entrada al monasterio.

No podemos dejar de mencionar algunas donaciones para la capilla, como rosarios, incienso y estampitas, pero especialmente el hermoso cáliz que nos donaron desde Holanda por medio de una hermana y un sacerdote nuestros, que actualmente nos acompaña en la celebración de la santa Misa.

Imagen de santa Ana y la Virgen niña

Es una enorme alegría para nosotros poder compartirles, además, una de esas gracias especiales para nuestro monasterio, que Dios y la Sagrada Familia han obrado especialmente por medio de santa Ana, a quien constantes oraciones le hemos elevado a partir de un encuentro providencial hace 3 años con el P. Sergio, sacerdote a cargo de la parroquia de “Santa Ana” en Arizona, quien encontrándose en plena peregrinación llegó aquí, a la casa de “su patrona”, y luego de hablar fraternalmente con el P. Jason, quien se encontraba trabajando en aquel momento en el jardín, le ofreció alguna ayuda especial a futuro de parte de él y su parroquia, ante lo cual surgió la manifestación de querer tener más adelante una imagen de santa Ana próxima al ábside de la

ruina, pidiéndole particulares oraciones a él y su parroquia para que esto se llegara a concretar algún día. Pues bien, luego de haber rezado en la capilla y despedirse muy cordialmente, las oraciones mutuas fueron el nexo hasta que al poco tiempo el padre nos contactó nuevamente para sorprendernos con la grande y hermosa noticia de que su parroquia nos ofrecía generosamente la imagen de santa Ana con la Virgen niña, para ornamentar y acompañar la devoción de los peregrinos, llenándonos obviamente de gran alegría, y especialmente ahora que, Dios mediante, luego de algún tiempo contamos con la correspondiente aprobación para recibir e instalar la bellísima imagen que ha sido confeccionada en Italia.

Agradecemos a la Sagrada Familia por su intercesión, así como a todos aquellos religiosos y laicos que rezan especialmente por esta intención, y les queremos pedir a todos ustedes que nos acompañan a la distancia, especiales oraciones por todas estas almas generosas de la parroquia dedicada a la abuela de nuestro Señor Jesucristo, que han contribuido a esta donación con el gran esfuerzo que implica en estos tiempos tan difíciles para todos, y para que finalmente salga todo bien y se concrete el traslado hasta acá (la imagen aun no llega y deseamos que lo haga sin problemas), y podamos definitivamente instalarla en el lugar que antaño recibiera en persona a quienes representan: “La congregación de Santa Ana está formada por familias e individuos en distintas fases de su caminar en la fe, y ya sea a través de la oración, de la celebración de los sacramentos o simplemente conviviendo fuera de las paredes de la iglesia, estamos comprometidos a amar a Dios y al prójimo.” (de la página oficial de la parroquia de santa Ana, Arizona).

Finalmente, les contamos que a principios de noviembre conseguimos una reservación para poder celebrar la santa Misa en el Santo Sepulcro, en el altar del Calvario, agradeciendo especialmente a Dios por sus beneficios y tantas bendiciones para nuestra comunidad.

Damos gracias a Dios por todas estas bendiciones y las muchas otras que sólo Él conoce y no deja de concedernos, pidiéndoles especiales oraciones por las necesidades materiales y espirituales de nuestro monasterio, comprometiendo como siempre nuestras oraciones por ustedes.

TRIDUO PASCUAL EN JERUSALÉN

11 de abril de 2021

Queridos amigos:

Escribía san Juan Pablo II que “En la resurrección se reveló el hecho de que ‘en Cristo reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente’ (Col 2, 9; cfr. 1, 19). Así, la resurrección ‘completa’ la manifestación del contenido de la Encarnación. Por eso podemos decir que es también la plenitud de la Revelación. Por tanto, como hemos dicho, ella está en el centro de la fe cristiana y de la predicación de la Iglesia”.

Crear en Cristo Resucitado, en primer lugar, da consuelo a nuestros corazones afligidos; da calor a nuestra alma para que se entusiasme nuevamente a reparar nuestra vida de pecado y seguir las huellas del divino Maestro; nos

mueve a correr en busca de la Madre de los Dolores, pero no ya para consolarla, sino para contemplarla gloriosa en la gloria de su divino Hijo; porque creer en Cristo es sintonizar nuestros corazones con el Corazón del Resucitado, para que ambos puedan latir juntos por su gracia en el Amor de la redención. Contemplar la resurrección de Cristo es dar seguridad a nuestra fe, avivar nuestra esperanza, enardecer nuestra caridad; y dar descanso y consuelo a nuestro corazón. Es por esta razón que celebrar el Triduo Pascual en Jerusalén constituye una de esas gracias inefables que no se pueden expresar completamente con palabras, pero que de todas maneras se pueden más o menos compartir al contarlas, y eso es justamente lo que queremos hacer ahora con ustedes, compartiendo tanto la alegría de este tiempo Pascual que acabamos de comenzar, cuanto el gozo interior de haber podido rezar en los mismos santos lugares, que permanecen hasta nuestros días como testigos silenciosos que confirman irrefutablemente la historia de la redención.

El lunes, martes y miércoles santo: trabajo intenso en el monasterio, arreglos; cosecha de limones para mermeladas, trabajos de jardín, etc.

El miércoles santo por la tarde: viaje a Jerusalén, hospedados a 5 minutos caminando del Santo Sepulcro, para participar del Triduo Pascual y demás celebraciones en la Ciudad Santa. Santo Rosario en el Calvario por la noche.

Jueves Santo: Misa crismal y cena del Señor en el Santo Sepulcro; 250 sacerdotes concelebrantes y la participación de las hermanas SSVM, religiosos de muchas congregaciones y feligreses tanto de Jerusalén como de lugares cercanos.

Por la tarde nos dedicamos a la lectura de todos los capítulos que narran la pasión hasta el prendimiento (de los cuatro Evangelios), con los padres en el techo del Cenáculo, lugar de la primera santa Misa de la historia, presidida por el mismo Jesucristo acompañado de sus discípulos. A continuación, liturgia en Getsemaní por la noche y veneración de la roca de la agonía, lugar donde antaño nuestro Señor padeciera tristeza mortal en su alma a causa de los pecados de la humanidad, al punto de sudar sangre. Luego rezo del santo rosario con toda la familia religiosa peregrinando rumbo a san Pedro Gallicanto, siguiendo el mismo recorrido de nuestro Señor aquella noche santa, y oración personal en el lugar de las negaciones, leyendo salmos penitenciales en la cisterna donde Jesucristo paso la noche antes del Calvario.

Viernes Santo: liturgia y adoración de la santa Cruz ante una reliquia de la misma en el Santo sepulcro por la mañana; rezo del Vía Crucis por la Vía Dolorosa con los franciscanos y cristianos locales por la tarde; liturgia del funeral de Cristo en el Santo Sepulcro por la tarde-noche, donde se desciende de la Cruz una hermosa imagen articulada del Señor, y se recrea dicho descenso para ser llevado hasta el Santo Sepulcro, pasando previamente por la roca de la unción donde los ungüentos y aromas se aplican antes de continuar hasta el lugar donde descansó el cuerpo del Señor hasta su triunfal resurrección.

Sábado Santo: Vigilia pascual “por la mañana” (sólo aquí en Jerusalén se hace así por Status Quo), y festejos al medio día con toda la familia religiosa.

Ciertamente fueron días físicamente intensos, con ceremonias de hasta 3 horas; sin embargo, el tiempo se pasaba realmente volando al ir participando de la hermosa

liturgia que se lleva a cabo en los santos lugares: largas y solemnes procesiones, incienso, cantos en latín y hermosas oraciones y ritos especiales que acompañaron todas las celebraciones, se convertían inevitablemente en una invitación a la oración, haciendo de todo el Triduo un tiempo espiritualmente intenso también.

Tuvimos presente las intenciones y necesidades de toda nuestra familia religiosa, y de todas aquellas almas encomendadas a nuestras oraciones y ministerio; todos aquellos que rezan por nosotros y nos acompañan a la distancia con sus plegarias, y todo ello en los santos lugares de Jerusalén.

La resurrección de Cristo es, en cierta manera, el comienzo de la Vida Eterna, el principio de una era nueva sin fin. Vivir la resurrección de Cristo es incorporarse a este nuevo estado, preparándose así a la vuelta gloriosa del Señor. De ahí lo que nos anuncia San Pablo: “Cuando se manifieste Cristo, que es vuestra vida, entonces vosotros también apareceréis con Él, llenos de gloria”. Nos toca, pues, vivir la resurrección de Cristo, y pregonar su triunfo definitivo. Mientras tanto, seguimos peregrinando en esta vida mortal, con nuestros defectos y limitaciones, con nuestros pecados y tentaciones. Pero a pesar de todo, en todas nuestras dificultades y en cada una de nuestras batallas nos anima saber que nuestra Cabeza ya ha triunfado. Lo que nos queda es tan sólo librar la batalla y alcanzar la victoria en el interior de nuestro corazón.

Que la alegría pascual se prolongue en nuestras vidas, en cada momento, en cada cosa que hagamos, sabiendo que en nuestra fidelidad a la gracia de Dios ya está presente nuestra resurrección de entre los muertos

para vivir junto con Cristo para siempre, para nunca más morir.

Le pedimos esta gracia a la santísima Virgen, madre de Jesucristo resucitado.

BREVES DESDE LA CASA DE SANTA ANA

6 de mayo de 2021

Queridos amigos:

Por gracia de Dios estas últimas semanas no han dejado de ser intensas, tanto por los trabajos de mantenimiento cuanto de los apostolados realizados en el monasterio; razón por la cual nos ha resultado difícil poner nuevas publicaciones respecto a la casa de santa Ana. Sin embargo, seguimos recibiendo sus saludos y oraciones como siempre, así como sus palabras de acompañamiento a la distancia, por lo cual aprovechamos ahora para compartirles algunas líneas sobre este último tiempo.

Mantenimiento

Por gracia de Dios vamos poco a poco realizando pequeños arreglos, como algunos nuevos letreros (y otros que pronto prontamente llegarán), nuevas flores de temporada; comenzar a restaurar los asientos para el jardín, etc.

Peregrinación a Nazaret

Hace aproximadamente dos semanas, un segundo grupo de hermanas pudo realizar la peregrinación de Séforis a Nazaret, pidiendo especialmente por las vocaciones y por nuestra familia religiosa; que sean cada vez más las almas generosas que acepten el llamado de Dios a servirlo en favor de las almas en tierra de misión.

Visitas al monasterio

Como ya les hemos contado, actualmente la mayoría de quienes nos visitan son locales no cristianos, quienes se muestran muy interesados en conocer nuestro estilo de vida y poder compartir algún momento con los monjes de Séforis, gran oportunidad para aprender recíprocamente sobre lo que cada cual cree y testimonia; siendo realmente muy enriquecedor y fecundo. Por otro lado, estamos recibiendo más grupos de cristianos locales que vienen a rezar, y esta es para nosotros una gran alegría, ya que hace mucho tiempo no veíamos las velas de las imágenes de los santos de la capilla encendidas por ellos, y nuevamente -poco a poco-, podemos encontrarnos con los asientos de la capilla ocupados por devotos que elevan a Dios sus plegarias desde la casa de santa Ana.

Voluntarias y más ayudas al monasterio

Bien sabemos que la vida en el monasterio, y en toda comunidad religiosa, es intensa física como espiritualmente. Es así que hemos podido recibir con gran alegría a 3 de nuestras hermanas de Belén: la M. Cielo (Provincial), entre ellas, quienes decidieron venir a hacer

unos días de “voluntariado”, dándonos una ayuda enorme especialmente en lo que respecta a la capilla y sacristía, además de la hospedería. También hemos recibido pequeñas donaciones y ayudas que nos han permitido contribuir a pequeños arreglos y sustento del monasterio. Les agradecemos enormemente, al igual que a ustedes por sus oraciones.

Feligreses de Séforis

Gracias a Dios, pese a las dificultades que han afectado la apertura y capacidad de recepción de fieles en las distintas iglesias; hemos podido continuar con la santa Misa del fin de semana con algunos amigos y feligreses que nos acompañan regularmente. Ya que aquí el Domingo es día laboral, hemos comenzado desde hace unos meses a tener la Adoración de la tarde y a continuación la santa Misa con nuestros amigos, luego de la cual compartimos una media hora de encuentro fraternal con el correspondiente café.

Eutrapelia sacerdotal

Gracias a Dios hemos podido encontrarnos en Belén con nuestros padres, pudiendo participar de una agradable eutrapelia (tiempo para compartir en comunidad), incluyendo al P. Romanelli quien nos visita unos días, y con quien pudimos rezar el santo Rosario en 5 lenguas desde el jardín del monasterio, transmitido en directo; siendo muchas las personas que nos acompañaron pese a la diferencia de horario en tantos países.

Por gracia de Dios, luego de que la situación se haya normalizado bastante en Tierra Santa, hemos podido seguir con algunos pequeños arreglos para el mejor mantenimiento del monasterio, como algunos nuevos letreros para indicar mejor tanto lo que implica que este santo lugar sea un monasterio, cuanto a pequeños detalles como indicaciones sencillas del mismo. Gracias a algunas ayudas especiales, también pudimos contratar a un pequeño tractor que se encargó de limpiar gran parte del parque que, debido a la abundancia de trabajo, no habíamos podido terminar de trabajar.

Todas las semanas recibimos grupos locales que se muestran muy interesados en escuchar algo acerca de la vida en el monasterio, así como cada vez más cristianos que vienen y aprovechan para rezar en la capilla, especialmente cada sábado en la santa Misa en español que celebramos para nuestros amigos que fielmente nos acompañan, e incluso a veces llegan antes para compartir la Adoración Eucarística de la tarde con los monjes.

También hemos podido recibir nuevamente a dos hermanas que vinieron a dar una gran ayuda al monasterio, encargándose especialmente de colaborar con la sacristía y hospedería, lo cual ha permitido dedicar más tiempo a trabajos de jardín e intelectuales, y también para hacer más mermeladas y envasar el aceite que nos va quedando de los olivos del monasterio; además de ayudar en la liturgia especialmente con los cantos.

Finalmente, hablando de cantos, con gran alegría les podemos contar que ayer se realizó el primero de cuatro conciertos de música sacra en la ruina de la basílica dedicada a santa Ana que resguarda el monasterio, viniendo casi 200 personas en este primer concierto, pero

esperando a más en los venideros. Ya desde casi dos horas antes comenzó a llegar la gente que aprovechó de compartir con nosotros haciéndonos muchas preguntas sobre el lugar, la vida monástica, nuestras familias, etc.; y comprándonos los productos del monasterio para ayudar así también al mantenimiento y arreglos siempre necesarios.

Damos gracias a Dios por tantas gracias recibidas de su bondad, por su Divina Providencia que no deja de hacerse presente con sus manos llenas de bendiciones en favor de las almas; y como siempre nos encomendamos a sus oraciones, comprometiendo las nuestras por sus necesidades materiales y espirituales, e intenciones, desde la casa de santa Ana.

CORPUS CHRISTI

8 de junio de 2021

Queridos amigos:

Por gracia de Dios, este año pudimos celebrar la solemnidad de Corpus Christi con los amigos del monasterio, lo cual permitió que, a diferencia de año pasado, pudiéramos realizar mejor la procesión con el Santísimo Sacramento, acompañado de los correspondientes cantos y campanas hasta llegar al mirador del monasterio, desde donde se contempla gran parte del valle, y desde allí bendecir con Jesucristo sacramentado. La Providencia se encargó de que, al momento de llegar con la Eucaristía, cesara el fuerte viento

que anteriormente apenas nos había dejado poner los manteles y preparar el altar de afuera para la bendición. Después regresamos con la misma solemnidad a la capilla para realizar la reserva y agradecer por esta importante y tan hermosa solemnidad. Finalmente, como cada sábado, compartimos un rato fraterno con nuestros amigos y nos despedimos esperando encontrarnos nuevamente como cada sábado en Séforis: en la capilla para rezar.

Los tuvimos presente en la santa Misa y seguimos, como siempre, en unión de oraciones.

FIN DE LOS CONCIERTOS DE MÚSICA CLÁSICA Y TERCERA ORDEN EN SÉFORIS

2 de julio de 2021

Queridos amigos:

Como bien sabemos, la Divina Providencia siempre sabe sacar y repartir sus bienes incluso de entre las mismas adversidades, y es que la bondad divina jamás se queda quieta y busca constantemente derramar sus bendiciones, siendo así que, pese a la difícil situación actual, que se ha dejado ver en Tierra Santa -entre otras cosas-, por la ausencia de los peregrinos que siempre formaron parte de los santos lugares, ha seguido haciéndose notar en la casa de santa Ana. Si bien los peregrinos locales siguen siendo pocos, los visitantes locales no cristianos han aumentado considerablemente este último año, razón por la cual el apostolado de “dar a conocer mejor lo que creemos y que

fundamente nuestra vida consagrada”, se ha convertido en una verdadera impronta al momento de recibir a estos grupos, quienes suelen aprovechar para intercambiar opiniones y escuchar acerca del estilo de vida monástico y todo lo que implica la realidad de un monasterio. Todo esto ha contribuido también a la organización de los conciertos que les hemos ido compartiendo “por fragmentos”, por parte del Moshav (pueblo en que vivimos) y el kibut vecino, quienes con nuestra colaboración pudieron llevar a cabo estos hermosos encuentros musicales, llegando a tener más de 300 personas en el último, al cual también llegaban a partir de una hora y media antes, tanto para conocer el lugar como para hablar con los religiosos y adquirir los sencillos productos que podemos ofrecer realizados aquí mismo. Realmente cada concierto se convirtió en un apostolado del todo especial y motivo de que luego varios grupos nuevos vinieran también a conocer la casa de santa Ana.

Por otro lado, les compartimos la memorable visita de miembros de la Tercera Orden del IVE en Tierra Santa, es decir, aquellos laicos que se han comprometido oficialmente a vivir y adentrarse más y más en el espíritu propio de nuestra familia religiosa.

Luego de haber visitado Cesarea durante la mañana, se dirigieron hacia el mediodía al monasterio, donde pudimos compartir el almuerzo y una extensa sobremesa, donde fueron variados e interesantes los temas que pudimos tratar, aclarando dudas y compartiendo hermosas experiencias, especialmente en lo que respecta al testimonio de vida cristiana de cada uno viviendo acá, así como la gran alegría de encontrar a muchas personas que

comparten el mismo entusiasmo por vivir su fe de la mejor manera posible.

A continuación, los sacerdotes nos pusimos a atender a las confesiones hasta la santa Misa de los terciarios, presidida por el P. Marcelo, quien venía a cargo del grupo. Posteriormente, llegaron nuestros feligreses habituales para participar de la santa Misa como cada sábado, presidida por el P. Jason, para luego juntarnos todos nuevamente y compartir una sencilla merienda antes de despedirnos comprometiendo nuestras mutuas oraciones, y esperando más visitas a la casa de santa Ana.

Damos gracias a la Sagrada Familia por las innumerables gracias que no dejan de bendecir este santo lugar, y pedimos especiales oraciones por los cristianos de Medio Oriente y su santificación.

SOLEMNIDAD DE SAN JOAQUÍN Y SANTA ANA: POR LOS FRUTOS SE CONOCE EL ÁRBOL (HOMILÍA)

26 de julio de 2021

Queridos hermanos:

En este día tan importante para nosotros, monjes del Monasterio de la Sagrada Familia, lugar que resguarda los cimientos de la casa de san Joaquín y santa Ana, podemos considerar varios aspectos acerca de los padres de la Virgen María a la luz de la tradición, algunos textos

de los santos, o los datos del evangelio apócrifo de Santiago (donde encontramos, por ejemplo, sus nombres).

En esta oportunidad, quisiéramos referirnos brevemente a tres de ellos:

En primer lugar, siguiendo la idea de san Juan Damasceno, como el árbol se conoce por sus frutos, podemos estar seguros de la santidad de los padres de María santísima, ya que, en palabras del santo: “Toda la creación os está obligada, ya que por vosotros ofreció al Creador el más excelente de todos los dones, a saber, aquella madre casta, la única digna del Creador.” Así como el Hijo de Dios debía nacer de un vientre purísimo, de la misma manera aquella que lo recibiría en el mundo en su vientre fue preparada desde toda la eternidad tanto por el eterno designio fuera del tiempo, como por la santidad de sus padres en la tierra, la cual fue probada con la “paciencia”, ya que fue recién en su vejez y luego de muchas plegarias que pudieron ser padres de tan excelsa niña; y por esta misma razón fue una santidad probada con la confianza en Dios y el santo abandono a su divina voluntad; por eso, dice también el Damasceno de los abuelos del Señor: “Con vuestra conducta casta y santa, ofrecisteis al mundo la joya de la virginidad, aquella que había de permanecer virgen antes del parto, en el parto y después del parto; aquella que, de un modo único y excepcional, cultivaría siempre la virginidad en su mente, en su alma y en su cuerpo.”

En segundo lugar, san Joaquín y santa Ana fueron el instrumento por el cual la Virgen, ya desde niña, aprendió la maternidad que posteriormente se extendería a toda la humanidad, es decir, que fueron el primer ejemplo de lo que implica realmente ser madre o padre. Decía san

Juan Pablo II: “La figura de Santa Ana, en efecto, nos recuerda la casa paterna de María, Madre de Cristo. Allí vino María al mundo, trayendo en Sí el extraordinario misterio de la Inmaculada Concepción. Allí estaba rodeada del amor y la solicitud de sus padres Joaquín y Ana. Allí «aprendía» de su madre precisamente, de Santa Ana, a ser madre... Así, pues, cuando como «herederos de la promesa» divina (cf. *Gál* 4, 28. 31), nos encontramos en el radio de esta maternidad y cuando sentimos de nuevo su santa profundidad y plenitud, pensamos entonces que fue precisamente Santa Ana la primera que enseñó a María, su Hija, a ser Madre”. Es decir, que, en san Joaquín y santa Ana, la Virgen conoció desde su infancia lo que implica el rol de los padres respecto a sus hijos: preocupación por ellos, renuncia, sacrificio, dolor de sus males y alegría de sus bienes; consuelo, compromiso y todo esto sin condiciones, porque así son las buenas madres, con un amor que no sabe de límites y no duda en olvidarse de sí con tal de beneficiar, especialmente el alma, de los hijos.

En tercer lugar, análogamente al Precursor, los santos padres de la Virgen son ejemplo de abandono absoluto a la voluntad de Dios, en concreto, a la misión para la cual el Altísimo los tenía destinados. Porque, así como el Bautista debía señalar al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y luego dar un paso atrás, así también estos ancianos, hacia el ocaso de su vida ofrecieron a la Madre de Dios y de la Iglesia, desapareciendo luego humildemente, pues **aquella había sido su misión** y la aceptaron y cumplieron cuando Dios lo quiso, encontrando allí su santificación y posterior premio en la eternidad.

En este día en que celebramos la memoria de los abuelos de nuestro Señor Jesucristo y padres de María santísima, a ellos les pedimos que nos alcancen la gracia de abrazar la voluntad de Dios, al tiempo que Él quiera y de la manera que nos la muestre, para asemejarnos así a aquella que más que nadie agradó al Padre del Cielo con su santo abandono y su humildad.

AGRADECIENDO SUS ORACIONES

25 de septiembre de 2021

Queridos amigos:

Dice Dom Columba Marmion que “la gratitud es el primer sentimiento que debe hacer nacer en nosotros la gracia bautismal; el segundo es el gozo. Jamás deberíamos pensar en nuestro bautismo sin un profundo sentimiento de alegría interior”; y enseña el catecismo que: “Hay algunas obras admirables y ciertos dones riquísimos del Espíritu Santo, que se dice que nacen y provienen de Él, como de una fuente inagotable de bondad [...]; con la palabra “don” se significa lo que se da afectuosa y gratuitamente, sin tener esperanza alguna de remuneración; y, por consiguiente, cualesquiera dones y beneficios que nos hace Dios ¿y qué cosa tenemos, como dice el Apóstol, que no la hayamos recibido de Dios?, debemos reconocer con ánimo piadoso y agradecido que se nos dieron por consentimiento y gracia del Espíritu Santo”.

Siguiendo con esta hermosa realidad, queremos compartir con ustedes algunas de las actividades que hemos podido realizar en nuestro monasterio, siendo tiempos muy intensos de trabajo y oración, a modo de agradecimiento, como siempre, a Dios, la Sagrada Familia y a todos aquellos que rezan por los monjes de la casa de santa Ana, y que constantemente nos escriben para reiterarnos su acompañamiento a la distancia.

Trabajos

Después de mucho tiempo, finalmente pudimos conseguir una habitación externa para hacer las veces de cuarto de herramientas y depósito, el cual nos era sumamente necesario, debido a que nuestro monasterio ubicado junto a las ruinas de la basílica cruzada, es en sí mismo es muy pequeño y por esa razón las herramientas y algunas otras cosas debíamos guardarlas a veces en el pasillo mismo del monasterio o en nuestras celdas, pero gracias a este nuevo cuarto, todo ese espacio ha quedado nuevamente libre y todo lo que necesitamos para cuidar la casa de santa Ana ya tiene su propio lugar para quedar ordenado después de las horas de trabajo. Hicimos nosotros mismos la base de cemento con la ayuda de nuestros padres misioneros que nos visitaron unos días (haciendo como pudimos las veces de albañiles: es que en tierra de misión hay que aprender a hacer de todo según las necesidades), y posteriormente trajeron e instalaron la habitación.

Artesanías

Terminamos de envasar en botellas más pequeñas el último aceite que nos quedaba: 33 botellas de casi un litro cada una, poniendo ocho junto con los maceteros de cactus que preparamos también con algunos cactus del monasterio y otros conseguidos afuera, ya que acá les encantan los del jardín y constantemente nos lo dicen. Al día siguiente de terminar de envasar todo, vino un grupo grande de cristianos rusos, con quienes pudimos compartir un diálogo como siempre agradable, respondiendo a sus preguntas acerca de la vida monástica y ofreciéndoles de los productos que hacemos en el monasterio. Lo más interesante y anecdótico fue que ese grupo en 10 minutos ya se había llevado todo el aceite, siendo de gran ayuda para el monasterio y de gran apostolado al llevarse con ellos el trabajo de los monjes.

Nuestra Señora de los dolores

Pudimos celebrar la exaltación de la santa Cruz con la correspondiente solemnidad con nuestra familia religiosa en Belén, al igual que al otro día temprano a nuestra Señora de los dolores, aniversario de votos perpetuos de muchos de nuestros religiosos, festejando en la casa de las hermanas y saliendo hacia Jerusalén después del desayuno festivo, para rezar en el Santo Sepulcro y pedir por las intenciones y necesidades de todas las almas encomendadas a nuestras oraciones.

Le pedimos a María santísima la gracia de permanecer siempre fieles a los buenos propósitos que le hemos hecho a Dios, y serle siempre agradecidos por tantos dones dispensados por su infinita misericordia.

PERO DIOS TENÍA OTROS PLANES

19 de octubre de 2021

Queridos amigos:

Como enseña hermosamente el apóstol san Pablo, “todo coopera para el bien de los que aman a Dios” (Ro 8, 28), y esto se refiere tanto a los bienes como a los males que se constituyen en verdaderas pruebas purificadoras de nuestras almas: los bienes, para agradecerse los y fomentarlos, compartirlos y hacerlos fructificar en la medida de nuestras posibilidades; y los males para aprender a unirnos a la cruz de Cristo, para tener algo que ofrecer y medir nuestra virtud en orden a acrecentarla durante el momento de la prueba. Pero de todo esto no estaremos seguros ni nos haremos partícipes tampoco sin un profundo espíritu de fe, que es la virtud teologal que nos permite ver la mano de Dios detrás de todas las cosas buscando nuestro bien, o mejor dicho “queriendo siempre nuestro bien”, y arreglándoselas para ofrecérselo siempre y cuando nosotros no le pongamos obstáculos. Pues bien, este año nuevamente estaríamos sin voluntarios para la cosecha de las aceitunas con las que hacemos el aceite para el monasterio, y que además podemos vender del excedente para contribuir a nuestro sustento (anteriormente tuvimos una pequeña ayuda, pero teniendo que pagar bastante); todo esto debido, principalmente, a la aún difícil situación para todos... pero Dios tenía otros planes: hace un tiempo habíamos conocido al agregado militar de Chile, al de Perú y algunos otros amigos de ellos que por motivos de trabajo se encuentran en Tierra Santa; e inmediatamente nos ofrecieron su ayuda para lo que necesitáramos, proponiendo ellos mismos una jornada de

voluntariado en el monasterio. Fue así que después de un tiempo nos pusimos en contacto nuevamente y concretamos todo para este pasado sábado 16, en que agregados militares, sus familias y algunos amigos de Chile, Perú, Argentina, España, México y Honduras, llegaron por la mañana a participar de la santa Misa en honor de los dueños de casa, san Joaquín y santa Ana, ofreciéndonos ayuda desde el inicio en la preparación de todo (ya que al ser tantos había que preparar todo afuera pues no entrábamos todos en la capilla), incluyendo improvisar la capilla al centro de la basílica llevando todo lo necesario, limpiando sillas, ordenando y hasta dirigiendo los cantos para la santa Misa, la cual nos agradecieron mucho por lo importante que es este lugar santo para las familias, ya que ha sido santificado por la mismísima Sagrada Familia desde los abuelos hasta el mismo Jesucristo con la Virgen y san José y su paso por aquí.

Posteriormente nos preparamos con las ropas de trabajo y luego de un pequeño refrigerio nos pusimos manos a la obra todos juntos: grandes y chicos, laicos y monjes trabajando en un clima de gran alegría entre conversaciones muy interesantes y preguntas y respuestas que se convirtieron por fuerza en un hermoso apostolado.

Después de la cosecha nos esperaba un gran asado festivo con las familias, en el que además de compartir experiencias, y teniendo a más de un guitarrista cantor entre los voluntarios, comenzó la guitarreada con cantos típicos de los distintos países de nuestros nuevos amigos, para terminar después de un buen rato con el tradicional canto a la Virgen en acción de gracias y la bendición a todos los presentes luego de reiterarles nuestro agradecimiento e invitándolos para cuando quieran a la

santa Misa en español que realizamos cada sábado a las 18:00 horas de acá; o a pasar algunos días de retiro en nuestra pequeña hospedería cuando lo deseen, con el compromiso de más de uno de regresar a visitar la casa de santa Ana y a los monjes que la cuidan.

Agradecemos como siempre a Dios, quien tenía otros planes para la cosecha de este año; y por supuesto a la Sagrada Familia y a las personas que rezan por nosotros, correspondiendo continuamente con nuestras oraciones por sus intenciones.

CONTINUANDO CON LA PODA: REFLEXIÓN SOBRE EL TRABAJO MONÁSTICO

3 de diciembre de 2021

Queridos amigos:

Conocida es la sentencia que resume lo que ha de ser la impronta de cada alma dedicada a la hermosamente llamada “vida contemplativa”, es decir, aquella parte mejor para la cual ha sido elegido el monje por el mismo Dios: “Ora et labora” (Reza y trabaja); representada con profunda sencillez en la figura de María, la hermana de Marta, quien con absoluta simplicidad escuchaba y meditaba las palabras del Maestro que visitaba su hogar... “No se dice simplemente de María que estaba sentada cerca de Jesús, sino junto a sus pies; es para manifestar la

presteza, la asiduidad, el deseo de oírlo y el gran respeto que profesaba al Señor.” (San Juan Crisóstomo).

Mientras Marta se dedicaba al servicio del Señor, María no pudo evitar quedarse como absorta en las palabras de Jesús. El hombre ha sido creado en este mundo como un viador que camina hacia la eternidad, es decir, hacia la contemplación sin fin de su Dios y Señor, pero es cierto también que desde ya, aunque de manera participada mas no por eso ineficaz, puede el alma poner sus ojos en Dios mediante la oración con la reflexión y meditación de sus misterios, que es como una manera de “anticipar nuestro fin último” dentro de lo que nos permite nuestra actual condición, en la cual nos podemos gozar de los misterios divinos ya que somos seres espirituales, capaces de degustar la verdad que contemplaremos cara a cara en la otra vida, y esta actitud de “contemplar”, es tan preclara que Jesucristo mismo la defiende en María, a quien “no le será quitada”, y tan importante que dentro del seno mismo de la Iglesia Dios se ha apartado a algunos pocos para que dediquen toda su vida a contemplar e interceder por sus hermanos mediante la oración en la vida monástica. Por eso dice San Gregorio que, “El cuidado de Marta no se reprende, pero se alaba el de María; son grandes los méritos de la vida activa, pero son mayores los de la contemplativa. Se dice además que nunca le será quitada la parte a María, porque las obras de la vida activa pasan con el cuerpo, mientras que los goces de la vida contemplativa mejoran al fin.”, y agrega san Ambrosio: “Que el deseo de la sabiduría te haga como María; ésta es la obra más grande, la más perfecta. Que el cuidado de tu ministerio no te aparte del conocimiento del Verbo celestial, ni acuses, ni estimes ociosos a los que veas dedicados a la sabiduría.”

En resumen, el monje debe dedicarse a la oración, al “Ora”... pero sin descuidar jamás la otra cara y complemento de esta moneda: el “Labora”; porque si bien el esfuerzo del trabajo consistió en un castigo para el hombre después del pecado original, sin embargo, a partir de la ley de la gracia, en que Jesucristo vino a transformarlo todo para nuestro bien y salvación, el trabajo no podía quedar exento, convirtiéndose así, como bien sabemos, en fuente de gracias y méritos cada vez que lo ofrecemos a Dios por nuestras intenciones..., y mayor mérito a mayor esfuerzo y alegría en el ofrecimiento.

Por gracia de Dios, continuamos con el arduo trabajo de la poda de los olivos de nuestro monasterio: 84 contra dos monjes, así que a Dios gracias y a la Sagrada Familia hay bastante aún para ofrecer, ya que no es solo la poda de los troncos grandes que hace 5 años fueron bien cortados, sino también trozar el resto para poder arrastrar y limpiar las ramas y el parque mientras hacemos el mantenimiento normal, así que es una gran alegría poder ir poco a poco mejorando el aspecto del lugar.

Agradecemos a la Sagrada Familia y como siempre a ustedes sus oraciones, y seguimos rezando por sus intenciones, especialmente para que junto con sus plegarias ofrezcan cada día sus trabajos, esfuerzos, sufrimientos y todas sus cruces al Señor, quien acepta gustoso esta ofrenda en favor de las almas y su plan de redención.

CONVIVIUM EN LA CASA DE SANTA ANA

16 de febrero de 2022

Queridos amigos:

Durante el tiempo de formación en nuestras casas religiosas, ya sea en los seminarios como en los conventos, normalmente una vez al año realizábamos los siempre recordados “Convivium”, que consisten básicamente en juntarse un día específico a compartir con todos los que deseen participar, poesías, canciones, ensayos, etc., compuestos normalmente por nuestros religiosos, fomentando así el desarrollo de los talentos de los consagrados, y siendo un gesto más de la fraternidad que, gracias a Dios, se vive notablemente durante el tiempo de formación.

De alguna manera los días previos a los Convivium no podían pasar desapercibidos, ya que siempre se encontraba a algún compañero durante el tiempo libre escribiendo, memorizando, o ensayando alguna canción o poesía; y llegado el día se disponía una de las aulas de clase para recibir a los participantes. El ambiente, por supuesto, es sumamente familiar, ya que están algunos de los sacerdotes y compañeros de los distintos cursos de filosofía y teología, así como más de una guitarra y órgano para las exposiciones de los trabajos que tanto disfrutábamos escuchar, y que en más de una ocasión nos revelaron un talento desconocido hasta el momento, especialmente con los de los primeros años. A veces el Convivium proponía un tema específico, otras simplemente era tema libre... lo importante era compartir.

Pues bien, queriendo revivir de alguna manera estos momentos que tantos buenos recuerdos nos dejaron antes de partir a nuestras tierras de misión, quisimos realizar un Convivium en nuestro monasterio, bajo el tema de “La vida consagrada”, invitando a los que quisieran venir de nuestros religiosos, bastante conscientes de que sería muy difícil que todos pudieran asistir debido a las actividades y trabajos propios de cada lugar de misión; sin embargo, gracias a Dios y con un gran esfuerzo, contamos con la presencia y participación de nuestros padres misioneros en Belén y Jerusalén, así como las hermanas de la nueva comunidad de Maghar, a pocos kilómetros de aquí, con quienes luego del clásico canto que siempre abría los Convivium pudimos escuchar lo que cada uno preparó para compartir: un himno pidiendo por la santidad de los sacerdotes; una antífona de consagración a la Virgen; poesías a los sagrados votos, a la cruz del misionero, a san Pedro, la Cruz y el Santo Sepulcro, a la misma consagración y una breve exposición sobre la primera Iglesia dedicada a la “Teothokos” en Jerusalén.

Finalmente dimos gracias a Dios por todos los beneficios recibidos, y también a quienes pudieron participar de esta fructífera actividad.

Agradecemos a la Sagrada Familia y a nuestros formadores, quienes supieron inculcarnos e incentivarnos más aún, a escribir, desarrollar y compartir con los demás los posibles dones y habilidades, así como a valorar desde la misión, todo aquello de grandioso que recibimos en el seminario para llevarlo y hacerlo fructificar en el destino al cual Dios quiera llevarnos.

SANTA MISA Y CAMINATA EN EL DESIERTO DE JUDEA

8 de marzo de 2022

Escribía san Juan de la Cruz: “...Así lo hacían los anacoretas y otros santos ermitaños, que en los anchísimos y graciosísimos desiertos escogían el menor lugar que les podía bastar, edificando estrechísimas celdas y cuevas y encerrándose allí; donde san Benito estuvo tres años, y otro, que fue san Simón, se ató con una cuerda para no tomar más ni andar más que lo que alcanzase; y de esta manera muchos, que nunca acabaríamos de contar. Porque entendían muy bien aquellos santos que, si no apagaban el apetito y codicia de hallar gusto y sabor espiritual, no podían venir a ser espirituales.”

El desierto, como bien sabemos, no es propiamente un lugar que ofrezca consuelos y comodidades en cuanto tal, es decir, cuando se edifica algo en el desierto, se podrá adaptar, aclimatar y hasta acomodar para poder quedarse allí, pero todo esto sólo se puede realizar en la medida en que se le quite al desierto -al menos en un punto específico-, lo que tiene de propio y característico, que es su rudeza, soledad, extensión, aridez, etc.; figura perfecta del trabajo arduo que debe realizar un alma para disponerse a adentrarse en las arideces y soledades de la purificación de sus desórdenes para encaminarse hacia la unión con Dios; la cual depende de nuestras renunciaciones, de nuestros despojos de todo aquello que ocupa el lugar que sólo a Dios le corresponde en nuestra alma, y que debemos preparar y disponer echando afuera el pecado, el desorden, y hasta las imperfecciones voluntarias en cuanto a que éstas

Dios tampoco las quiere, porque refrenan nuestro vuelo hacia la santidad... en definitiva, la figura del desierto es la figura del despojo, del vaciarse de sí mismo para dejar a Dios llenar Él mismo ese lugar. Por esta razón aquellas almas heroicas que iniciaron el monacato cristiano se apartaban al desierto, para combatir contra sí mismos y conquistar así la estrecha unión con Dios, asentando las bases de lo que deben ser hasta nuestros días los monasterios, “desiertos” en que el alma se dedique a tratar a solas con Dios en bien del mundo entero y de ella misma, mediante el despojo y las renunciaciones... dedicando la vida entera a esta purificación y unión con Dios: “A medida, pues, que nos veamos libres de toda falta, de cualquier imperfección, de toda criatura, de todo móvil humano, para pensar sólo en Él, para obrar según su beneplácito, más abundante irá siendo la vida en nosotros, y con mayor plenitud se nos dará Dios a sí mismo”, decía Dom Columba Marmion a sus monjes; y el gran Maestro de la Cruz nos exhorta: “mejor es aprender a poner las potencias en silencio y callando, para que hable Dios; ...cuando venga el alma según estas sus potencias a soledad y le hable Dios al corazón” (San Juan de la Cruz).

Pues bien, teniendo esto siempre presente, para nosotros los llamados por la Divina Misericordia a la vida monástica y en el inicio de esta santa Cuaresma, ha sido realmente una gracia muy grande haber podido celebrar la santa Misa en el desierto de Judea, teniendo como retablo las soledades que hace 2000 años se vieran ornamentadas por la santa presencia de nuestro Señor Jesucristo, incluido el llamado “Monte de las tentaciones” según la antigua tradición, en donde el Hijo de Dios padeció las tentaciones que nos dejó como ejemplo de victoria sobre el demonio y el pecado (Mt 4, 1-11; Mc 1:12-13; Lc 4,1-13), asentando

de manera clara las bases de la lucha que todo cristiano realmente comprometido con Dios y con su fe, también deberá padecer en esta vida y sobrellevar para darle gloria a su Señor e ir aprendiendo a ensanchar el alma, que se irá santificando en la medida que lo hagan sus batallas y victorias... o su volver a levantarse con fuerzas y propósitos renovados por la Divina Misericordia.

Para esta ocasión, salimos muy temprano con nuestros padres de Belén hacia el testigo del largo ayuno de nuestro Señor, habiendo preparado los ánimos y todo lo necesario para la santa Misa y posterior caminata a través del yermo.

Debido a la época, el desierto deja ver algunas partes verdes y hasta flores en la zona en que celebramos el santo sacrificio, las cuales después desaparecerán por casi todo el resto del año, y que dejamos de ver apenas nos apartamos del lugar, donde dicha santa Misa la ofrecimos por tantas intenciones de las almas que se encomiendan a nuestras oraciones, además del término de la guerra (pidiendo especialmente por Ucrania). A continuación, luego de viajar un poco más al sur, comenzamos la travesía por el árido aunque hermoso paisaje, con gran entusiasmo interior, bastante agua en la mochila, y solamente el sol y su calor por techo; conversando a ratos (cuando no eran subidas o bajadas que exigieran algo más de aliento), y aprovechando para rezar y meditar cuando solamente el viento se dejaba oír... en definitiva, una salida muy acorde a este tiempo penitencial que nos regala nuevamente la Iglesia, para reflexionar sobre nuestras vidas, extirpar lo que haya que extirpar (cualquier desorden o pecado que haya hecho nido en el corazón), adquirir las virtudes que haya que adquirir, y ser más generosos para con Dios en

nuestras ofrendas, especialmente las espirituales; reparando así nuestros pecados, enderezando nuestras almas hacia la eternidad, y caminando decididamente por la senda de la santificación.

Les deseamos una muy fructífera y santa Cuaresma.

VÍA CRUCIS EN LA CASA DE SANTA ANA ¡RECÉMOSLO ESPECIALMENTE EN ESTA SANTA CUARESMA!

11 de marzo de 2022

“Estamos aquí, conscientes de que el vía crucis del Hijo de Dios no fue simplemente el camino hacia el lugar del suplicio. Creemos que cada paso del Condenado, cada gesto o palabra suya, así como lo que han visto y hecho todos aquellos que han tomado parte este drama, nos hablan continuamente. En su pasión y en su muerte, Cristo nos revela también la verdad sobre Dios y sobre el hombre.” (San Juan Pablo II).

Como cada viernes de Cuaresma, rezamos comunitariamente el santo Vía Crucis en el Monasterio de la Sagrada Familia a las 11:30. El clima parecía no acompañar: breves lluvias hasta antes de comenzar, tormenta de viento desde hacía una hora antes, frío intenso casi todo el tiempo, salvo algunos pequeños intervalos de sol que de vez en cuando se dejaron ver iluminando la basílica... y los dos monjes que por gracia de Dios custodian este lugar santo en espera de los peregrinos que

hace dos años habían comenzado a “ornamentar” cada vez más seguido las ruinas de la casa de santa Ana. Y el clima, como hemos dicho, parecía no acompañar... pero acompañaba: rezar el Vía Crucis implica algo más que las 14 meditaciones de las respectivas estaciones; pues la invitación es más bien a considerar con ello el sendero en su totalidad por el cual el Hijo de Dios decidió libremente caminar hacia la cruz, en favor de nuestras almas y de su triunfo definitivo sobre el pecado y sobre la muerte. Por eso es que propiamente el clima sí acompañó, ya que no fue lo mismo meditar en la capilla (lo cual hubiésemos hecho de haber comenzado a llover como lo hizo durante la mañana), que siguiendo las estaciones que adornan los muros de la basílica que aún permanecen en pie, reflexionando en el dolor del corazón del Cordero sin mancha llevado al matadero (Cf. Is 53,7), entre el fuerte viento y el frío que apenas refrenaban nuestras capuchas. Y como un detalle más, durante la XII estación (“Jesús muere en la cruz”), se dejaron caer algunas gotas que amenazaron hacernos ponernos bajo techo... pero fueron pocas y duraron solamente lo que duró la meditación en esta estación.

Posteriormente rezamos la oración final en la capilla, para concluir con el rezo de sexta y el Ángelus, concluyendo así las oraciones de la mañana y medio día.

Invitamos a todos a participar de esta noble devoción, fuente de abundantes frutos espirituales, así como el rezo diario del santo Rosario, pidiendo de manera especial por los frutos de este tiempo de Cuaresma, tiempo de conversión y mucha generosidad para con Dios, quien más nos da de Él, en la medida en que nosotros también nos demos.

La cruz es la gran escuela del amor y la sabiduría de un Dios clavado y abierto:

“¿Pero cómo, clavado, enseñas tanto?
Debe ser que siempre estás abierto,
¡Oh Cristo, Oh ciencia eterna,
Oh libro santo!”

(Lope de Vega)

COSECHAMOS Y SEMBRAMOS: UN DEBER DE GRATITUD...

15 de octubre de 2022

Existe un dicho bastante conocido que dice más o menos así: “cosechas lo que siembras”, referido normalmente al fruto de nuestras acciones moralmente consideradas, es decir, el que hace el bien (siembra el bien), recibirá bienes a futuro (fruto de lo que ha cosechado), y así también respecto al mal; y sabemos que esto es más o menos así, aunque admite a veces largas esperas especialmente en lo que se refiere a la cosecha del bien, la cual puede incluso llevarse a cabo directamente como la eterna recompensa de la vida futura, como las almas buenas y piadosas que entre sufrimientos santamente sobrellevados, sembraron para cosechar la eternidad del Paraíso, que ya no admitirá más que gozo y alegría interminable.

Pero en esta oportunidad quiero referirme específicamente al caso tan especial consagrado, que

constantemente debe estar sembrando y cosechando el bien, si desea ser consecuente con su vocación, rodeado de tantos y tan abundantes bienes sobrenaturales que éstos por fuerza lo exceden, lo desbordan, y que por esos secretos designios de la Divina Providencia y su amor eterno que arremete incesantemente, lo hacen cosechar también lo que no ha sembrado, a la vez que le imponen una alentadora obligación de caridad para sembrar también para aquellos que vendrán después de él: hermosa realidad que adorna a la vida consagrada en tierra de misión, donde el religioso llega a cosechar los frutos de las oraciones, trabajos, sudor y lágrimas, y hasta cruces tal vez inimaginables que sembraron los que estuvieron antes de él, preparando el terreno con los medios que tenían y las fuerzas que podían, de cara a esa “santa incertidumbre” que posee el misionero, de que no sabe con exactitud hasta cuándo seguirá en tal o cual lugar de misión, porque ya entregó a Dios su voluntad por medio de sus superiores, los cuales le dirán a su debido momento si continuar arando en esa misma tierra sin mirar atrás, o si debe ir a hacerlo a otros campos, quizás hasta más duros si confían en su experiencia para disponer mejor el terreno, quizás de tierras más blandas para que se reponga de su desgaste; pero sea como sea y donde sea, cosechando lo de los que pasaron primero, y sembrando lo más posible para los que vendrán después, movido por ese motor irrefrenable del santo entusiasmo, una vez que se pone en marcha con la fe, la esperanza, la caridad, la gratitud y generosidad con que se viva.

Tenemos un deber de gratitud muy grande aquí en Séforis (así como en tantas otras de nuestras misiones por el mundo), y nuestra respuesta no puede ser otra que la de imitar a nuestros predecesores sembrando con esfuerzo,

llevando nuestra cruz, con esa visión que tenían, por ejemplo, los diseñadores de las grandes catedrales que sabían bien que tardarían tantos años en ser edificadas que ellos mismos no las verían terminadas, porque sabían que ver el fruto de su trabajo en esta vida no era lo importante, sino lo que se sembraba para el futuro y en bien de los demás, como los buenos consejos de los padres a sus hijos, como las virtudes que se adquieren en el tiempo de formación en el seminario, y como cada una de nuestras buenas obras para la eternidad: si aún no somos santos, es porque nos falta sembrar más para cosechar más, ¿qué estamos esperando?!

Gracias a los primeros monjes que se desgastaron con alegría por este sencillo y apartado monasterio; gracias a todas las personas que cooperan de una forma u otra con nosotros, sea con ayudas, sea con sus oraciones; gracias a nuestra amada familia religiosa por confiarnos un lugar santo que albergó la santidad cotidiana que hasta pasó humildemente desapercibida para muchos, y que aun así nos sigue dando ejemplo de virtudes. ¡Gracias a la Sagrada Familia; gracias a Dios!

Que jamás nos cansemos de sembrar en bien de los demás, de los que vendrán, de los que a su debido tiempo y circunstancias también sembrarán para el futuro.

BIENVENIDO A CASA

LOS LAZOS DE SANGRE

10 de enero 2023

“Y todo el que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos o tierras por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna.”
(Mt 19, 29)

Hace casi 10 años que me despedí de mi familia y salí de Chile rumbo a la misión que Dios, en su paterna bondad, me había preparado; es decir, aquel lugar tan esperado adonde nos llevamos “nuestra mochila” cargada de toda aquella hermosa e impagable formación, junto con los inolvidables momentos que fuimos preparando durante todo el tiempo de seminario, en nuestra amada “Finca”, la casa de formación que con su encantadora sencillez ha forjado con gran esfuerzo y dedicación a tantos misioneros que hoy en día van por todo el mundo llevando el Evangelio.

Ahora, después de mis primeros años en Tenerife (Monasterio del Socorro), y estos últimos en Tierra Santa; las cosas se dispusieron de tal manera que pudiera regresar a visitar a mi familia luego de todo este tiempo, en mi primera “visita como monje misionero”. No parecía nada fácil al principio, por lo cual le encomendé este viaje a la Sagrada Familia (que vivió aquí, incluidos san Joaquín y santa Ana en su momento: ¡qué gracia), pidiéndole que por favor me ayudara a disponer todo y conseguir lo necesario si es que era voluntad de Dios que realizara dicho viaje; y en muy poco tiempo Dios, una vez más, me mostró con claridad su generosidad, arreglando Él mismo todas las

cosas para poder volver a ver a mi familia, y poder dar especialmente a mi hermana ese fuerte abrazo que por años estábamos esperando, al igual que el resto de mis seres queridos y amigos.

Pues bien, dejando de lado muchas cosas que podrían extender este relato a unas cuantas páginas más, resumo diciendo simplemente que no dejé de impresionarme con las gracias que venían a montones, y desde antes de salir del Monasterio hasta que regresé nuevamente a él.

Mi hermana estaba feliz conmigo, como siempre; mis padres y mis abuelos se veían un poco mayores, al igual que mis tíos aunque no me pareció mucho (será que yo estoy más viejo, jaja); mis primos y primas “pequeños” ya todos jóvenes grandes (especialmente los dos que bauticé la última vez que nos vimos y que son mis ahijados), hasta con sus familias unos cuantos; y mis primos mayores algunos con más hijos que antes y trabajos y responsabilidades nuevas, etc., lo mismo mis amigos y vecinos; es decir, que en todos se notaban obviamente cambios; pero lo más encantador fue el hecho de que de alguna manera el cariño parecía permanecer intacto... soy monje, mi existencia es más silenciosa, no me comunico tan a menudo debido a mi estilo de vida y demás responsabilidades, especialmente sacerdotales (direcciones espirituales, atención de consultas y peregrinos, predicaciones, apostolado online, estudios, etc.), y sin embargo, mi familia no dejó de alegrarse de mi visita en ningún momento: no sé a cuántos hice llorar con mi llegada (comenzando por mi mamá y mi papá), no sé cuántos me hicieron llorar con su llegada, pero sí sé que jamás abracé tanto ni me sentí tan cómodo con aquella

hermosa frase que de seguro escuchan todos los misioneros cuando regresan a sus lugares de origen con sus familias, a sus países y sus barrios (en mi caso, a “la pobla”), pero que esta vez resuenan realmente de una manera diferente, nueva, llena de sincero afecto: “bienvenido a casa”... y es que así me hicieron sentir todo el tiempo, donde fuera. Ya no existía mi habitación como tal, pero me sentía en casa; la casa de mi mamá era nueva y recibió de mis manos su primera bendición, pero igual me sentía en casa; donde mis tíos, mis primos, mis abuelos, mis amigos y vecinos, donde cada persona que visité me sentía en casa. Tan natural seguía siendo el cariño familiar, que de una manera espontánea una de mis primas del lado materno, madre primeriza, apenas se enteró del viaje me pidió que le bautizara a su hijito; y lo mismo otra de mis primas, del lado paterno; y como si esto fuera poco hubo un detalle más: el único lugar que estaba disponible (ya que la parroquia estaba con todos los horarios cubiertos), era la “Capilla de la medalla milagrosa”, donde todos nosotros -los primos- recibimos nuestra primera Comunión. La ceremonia fue emotiva, así como el reencuentro, y más aún la alegría en el Cielo: ¡dos nuevos hijos de Dios!

En cada Misa que celebraba aparecía algún familiar, algún amigo, o amigos de mis amigos que querían conocerme; y pude predicar a los míos, confesar a muchas personas, y hasta despedirme de una tía abuela y compartir con ella un hermoso y emotivo momento de la lucidez que hace tiempo había perdido y que sorprendentemente reapareció cuando entré a su habitación, poco antes de que el Señor decidiera llevarla junto a Él... y hasta el funeral fue hermoso, con más familia para saludar y aconsejar.

Sólo Dios sabe la cantidad de recuerdos que se suscitaban en cada casa que visité, en el taller donde hasta el día de hoy trabaja a diario y duramente mi abuelo, la capilla que fuera antaño nuestro noviciado, lugar donde conocí a mi amada familia religiosa: el Instituto del Verbo Encarnado; el patio de mi casa, la mesa de mi abuela, etc. No faltaron los sacramentos administrados, no faltaron las conversaciones profundas, no faltaron los corazones que se abrían y se desahogaban y pedían consejo; y a Dios gracias tampoco faltó el consuelo en más de una ocasión, ni las risas ante los recuerdos graciosos o cierta nostalgia por otros.

Todos hemos crecido, todos tenemos nuestras vidas, y soy muy consciente de que mi felicidad está justamente en esto: en que mi vida no sea mía, es decir, que sea para buscar la gloria de Dios y el bien de las almas, ya que en cuanto sacerdote mientras menos me pertenezca mayores frutos daré, porque hay que ser cada vez “más de Dios” y más de las almas... y mucho menos de uno mismo; y en cuanto monje, regresé también con “más para rezar”, para pedir y para agradecer.

El tiempo pasó volando; fue intenso, fue grandioso, y fue también suficiente, ya que, si bien estaba feliz de ver a mi familia, ahora mi hogar está en el monasterio y extrañaba nuestra capilla, aquel sencillo espacio en la esquina de una ruina en donde a diario nos dedicamos a Dios, mismo lugar en que la familia modelo santificó lo cotidiano.

Le pedí a la Sagrada Familia que si era voluntad de Dios pudiera visitar a mi familia y me lo concedió... pero es mucho más lo que me regaló este viaje, porque pude palpar nuevamente aquel “ciento por uno” que nos

promete Jesús en el Evangelio a todos los consagrados y que a veces, con todo respeto, hasta parece quedarse corto, es decir, ¡es más que el ciento por uno!, pues las gracias y bendiciones no se pueden medir, y respecto a nuestra limitada humanidad son siempre desproporcionadas: Dios siempre da más y nos regala una familia que no deja de crecer con lazos nuevos, lazos espirituales, de la cual hablaré en otra crónica: la familia religiosa.

Gracias a mi familia por haberme recibido con tanto cariño: los llevo conmigo a cada uno en el corazón, en el monasterio que sea, en la misión que sea, en mis oraciones. Gracias por esa calurosa bienvenida, tanto de ustedes como de las muchas personas a quienes pude conocer y asistir espiritualmente. Será hasta la próxima, cuando Dios lo disponga, aunque de todas maneras los espero aquí en mi hogar, para poder decirles yo algún día también a ustedes: bienvenidos a casa.

Que nuestra Madre del Cielo nos conceda la gracia de pensar y de sentir como decía aquella alma buena: “Mi mayor deseo es hacer lo que Dios quiere y estar allí donde Él me quiera” (Beata María Elena Stollenwerk)

LOS LAZOS ESPIRITUALES

31 de enero 2023

Por gracia de Dios ha llegado el momento en que puedo decir que, literalmente, la mitad de mi vida he sido religioso; y sinceramente estos 18 años de consagración han pasado volando (desde el noviciado hasta ahora), así

como las experiencias, buenos consejos, buenos amigos, y gracias tras gracias y bendiciones que siempre saben estar presente y abrirse paso a través de las necesarias cruces - ¡benditas cruces!-, en que ha de ser clavada la vida religiosa para poder -y sólo así-, dar frutos, pese a nuestras limitaciones, pese a nuestros defectos... bendito sea Dios para quien todas nuestras debilidades y miserias no le son impedimento si, confiados en sus manos paternas, “lo dejamos obrar”. Tenemos toda la vida para madurar, para crecer, para dejarnos moldear; pero como no sabemos cuándo llegará el momento de presentarnos ante nuestro Redentor, aquel mismo que por sus secretas razones nos ha elegido, es que debemos dedicarnos a trabajar y seguir arando lo mejor posible sin mirar jamás atrás: ¡que la Virgen nos alcance esta gracia!

A la luz de esta consideración fue que pude degustar de una manera muy especial el viaje para visitar a mi familia, donde no tan sólo constaté la intacta firmeza de los lazos de la carne con mi familia natural, la que Dios me regaló; sino también la de aquellos lazos espirituales que Dios mismo también se encarga de forjar y prolongar por el mundo entero a través de las misiones, y más y más en la medida en que éstas se sigan extendiendo, y me refiero a los lazos irrenunciables que se establecen entre todos nosotros, los religiosos de la familia del Verbo Encarnado, familia espiritual, familia sobrenatural, familia también elegida por Dios para nosotros...

“Bienvenido a casa”, me dijeron al recibirme en el noviciado de Chile, y también en “La Finca”, nuestro amado seminario y casa de formación durante nuestros primeros años, verdadero hogar en el que de golpe nos encontramos rodeados de un montón de nuevos

hermanos (aunque esto ya desde el noviciado), unidos todos bajo el mismo ideal, Jesucristo; y bajo el mismo sendero hacia la santidad que debemos recorrer y aprovechar en miras a alcanzar esa meta con esfuerzo: el carisma, nuestro carisma..., “bienvenido a casa”, mismo saludo que me abrió las puertas en las demás casas religiosas por las que pasé: otros noviciados, otro seminario, conventos y monasterios tanto de los religiosos como de las religiosas, etc.; porque era mi familia, la de los lazos espirituales, familia unida también por las oraciones con las cuales nos ayudamos mutuamente y a las cuales constantemente nos encomendamos. “Padre, jamás había visto un monje de los nuestros”, me dijeron en algún lugar recibíendome como a uno más de allí; “padre, ¿cómo está Séforis?”, me preguntaron en más de una oportunidad, personas que no conocía personalmente pero que nos acompañan con sus oraciones a la distancia y por las noticias y escritos que publicamos; “¿nos podría contar algo sobre su misión?, nos encanta recibir a los misioneros”, otra frase común que acompañó el itinerario. Y, si bien todo fue grandioso, cada lugar, cada charla de presentación, cada santa Misa que allí podía celebrar, cada vez que fui a confesar, atender algunas consultas, etc., me gustaría hacer una mención especial de lo que fue “estar del otro lado de la mesa” después de haber podido visitar con indecible emoción el seminario donde fuimos preparando nuestras respectivas misiones con todo lo recibido de parte de Dios por medio de nuestros formadores y compañeros, verdaderos hermanos -reitero-, para continuar con esta base lo que se llama nuestra “formación permanente”, porque somos imperfectos y no hay que conformarse en la misión: hay que seguir rezando y cada vez más, seguir estudiando y aprendiendo para

poder entregar más. Digo “del otro lado de la mesa”, porque tengo muy claro el recuerdo de cuando llegaba a visitar la Finca algún misionero y nosotros como seminaristas apenas nos enterábamos preguntábamos en qué misión estaba, cómo era estar en esas tierras, y el idioma y la cultura, etc.; y esperábamos sus “buenas noches” después del rezo de vísperas o alguna charla donde nos contara acerca de su misión, y si traía fotos ya se armaba la presentación normalmente después de la cena. Y entre lo que más claramente recuerdo, es cuando aparecía el misionero en el comedor para desayunar, donde “a los pocos segundos de sentarse a la mesa”, se veía rodeado del correspondiente grupo de seminaristas que comenzaba el curioso e infaltable interrogatorio acerca de dicha misión, con las típicas preguntas que todos nos hacíamos y que tanto nos entusiasmaban para discernir a dónde podríamos ofrecernos después a misionar, moviéndonos a disponernos desde ya para el futuro que Dios nos tuviera preparados.

El misionero sentado, sin poder terminar su desayuno hasta que tocara la campana para ir a las clases de los entusiastas seminaristas, es uno de mis mejores recuerdos luego de las Misas solemnes, las actividades comunitarias y hasta las mismas clases. Pero esta vez me tocó estar del otro lado de la mesa, como misionero, y cuando me senté y “de golpe me rodearon las negras vestimentas”, en vez de asustarme me sonreí, jajaja, al darme cuenta de que hace algunos años éramos nosotros los de las sotas y las preguntas; esta vez era yo quien tenía algo para compartir: la gracia de contarles sobre Séforis y repetir tal vez los mismos consejos (caridad fraterna, generosidad, espíritu de renuncia, amor a la cruz, fidelidad, rezar sin cansarse para pedir la perseverancia,

etc.), más lo que les pudiera servir de la experiencia personal. Qué dicha enorme la ver a estos jóvenes con ese fervor que ha de encender cada vez más el corazón del misionero conforme pasa el tiempo, templado por la madurez y la reflexión, pero especialmente por aquella íntima unión con Dios que debemos procurar como lo más importante en nuestras vidas.

Finalmente, quisiera mencionar la gracia que fue - ¡otra más!-, poder hacer una escala en Brasil para reencontrarme con algunos de mis compañeros de noviciado y ordenación sacerdotal, además de conocer varias de las casas que tenemos en ese país. Es cierto que sabemos desde el principio que tal vez sea difícil volver a encontrarnos con nuestros compañeros de curso, es decir, con aquellos con quienes comenzamos a caminar la senda de la consagración y con quienes tanto compartimos; fue por eso que aquel “bienvenido a casa” que me brindaron fue del todo especial, ya que no importaba que fuera otro lugar lejano de misión, ni que estuviera solamente de paso, pues era también mi familia religiosa la que me recibía. Y además de compartir especialmente con mis amigos y familia religiosa, me tocó estar nuevamente y varias veces del otro lado de la mesa.

Agradezco a la Sagrada Familia y a las oraciones de todos ustedes por esta hermosa oportunidad, a las familias que me ayudaron durante este viaje, familiares y amigos de nuestros religiosos; y les pido especiales oraciones por nuestros misioneros en todo el mundo, por los cuales los monjes rezamos de manera especial: los que están en las tierras más difíciles de misión, los que más sufren, los que más se sacrifican y se entregan con gran generosidad al servicio de Dios y de las almas, los que se desgastan por

hacer el bien, etc.; y todo esto sobrellevado con aquella misteriosa y siempre fecunda alegría de la cruz, que sólo puede comprenderse a la luz de la fe, la esperanza y el sincero amor a Dios: “la mies es mucha, mas los obreros pocos. “Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies” (Jesucristo)

BREVES DESDE LA CASA DE SANTA ANA

24 de enero de 2023

Visitas y trabajos

“La alegría, que era la pequeña publicidad del pagano, se convierte en el gigantesco secreto del cristiano” (Chesterton)

Queridos amigos: en esta oportunidad les compartimos algo más acerca de nuestro monasterio en estas últimas semanas, además de lo constituye nuestra gran ocupación al modo monástico: “ora et labora”.

Por gracia de Dios hemos podido recibir a algunos pocos peregrinos, ya que últimamente la mayor parte del tiempo tras los muros del monasterio no se han visto mucho más que a los monjes en su silenciosa y orante existencia, aunque siempre atentos a recibir y atender a quienes los deseen, especialmente a quienes vienen a este santo lugar para rezar. De entre las últimas visitas que hemos recibido, cabe mencionar a Monseñor Rafic Nahara, vicario patriarcal para Israel y obispo auxiliar del Patriarcado Latino de Jerusalén, quien vino por última vez

un poco antes de ser ordenado obispo y quien deseaba volver al monasterio a conversar un rato con nosotros y compartir una muy agradable conversación antes de regresar a sus demás ocupaciones en Nazaret; también recibimos la visita de un pequeño grupo de los Padres Misioneros de la Caridad, con un sacerdote de más de 80 años a cargo, quien traía en peregrinación a 3 hermanos para prepararse a su pronta profesión perpetua, contándonos cómo tuvo la gracia de conocer y compartir con la santa Madre Teresa de Calcuta, a quien recuerda con gran cariño. Finalmente recibimos la visita de Carlota Valenzuela, una joven peregrina que realizó una peregrinación desde España hasta Tierra Santa abandonada exclusivamente a la Divina Providencia, quien luego de un año caminando finalmente pudo llegar a los lugares santos que tanto deseaba conocer.

Por otra parte, Continuamos con la poda de los olivos y de la hierba que en tiempo de lluvias crece rápidamente. También comenzamos a envasar el aceite de este año para vender y contribuir al sostenimiento del monasterio, así como con la elaboración de la siempre esperada mermelada de limón.

Como siempre, damos gracias a la Sagrada Familia y a todos los que nos acompañan a la distancia con sus oraciones, pidiéndoles especialmente en esta ocasión que recen por las necesidades del monasterio y el regreso de los peregrinos.

TODA UNA VIDA JUNTO A UN ALMA MAGNÁNIMA

7 de marzo 2023

Visita del cardenal Stanislaw Jan Dziwisz,
secretario personal de san Juan Pablo II durante cuarenta
años

No es una novedad afirmar que Dios no deja de bendecirnos, y es que todos sabemos bien que la Divina Providencia no descansa ni deja de sorprendernos tanto con su atención a nuestras necesidades cuanto con aquellos “detalles” tan valiosos que podemos ver a lo largo de nuestra vida... y también con aquellos que no vemos y que recién en la eternidad llegaremos a conocer. Bendito sea Dios. En esta oportunidad les queremos compartir uno más de aquellos hermosos detalles que Dios nos ha querido conceder, sumamente significativo para nuestra familia religiosa del Verbo Encarnado, y es la gracia de haber podido recibir al cardenal Stanislaw Jan Dziwisz, quien durante cuatro décadas asistió como secretario a quien actualmente veneramos como santo, como el Papa Magno, san Juan Pablo II, bajo cuyo pontificado nació nuestra pequeña congregación y a cuyo magisterio tanto le debemos.

La visita fue una verdadera sorpresa. Nos llegó de pronto un mensaje del P. Jerzy Kraj, amigo de nuestros sacerdotes en Chipre a quien habíamos podido conocer nosotros en Jerusalén hace unos meses, preguntándonos si podría venir con el Cardenal y un grupo de sacerdotes polacos a visitarnos, concretando en seguida la visita y preparándonos lo mejor posible dentro de la sencillez del

monasterio. Y justamente fue la sencillez lo que primero se dejó ver cuando recibimos a su Eminencia, quien desde el momento en que nos saludó hasta que se despidió, se mostró siempre muy cercano y paternal, muy interesado en lo que implica la vida contemplativa en un lugar tan especial, y haciéndonos constantes preguntas, al mismo tiempo que se alegraba y nos incentivaba a seguir trabajando por el Señor.

Apenas llegó el grupo nos presentamos y fuimos poco a poco hacia la capilla, mientras nos contaba acerca de nuestros sacerdotes en Cracovia, a quienes estima mucho y a quienes de hecho llamó por teléfono para que nos pudiéramos saludar, un gran gesto por medio del cual pudimos “extender la visita” por unos minutos con el P. Bernardo Ibarra, misionero en aquella ciudad. Apenas entramos a la capilla su Eminencia se arrodilló a rezar, mientras el P. Jerzy explicaba en polaco algo acerca del monasterio. A continuación, el Cardenal preguntó quién de nosotros tocaba el órgano de la capilla, para poder cantar la Salve todos juntos a la Virgen; fue así que el P. Gonzalo comenzó en seguida a tocar, mientras todos juntos acompañamos el solemne canto que terminó con la bendición solemne de parte del Cardenal a todos los presentes. En ese momento lo invitamos a tomar el café y fue allí donde pudimos aprovecharlo un poco más con lo interesante de lo que nos comentaba.

Apenas vio el libro sobre san Juan Pablo II que habíamos dejado encima para no olvidarnos de pedirle una dedicatoria, él mismo se adelantó y nos dedicó unas líneas: “Con mi bendición y mis mejores deseos para su futuro por el bien de la Iglesia. Cardenal Stanislaw”.

Entre otras cosas nos instó a rezar mucho por las vocaciones y seguir siempre adelante al servicio de Dios con gran entusiasmo, agradeciendo también la cercanía de nuestros sacerdotes. Pero quisiera destacar especialmente dos profundos comentarios de los cuales no dejamos de sacar fruto aun después de su partida y que nos han quedado muy presentes hasta ahora:

1º) “Habéis hecho una buena elección; para evangelizar en este lugar tiene más fuerza vuestra vida contemplativa que la activa”, fue su respuesta al pedirle algún consejo para nosotros en cuanto monjes en Séforis, donde somos los únicos cristianos que viven aquí. Luego de esto surgió algún comentario breve acerca de la importancia del testimonio de la vida de oración; si bien somos monjes sacerdotes, es decir, confesamos, predicamos y atendemos a los peregrinos cuando el ministerio lo requiere, debemos volver constantemente a la oración para no perder el recogimiento y seguir buscando siempre la íntima unión con Dios. Esto me hizo acordar aquel hermoso párrafo del P. Hurtado que dice: “Nuestros planes, que deben ser parte del plan de Dios, deben cada día ser revisados, corregidos. Esto se hace sobre todo en las horas de calma, de recogimiento, de oración. Después de la acción hay que volver continuamente a la oración para encontrarse a sí mismo y encontrar a Dios; para darse cuenta, sin pasión, si en verdad caminamos en el camino divino, para escuchar de nuevo el llamado del Padre, para sintonizar con las ondas divinas, para desplegar las velas, según el soplo del Espíritu. Nuestros planes de apostolado necesitan control, y tanto mayor mientras somos más generosos...” Su Eminencia nos reiteró que rezáramos para tener más vocaciones, especialmente contemplativas porque hacen

falta, todo esto siempre entre alguna sonrisa o gesto de asentimiento.

2º) En un momento el Cardenal se acercó a nosotros para darnos la mano y decirnos sonriendo lo siguiente: *“el carisma de ustedes está muy fundamentado en el magisterio de Juan Pablo II, él es casi como un cofundador”*, palabras que nos dejaron sumamente emocionados y que dejamos aquí testimoniadas debido a la importancia que tienen salidas de los labios de quien mejor que nadie conoció a nuestro santo patrono y, por lo tanto, poseen una autoridad y veracidad únicas.

El ex secretario de san Juan Pablo II se sentía como en casa y nos lo hizo notar en más de una oportunidad, incluso bromeando en algún momento con “nuestra juventud” (él tiene 83 años), con que “se nos llenó el comedor” (es bastante pequeño, pero es el único lugar que tenemos como para recibir personas bajo un techo), y hablándonos realmente como un padre que desea infundir a sus hijos el amor a Dios y el compromiso profundo con la vocación que el mismo Dios nos ha dado.

Finalmente llegó la hora despedirnos porque ese mismo día regresaban a Cracovia, no sin antes dejarnos varias reliquias del Papa Magno y algunos otros presentes, a lo cual correspondimos con aceite de la cosecha de este año, el cual le gustó mucho y hasta nos dijo que “se lo fuéramos a dejar a Cracovia, que allá nos esperaba” ...

Damos gracias a la Sagrada Familia por las gracias que nos concede, a las personas que rezan por nosotros y en esta ocasión, de manera especial, a san Juan Pablo II, quien con su legado nos ha dejado una impronta evangelizadora que deseamos hacer fructificar a la luz de

nuestro carisma y la fidelidad a lo que Dios nos va pidiendo.

BAUTISMO DE MATÍAS JOSÉ EN EL MONASTERIO

13 de marzo de 2023

Primer bautismo aquí en siglos

Queridos amigos:

Es una gran alegría para nosotros, así como para la familia del pequeño Matías, contarles que gracias a Dios hemos podido celebrar ayer el ingreso oficial y sobrenatural a la Iglesia de este nuevo hijo de Dios, quien acompañado por sus padres, padrinos, familia, amigos, religiosas y miembros de nuestra Tercera Orden aquí, en Tierra Santa, pudo recibir el sacramento que inaugurara nuestro Señor Jesucristo en el Jordán, con las aguas de este mismo río pero celebrado aquí, en la casa de los abuelos de nuestro Señor.

Sandra y Matán, sus padres, desde el principio quisieron que la celebración se realizara aquí, ya que son de nuestros feligreses habituales con quienes tenemos una amistad ya desde hace años y sienten por el monasterio algo especial que deseaban transmitir a Matías, su tercer hijo, desde sus primeros meses de vida, quien -como decíamos ayer en la homilía de la ceremonia-, “Por estar bautizado tendrá derecho, después, a la Sagrada Comunión, a recibir la Confirmación, a reconciliarse con

Dios mediante la Confesión, a sellar en su madurez la vocación que late ya en su corazón, mediante el matrimonio o una entrega más profunda si así Dios se lo pide; y también tendrá derecho a recibir ese alivio tan esperado por los enfermos y agonizantes con la unión de los enfermos... y hay más todavía: a partir de hoy comienza la historia de la santificación de Matías mediante la educación de sus padres en la fe y en las virtudes, responsabilidad hermosa que ellos asumen delante de Dios para con sus hijos, y mediante la ayuda sobrenatural de la vida de la gracia que hoy comienza a desarrollarse en su alma, donde el agua viva produce vida, pero vida divina, vida sobrenatural, vida que exige eternidad... y vida que se irá como acrecentando más y más en la medida que se vaya asemejando a la vida de Jesucristo, el Hijo natural de Dios.”

Posteriormente tuvimos los respectivos festejos en el jardín, donde sus padres no dejaban de contar la alegría que sentían porque aquí en Séforis, “Matías es histórico”, ya que debe ser el primer bautizado en siglos, al menos desde que la basílica estaba aún edificada completamente: “tan pequeño y ya haciendo historia”, bromeábamos con ellos mientras compartíamos su alegría.

Damos gracias a Dios y a la Sagrada Familia por este acontecimiento tan importante en la vida de todo católico y de su familia, impronta impercedera de toda alma llamada a la filiación divina; y encomendamos a sus oraciones a este pequeño y su familia, y a todas las familias cristianas, para que sepan inculcar en sus hijos las virtudes que pueden forjar santos desde la familia e ir aprendiendo a conquistar el Cielo enamorados de Dios y siempre firmes en la fe.

39º ANIVERSARIO DE NUESTRA FAMILIA RELIGIOSA

25 de marzo de 2023

Queridos amigos:

Como bien sabemos la perseverancia en la vocación es un regalo que debemos pedir constantemente y proteger mediante la fidelidad; y al mismo tiempo debe convertirse en una constante acción de gracias al Cielo por tan preciado don. Es por eso que en esta oportunidad les compartimos nuestra alegría y acción de gracias a Dios por habernos concedido hasta ahora 39 años de existencia, durante los cuales nuestra pequeña familia religiosa se ha ido extendiendo poco a poco por el mundo a través de las variadas y lejanas tierras de misión donde el anuncio del Evangelio se lleva a cabo bajo un carisma especial, y donde nuestros misioneros, aun con todas nuestras limitaciones y defectos, buscan darle a Dios la gloria que se merece y trabajan por las almas en favor del plan de salvación, sea desde las escuelas, sea desde las parroquias, sea desde la selva; en ciudades o lugares apartados, dando catecismo o confesando, pero especialmente llevando a Jesucristo Sacramentado y su evangelio, entrando en las diferentes culturas con aquel siempre fecundo espíritu misionero que se riega con las cruces y afrentas sobrellevadas y ofrecidas con generosidad, y aprendiendo más y más a desconfiar de nosotros mismos para poner en Dios toda nuestra confianza. Gracias a Dios por permitirnos formar parte de esta familia, a Él le seguiremos pidiendo siempre la perseverancia y la fidelidad a nuestra consagración.

Para esta ocasión nos preparamos con la correspondiente novena a la solemnidad de la Encarnación de nuestro Señor, y ya el día anterior nos juntamos con nuestros padres y hermanas de Belén, así como con un grupo de peregrinas que celebraban sus 30 años de votos venerando los santos lugares. El día de la solemnidad participamos de la santa Misa en la basílica de la Anunciación en Nazaret, presidida por el Patriarca y concelebrada por más de 50 sacerdotes, teniendo además la presencia de varios obispos y tal cantidad de feligreses de Nazaret y peregrinos que la basílica estaba totalmente llena.

Posteriormente se llevó a cabo la hermosa coronación de una imagen de san José y el Niño Dios frente a la gruta misma de la Encarnación, donde además pudimos renovar nuestros votos religiosos en una sencilla pero emotiva ceremonia, para dar gracias también todos juntos y a continuación realizar el tradicional almuerzo festivo, entre cantos en distintos idiomas según los misioneros asistentes, y teniendo muy presente aquellas hermosas palabras de nuestras constituciones: “En nombre de Cristo queremos constituir una familia religiosa en la que sus miembros estén dispuestos a vivir, con toda radicalidad las exigencias de la Encarnación y de la Cruz, del Sermón de la Montaña y de la Última Cena. Donde se puedan vivir los anonadamientos de Nazaret y del Calvario, donde se entre en las confidencias del Tabor y de Getsemaní. Donde se experimente la paternidad del Padre, la hermandad del Hijo y la inhabitación del Espíritu Santo, amándonos de tal manera los unos a los otros por ser hijos del mismo Padre, hermanos del mismo Hijo y templos del mismo Espíritu Santo, que formemos un solo corazón y una sola alma (Act 4,32).”

Damos gracias a Dios por esta solemnidad tan importante para nosotros, ya que vio nacer a nuestra querida Congregación, y pedimos por el aumento, perseverancia y santificación de las vocaciones sacerdotales y religiosas para la Iglesia.

LO QUE NO SE VE

5 de junio de 2023

Cuando se planta una semilla directamente sobre la tierra, sin macetero y sin que sea en un lugar notablemente especial, ésta pasa desapercibida mientras no comience a dar brotes. Tal vez más de alguno siga de largo sin enterarse siquiera que bajo la tierra que ha pisado se esconde en potencia un gran árbol, o tal vez uno pequeño, o una hortaliza, da igual; el hecho es que por más desapercibida que pase la semilla ésta está allí, escondiendo algo mucho más grande que ella misma y que se dejará ver a su tiempo correspondiente. Y algo así pasa también en tierra de misión: cuántas veces detrás del sermón del sacerdote se esconde un tiempo de preparación mucho más extenso del que dura la misma prédica; o cuántas veces detrás de una dirección espiritual o cualquier otra atención espiritual se esconde una “heroica reacomodación de horarios” para el misionero que hace lo posible por darle ese tiempo a una persona, a un alma que lo necesita; o cuántas veces detrás de esa religiosa que recibe la visita de un grupo al hogar de niños en que sirve a Cristo en el prójimo se encuentran una serie de otras actividades que espera poder cumplir en cuanto se ocupe de esta nueva

obra de misericordia. Así también detrás de la oración vespertina de un contemplativo se esconden, a menudo, las horas en que sus manos devotas que ahora rezan juntas se encontraban sosteniendo una pala, sacando malezas o acarreado piedras.

En síntesis, siempre hay realidades que se ocultan a los ojos de los demás pero jamás a los de Dios, incentivo primero y esencial de toda la existencia del consagrado que desea serle grato por medio de sus obras, también y especialmente de aquellas que no se ven, porque sobre éstas reposa siempre la paternal mirada de su Creador, el mismo que lo ha llamado replicar la vida de su amado Hijo, que pasó haciendo el bien y cuyas obras siempre le fueron agradables, tratando también el de la vida consagrada de hacerlas cada vez lo mejor posible.

Hay mucho que no se ve y que a la vez -me atrevería a decir-, conviene muchas veces que así permanezca, pues a menos que la caridad, la justicia o la pastoral lo exijan, las obras del misionero que pasan desapercibidas le dejarán siempre la satisfacción sobrenatural de que son hechas puramente para Dios, para que sólo Él las vea y se complazca en su servidor: horas delante del sagrario, horas de trabajo pesaroso, horas de estudio de una lengua totalmente desconocida; súplicas, cansancios, vigiliias, caminatas; y que el frío y que el calor; incomprendiones y frialdades, etc.; todo aquello que ha precedido o acompaña la labor de la misión, que también trae sus consuelos -ciertamente-, pero que jamás será fecunda como Dios lo quiere si no se riega la semilla del Evangelio con las cruces del alma consagrada, entregada a trabajar intensamente por la mies.

Pues bien, después de esta breve pincelada, quería referirme también a “lo que no se ve”, pero en un aspecto diferente, más profundo, que es el del alma del consagrado: las cruces del corazón, el trabajo espiritual, la propia pequeñez; eso que se oculta y que se queda solamente entre el alma y Dios, entre el dirigido y su director espiritual y nadie más; y con lo cual deberá luchar sin bajar jamás los brazos si desea no tan sólo ser bueno, sino en verdad ser santo: la propia naturaleza.

Una vez una persona me decía: “para usted los problemas son fáciles, porque tiene a Dios de su lado, no sabe lo que es sufrir”, ante lo cual lo primero que pensé fue “si supiera...”, pero no en el sentido de una absurda victimización, ni por pretender poseer cruces más grandes que las de los demás, claro que no; sino porque me hizo pensar nuevamente en este tema que hablaba en más de una ocasión con un amigo: las cruces del misionero, pero las más internas, las que creo que han de ser comunes a todos los que, si bien le entregamos la vida a Dios y nos dedicamos a servirlo, aun nos falta mucho por hacer, por crecer, por entregar, por sufrir, por conquistar; y que son esas cruces que justamente por tener una especial conciencia del pecado y la necesidad de la salvación de las almas por las cuales trabajamos, nos golpean de una manera también del todo especial, y a veces más dolorosa de lo que los demás puedan llegar a comprender; es decir, ¿qué misionero no sufre si alguien de su familia no asiste a la santa Misa, ni se confiesa, ni se preocupa por llevar una verdadera vida espiritual?, o sea, tratamos de enseñar a amar la santa Misa y los sacramentos, y rezamos y hacemos penitencia por ello, y tal vez alguno de nuestros seres más cercanos no se acercan a este divino banquete; o ¿qué consagrado no ha visto pasar indiferentes sus palabras o

mensajes o lo que sea respecto a la necesidad de conquistar el Cielo, porque no tenemos más que una sola alma por salvar?; ¿cuánto perciben algunos corazones el dolor del religioso o la religiosa que a veces son testigos del pecado grave sin poder hacer nada más que rezar?, con lo cual no estoy diciendo que la oración no sea importante, todo lo contrario, pues mediante ella le confiamos a Dios y suplicamos por las almas que ha puesto en nuestro camino; sino que me refiero a esa “dolorosa espera”, hasta que el fruto madure y que quizás jamás veamos en esta vida; o incluso en esos dolores más pequeños que son fruto del celo apostólico, como no tener más tiempo, no llegar a tantas almas como se quisiera, no ser más virtuosos para poder “arrastrar” a las almas a Dios como lo hacen los santos; la falta de virtudes profundas y magnánimas y los defectos personales, etc. Pues bien, el misionero también sufre y sufre más, es parte de su oficio, porque si se consagró a Dios es porque puso sus manos en el arado y no desea mirar atrás, y porque le dijo a Jesucristo que sí, que va a cargar con su cruz y que irá en pos de Él, porque como escribía Lope de Vega:

Sin cruz no hay gloria ninguna,
ni con cruz eterno llanto,
santidad y cruz es una,
no hay cruz que no tenga santo,
ni santo sin cruz alguna.

Y a partir de aquí la respuesta que debe dar todo consagrado a la cruz, la cruz de Cristo y las cruces que le permita llevar: la alegría, el gozo sobrenatural de saber que cada una de ellas es un regalo del Cielo, por difícil que parezca, por pesada que sea, por tortuosa que se nos haga, porque no hay cruz que no valga la pena si la aceptamos por amor a Dios y fidelidad a nuestra vocación,

especialmente aquellas más escondidas, ya que en “lo que no se ve” se encuentra la dicha más íntima entre el misionero y Dios, a quien le ofrece en lo secreto lo que sólo Él conoce y se lo ha dado para ofrecer: allí, en lo oculto del esfuerzo por desarraigar sus defectos, en la oscuridad de los fracasos que se convirtieron en motivación, en la confianza de que sus súplicas son todas escuchadas, en cada gota de sudor con que riega la árida tierra de la indiferencia, y especialmente en sus ratos a solas con Aquel que lo amó primero y le ha convidado a vivir su mismo estilo de vida por medio de los votos y un carisma particular... no olvidemos que a veces las bendiciones vienen en forma de cruz, y debemos pedir a Dios la gracia de reconocerlas.

Que nuestra tierna Madre del Cielo nos alcance la gracia de aprender a sufrir, con mirada siempre sobrenatural y ofreciendo cada día más obras por el Reino de los Cielos, especialmente aquellas que entran dentro del ámbito de lo que no se ve.

¡Recemos por las vocaciones a la vida consagrada!

¡FINALMENTE SANTA ANA LLEGÓ A SU CASA!

24 de julio de 2023

Hace más de 4 años tuvimos uno de aquellos encuentros que la Divina Providencia sabe disponer muy bien según sus bondadosos designios. Una mañana, mientras me encontraba sacando malezas y barriendo

junto al muro que da hacia el valle, vi pasar por abajo a un sacerdote con quien desde lejos nos saludamos alzando las manos, y luego de eso simplemente seguí trabajando. A los pocos minutos entraba el joven sacerdote que resultó hablar español, y luego de darle la bienvenida y presentarnos brevemente me preguntó qué lugar era este, a lo cual le respondí con simplicidad que era el lugar donde estaba la casa de santa Ana, haciendo esbozar al padre una gran sonrisa que lo acompañó todo el tiempo que le expliqué un poco acerca de la tradición de los abuelos del Señor aquí con María santísima niña, luego la Virgen con san José y Jesús con total probabilidad y luego algo acerca de nuestra presencia allí desde que la Custodia de Tierra Santa nos abrió amablemente las puertas del lugar para poder dedicarnos a cuidarlo y rezar. A continuación, vino su respuesta a mi breve explicación, la cual esta vez fue a mí a quien le arrancó una gran sonrisa, también de admiración, cuando me dijo que justamente su parroquia, en Arizona, se llamaba “santa Ana”, y que no sabía que existía este lugar ni mucho menos que Dios lo haría llegar aquí para sorprenderlo.

Luego de rezar largamente en la capilla, el P. Sergio se vino a despedir amablemente diciéndome que estaba muy agradecido de Dios por esta sorpresa y que deseaba hacer algún regalo a futuro para este lugar santo, y fue así como le confíé en seguida el deseo que tenía desde que llegué: colocar una imagen de santa Ana para conmemorar su estadía en Séforis, pero que solamente le pedía oraciones a él y a su parroquia que rezaran por esta intención, pues escapaba absolutamente a nuestras posibilidades; “cuenten con nuestras oraciones” fue su pronta respuesta antes de despedirnos y quedar contactados por mail.

Pues bien, 3 meses después recibo un mail del P. Sergio, lo cual me dio mucho gusto ya que se encontraba ya presente en nuestras oraciones así que saber algo de él me alegró bastante, así que abrí el correo y al comenzar a leer ya el resto fue todo emoción, ya que me comunicaba que había hablado con sus parroquianos para contarles cómo la Divina Providencia lo había sorprendido, y fue así que él y toda la parroquia decidieron poner manos a la obra, y con admirable generosidad comenzaron a juntar ayuda y hacer lo posible para contribuir a la intención que les habíamos encomendado en sus oraciones, y que se había traducido en una de las mejores y más emocionantes noticias que el monasterio ha recibido: ellos mismos donarían la imagen de santa Ana con la Virgen niña para que nuestra santa “volviera a estar presente en su casa”... no recuerdo haber danzado de alegría como el rey David, pero sí que el corazón me saltó de emoción, llenándome de la gratitud que para siempre tendrá esta parroquia y el padre de parte de nuestro monasterio, el cual siempre los tendrá presente en sus plegarias.

El resto fue realmente un abrirse paso a través de variadas dificultades hasta poder finalmente recibir a santa Ana en el monasterio, por lo cual nos repetíamos a menudo, “esta imagen será de grandes bendiciones, pues está costando hacerla llegar”; fue así que hubo inconvenientes en aduana, después con la colocación, luego con los costos inaccesibles para nosotros respecto a las grúas, luego el hecho de encontrar la maquinaria precisa, etc. Finalmente, luego de rezarle especialmente a santa Ana y toda la Sagrada Familia, la Divina Providencia puso en nuestro camino personas buenas y generosas que nos ayudaron a conseguir la ayuda necesaria para llevar a término dicha empresa. Desde hace meses la intención de

colocar la imagen de manera definitiva no dejó de estar presente en nuestras oraciones, en la santa Misa, pidiendo rezar a nuestros amigos de Facebook y peregrinos; y religiosos y religiosas de nuestras misiones por el mundo, especialmente de los monasterios.

Ayer, finalmente, y luego de haber conseguido con grandes esfuerzos la maquinaria, y haber tenido que sacar los portones del monasterio para hacer entrar la grúa “literalmente con un centímetro de separación del muro a cada lado de la grúa”, santa Ana llegó a su casa, a su lugar definitivo, sobre una base colocada junto al altar que preparamos en su honor. Tanta era nuestra alegría que apenas salieron los trabajadores, después de haber colocado nuevamente los portones no sin gran esfuerzo, nos fuimos corriendo a preparar la santa Misa de acción de gracias junto a santa Ana y la Virgen, quienes desde ahora miran hacia en lugar donde la pequeña María santísima habrá jugado en su niñez, donde san Joaquín y santa Ana habrán compartido con ella sus juegos inocentes y la habrán visto crecer; donde san José habrá trabajado con Jesús en algún momento dejando su santa huella, santificando lo cotidiano, santificando la familia y el trabajo, y donde ahora, después de varios siglos, nuevamente hay un sagrario resguardado por la sencillez del monasterio, y donde los peregrinos poco a poco comienzan a aparecer para venerar lo que fue la casa de santa Ana, convertida en monasterio y santuario que siempre en silencio los espera para ofrecer esa grande y profunda consideración, breve pero que en sí misma encierra mucho: por aquí pasó y vivió toda la Sagrada Familia.

Gracias a todos aquellos que nos han ayudado con sus oraciones y económicamente, gracias al P. Sergio y la Parroquia santa Ana, gracias a todas las almas que desde la distancia contribuyen con sus plegarias y sacrificios, y gracias especialmente a la Sagrada Familia, cuya intercesión de deja conocer constantemente estando aquí.

SOLEMNIDAD DE SANTA ANA Y SAN JOAQUÍN

26 de julio de 2023

Queridos amigos:

Como saben, este año la solemnidad de santa Ana y san Joaquín ha sido del todo especial, en primer lugar porque la hermosa imagen de santa Ana con la Virgen niña finalmente está en su altar correspondiente, pero además porque la santa Misa ha sido presidida por el P. Wojciech Bóloz, nuevo guardián de Nazaret, acompañado de más frailes franciscanos de Nazaret con quienes mantenemos siempre una grata fraternidad; además, la liturgia culminó con la solemne bendición de la imagen, estando presente los feligreses, varios sacerdotes, un obispo y los ingenieros que nos ayudaron a colocarla, así como nuestros feligreses de los sábados y 3 sacerdotes misioneros quienes pudieron concelebrar con nosotros y nuestros padres de Belén, ayudando con los cantos y la liturgia varias de nuestras hermanas SSVM. En fin, una hermosa santa Misa como corresponde para exaltar a los padres de María santísima:

“San Joaquín y santa Ana fueron el instrumento por el cual la Virgen, ya desde niña, aprendió la maternidad que posteriormente se extendería a toda la humanidad, es decir, que fueron el primer ejemplo de lo que implica realmente ser madre o padre. Decía san Juan Pablo II: “La figura de Santa Ana, en efecto, nos recuerda la casa paterna de María, Madre de Cristo. Allí vino María al mundo, trayendo en Sí el extraordinario misterio de la Inmaculada Concepción. Allí estaba rodeada del amor y la solicitud de sus padres Joaquín y Ana. Allí «aprendía» de su madre precisamente, de Santa Ana, a ser madre... Así, pues, cuando como «herederos de la promesa» divina (cf. Gál 4, 28. 31), nos encontramos en el radio de esta maternidad y cuando sentimos de nuevo su santa profundidad y plenitud, pensamos entonces que fue precisamente Santa Ana la primera que enseñó a María, su Hija, a ser Madre”. Es decir, que, en san Joaquín y santa Ana, la Virgen conoció desde su infancia lo que implica el rol de los padres respecto a sus hijos: preocupación por ellos, renuncia, sacrificio, dolor de sus males y alegría de sus bienes; consuelo, compromiso y todo esto sin condiciones, porque así son las buenas madres, con un amor que no sabe de límites y no duda en olvidarse de sí con tal de beneficiar, especialmente el alma, de los hijos.”

Damos gracias a Dios y a la Sagrada Familia por todos los beneficios recibidos durante la novena en honor de santa Ana y san Joaquín, la cual estuvo especialmente dedicada a pedir por las intenciones y necesidades de todos aquellos que nos acompañan con sus oraciones a la distancia, y también pidiendo por las necesidades del monasterio.

¡Siempre en unión de oraciones!

¡LLENEMOS EL CIELO DE ORACIONES!

26 de octubre de 2023

Desde Tierra Santa en guerra

Queridos amigos, queridos muchísimos amigos:

Como ya todos saben, el pasado 7 de octubre cambió absolutamente el ambiente en Tierra Santa y más allá, pues ha hecho eco, y ese eco se sigue extendiendo. Personalmente, me encontraba en el jardín con el hermano Diego poniendo los letreros nuevos de la oración a santa Ana y san Joaquín, y estábamos realmente felices pues cada último arreglo en el monasterio, por pequeño que fuera, había sido realizado gracias a la ayuda de los últimos grupos que nos venían a visitar de manera cada vez más seguida. Pero a eso del mediodía revisé el teléfono, y vi que me estaban entrando un montón de mensajes preguntando si estábamos bien, a partir de los cuales revisamos las noticias y nos encontramos ante esta triste realidad que desde entonces sigue azotando esta bendita tierra y sus contornos, triste acontecimiento ante el cual no hay más que doblar las rodillas ante el sagrario y redoblar las oraciones y los sacrificios suplicando por el fin de esta guerra que como siempre y como todas, no deja de golpear y llevarse con ella a tantos inocentes y dejando dolor por donde pasa y más allá, pues la injusticia de sus males grita fuerte y los dolores que genera llegan lejos, llegan dentro, y no pueden pasar desapercibidos por nuestros corazones y los de todos aquellos que hoy por hoy miran hacia Tierra Santa con aflicción..., pero no tan sólo aquí, pues en diversas partes del mundo este mal tiene sus sucursales de sufrimiento. Sin embargo, ante esta triste realidad que nos

ha envuelto con su sombra, quiero compartir con ustedes también aquella otra realidad que para muchos está pasando desapercibida, una realidad que aun en medio de todo este dolor arrastra aires de consuelo, consuelo sobrenatural, claro, aquel que sabe ofrecer esperanza entre las lágrimas, aquel que ofrece paz interior al que pone sus ojos en el Cielo, aquel que entusiasma y mueve a abrazar la cruz de Cristo y la nuestra con todas nuestras fuerzas, con toda su crudeza, sí, pero también con aquella misteriosa convicción de que “todo ocurre para el bien de los que aman a Dios”, palabras difíciles de comprender en circunstancias tan oscuras como estas, pero no por eso menos verdaderas pues son palabra de Dios y Dios no miente, y es Él mismo quien no deja de ofrecer su eternidad a todos aquellos que, pese a todo sufrimiento, perseveren con fe hasta el final. Esa realidad, esa consoladora realidad, es el aquella que nos dice que nuestro Dios nos ama tanto, que aun en medio de toda esta situación no deja de sacar bienes; porque su paterna bondad no deja de abrirse paso entre los escombros, ni entre las heridas más profundas o ante la angustia más cruel. Sé bien lo difícil que puede ser leer estas palabras, pero no deseo más que compartirlas lo que desde este lugar, y en medio de todo esto, no dejamos de contemplar con gran esperanza sobrenatural; pues no podemos llegar a percibir los bienes sobrenaturales, reitero, que se están suscitando y extendiendo al mismo tiempo que el mal desea hacerlo, y que son más poderosos, porque apuntan hacia el Cielo, porque hacen milagros en las almas: no podría en este momento contar la cantidad de mensajes de apoyo desde tantas partes del mundo que nos han llegado a partir de aquel oscuro y terrible 7 de octubre; no podemos mensurar la cantidad de personas que están

comprometiendo sus oraciones y sacrificios por la paz en Medio Oriente y en el mundo entero, formando parte de una especie de cruzada espiritual en la que cada día se unen más corazones para clamar al Cielo por el fin de la guerra, es decir, todo este mal que es ciertamente real, cruel, horrible, y sin embargo no ha podido impedir el obrar de Dios en tantos corazones que, movidos por la compasión, por la fraternidad, por la misma fe, han comenzado a sentirse y saberse enardecidos por la el santo deber cristiano de rezar unos por otros, especialmente por los más necesitados. Con esto, obviamente, no pretendo aminorar en nada esta espantosa calamidad, ¡nada de eso!: debemos seguir rezando más y más para que todo esto termine y no haya más víctimas inocentes ni de uno ni de otro bando, ¡ni de ninguna parte!; lo que estamos diciendo es que debemos continuar y hacer imparable este bien espiritual de la oración y el sacrificio ofrecidos por el término de las guerras y por el bien espiritual de tantas almas que quizás se han podido mantener en pie gracias a estas oraciones y sacrificios que se están uniendo con constancia y confianza a la gracia de Dios que es la que concede fortaleza y la esperanza sobrenatural. “Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” dice Jesucristo, sí, el Hijo de Dios y Dios verdadero, el que “nos sostiene en nuestras luchas”; ahora bien, desde todo el mundo no somos solamente dos o tres sino innumerables corazones, y cada vez más, los que estamos rezando y llenando el Cielo de oraciones y sacrificios en este momento, unidos por esta noble causa y santa obligación de amor; pero no sólo eso, sino que muchas personas a partir de esta generosidad en elevar fielmente sus plegarias, han comenzado a recibir hermosas gracias en recompensa, especialmente gracias de

conversión, que han encontrado una veta de entrada en sus corazones a partir de la compasión por sus hermanos más necesitados; muchas almas se están comprometiendo con Dios en este momento; muchas almas que antes no lo hacían están comenzando a rezar; muchas almas que en el mundo habían tomado cierta distancia de otras por diversas razones, se están uniendo ahora para presentar al Cielo sus ofrendas espirituales en favor de los demás. Nos han escrito personas de otras religiones comprometiendo sus oraciones por nosotros; nos han llegado mensajes de personas que hace años habían dejado de asistir a la Iglesia para decirnos que nos tienen presente en sus oraciones; acá mismo, sólo Dios sabe cuántas almas se habrán acercado al sacramento de la confesión de cara a la posibilidad de tener que presentarse ante el Creador solamente con sus obras, es decir, lo que hemos hecho con el don de la vida; cuántas personas en los lugares más afectados se han reunido en las iglesias para rezar como nunca antes lo habían hecho, descubriendo y aferrándose al hermoso tesoro de saberse en paz con Dios, de tener la certeza de encontrarse entre sus amigos más cercanos, sus íntimos, por saberse en gracia y estar ahora sincera y confiadamente abandonados a su santa voluntad; cuántos grupos de oración se han revitalizado o se han formado, incluso entre las familias; cuántas cadenas de oración se han ido extendiendo; cuántas novenas, triduos, peregrinaciones, etc., han comenzado en estos días para seguir llenando el Cielo, como hemos dicho, de oraciones y sacrificios; cuántas familias se han acercado o reconciliado con sus seres queridos, especialmente los que están en los lugares de mayor peligro, etc.

La lista podría ser bastante más extensa, pero creo que con esto es suficiente para dar una pincelada acerca de

lo que desde acá podemos constatar y deseamos compartirles, un ápice de aquellos bienes ocultos y fecundísimos que, pese a todos estos sufrimientos, no dejan de abrirse paso silenciosamente hasta llegar a lo más profundo de las almas que más los necesitan, todo gracias a la bondad divina y a vuestras valiosísimas oraciones y sacrificios.

Queridos todos, sigamos rezando por favor, sigamos ofreciendo y no dejemos, no nos cansemos de golpear las puertas de los Cielos pidiendo el fin de esta y de todas las guerras.

Desde este sencillo lugar, correspondemos a vuestras plegarias con las nuestras, y pedimos especialmente por medio de la Sagrada Familia, que Dios siga bendiciendo vuestra bondad y ofrecimientos con abundantes gracias espirituales; y les pedimos también unirse a una especial petición que llevamos haciendo desde hace un tiempo y ahora más que nunca deseamos compartir: que Dios suscite grandes santos en estos tiempos difíciles, para que con sus oraciones y ejemplos nos sostengan y “arrastren” con su caridad a incontables almas para el Cielo.

¿UNA VIDA PARA VIVIR O UNA VIDA PARA MORIR?

1 de diciembre de 2023

Once años de sacerdocio: ¡Deo Gratias!

La vocación a la vida consagrada, como sabemos, implica la aceptación en el tiempo de una llamada que comenzó a hacer eco en la eternidad; llamada totalmente libre, además, y tanto así que es un hecho el que se puede tristemente perder y engendrar infelicidad. Pero allí donde esta llamada de Dios se abre paso entre nuestras fragilidades y miserias, y el ponzoñoso egoísmo no le impide al alma decir que sí (porque el egoísmo arrebató la disposición de abandonarse a Dios totalmente y renunciar a todo con tal de seguirlo), se produce aquel hermoso misterio de la aceptación en el tiempo de un suceso que habla de eternidad como pocos otros misterios lo hacen; pues la vida consagrada totalmente a Dios viene a desproporcionar los bienes recibidos para multiplicarlos en las demás almas, ya que el religioso que vive bien su vida, imitación de la de Cristo en la tierra, realiza acciones cuyo impacto llega mucho más lejos de lo que puede llegar a vislumbrar... y eso está bien, porque eso a él no le importa, sino darle a Dios la gloria y aportar su parte para acercar a Dios las almas, sea con sus actos y contacto con ellas, sea con sus oraciones y sacrificios, sea con el amor sobrenatural que debe acompañar su vida entera, etc... Pero aún hay más, un “magis” especial que depende también totalmente de Dios, porque no se merece por cuenta propia y es decisión exclusiva de Dios y sus designios misteriosos: el sagrado don del sacerdocio, cuya

impronta va mucho más allá de un estilo de vida, aún del más noble de todos como lo fue la vida terrena del Redentor, pues se abraza de tal manera a una existencia que se hace impronta espiritual e irrenunciable, en la misma alma elegida para continuar trabajando por la mies, aferrada con confianza en el arado que no admite volver a mirar atrás, frágil tesoro escondido en las imperfecciones y debilidades de los elegidos a quienes reclama generosidad y un amor que no le ponga condiciones al Señor de los señores, determinado a pasar por los crisoles que le sean necesarios con tal de cumplir con su misión y vivir con el alma puesta ya no en este mundo sino en las profundidades de la eternidad.

Teniendo todo esto en mente, y abrazándolo todo junto en la vocación del sacerdote religioso, podemos considerar los dos posibles escenarios en que una existencia consagrada pueda desenvolverse, a mi modo de ver: una vida para vivir o una vida para morir.

Vivir la vida religiosa con fidelidad nos asegura el Cielo. Querer vivir como Jesucristo, bajo los consejos evangélicos, implica una vida buena cuyas obras conducen necesariamente al Paraíso a quienes no vengán a arruinarlo todo mediante el pecado, aunque de estos mismos nos podemos levantar con la ayuda de la Divina misericordia... ¡qué vida buena!: rezamos cada día, participamos de la santa Misa cada día, hacemos obras de caridad, justicia, obediencia, renuncia, etc., cada día también, y esto durante los años que llevemos como consagrados y muchas veces “a pesar de nosotros”, que con nuestros defectos no bien combatidos y afectos aun no totalmente mortificados y ordenados, le ponemos a Dios a veces nuestra santificación cuesta arriba, y no por carencia de su

omnipotencia sino por propia responsabilidad. Y aun así lo normal para el religioso es hacer el bien y hacerse bueno en la medida que se tome en serio su vida y abrace los medios que lo rodean y le asegurarán vivir en la bondad si corresponde. Sí, esta vida es buena, pero ¿es necesariamente una vida santa? Aquí es donde creo que entra juego el dar un paso más... porque sin esto corremos el riesgo de pasarnos la vida junto a la puerta de la santificación, pero sin jamás abrirla ni pretender entrar por ella. Pues sólo quienes den el paso se decidan a traspasar dicha puerta son los que se van santificando y arrastrando a las almas hacia Dios, porque eso nos enseñan los santos con su vida, que Dios por medio de ellos desproporciona el bien ya de maneras asombrosas e inimaginables. Estos son los que no viven para vivir, sino para morir, aceptando hasta las últimas consecuencias aquello que escribía el santo poniéndolo en labios de nuestro Señor: “No haya ilusiones, en mi seguimiento hay penas... Soy Rey, pero reinaré desde la cruz, “cuando fuere exaltado de la tierra, todo lo atraeré a mí” (Jn 12,32). Muchos se desalientan de seguirme porque buscan un reino material, consuelos, triunfos, deleites, al menos espirituales... pero yo te lo digo: tendrás la paz del alma, pero has de estar dispuesto a vivir mi vida y morir mi muerte, la mía de Jesús, Salvador” (San Alberto Hurtado)

Los santos son aquellas almas que se decidieron a morir; o como se expresa también la misma idea, “vivir muriendo”, abrazando esta hermosa y reconfortante paradoja de que el que más muere más vida tiene, y más feliz se vuelve, pues aprende a gozar de lo que verdaderamente vale la pena realizar para alcanzar la unión cada vez más íntima con Dios, lo cual implica la sincera determinación de destruir lo que haya que destruir en

nosotros de desorden; de no permitirle más al hombre viejo tomar las riendas del alma y aniquilar la más remota posibilidad de separarse de Dios... y este aspecto es el que nos corresponde desear con entusiasta intensidad, porque somos sacerdotes y, como tales, imitadores de Jesucristo en el sacrificio y en la entrega absoluta, porque eso es lo que espera Jesucristo de nosotros para realizar las cosas grandes que nos tiene preparadas y esperan dicha generosidad de nuestra parte; por esto mismo escribía nuestro querido padre fundador que: “La sabiduría de la cruz fue la sabiduría que atrajo al sacerdote. Percibió, aún en confuso, que sólo en la escuela de Cristo se enseña la lección maravillosa y única de la cruz. Se dio cuenta que la cruz es locura a los ojos del mundo, pero alzando los ojos a Cristo crucificado comprendió que la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres (1Cor 1,25)”.

Aprendamos a morir mis queridos hermanos en el sacerdocio, roguémosle en este día especial a nuestra Madre del Cielo que nos alcance esta gracia: “la de una vida para morir”, es decir, la del trigo de la parábola que no simplemente da fruto sino que lo hace en abundancia, pero sólo porque muere, y esto porque ha sido realmente generoso, y esto a su vez por haber amado mucho a Aquel que tanto nos ha amado que nos envió a su Hijo para morir por nosotros, esperando ahora que nosotros, sus imitadores, sus elegidos, ¡sus sacerdotes!, nos adentremos en este morir a nosotros mismos para dejar que Jesucristo sea quien viva en nosotros (Gál 2, 20), y continúe por su cuenta y propia voluntad la purificación que permita unirnos a Él como nosotros -lo sabemos-, jamás podremos hacerlo con nuestras propias fuerzas y sin esta santa determinación.

Muy feliz aniversario, mis queridos compañeros; seguimos dispersos por el mundo pero siempre unidos en el santo altar, contemplando a nuestro Señor mientras vuelve a descender del Cielo en la Sagrada Eucaristía hasta nuestras frágiles manos y más frágiles corazones aun, invitándonos a morir junto con Él para engendrar vida sobrenatural en las almas, robustecer a las débiles, conducir las a Él, y dejarle obrar en nosotros sus secretos designios que sólo Él con el Padre y el Espíritu Santo conocen:

“El sacerdote debe morir al propio cuerpo, al propio espíritu, la propia voluntad, la propia fama, la propia familia y al mundo. Debe inmolarse en el silencio, en la oración, el trabajo, la penitencia, el sufrimiento, la muerte. Cuanto más se muere, más vida se tiene, más vida se da.” (Beato Antonio Chevrier)

UN PESEBRE AL PRINCIPIO SOLITARIO

15 de diciembre de 2023

Preparándonos para la Navidad

Como claramente nos lo manifiesta la corona del adviento que desde hace poco nos recibe al entrar a rezar en la capilla, nos estamos preparando para celebrar la “llegada” de nuestro Señor Jesucristo, que viene a nacer en el tiempo y en los corazones para cambiar totalmente nuestra historia, y cuánto más en la medida que le vayamos dando el lugar que desea conquistar en nuestro interior, simplemente para invitarnos a gozar de Él por toda una

eternidad. Pero también debemos mencionar el “dónde” ha decidido nacer nuestro Señor, el Dios del amor infinito y los misterios que sobrepasan toda humana lógica y sentido terrenal, pues como bien sabemos, pese a ser el Rey de reyes y Señor de los señores, decide entrar en este frío mundo en una noche fría también, y en un lugar apartado, como los humanos corazones que lo están también de Dios, y el menos pensado e incomprensible para cualquier razonamiento derivado de su exclusiva dignidad; pues Jesucristo, el mismísimo Hijo de Dios, no nació ni en un pomposo palacio ni entre los honores que le correspondían, sino simple y tristemente en un pesebre; lugar indigno, paraje de animales, regazo cruel de la naturaleza para recibir a su Creador haciéndose pequeño, frágil..., hombre, como aquellos que se apartaron de Dios y que ahora ni siquiera le conceden una sencilla posada para nacer; y por eso lo tuvo que hacer de esta manera también: apartado de los hombres, los que no lo recibieron. Y algo así también nos pasó este año aquí, con nuestro pesebre.

Como sabemos perfectamente, la terrible situación actual del país trajo muchas consecuencias, las cuales conocemos bien y no hace falta volver a mencionar, aunque sí volver a renovar constantemente nuestras súplicas al Cielo para llenarlo de oraciones, y para que termine el injusto sufrimiento sea de la parte que sea. Y secundariamente, como es lógico, cambió también el aspecto normal de los santuarios, anteriormente siempre coloridos debido a la abundante presencia de devotos peregrinos venidos desde todas partes, quienes, con sus diferentes lenguas, atuendos y devociones, parecían no poder ser separados totalmente del paisaje natural de Tierra Santa. Pero este año, esta Navidad, es diferente. En

Séforis, en la casa de santa Ana, solamente hay dos cristianos: los monjes; y el pueblo tiene la entrada custodiada por mayor seguridad, haciendo así que durante todo este tiempo estuviéramos prácticamente de ermitaños. Pero eso jamás significó pensar en no hacer este año el pesebre, aun previendo que sería, tal vez, el pesebre más solitario desde que estamos en este lugar santo, pues son justamente los peregrinos quienes vienen a apreciarlo. Pero aquí no hay peregrinos ni cristianos por ahora. Sin embargo, el nacimiento del Hijo de Dios hay que festejarlo, dentro de nuestras posibilidades, pues ya pasó inadvertido en su momento por ese profundo misterio de su anonadamiento total en la humildad de la primera Navidad; así que ahora a nosotros nos corresponde hacerlo brillar, manifestando así que comprendimos bien lo que el pesebre ha venido a significar de una manera tan clara para los ojos de la fe, porque allí donde sólo hay miseria, abandono y soledad, si se sitúa Jesucristo cambia todo: figura hermosísima de lo que Dios hace en los corazones de los pecadores cuando viene a habitar en ellos y transformar las miserias en verdaderas obras de arte... si es que lo aceptamos y se lo permitimos, como lo hizo hace 2000 años en esa gruta solitaria de Belén, convirtiéndola actualmente en uno de los signos más hermosos para los que tienen fe, al punto de volverse “el rostro de la Navidad” y una perfecta síntesis de su misión salvífica y transformadora de las almas.

Así que armamos el pesebre, y como antaño dispusiera la Divina Providencia, unos pocos se empezaron a acercar y contemplar la sencilla representación del misterioso acontecimiento que se plasmó como una verdadera obra de arte espiritual, como un piadoso lienzo con más tonos oscuros que claros, los

cuales, sin embargo, no hicieron más que resaltar los colores que nos hablan de lo que Jesucristo nos vino a enseñar en el pesebre: humildad, sencillez, austeridad, sacrificio, etc.; y, en este caso, con un detalle del todo especial: que hasta ahora, salvo un amigo y dos de nuestras religiosas, los demás han sido no cristianos, quienes respetuosamente se han detenido a contemplar también esta sencilla representación que espera a los que quieran a la entrada del monasterio.

Tenemos un pesebre armado luego de semanas de soledad, en un lugar que no alberga a más que dos cristianos, y, sin embargo, y pese a su simplicidad, poco a poco ha comenzado a recibir algunas visitas a las cuales esperamos que también “les diga algo” ... sólo Dios sabe; sea como sea le agradecemos porque este año tampoco faltó el pesebre.

Les deseamos a todos una hermosa y muy fecunda Navidad.

PROVIDENCIALMENTE LLEGÓ PARA LA CUARESMA

15 de febrero de 2024

Nueva imagen de nuestro Señor para el Vía Crucis de la
basílica

Queridos amigos:

Acabamos de comenzar el tiempo de Cuaresma, invitación a la conversión mediante la contemplación de la sagrada Pasión de nuestro Señor. En este tiempo debemos acrecentar nuestra piedad y nuestra vida de oración, para alcanzar aquellas gracias que la Divina Providencia ha dispuesto de manera especial en este tiempo para transformarnos espiritualmente en mejores; tiempo de dar más limosnas a quienes lo necesitan y así reparar nuestras faltas y practicar la caridad; tiempo de sacrificios y privaciones por amor a Dios, por amor a la virtud, al bien, a lo mejor... a la santidad. Es por eso que, además del santo rosario y demás prácticas de devoción que siempre son fecundas, siempre nos benefician, también es muy recomendable rezar el santo Vía Crucis, y mejor si es en comunidad, porque “donde hay dos o tres reunidos en el nombre del Señor, allí está Él en medio de ellos”, y en este caso de manera muy especial, pues esta piadosa devoción produce grandes frutos en el alma que la reza con profunda piedad y aprende a adentrarse más y más ese gran misterio del Dios encarnado viniendo a tomar el lugar que le corresponde a los culpables y sufrir lo indecible, sin retroceder jamás, pues la nobleza de su amor lo llevó hasta las últimas consecuencias, hasta el calvario y la cruz por cada uno de nosotros.

Es por esta razón que hace años rezamos en cuaresma el santo Vía Crucis por la basílica, recorriendo cada una de las estaciones que ornamentan con llamativa sencillez los muros de las ruinas que resguarda el monasterio, pero este año es diferente, especial, pues por gracia de Dios pudimos conseguir y colocar una hermosa imagen de nuestro Señor Jesucristo en la 12^a estación, y llegó justo para la Cuaresma gracias a esas cosas de Dios:

Un sacerdote amigo de un sacerdote nuestro, le contó acerca de un lugar donde vendían cosas antiguas: muebles, vajilla, adornos, etc., pero también imágenes que venían tristemente de iglesias que se habían cerrado; fue así que, una vez conseguida la dirección fuimos a tratar de rescatar al menos alguna de esas imágenes y devolverlas a la devoción de los feligreses, y la verdad es que gracias a Dios pudimos conseguir más de una, tanto nosotros como nuestras hermanas (nosotros gracias a nuestros padres misioneros que nos regalaron una hermosa Sagrada Familia de Nazaret y un bellissimo Sagrado Corazón, además de un crucifijo para el altar); y si bien nos hubiera encantado traerlas todas, no tenemos obviamente ni el dinero ni el lugar donde ponerlas, pero lo importante es que varias están ahora donde les corresponde: conventos, monasterios y capillas. Pero volviendo un poco atrás, el día en que llegamos al lugar había que ponerse a recorrer y buscar entre muebles polvorientos, lámparas, espejos, y tantas otras cosas, para encontrar lo que buscábamos. Y fue justamente detrás de una puerta que daba a una vieja escalera, la cual subía a unas viejas habitaciones, donde entre un montón de cuadros viejos y tapados de tierra, se dejaba ver apenas un hermoso rostro, en el suelo, sucio, un poco roto y despintado, pero realmente hermoso... Fue en ese mismo momento en que “se dejó encontrar” por

nosotros que en seguida fue pensado para estar donde ahora está: formando parte del Vía Crucis del monasterio, mirando hacia la imagen de santa Ana, en la 12ª estación que conmemora la muerte más importante de la historia porque es la única capaz de producir vida, salvación y eternidad. Así que, una vez en casa y restaurado, sólo quedaba ubicarlo donde corresponde y se destaca, llamando la atención de los turistas (los no cristianos que vienen a visitar por el aspecto histórico de este lugar), respondiendo a la piedad de los peregrinos, y contribuyendo delicadamente a la oración comunitaria de los monjes. Y, por supuesto, hicimos la solemne bendición de esta hermosa imagen.

Damos gracias a Dios y a la Sagrada Familia por cada uno de esos “detalles” que la Divina Providencia tiene constantemente con la casa de la abuela de nuestro Señor, gracias a ustedes por sus oraciones a la distancia por apartado lugar que poco a poco ha ido reviviendo y llamando a los peregrinos a rezar en la sencillez de sus muros y simplicidad de su capilla. Les deseamos a todos una muy fecunda cuaresma, y que cada uno de nosotros se determine seriamente a ser generosos con Dios en nuestro tiempo para rezar y acompañarlo a su sagrada Pasión en este próximo Triduo Pascual. Que aprendamos de nuestro Señor a abrazar también nuestra cruz con alegría sobrenatural, sabiendo que esconde en sí un manantial de bendiciones para quienes la sepan aprovechar principalmente para unirse más a Dios:

“La llevas hoy conmigo y por mí y, de una manera admirable, quieres que ahora yo, como entonces Simón de Cirene, lleve contigo tu cruz y que, acompañándote, me ponga contigo al servicio de la redención del mundo.

Ayúdame para que mi Vía crucis sea algo más que un momentáneo sentimiento de devoción. Ayúdanos a acompañarte no sólo con nobles pensamientos, sino a recorrer tu camino con el corazón, más aún, con los pasos concretos de nuestra vida cotidiana. Que nos encaminemos con todo nuestro ser por la vía de la cruz y sigamos siempre tus huellas.” Benedicto XVI

UN GRAN GRUPO NOS VISITA

16 de mayo de 2024

Queridos amigos:

Pese a la actual situación de Tierra Santa, la zona de Galilea en general está más tranquila, incluido el monasterio y sus alrededores (Nazaret, Rene, Caná, etc.); lo cual ha permitido últimamente el poder trasladarse con mayor facilidad, aunque estando siempre atentos a eventuales dificultades. Dicha situación nos ha permitido ir recibiendo pequeños grupos locales, alguna que otra familia, y a nuestro “pequeño redil” de la santa Misa de los sábados en español. Pero hoy tuvimos una visita especial, ya que el grupo no era nada pequeño, y pasaron por el monasterio como parte de un recorrido más extenso que abarca tanto el parque nacional de Séforis como los avances respecto a los antiguos acueductos en los cuales se está trabajando. También forma parte del recorrido la presentación histórica acerca de la importancia de Séforis desde la antigüedad, como el hecho de haber sido la capital de Galilea, el lugar que antaño acogiera al sanedrín y donde

se escribiera la Mishná; punto estratégico para el comercio, la cultura y los estudios incluso en tiempos de nuestro Señor Jesucristo; ejemplo de convivencia entre judíos y cristianos en los primeros tiempos, y probablemente la última parada de los cruzados que se dirigían a la histórica batalla de los *Cuernos de Hattin*, entre otros tantos eventos importantes.

Pues bien, para nosotros ha sido una gran alegría haber podido recibir a este grupo de universitarios y profesores del “*Technion*” (Instituto Tecnológico que está ubicado en *Haifa* y es el principal y más antiguo instituto científico y tecnológico del país); quienes junto con la nueva directora del Parque nacional de Séforis, y el encargado de los trabajos que se están realizando en los históricos acueductos de la zona, decidieron comenzar aquí la jornada de formación, pidiéndonos tomar parte de la misma con una pequeña charla acerca del monasterio y la vida contemplativa, una verdadera bendición ya que nuevamente tuvimos la gracia de poder dar testimonio de lo que es e implica la vida consagrada para nosotros, los católicos, y puntualmente lo que hace a la vida contemplativa en un lugar tan especial. Como suele suceder, los oyentes estaban muy atentos pues les llama mucho la atención este estilo de vida que “unos extranjeros”, venidos desde tan lejos, han venido a realizar a este lugar tan apartado y “tan especial”, como ellos mismos suelen decir. Las preguntas que nos hacen suelen ser más o menos siempre las mismas: ¿te preguntaron o te mandaron tan lejos?, ¿hasta cuándo estarás acá?, ¿qué dice tu familia de que estés tan lejos?, ¿por qué no te casas como otros religiosos?, ¿te gusta Séforis?, ¿no extrañas el ruido?, etc.; y la respuesta también suele ser similar en grupos como estos, que puntualmente han venido a saber qué es

un monje católico: “qué interesante”, “te ves feliz”, “qué bueno es poder hablar así con confianza”, etc.

Cuando les hablamos acerca de la importancia de la oración, eje de nuestro estilo de vida, aprovechamos para decirles que estamos rezando a diario por el fin de la guerra, a lo cual todos asintieron con gran respeto, lo cual nos dio pie para concluir comentándoles que, pese a tener diferentes creencias, todos nosotros ahora queremos la paz más que nunca; que en Séforis podemos ver un ejemplo de lo que es “querer y poder vivir en paz”, incluso como amigos, cada uno respetando la fe del otro, palabras que dejaron muy agradecidos a los visitantes.

Damos gracias a Dios por todos los beneficios recibidos en estos días, y en estos 18 años de presencia en Séforis; donde nuestros monjes han ido construyendo poco a poco y con mucho esfuerzo, estos puentes de diálogo ameno con las demás creencias, así como los lazos fraternales con los demás religiosos que custodian los santos lugares, con quienes nos alegramos de poder estar aquí, en Tierra Santa, pasando por las pruebas que haya que pasar, y alegrándonos del obrar que la Divina Providencia va forjando poco a poco y según sus sabios designios de salvación.

Encomendamos a sus oraciones la casa de santa Ana, para que sea siempre un lugar donde los peregrinos puedan venir a rezar, donde los monjes den testimonio su especial estilo de vida, y donde el diálogo con los no cristianos sea cada vez más fecundo.

JUNTOS Y EN PAZ

24 de junio de 2024

Concierto de música clásica en la casa de santa Ana

Como bien sabemos, actualmente Tierra Santa se encuentra en una situación difícil. El estado de guerra continúa, así como los dolores y angustias de tantas personas afectadas directa o indirectamente por todo lo que está pasando. De vez en cuando alguna sirena de alarma, constantemente aviones y helicópteros pasando por arriba del monasterio y alrededores, recordándonos que no debemos dejar de rezar y ofrecer sacrificios para que pronto todo esto termine y la tierra que vio entrar al Hijo de Dios en el mundo pueda volver a ser el escenario de numerosas peregrinaciones y gracias especiales que tantos devotos vienen a pedir y recibir en los santos lugares.

Y la casa de santa Ana -a diferencia de lo que estaba comenzando hasta antes de la pandemia y posteriormente esta triste situación-, ha seguido recibiendo visitantes, aunque notablemente menos, pues a veces puede pasar casi una semana entera sin que nadie se aparezca por acá; y si bien para la vida contemplativa el silencio es una parte tan importante que, de hecho, impregna toda la jornada, sin embargo, la razón de este silencio no puede pasar desapercibida sin su dejo de amargura. La principal razón del silencio monástico es aprender a escuchar mejor la voz de Dios, acallando las pasiones desordenadas y preocupaciones mundanas, para comprender y obrar según lo que Dios quiere decir a cada uno de nosotros según su santa voluntad, pero ahora este silencio del

monasterio trae tintes de incertidumbre, temor, angustia y hasta desesperanza para algunos; es por eso que, dentro de toda esta situación, no podía dejar de ser algo muy especial el realizar nuevamente, con grandes esfuerzos, un nuevo concierto de música clásica, el cual por una tarde, por el hermoso fragmento de una tarde, nos hizo dejar de lado aquel penoso silencio del que hablamos, para invitarnos a disfrutar con la belleza de las melodías que, desde los simples, longevos y cansados muros que conforman las actuales ruinas de la basílica, se dejaron oír con especial deleite de todos los presentes, llenándola con creces pues faltaron sillas para todos (más de 300 personas adentro), y dejando a varios escuchando desde afuera de la puerta de entrada o por el jardín, donde está la cruz del monasterio y la imagen de la Virgen, detalle muy significativo considerando que la gran mayoría de los asistentes no eran cristianos, aunque no faltaron algunos frailes de Nazaret y algunas de nuestras hermanas que vinieron también para el evento.

Los encargados de la organización nos pidieron decir algunas palabras de recibimiento, lo cual aprecian mucho y es realmente importante para ellos, pues con el paso de los años y nuestra presencia en el Moshav (barrio hebreo, siendo nosotros los únicos cristianos), nuestra relación con ellos es del todo cordial y respetuosa, fruto natural del testimonio de vida que sabe abrirse paso en la medida de nuestra continua búsqueda de la voluntad de Dios y el equilibrio que se debe mantener entre la inculturación y la fidelidad a nuestro carisma y estilo concreto de vida.

El primero en hablar fue uno de los encargados, vecino nuestro, quien destacó que este año era la primera

vez que la hermosa imagen de santa Ana estaba presente en el concierto, así como la gran alegría que era poder disfrutar nuevamente del evento en un lugar importante para Séforis. A continuación, en nombre del monasterio, quise resaltar algo que ya había hablado en más de una oportunidad con algunos de los vecinos, y es el hecho de que, en Séforis gracias a Dios “todos nosotros queremos y podemos vivir juntos y en paz”, ante lo cual el asentimiento fue general, así como la gratitud de saber que cada día rezamos por la paz.

El concierto estuvo hermoso, y durante casi dos horas sobre el Cielo que contempla la casa de santa Ana, pareciera no haber pasado ningún avión ni nada, al menos no se vio ni se escuchó, era simplemente el cielo al atardecer y la música en el monasterio; nadie miraba hacia arriba sino hacia adelante, a los músicos, cuyo telón de fondo era ni más ni menos que la dueña de casa, nuestra querida santa Ana; la que sigue intercediendo por sus fieles devotos, la que seguirá esperando a los peregrinos, la misma a quien encomendamos junto con toda la Sagrada Familia las necesidades e intenciones de todos aquellos que rezan por este sencillo monasterio.

SOLEMNIDAD DE SANTA ANA Y SAN JOAQUÍN EN SÉFORIS

26 de julio de 2024

Muchas gracias querido seminario...

Durante nuestros años de formación en “la Finca”, como solemos llamar a nuestro amado seminario, además de los estudios, pasamos por una maravillosa gama de actividades que tienen por objetivo justamente el ayudar a prepararse a los futuros misioneros para cuando les toque dejar el hogar común, y llevarse consigo todo aquel bagaje espiritual, intelectual y demás, que allí se fue forjando. Por eso los diversos apostolados, las misiones populares, las jornadas de formación, campamentos, cursos, convivencias, etc., que se ofrecen a las almas desde el seminario; pero también la vida misma del seminario, con todas aquellas cruces que ahora, desde lejos, contemplamos realmente con cariño y hasta con sonrisas, que han sido parte de aquella fundamental preparación para la misión, como por ejemplo aquel loable sacrificio de dejar la patria y la familia por seguir a Jesucristo, y adaptarse a vivir no según los gustos personales ni los haberes propios, sino según lo que teníamos y la sencillez propia de la vida religiosa. No teníamos lujos obviamente y jamás nos faltó lo necesario, pues la Divina Providencia siempre se preocupa de nosotros, simplemente hay que aprender a poner cada uno de su parte a la gloria de Dios y salvación de las almas, y para eso hay que aprender a desgastarse, pero bien, es decir, viviendo una vida intensa, siempre ocupados en la búsqueda de la voluntad de Dios, y ofreciendo todos los esfuerzos necesarios para llevar

adelante el plan divino que se va gestando en cada una de las almas. Y justamente en todo esto, con su gran abundancia de ejemplos, recuerdos y muy gratos momentos, íbamos recordando y reflexionando en este último tiempo, especialmente en estas últimas dos semanas de preparación para nuestra gran solemnidad en honor de santa Ana y san Joaquín, pues este año no fue la excepción tanto en la intensidad de los esfuerzos cuanto en lo grandioso de los frutos que acompañaron la novena y celebración de los abuelos de nuestro Señor.

Este año fue particularmente lluvioso hasta hace un par de meses, lo cual nos redobló el trabajo y tiempo invertido para limpiar bien el terreno que recibe a los peregrinos: podamos mucho, desmalezamos mucho, quemamos pasto y ramas secas cuanto pudimos, y aun así, cerca de la fiesta parecía que no avanzábamos mucho, pero había que seguir. Luego comenzamos la novena, pidiendo especialmente a santa Ana por los frutos de la novena misma y posterior celebración, las intenciones de quienes rezan por nosotros, y la paz en el mundo entero, especialmente en Medio Oriente; y el mismo día en que comenzamos fueron apareciendo las ayudas necesarias para honrar a los padres de María santísima: ayuda económica, donaciones, y con ellos un renovado entusiasmo que, pese al cansancio natural de los trabajos del monasterio, por gracia de Dios se mantuvo firme hasta el final.

Gracias a la intercesión de santa Ana, san Joaquín y vuestras oraciones, este año pudimos llenar de flores la imagen de nuestra querida santa; hacer estampitas recordatorias en varios idiomas (ya que siempre son variadas las nacionalidades de los presentes), y celebrar con

nuestros religiosos, religiosas y nuevos amigos que asistían por vez primera a la santa Misa solemne realizada en este sencillo lugar santificado por la presencia de la Sagrada Familia.

Si bien no estábamos seguros de cuántas personas podrían asistir, debido al estado de guerra y la tensión que puede verse en muchas partes de Tierra Santa hoy en día, sin embargo, unas 200 personas participaron de la santa Misa, durante la cual había atención de confesiones, y donde nuevamente pudimos compartir de manera especial con nuestros hermanos franciscanos, entre los cuales se encontraba el padre guardián de Nazaret y el párroco de la Basílica, además de los demás frailes y sacerdotes de otras congregaciones que se hicieron presentes.

Después de la santa Misa, se realizó la tradicional procesión hacia la roca del ábside, restos últimos de lo que fuera antaño la casa de santa Ana, para la correspondiente oración y bendición, agregando la solemne incensación de la florida imagen de santa Ana, quien este año, luego de la santa Misa, se llenó de devotos que la fueron a saludar y sacarse fotos con ella y la Virgen niña.

Luego de los festejos, en los que entre nosotros los religiosos y los laicos éramos de varios países (Chile, Argentina, México, Colombia, Perú), no podíamos más que agradecer a nuestro querido seminario, que nos preparó para la misión y nos enseñó muy bien el premio al esfuerzo y el trabajo cuando se hace feliz, buscando la gloria de Dios. Estábamos cansados y con mucho sueño, pero sobre todo dichosos, pues todo lo que se hace no es para nosotros sino sólo para Dios, para los santos abuelos del Señor, para que en este día sean especialmente venerados y por medio de ellos sean muchas las almas

colmadas de su valiosísima intercesión desde el Cielo. Este año, de manera muy especial, santa Ana y san Joaquín -nos consta por los variados testimonios que escuchamos directamente de los beneficiados-, nos bendijeron mucho, como saben hacer siempre los buenos abuelos, y a muchas almas, sólo Dios sabe a cuántas y cómo, sea participando de la santa Misa aquí, sea rezando la Novena en su honor desde cualquier parte del mundo, sea ofreciéndoles oraciones confiadas por su intercesión.

Gracias seminario querido por la formación recibida, gracias Sagrada Familia por vuestra santa intercesión, gracias a todos aquellos que rezan por nosotros y que de una u otra manera nos ayudan y nos han ayudado especialmente este año para poder celebrar a los santos abuelos del Señor. Nos seguimos encomendando a vuestras oraciones y comprometiendo las nuestras por vuestras necesidades e intencione

¿SE IMAGINAN SI FUÉRAMOS SANTOS? HAY QUE ENTUSIASMARSE CON LA SANTIDAD

30 de julio de 2024

*“Cuando sientas que ya no sirves para nada
todavía puedes ser santo”*

San Agustín

Hace un par de días me topé con una frase que no pude dejar pasar sin detenerme un buen rato a considerarla, a reflexionarla: “Yo haría santos a todos si se dejaran trabajar” (Jesús a santa Catalina de Génova); y es que es un tema bastante común para nosotros, especialmente los sacerdotes que a menudo lo predicamos, el simple hecho de recordar que todos estamos llamados a la santidad; más aún, que todos deberíamos realmente “entusiasmanos por la santidad”. Ojo que ocupamos muy a propósito esta expresión porque “nos entusiasmos ante lo realizable”, ante lo posible; y en este caso, ante un deseo que brota naturalmente de lo más profundo del Sagrado Corazón de Jesús, el mismo que nos dijo “sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5, 48). Es cierto que, tal vez, nuestras reales limitaciones -defectos y pecados-, nos puedan quitar el entusiasmo y apagar los magnánimos deseos, pero es aquí donde debemos recordar aquello de que “la gracia supone la naturaleza”, esa misma gracia que infunde las determinaciones más profundas y los nobles deseos que forjan a las almas santas en la medida en que éstas empiecen a ser fieles a ellos, enamorándose de Dios y

haciéndose sedientos de su gloria y su santa voluntad en esta vida, preclara empresa que merece todos nuestros esfuerzos y nuestra confianza en Dios. “La gracia supone la naturaleza”, repetimos; una naturaleza que puede estar golpeada, herida, corrompida, débil, mediocre, etc., y que, sin embargo, una vez que se abandona con firmeza a los divinos designios -los que bien conoce Aquel que vino no por los justos...-, comienza a obrar de tal manera en el alma, que ésta empieza a dejarse abrasar por el fuego del amor divino (el que enardece, el que purifica, el que poco a poco va consumiendo nuestras miserias a costa de los necesarios sufrimientos y las noches encargados de labrar la grandeza), y es allí donde la santidad comienza a ser posible para ella, porque los santos se van forjando en el amor a Dios y en las exigencias de este amor que no espera excusas sino confiada entrega, que no quiere oír objeciones sino firmes determinaciones, y que no discrimina a nadie, por pecador que sea, para recibirlo junto al selecto grupo de sus íntimos, los que dejaron atrás todas las excusas y poco a poco, a fuerza de generosidad, santo abandono y correspondencia a la divina misericordia, se dejaron moldear por el Santo de los santos: “Jesucristo, luego que apareció en el mundo, ¿a quién llama? ¡A los magos! ¿Y después de los magos? ¡Al publicano! Y después del publicano a la meretriz, ¿y después de la meretriz? ¡Al salteador! ¿Y después del salteador? Al perseguidor impío.

¿Vives como un infiel? Infieles eran los magos. ¿Eres usurero? Usurero era el publicano. ¿Eres impuro? Impura era la meretriz. ¿Eres homicida? Homicida era el salteador. ¿Eres impío? Impío era Pablo, porque primero fue blasfemo, luego apóstol; primero perseguidor, luego evangelista... No me digas: “soy blasfemo, soy sacrílego,

soy impuro”. Pues, ¿no tienes ejemplo de todas las iniquidades perdonadas por Dios?

¿Has pecado? Haz penitencia. ¿Has pecado mil veces? Haz penitencia mil veces. A tu lado se pondrá Satanás para desesperarte. No lo sigas, antes bien recuerda las 5 palabras “éste recibe a los pecadores”, que son grito inefable del amor, efusión inagotable de misericordia, y promesa inquebrantable de perdón.” (san Alberto Hurtado)

Suspirar por lo inalcanzable produce tristeza, suspirar por lo que es posible, aun cuando sea arduo de alcanzar, produce esperanza y entusiasmo, y la santidad es posible. Ahora sí, vayamos a la pregunta con que hemos titulado esta sencilla reflexión: ¿se imaginan si fuéramos santos?; cómo atraeríamos las almas hacia Dios; qué autoridad tendrían nuestras palabras; qué fuerza nuestros ejemplos; qué poder nuestras oraciones y qué profundidad nuestra intimidad con Dios.

La santidad, de alguna manera, podríamos decir que tiene un aspecto personal y uno social, me explico: el alma que se va santificando se va haciendo más agradable a Dios, más cercana, y esto le va permitiendo adentrarse cada vez más en los gozos sobrenaturales que solamente los verdaderos amadores de Dios han llegado a conocer. A estas almas Dios las complace con gusto, como escribe el beato: “...Un alma que conocía una intimidad tan grande -entre el corazón de santa Gertrudis y su amor a Jesucristo- se atrevió a preguntar a nuestro Señor por qué clase de atractivos había merecido santa Gertrudis una tal preferencia. “La amo de este modo, respondió nuestro Señor, a causa de la libertad de su corazón, donde nada penetra que pueda disputarme la soberanía”. Así, pues,

porque ella buscaba únicamente a Dios en todas las cosas, desasida por completo de toda creatura, mereció esta santa ser el objeto de las complacencias divinas, las más inefables y extraordinarias.” (Dom Columba Marmion); pero como el bien es difusivo, es decir, necesita comunicarse, es que necesariamente el alma santa que atrae para sí las bendiciones divinas, también es instrumento para que Dios comunique la abundancia de sus gracias a las demás almas que la rodean: ¿cuántas almas, por ejemplo, se rindieron ante la Divina Misericordia, atraídas a los confesionarios del santo Cura de Ars o del santo padre Pío?; ¿cuántas mentes y corazones no se iluminaron con el diario de santa Faustina Kowalska y emprendieron una vida de respuesta a la bondad divina?; ¿cuántos teólogos, filósofos, consagrados y laicos nos seguimos beneficiando de los escritos de santo Tomás de Aquino?; ¿cuántas personas se dejaron arrastrar por el ejemplo de la santa Madre Teresa de Calcuta y sus hermanas de la caridad?; ¿acaso san Agustín, san Bernardo, o san Juan Pablo II no nos siguen predicando?; ¿acaso las vidas de los santos no siguen moviendo los corazones?; ¿qué no hay santos que, en este preciso momento, escondidos o “pasando desapercibidos”, nos están sosteniendo con sus oraciones y sacrificios?, y lo mismo los del Cielo, que siguen intercediendo por nosotros y alcanzándonos las gracias que con fe le suplicamos a Dios por medio de ellos.

En síntesis, “la santidad no se queda en el santo”, porque la virtud no termina en el virtuoso, como bien sabemos; necesariamente se irradia, actúa y beneficia a quienes entran en contacto con ellos. Dios quiere santos, Dios nos quiere santos, Dios dispone todas las gracias necesarias para hacernos santos, ¿por qué entonces no lo somos? La respuesta debemos hallarla en nosotros

mismos, preguntándonos en primer lugar ¿realmente quiero ser santo?, ¿estoy dispuesto a pagar el precio?, ¿a amar a Dios lo suficiente?, ¿qué debemos hacer?: buscar en todo la gloria de Dios, pues la santidad es consecuencia de esto.

Los santos se hicieron tales por olvidarse de ellos mismos y dedicarse solo a Dios y su divina voluntad; porque no querían la honra humana ni los aplausos ni los halagos ni nada de eso, sino solamente la gloria de Dios, y por eso Él los coronó con la santidad.

De parte de Dios estará todo siempre dispuesto para que crezcamos en el amor a Él; examinémonos, pues, para descubrir y desterrar poco a poco los impedimentos u obstáculos que puedan anidar en nuestras almas, pero siempre con confianza, “al ritmo de Dios” como enseñan los santos: algunos adelantarán más rápido, otros deberán purificarse más, otros deberán padecer las grandes tormentas que los más débiles no podrían soportar sin sucumbir; sea cual sea nuestro sendero “entusiasmémonos” de caminarlo sin mirar atrás ni comparar con los demás, poniendo nuestros ojos fijamente en Dios y su gloria, en hacer mi parte y ofrecerle mi nada y mi confianza, y rogándole la gracia de cumplir con aquello para lo cual he sido creado.

Que nuestra miseria no nos desanime, que nuestros errores no nos aten, que nuestros fracasos no nos condicionen, ¿acaso no tenemos ejemplos de los santos?: “San Pablo era un gran perseguidor de la Iglesia la víspera de ser el gran apóstol. San Ignacio o San Francisco Javier eran unos mundanos libres la víspera de ser dos torbellinos apostólicos. La Magdalena era una gran pecadora la víspera de ser una gran santa. También la sociedad puede ser gran

pecadora y hasta perseguidora de la Iglesia la víspera de su conversión; porque si el mundo está perdido, todos los conversos estuvieron perdidos la víspera de ser encontrados por la Gracia. Hagamos, pues, del problema del mundo un problema de Gracia y conversión...” (José María Pemán)

Roguémosle a nuestro Dios que suscite grandes santos para nuestro tiempo; y que el ejemplo de los que alcanzaron ya su Gloria en la eternidad nos entusiasme a trabajar incansablemente, cueste lo que cueste, por ser contados también entre los amigos cercanos de nuestro Señor, el Santo de los santos.

MI VIEJO ROSARIO

29 de septiembre de 2024

El 30 de mayo del 2006, vísperas de nuestra primera profesión de votos, mi mamá me entregaba un pequeño y hermoso crucifijo. Y al hacerlo me contó su sencilla e interesante historia: resulta que un día, hablando con una señora que le compraba telas en ese momento, salió el tema de que me encontraba en el seminario para ser sacerdote, entonces la señora le dijo a mi mamá: “tengo algo para su hijo”, y después le entregó dicho crucifijo, el cual se había encontrado en la calle unos 40 años atrás, pensando que “debía guardarlo para una ocasión especial”, la cual “se dio cuenta que había llegado al hablar con mi mamá”. Y así, luego de 4 décadas piadosamente guardado, llegó a mis manos. Y desde el principio me encantó. Años

después, ya como sacerdote en nuestro monasterio del Socorro, en Tenerife, el P. Romanelli viajaba desde Medio Oriente para predicarnos nuestros ejercicios espirituales anuales, dejándonos como regalo a cada monje un rosario traído desde Tierra Santa, tocado al Santo Sepulcro, sencillo, al cual con gran aprecio le cambié la cruz de madera por el pequeño crucifijo que desde el primer año de seminario me venía acompañando. Esta es la simple historia de mi “viejo rosario”, que si bien tiene apenas 11 años, en años de rosarios y sus respectivos Ave Marías pasando a través de él, considero que es bastante, pues sus cuentas están notablemente deterioradas: su madera ya no brilla y más de alguna deja ver una pequeña grieta que amenaza dividirla en dos; además, después de haberseme cortado varias veces, hoy luce un nuevo cordel que ha vuelto a unirlo todo en armonía, contrastando un poco con el uso que se deja ver claramente en todo lo demás, pero especialmente en el hermoso crucifijo, que luego de todo este tiempo, está realmente desgastado.

La primera tragedia de su crucifijo fue la pérdida de su pequeño “INRI”, acontecida por un descuido que lo dejó en el bolsillo de mi hábito al lavarlo; después fue perdiendo su color original, pues la madera era negra y la parte metálica era plateada. Fue desapareciendo aquel pequeño rostro que más o menos se dejaba apreciar, y que hoy por hoy no se distingue, así como los pliegos que representaban esa tela que apenas cubría el sacrosanto cuerpo del Señor. En síntesis, se perdieron sus rasgos por el tiempo, pero no por eso deja de ser hermoso, de hecho, su desgaste lo reviste de algo especial, le da una belleza que no es estética, esa que es diferente y no siempre es estimada, y es exactamente lo que me ha movido a escribir y compartir esta sencilla reflexión sobre un aspecto de la

vida espiritual, o mejor dicho, una verdad que con visión sobrenatural podemos ver, y comprender, y profundizar, y hasta imitar si decidimos emprender con seriedad la dichosa búsqueda de la voluntad de Dios; y que podemos contemplar de manera sublime en el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, pero también en sus santos y en toda alma recta -cada cual a su modo, se entiende-, y que es ese maravilloso “desgastarse por la gloria de Dios” que debería ser nuestra gran aspiración en esta vida, y que quizás a ratos lo es, pero que si fuera una constante..., o mejor aún, un trabajo continuo, es decir, ininterrumpido, ciertamente transformaría nuestra vida y la de quienes nos rodean, como hacen los santos que parece que todo lo que tocan de alguna manera se ve afectado por ellos, con sus más y sus menos, pero es que ese “desgaste” paradójicamente parece ser la razón de su fortaleza espiritual y su santa determinación... Espero poder expresarme bien, es decir, no estamos hablando de una especie de destrucción de la salud o imprudencia respecto a nuestras capacidades, pues cada cual tiene “su máximo y sus límites”, pero también es cierto que en las almas ejemplares vemos cómo el amor a Dios constantemente va empujando esos linderos y le van permitiendo realizar esa maravillosa desproporción que llamamos magnanimidad, pequeñez del alma puesta en manos de Dios con todas sus fuerzas, con toda su confianza, con todo su amor, las cuales Dios mismo va acrecentando para recompensar al alma y hacerla “más partícipe” de su obra. Hay que ser prudentes, hay que ser sensatos, pero también hay que ser generosos y cada vez más, pedir la gracia de serlo, de “aprender a desgastarse” por la gloria de Dios, como hemos dicho, discerniendo y rechazando nuestras excusas.

Cuando miro el crucifijo de mi viejo rosario, no pienso que ya no sirve (¿y quién lo haría?), o que ya no ayuda a rezar bien, ¡nada de eso!; es decir, no está roto sino desgastado, porque le pasaron por encima años de oraciones, y ha estado en el bolsillo de mi hábito y luego en la capilla, o acompañándome por el jardín; siempre testigo de las plegarias a nuestra Madre del Cielo que van pasando por sus cuentas. Y en su desgaste veo reflejado aquel que exige el amor de Dios, ese por el cual los santos se consumen y se vuelven más y más fecundos.

Una vez un compañero de seminario me contaba que la biblia de su mamá llamaba la atención porque las hojas de los evangelios estaban muy gastadas en comparación con el resto, y se entiende perfectamente lo que esto significa. Recuerdo también haber leído una biografía de san Bernardo que decía que a los 40 años se veía como si tuviera más de 50; o la madre santa Teresa de Calcuta, en cuyo rostro se veía también el desgaste, pero el de los santos, ese que es fecundo, que jamás se desanima, que sabe sacar nuevas fuerzas del contacto con Dios en la oración y que hermosea... como el crucifijo de mi viejo rosario.

Desgastarse por la gloria de Dios, como hemos dicho, significa aprender a consumirse de alguna manera en la correspondencia a su amor, y es una gracia que debemos pedir constantemente. Tal vez nos falta mucho, tal vez todavía no nos determinamos con firmeza, pero también, tal vez, hoy podríamos comenzar a hacerlo si nos decidimos.

LOS QUE HEMOS DEJADO TODO POR SEGUIR A CRISTO, ¿HEMOS DEJADO TODO POR SEGUIR A CRISTO?

12 de octubre de 2024

Reflexión dedicada a los consagrados

Sabemos bien que cada palabra, cada gesto, cada acción del Hijo de Dios encarnado pasando entre la humanidad, constituye una enseñanza. Jesucristo, nuestro Señor, es capaz de adoctrinarnos hasta con las actitudes de quienes lo rodean; tan sólo hay que saber mirar la escena desde la distancia correcta, con la disposición correcta, para contemplar y comprender qué es lo que nos está diciendo a través de cada uno de los detalles que jamás se dejan caer en las infecundas tierras del azar. Y una de estas escenas, de las más conocidas, es su encuentro con el denominado “joven rico” (Mc 10, 17-30), alma buena que cambió la posibilidad de la mayor dicha de su vida por la tristeza que entretejen los afectos mundanos cuando se interponen claramente entre las santas intenciones y los grandes sacrificios, que saben bien recompensar con esas gracias misteriosas que colman y rompen los diques de ciertas felicidades que construimos según nuestro corto entendimiento, como el seguimiento de Cristo pero desde cerca, desde la vereda de los elegidos para estar con Él y compartir la intimidad de su misión.

El joven rico se nos muestra como la representación de la otra esquina, la de los que no quisieron seguir a Jesús y, en contraste con sus fieles discípulos, “no lo dejaron todo para seguirlo” (Cf. Mc 10,

28); y el justo pago a su falta de generosidad fue la mencionada tristeza con la que se marchó: vino en busca del Maestro preguntando con sinceridad sobre la vida eterna; y Jesús le respondió, pero no el joven a Jesús, siendo que “una sola cosa le faltaba”..., por eso se marchó apenado, porque comprendió perfectamente -pues no habían metáforas ni interpretaciones de por medio-, pero no quiso soltar, no se quiso desprender; puso en la misma balanza sus quereres y el querer de Jesucristo para Él, pero -misterio siempre actual-, pesaron más en su corazón sus posesiones que los despojos fecundísimos que nos pide el Evangelio. Y de aquí la primera gran enseñanza general: el fruto de la buena voluntad que le pregunta a Dios qué es lo que debe hacer para darle gloria y ser feliz, pero que antepone a los designios divinos sus afectos desordenados, es la tristeza de saber que ha elegido lo incorrecto y la amargura de la incertidumbre sobre las gracias y bendiciones que su egoísmo no le permitirá conocer mientras no haya sido desterrado del alma, al menos no mientras el alma no se retracte de su mala decisión... y mientras no se le acabe el tiempo o las posibilidades de elegir bien. Esto es lo que eligen quienes son llamados por Dios y le dicen que no, y esto es lo que pasa cuando Dios nos pide ciertas renunciaciones para nuestro bien, para nuestra purificación, para poder comenzar a tejer sus designios de grandeza en nosotros, pero no se lo permitimos. Oscuro y triste misterio.

Por otro lado están los apóstoles, los que lo dejaron todo y sí siguieron a Jesús, arquetipo de los futuros consagrados que con todas sus imperfecciones y hasta faltas que enmendar, sin embargo, le concedieron al Maestro su respuesta positiva y asentaron las bases del seguimiento de Cristo que constituye nuestra vida

consagrada, seguimiento y búsqueda continua de la imitación del nuevo estilo de vida inaugurado por el Hijo de Dios al hacerse hombre: vivir para Dios, servir a Dios en los demás, despojarse de las creaturas mediante los sagrados votos; hombres y mujeres de todo el mundo llamados a refugiarse en Dios y dedicarse a darle gloria; a tratar de amarlo más, de ofrecerle y ofrecerse más; a combatir sin tregua contra sí mismos para convertirse, con la gracia de Dios, en morada agradable de la Trinidad, deseosos de ensanchar el corazón y aprender a crucificarse cada día y padecer por amor a Aquel que los eligió. Pero justamente aquí es donde nos detenemos, nosotros los consagrados, ante la radical pregunta que, “si nos dedicamos a responder” cuantas veces sea necesario durante el desarrollo de nuestra vida espiritual, ciertamente nos traerá muy fecundas consecuencias: ¿lo hemos dejado todo por seguir a Cristo?

El religioso, mediante sus votos y su pertenencia a su familia religiosa, ya lo ha dejado todo por seguir a Cristo, repetimos siempre. Pero dentro de esa radicalidad a los ojos del mundo, todavía es admisible una mayor profundidad a los ojos de Dios, de la cual depende traspasar o no los límites entre el religioso bueno que se conforma con ser bueno, y el religioso bueno y generoso *que no se conforma*, porque entiende bien que Dios merece más... estos son los que aman más y corresponden más al amor de Dios, y emprenden justamente por amor a Dios la noble y extraordinaria empresa de “aprender a despojarse más”, decisión y determinación por la gloria de Dios que constituye la antesala y el inicio de la santidad: aquí lo que importa es lo esencial, es decir, la gloria de Dios, de la cual la santidad será una consecuencia para el alma.

Tal vez aún hay mucho por dejar: ¿Ya dejé “mis planes” y mis conveniencias?, ¿ya dejé mis caprichos y mis complacencias?, ¿ya dejé de entristecerme por las cruces?, ¿ya dejé atrás las quejas y tristezas ante las incomprendiones y contrariedades?, ¿ya dejé de olvidarme que la Divina Providencia no descansa y no hay instante en que no esté presente sosteniéndome, consolándome y ayudándome a seguir adelante a través de los designios divinos? Si todavía nos falta mucho la respuesta no es entristecerse y marcharse -como lo hizo el joven rico, a quien Jesús miró y amó, como a nosotros-, sino entusiasmarse y “ponerlo en positivo”, de tal manera que sepamos alegrar a Dios y alegrarnos nosotros mismos de los pequeños progresos que podamos ir realizando asistidos por la gracia divina: “por amor a Dios, trabajaré en dejar atrás mis planes y mis conveniencias, mis caprichos y mis complacencias, mis tristezas y mis quejas, mis faltas de confianza y de abandono en las manos divinas; en fin, porque Dios lo quiere me despojaré, porque quiero dejarlo todo por seguirlo”.

Difícil es “dejar lo nuestro”, pero Jesucristo siempre merece nuestro esfuerzo; y si correspondemos a la bondad de su mirada -que se ha querido fijar en nosotros, pobres pecadores-, pagando el precio que haya que pagar, con determinación y alegría sobrenatural, poco a poco iremos dejando más y más de lo que nos impide actualmente una unión más íntima con Dios.

“El que todo lo renuncia, todo lo posee, y pasa por la vida con una mirada libre, pura y desposeída.” (san Alberto Hurtado)

COSECHANDO EN FAMILIA

10 de noviembre de 2024

Queridos amigos:

El año pasado fue notablemente el peor en lo que respecta a la cosecha, y esto en todo el país; de hecho, tuvimos que esperar a que el lugar donde llevamos las aceitunas para hacer el aceite estuviera abierto, lo cual fue unos pocos días a la semana ya que muy pocos llevaban sus frutos, y el tema común mientras esperábamos nuestro turno era siempre la poca cantidad que había salido ese año. Pero por gracia de Dios este año fue mejor, hay más aceitunas y esperamos poder cosechar un poco más.

El trabajo es intenso, no agotador pero intenso; hay que cosechar las partes altas de los árboles que no alcanzamos a podar el año pasado con escaleras y palos largos, juntar, limpiar, embolsar; llevar hasta el pueblo que tiene las máquinas y esperar varias horas hasta conseguir un turno. Luego envasar, etiquetar, etc.; es así que la ayuda que nos ofrecieron nuestras hermanas, así como algunos amigos y feligreses del monasterio, ha sido una grandísima ayuda para nosotros, y se ha convertido en una hermosa ocasión para compartir y hasta conocer voluntarios nuevos que se sumaron también a ayudar. La cosecha de este año ha sido, además, un alivio dentro de esta guerra terrible que sigue afectando a tantas personas en Tierra Santa y sus alrededores. Comenzamos el trabajo temprano y durante la jornada hemos podido compartir variados temas sobre la fe, la esperanza, la voluntad de Dios, la Divina Providencia, etc.; además de compartir el almuerzo en el correspondiente clima de alegría y gratitud que hasta hace

pasar desapercibida, de vez en cuando, la especial situación por la que estamos pasando.

El año pasado, repetimos, apenas pudimos cosechar unas pocas aceitunas para tener algo de aceite, pero este año es diferente, los frutos son más, abundantes, de igual manera que las gracias de Dios que se abren paso entre toda esta complejidad de Tierra Santa y no han dejado de llegar a bendecir la casa de santa Ana, fruto a su vez de las oraciones de todos ustedes a quienes no dejamos de encomendar a diario a la Sagrada Familia: hemos conocido a nuevos amigos, hemos podido visitar y recibir la visita de nuestros padres y hermanas de otras comunidades; no dejamos de recibir sus saludos y oraciones por nosotros y, gracias a Dios, los motivos para rezar y el trabajo por hacer jamás se acaban, así que seguimos dedicados a vivir nuestra vida religiosa en estas circunstancias particulares siempre hacia adelante, a través de la cruz, con el triunfo de la cruz, y asistidos siempre por Aquel que por nosotros murió en la cruz.

La pequeña reflexión que deseamos compartirles en esta ocasión, es el hecho de que siempre estaremos en guerra: contra el demonio, contra el espíritu mundano, contra nuestras pasiones desordenadas y defectos; pero hay que estar tranquilos: ¡Cristo ya venció!, solamente hay que seguir luchando por unirse a ese triunfo maravilloso, poco a poco, a nuestro ritmo, a través de las pruebas; con trabajo, con esfuerzo, ¡con oración!, siempre con santo entusiasmo por la virtud y agradecidos de las bendiciones de Dios que ningún mal puede impedir, comenzando por la gracia divina en el alma. Habrá años con menor cosecha en el ámbito terreno, pero no es la misma norma para el plano espiritual, donde, por el contrario, las sequías y

tormentas del alma bien llevadas y ofrecidas, traen por fuerza una cosecha abundante en gracias: perseverancia, fortaleza, fe, caridad, generosidad, entrega, santo abandono, etc.

Sigamos rezando por el fin de la guerra en todo el mundo, sigamos ofreciendo oraciones y sacrificios; sembramos actos de virtud y cosecharemos virtudes.

Dios los bendiga, muchas gracias a todos por ayudarnos con sus oraciones, cada día se agradecen.

JESÚS SE FIJA EN LOS DETALLES

26 de noviembre de 2024

“Yo les aseguro que esa pobre viuda ha dado más que todos...”

Leyendo nuevamente aquel hermoso pasaje del Evangelio que nos narra *la fugaz historia* de la viuda pobre que echó sus dos únicas moneditas en la ofrenda del templo, no podemos no admirar a esta alma buena cuyo nombre desconocemos y cuya grandeza de alma pasó desapercibida para la gran mayoría de los presentes... mas no para Jesús, nuestro buen Dios con corazón de hombre, que quiso compartir “el hermoso secreto de la viuda” que en aquel momento también el Padre celestial observaba con agrado. Personalmente, esta maravillosa pincelada que se quedó como escondida dentro del inmenso lienzo de la vida pública de nuestro Señor, siempre me dejó una entusiasta curiosidad respecto a esta buena mujer; es decir, el Sagrado Corazón que veía lo que los demás no, es el

mismo que se compadece ante las miserias de la humanidad y que sabe bien recompensar la fe de los pequeños, los humildes y sencillos, predilectos de Dios por sus necesidades; es así que espontáneamente surge la pregunta sobre ¿cómo se habrá preocupado Dios por asistir a esta alma ejemplar que le ofrecía todo lo que tenía con absoluta confianza? ...Sólo Dios lo sabe. Pero volvamos a nuestro Señor.

A Jesucristo, como hemos dicho, no se le pasa por alto ninguna de nuestras acciones; cada una de ellas recae bajo su mirada sublime, profunda, que ve y sopesa nuestras obras con exactitud; es por eso que nos confesamos, por ejemplo, para que nos perdone aquello que Él bien conoce y espera que nosotros reconozcamos con total sinceridad y arrepentimiento: Jesús contempla nuestra historia en su totalidad, con todas las veces en que le hemos fallado, con cada infidelidad a su bondad alzando la mano en alto, con cada propósito incumplido, cada falta no corregida, cada pecado cometido y no detestado, etc., y si la conciencia de esta realidad me lleva a la verdadera compunción pues bendito sea Dios, que ilumina al pecador que desea realmente enmendarse y comenzar a tejer junto con su gran Perdonador una nueva historia, que a través del amor y la purificación se dedica a buscar la gloria que a este buen Dios le debe tributar. Y exactamente en este punto debemos repetir y considerar un nuevo aspecto sobre el título de esta sencilla reflexión: “Jesucristo se fija en los detalles”, pero ¿a qué detalles nos referimos?, pues a aquellos detalles que al igual que las dos moneditas de la viuda ejemplar, parecen pequeñeces que para otros podrían no tener importancia, pero no es así para Dios; esos que los intereses mundanos dejan pasar desapercibidos mientras los intereses divinos los aprecian

y dejan bien agendados sobre la balanza de la expiación y de los méritos para la eternidad, es decir, esos pequeños detalles que en realidad no son pequeños porque son capaces de ir forjando la grandeza, como ese mal pensamiento rechazado con gran esfuerzo para que no pueda llegar a asentarse con comodidad en nuestro corazón; esos pequeños sacrificios con que “negociamos” para adquirir las virtudes de las cuales carecemos o estamos flacos; esa lengua refrenada para no dañar a mis hermanos; esos perdones tácitos ante las ofensas recibidas que se visten de caridad, de concordia y oración por quienes nos han herido; esos dolores secretos por el bien que no terminamos de hacer a causa de la debilidad de nuestra voluntad; esas lágrimas calladas ante la necesidad; esas espinas que no se pueden quitar mientras veamos alejados de Dios a quienes más amamos y las plegarias prolongadas que miran con confianza, sí, los frutos de la fe, pero desde lejos y apoyadas a veces en las partes más oscuras de la fe... o hasta el santo sufrimiento por no darle a Dios la gloria que le corresponde.

Todos estos “detalles que parecen tristes”, sin embargo, no lo son, ¡por supuesto que no!; porque Jesucristo los conoce, los valora y los mira siempre con tierna aprobación: nos deja en claro que sí importan, ¡que sí suman!, por pequeños que nos parezcan o que de alguna manera lo sean, pero que no deben dejar de hacerse.

Tal vez tengamos solamente dos moneditas para poner en la ofrenda, pero si lo ofrecemos **todo** eso vale más que los grandes sacrificios y grandes renunciaciones que otros tal vez podrán hacer con menos pobreza de espíritu y un amor a Dios más bien escaso: examinemos qué tenemos para darle a Dios aunque parezca poco -¡pero que

jamás sean migajas, es decir, no las sobras de nuestro tiempo, las renunciaciones que no nos cuentan ni los “sacrificios sin sudores”!; tiremos rencores a la basura y corriamos las malas decisiones; ofrezcamos los esfuerzos de nuestras flaquezas, esas pequeñas privaciones que nos cuestan y esos actos de virtudes que tal vez no resplandecen, pero que *para nosotros* son arduos de realizar, y que poco a poco se irán asentando y acrecentando. Jamás es poco el darlo todo, jamás es vano dar “nuestras dos moneditas” mientras las demos por amor a Dios, porque Él sabe apreciar mejor que nadie lo que encarecidamente le ofrecemos.

¡LA SAGRADA FAMILIA LLEGÓ A SÉFORIS!

28 de diciembre de 2024

Queridos amigos:

Como bien saben, en este lugar santo que alberga los restos de la basílica cruzada erigida en honor de santa Ana, se encuentra el sencillo Monasterio de la Sagrada Familia, y la razón de haberlo nombrado así al llegar nuestros primeros monjes, es el hecho de que históricamente toda la Sagrada Familia debió haber pasado por aquí en algún momento; es decir, sabemos por la Tradición que santa Ana era oriunda de Séforis y probablemente haya nacido aquí, en la antigua capital de Galilea en tiempos de Herodes el grande, también llamada Diocesarea por los romanos, actualmente “Tsippori” (“pájaro” en hebreo, ya que se encuentra en la parte alta del valle, como un ave que observa desde las alturas), y

donde -justamente por ser la Capital y estar en construcción durante la infancia y adolescencia de nuestro Señor-, estaba de hecho el trabajo, a diferencia del pequeño pueblo de Nazaret en aquel entonces. Es por este aspecto histórico, además de la sagrada Tradición, que podemos afirmar dicho paso de toda la Sagrada Familia por aquí, sea por vivienda, sea por trabajo, santificando este lugar con su presencia. Pues bien, en atención a este maravilloso dato que solemos compartir con cada grupo que nos visita, es que desde el principio quisimos dedicar la sencilla y pequeña capilla del monasterio a la Sagrada Familia toda, es decir, santa Ana, san Joaquín, la Virgen, san José y, por supuesto, nuestro Señor en sus primeros años habiendo asumido nuestra humanidad. Y para resaltar mejor este grande y silencioso detalle, es que habíamos propuesto mandar a hacer una hermosa pintura que pudiera resaltar al centro de la capilla, y no fue sino hasta hace poco más de dos años que pudimos vislumbrar más de cerca este sueño, cuando un grupo de peregrinos venidos de Taiwán, junto con uno de nuestros sacerdotes y una hermana, pasaron por aquí dejándonos la ayuda que necesitábamos para poder encargar dicha empresa; a continuación, nos hacía falta encontrar al artista, que comprendiera bien no tan sólo el aspecto histórico sino también espiritual al momento de comenzar a realizar su obra, y fue así que por esas cosas de la Divina Providencia nos pusimos en contacto con la hermana María de Jesús sacramentado, de nuestra familia religiosa, quien pese a encontrarse muy ocupada por sus demás trabajos, en seguida se entusiasmó con el proyecto y lo dejó agendado para realizar en cuanto le fuera posible; y fue así que hace poco nos llegó el esperado mensaje avisándonos de que la anhelada pintura estaba terminada; y como si fuera poco, la Sagrada Familia

-ciertamente- intercedió, y dispuso todo para que justamente un amigo del monasterio que estaba por viajar nos ofreciera traer lo que nos hiciera falta desde san Rafael, Argentina, donde visitaría a su familia y donde estaba la obra de arte ya terminada.

Sólo Dios sabe la emoción que sentimos al abrir el rollo que contenía una imagen tan hermosa que nos dejó un buen rato con los ojos fijos en ella y nuestra más profunda gratitud a Dios, a la Sagrada Familia, a todos aquellos que de una u otra manera intervinieron para que finalmente llegara hasta Séforis (la hermana que la pintó, la ayuda de los peregrinos, quienes la trajeron y enmarcaron; y todos quienes rezan por nosotros). Finalmente, como corresponde, estas primeras vísperas del Domingo 4° de Adviento, cuyo Evangelio está dedicado a la santísima Virgen María yendo presta a ayudar a santa Isabel, su familia, celebramos la santa Misa como corresponde: siempre solemne, pero además esta vez con la piadosa colocación y bendición de la hermosa pintura que, desde hoy en adelante, ornamentará con gran belleza y devoción la simple capilla dedicada a nuestros amados intercesores en el Cielo.

A continuación, les compartimos la explicación que amablemente nos envió la artista apenas le dimos la buena noticia de que la pintura había llegado sana y salva a su destino:

“...el cuadro lo centré en la Pasión, en la sangre de Jesús. Por eso Él está en el centro. De su Corazón saqué las líneas de la perspectiva, por eso hay uvas, viña; el Niño tiene una uva en la mano, San Joaquín también. Hay rosas rojas, símbolo de la Pasión; la fuente con el león y los tres pajaritos: un petirrojo, un pinzón y un jilguero, a los tres se

les llama “pajaritos de la Pasión”, por una leyenda que dice que quisieron sacarle las espinas de la cabeza a Jesús y quedaron rojos salpicados por la sangre. San José lleva una paloma, por la inocencia de Cristo, por eso el Niño está de blanco: la sencillez. Santa Ana y Joaquín de verde por el antiguo testamento. El asiento de la Virgen es corintio, símbolo de la mujer virgen; el de santa Ana es jónico, símbolo de la mujer. La fuente, el león y los pajaritos están atrás del Niño, como figura de Él.”

Con grande alegría y gratitud,

Monjes del Monasterio de la Sagrada Familia.

A LA SAGRADA FAMILIA¹

29 de diciembre de 2024

Queridos todos, con ocasión de la solemnidad de la Sagrada Familia, y en acción de gracias por la hermosa pintura recibida para ornamentar devotamente la pequeña capilla del Monasterio, que representa tanto a los padres como los abuelos de nuestro Señor según la carne, quisiera compartir en un sólo artículo algunos escritos relacionados con ellos, algunos de los cuales ya han sido publicados. Espero poder algún día ofrecer algo más extenso respecto a nuestro Señor en su infancia y adolescencia, así como nuevas reflexiones sobre quienes fueron los responsables

¹ Omito aquí las homilias dedicadas a la Sagrada Familia que se encuentran en este mismo libro según las respectivas fechas de publicación.

de recibirlo en este mundo dándole un cariñoso hogar hasta comenzar su misión apostólica. Sin más que agregar, les deseo una muy feliz solemnidad de la Sagrada Familia.

Santa Ana, la que supo esperar

Antes de llegar a Séforis, confieso con gran pesar, que santa Ana era para mí una figura más bien lejana. Conocía su nombre y el de san Joaquín y no mucho más, sin pensar jamás que la humilde abuela de nuestro Señor, se convertiría en una santa tan cercana para mí, al punto tal de que -sin mérito alguno de mi parte-, terminaría ni más ni menos que cuidando los restos de lo que antaño fuera su hogar.

Apenas llegado Tierra Santa, y en la simplicidad de estas ruinas, por fuerza uno va aprendiendo a degustar “el encanto de la sencillez”, pues el sólo hecho de pensar que por este terreno actualmente amurallado jugó la santísima Virgen en su niñez, y probablemente nuestro Señor en su adolescencia, y san Joaquín cuidó de su esposa y su hija de la manera más tierna posible, y que san José habrá tenido más de alguna de sus herramientas por aquí (pues el trabajo en aquella época estaba en Séforis, la capital, más que en la pequeña aldea de Nazaret); se convierte en una consideración obligada de la devoción católica la familia que recibió en su seno al Redentor del mundo y a su santísima Madre.

Santa Ana, según la tradición, no podía concebir y era grande su aflicción, porque en aquel tiempo la esterilidad era vista como una mala señal entre el pueblo, y para algunos hasta podía considerarse un castigo del Cielo;

es así que santa Ana se convertiría en aquella “benedicida por Dios” al serle cumplida con creces aquella súplica fervorosa de poder llegar a concebir un hijo: ¡y qué grande bendición la de convertirse en la madre de la “creatura inmaculada”, única capaz de llevar en su vientre al mismísimo Hijo de Dios!; santa Ana, después de la concepción de su hija purísima, cambió su terrible tristeza por los gozos más profundos que un alma puede tener, pues **supo esperar**, supo confiar, y algo de eso se quedó impregnado en este lugar, pues después de más de 30 años en que estas ruinas estuvieron como durmiendo escondidas tras el recuerdo de la antigua capital de Galilea, contemplando desde lejos a los posibles peregrinos que fueron olvidando su existencia, nuestra querida santa nos ha dejado esa misma confianza de “saber esperar”, esperar rezando, con fe, con firme esperanza, a que nuevamente los peregrinos comenzaran a escuchar acerca de la casa de santa Ana, lugar apartado y simple, adornado solamente por vestigios de lo que alguna vez fuera una basílica cruzada erigida en su honor, paraje silencioso que enseña a sus monjes a imitar a “la dueña de casa”, en su aceptación de los designios divinos y su perseverancia en las plegarias que constantemente deben elevarse al Cielo desde la pequeña capilla que abrazan estos muros. Cuántas gracias nos ha alcanzado santa Ana no lo podremos saber en esta vida, pero seguiremos repitiéndole con devota confianza aquella saeta constante que sabe llegar bien a su corazón bueno y generoso, pues ella es abuela, y esos corazones saben bien ceder ante las súplicas de quienes saben tirar de su manto con confianza: “querida santa Ana, nosotros te cuidamos la casa, por favor ayúdanos con...”; y santa Ana siempre intercede por nosotros..., a veces, solamente hay que saber esperar.

San Joaquín, el primer guardián

Antes de que san José recibiera la noble encomienda de cuidar al Verbo Encarnado y a su santísima Madre desde el momento de haberlo concebido, san Joaquín había recibido como respuesta a sus oraciones y sus penitencias, ni más ni menos que la gracia inmensurable de recibir en el seno de su pequeña familia a la creatura inmaculada, la santísima Virgen María, a quien debió proteger y dar el entorno familiar de un hogar santo, donde la pequeña María recibiría las primeras impresiones, en su alma purísima, de lo que es ser una buena hija y una madre santa. San Joaquín fue el encargado de que la Virgen niña viera en su trato a ella y a santa Ana, un destello generoso de lo que es la paternidad divina, la del Dios de amor que no deja de preocuparse por sus creaturas, ofreciéndoles lo necesario para que éstas puedan corresponder fiel y felizmente a su amor. Así, san Joaquín fue el responsable de darle a la Virgen Madre de Dios el entorno adecuado para que su pureza no se viera jamás amenazada sino todo lo contrario, siendo su amor paternal la cerca protectora de esta niña única, preservada del pecado, pequeño fruto que maduraría rápidamente ante la misión para la cual había sido pensada por Dios sin perder jamás la inocencia de su alma, de todo lo cual san Joaquín era el guardián.

Es cierto que en los Evangelios nada se nos dice acerca de los padres de la Virgen; de hecho, ni siquiera luego de la Anunciación se nos habla de ellos, y, sin embargo, me atrevería a decir -con el máximo respeto y devoción-, que no sería raro especular que san Joaquín le

hubiera encomendado cariñosamente a san José el cuidado de su hija, pues como buen padre habrá visto en el corazón de san José al indicado para traspasarle la custodia de tan precioso tesoro y regalo del Cielo.

En fin, san Joaquín fue el guardián del entorno de María santísima hasta que le llegó el momento a ella de ser madre y no cualquier madre, sino la Madre de Dios, dando paso al Nuevo Testamento que comenzaría a gestarse en el seno de su hija santísima, a quien tan bien supo cuidar.

María santísima, la niña Inmaculada

Sabemos bien que por el pecado original arrastramos aquella inclinación al mal contra la cual debemos luchar sin tregua, lucha a través de la cual, a su vez, se forjan los grandes santos. Es esta misma mancha del alma la que comienza a mover a los pequeños a sus primeras travesuras, buscando llevar poco a poco de una especie de diversión mal entendida o desordenada hasta la malicia que ya implica propiamente el pecado. Pero en la Virgen María esto no fue así: ella fue preservada del pecado original, como claramente afirma el Catecismo de la Iglesia Católica: “A lo largo de siglos, la Iglesia ha tomado conciencia de que María ‘llena de gracia’ (Lc 1, 28) por Dios, había sido redimida desde su concepción...preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador”. Esto quiere decir que la Virgen jamás experimentó desórdenes ni malas inclinaciones, es decir, literalmente “era la niña más buena del mundo”, por eso solamente a ella la llamamos

“santísima”, y es por eso que reflexionar en toda su vida no es más que contemplar una pureza y una inocencia tales que jamás se vieron contrariadas por las consecuencias del pecado que los demás sí experimentamos.

La Virgen Niña, por lo tanto, fue siempre obediente, siempre amorosa, atenta, respetuosa, piadosa, etc.; y debemos pensar en su infancia con ternura, pidiéndole la gracia de purificar el corazón porque ella sabe de pureza, de hacernos humildes porque ella sabe de humildad, y de enamorarnos de Dios y aceptar gustosos sus designios porque ella sabe de qué se trata el no negarle nada a Dios, aun si hay que huir hacia el desierto o compartir los dolores de la cruz de nuestro gran Amador.

Adentrémonos en el corazón de María, el corazón que jamás dejó entrar el pecado, el corazón sin culpa, intacto en su inocencia y siempre fiel en su deseo de forjar a los que quieran darse del todo a su Hijo.

Que la Virgen niña cautive nuestras vidas y su ternura nos conduzca cada vez más cerca de Dios.

“La maternidad espiritual de María santísima” (homilía)

El primer principio de la Mariología [...] es el de la maternidad divina de la Virgen, derivado directamente de la divinidad de Cristo, declarada en el concilio de Nicea el año 325 contra la herejía del arrianismo [...]. A partir de esta verdad, se sigue necesariamente que María santísima ocupa un lugar único y exclusivo en la historia de la salvación, y, por lo tanto, también en nuestra historia

personal con Dios. Porque esta mujer, que es la madre de Dios, se ha convertido para nosotros en el gran regalo que Jesucristo mismo nos ha hecho desde la cruz... porque fue justamente allí, cuando su amor por nosotros ardía con más fuerza, que nos la entrego como madre nuestra también.

Desde aquel día la Virgen María se llenó de hijos y comenzó a extenderse su tierna maternidad espiritual sobre cada uno de los miembros del cuerpo místico de su Hijo que es la Iglesia, es decir, sobre cada uno de nosotros.

Debemos decir que la conciencia de la importancia de la madre Jesús, el Cristo, el Salvador, es manifiesta ya desde los comienzos de la Iglesia; así por ejemplo san Ignacio de Antioquía [...] afirma que Jesucristo ha nacido *de María y de Dios*.

Y, por otro lado, tenemos a san Ireneo, discípulo de san Policarpo que fue, a su vez, discípulo de san Juan apóstol (el encargado de cuidar a la Virgen María) [...] que escribe palabras hermosas acerca de la asociación de María a nuestra salvación por su intimidad tan profunda con su Hijo, y así por ejemplo escribe:

«Así como Eva, teniendo un esposo, Adán, pero permaneciendo virgen (...), por su desobediencia fue causa de muerte para sí misma y para toda la raza humana, así también María, desposada y, sin embargo, Virgen, por su obediencia se convirtió en causa de salvación, tanto para sí como para todo el género humano.»

La maternidad espiritual de la Virgen es tan profunda que ha de afianzarse cada vez en nosotros junto con el desarrollo y madurez de nuestra vida de gracia. La

razón: porque la gracia nos une con Jesucristo y su Madre y madre nuestra está siempre fielmente con Él.

Por eso decía san Alberto Hurtado, advirtiéndonos de no ofender a esta santa Madre: “María es madre mía en cuanto yo estoy unido con Cristo su Hijo Unigénito. La maternidad de María es consecuencia de mi unión mística con Jesús. Al romper con él, rompo también con María. ¡Un pecado! Si mirara a María ¿tendría valor de hacerlo? Uno vino a confesarse profundamente arrepentido porque había visto llorar a su madre... La leyenda del corazón de la madre que habla. “No permitas, madre, que me separe jamás de ti. Y si lo estoy, Ella ora a su hijo porque este hijo muerto resucite”. Acude a Ella, lleno de confianza y ¡pídele la gracia de ser de nuevo su hijo!”.

¿Cuáles son las implicancias de la maternidad espiritual de María santísima?

Las dividimos principalmente en dos especies: de parte de María y de parte nuestra

De parte de María, mencionamos tan sólo algunas:

– Su intercesión ante Dios: porque una buena madre siempre intercede en favor sus hijos y la Virgen es realmente nuestra abogada ante el trono celestial.

– Su protección: ella vela incansablemente por nosotros, así como veló siempre por Jesús.

– Su ejemplaridad: porque los padres tienen la obligación de ser modelos de vida para sus hijos, y María santísima es un modelo perfectísimo, al punto que Dios mismo la eligió como madre de su Hijo.

Finalmente, su bondad infinita: que nos invita continuamente a no desanimarnos por nuestros pecados sino a tomar parte de la gran empresa de la reparación, y de esa manera, además de purificar nuestras almas, nos hace partícipes de la gran obra de su Hijo Jesucristo que es la Redención de mundo entero.

Implicancias de parte nuestra: como la Virgen María es Madre de Jesús y también Nuestra Madre Santa y querida. En Ella debemos poner:

– toda nuestra confianza, porque María jamás defrauda;

– nuestro amor, porque, como dice la canción, es la Madre del amor más hermoso;

– nuestra ternura y devoción... porque es la Madre de Dios.

Y así también, debemos hacer todo:

– buscando agradar a la Virgen,

– evitando todo cuanto pueda entristecerla,

– y alegrarla haciéndonos santos...

Recordemos que, para esto, ella misma se nos ofrece como molde de santidad según los grandes santos marianos afirman: ella es quien mejor y más perfectamente moldea a los hijos de Dios.

En este día de reparación de las ofensas cometidas contra el Inmaculado Corazón de Nuestra Madre del Cielo, recordemos las bellísimas palabras que la Virgen de Guadalupe la dice al indiecito san Juan Diego:

“... a ti, a todos vosotros juntos, los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen; oiré (allí) sus lamentos y remediaré todas sus miserias, penas y dolores... Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige, no se turbe tu corazón, no temas... ninguna enfermedad ni angustia. ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo? ¿Qué más has menester?...”.

Que María santísima nos conceda la gracia de vivir cada día más intensamente todas las hermosas consecuencias de haber sido adoptados tiernamente como Hijos suyos.

“Flores a mi Madre del Cielo”

Oh, Madre de los pobres pecadores
que acoges con ternura en tu regazo,
permíteme corresponder tu abrazo
y darte cada día nuevas flores:

Las rosas de las cruces ofrecidas
sin quejas ni amargas ponzoñosas;
los lirios de las obras animosas
de bien, que contra el viento son bruñidas;

Orquídeas que fulguren gratitudes,
hortensias de plegarias coloridas,
geranios perfumados de despojos;

En fin, un ramillete de virtudes
labradas en el alma y acrecidas

al tiempo que se arrancan los abrojos.

San José, el guardián de los tesoros de Dios

I

Para cuidar los tesoros
se necesita un guardián
sin doblez y con afán
de proteger por decoro,
que esto vale más que el oro,
perlas, rubíes, diamantes;
y si además es constante
en las virtudes que expresa
-sobre todo la pureza-,
será confiable garante;

II

Cuánto más si los tesoros
corresponden al mismo Dios;
no uno solo sino dos,
y los más grandes de todos:
un Hijo, abajado al modo
de la herida humanidad;
y una Madre que en piedad
sobresale más que el sol;
y por eso el protector
debía ser santo en verdad.

III

Arquetipo de nobleza,
que Dios miraba con gusto,
de Belén, “el hombre justo”,
el de mayor entereza:
José recibió la empresa
de cuidarle al Poderoso
sus tesoros más grandiosos:
su Madre y su Hijo amados,
entre humildes cuidados
y el amor más dadivoso.

IV

Cuando el frío cruel sin rumbo
congelaba corazones,
las secretas razones
del Dios del amor profundo
irrupían en el mundo,
trayendo la salvación;
y el dolor y la emoción
del corazón de José,
sostenido por su fe,
confirmaban su elección;

V

San José, entraba así
en el designio increíble,
donde Dios hizo posible
redimir al hombre ruin;
y él debía estar allí,
protegiendo y cuidando,

mientras iba contemplando
con tiernos ojos de padre,
a su Jesús y su Madre,
que lo iban santificando.

A la luz de nuestra fe, si bien no tenemos más que unos pocos versículos acerca de las acciones de san José, nuestro querido santo ha sido explícitamente llamado “varón justo”, es decir, santo. Y la pregunta que surge espontáneamente ante esta “falta de datos”, podría formularse así “¿acaso san José no debió haber sido un alma totalmente extraordinaria?”, es decir, ¿el mismo Dios le encomendó que cuidara ni más ni menos que a su Hijo y a su madre!; pues bien, la santidad de san José, obviamente, va más allá de las palabras, y solamente algo de ella podemos llegar a percibir a la luz de los hechos.

El Hijo de Dios nacería pobre en un pesebre, abandonado de los hombres, una noche fría y de la manera más impensada por la lógica humana; y san José fue el encargado de velar por Él, protegerlo, darle calor a Él y a su madre con la mayor de las delicadezas. Luego, la Sagrada Familia debía huir, entre los peligros del desierto y la gran longitud de la difícil travesía, y allí estaba san José para cuidarlos; y debía darles sustento, y ser el padre de familia, sin apartar sus cuidados sino hasta llegada la hora de Jesús... Algunos piensan que san José falleció justo antes que de nuestro Señor comenzara su vida pública, pues su tierno corazón no sería capaz de soportar verlo en la cruz, ni ver a su santísima esposa sufrir tal dolor; sea como sea, san José vivió para proteger los grandes tesoros de Dios, y eso implica que la pureza de su alma debía ser tal jamás faltara a la misión que el Todopoderoso le había confiado. San José no pudo tener simplemente un corazón purísimo, no; aprendió a amar de tal manera la **sublime**

encomienda, viendo crecer al Dios-Amor ante sus ojos y entre sus brazos, que probablemente Dios mismo debió ensancharle el corazón y colmarlo de tales virtudes que su fidelidad al plan divino, del cual él formaba parte, se viera siempre intacta hasta el final.

San José fue el custodio perfecto de la grandeza de Dios, figurando de alguna manera cómo nosotros, análogamente, debemos ser guardianes de la gracia que Dios ha puesto en nuestros corazones, presencia divina por inhabitación en nuestro caso, que también implica nuestra fidelidad al plan de Dios en nosotros.

“La prueba de san José: ejemplo para nosotros” (homilía de Adviento)

Queridos hermanos:

Durante este tiempo litúrgico que venimos celebrando, se nos han propuesto en diversos momentos las denominadas “cuatro grandes figuras del Adviento”: el profeta Isaías, san Juan Bautista, María santísima y en este cuarto domingo la de san José, el varón justo, es decir, santo; elegido por Dios como el guardián y custodio de sus dos grandes tesoros: María santísima y Jesucristo, su Madre y su Hijo.

El evangelista nos presenta el conocido texto sobre la sorpresa de san José ante el conocimiento de que María santísima, la mujer con quien se desposaba, se encuentra de pronto embarazada, y su decisión de abandonarla en secreto. En síntesis, nos encontramos ante aquello que podríamos llamar “la gran prueba de san José”, quien

“ciertamente buscaba una respuesta a la inquietante pregunta, pero, sobre todo, buscaba una salida a aquella situación tan difícil para él.” (San Juan Pablo II) Siguiendo la interpretación del Papa Magno, resulta difícil que san José se quisiese apartar de María santísima por desconfianza o desprecio: san José no era un hombre cualquiera, su virtud y la pureza de su corazón la habían ganado, como hemos dicho, la simpatía de Dios quien lo eligió como el exclusivo custodio de sus tesoros. ¿Cómo comprender, entonces, la actitud de san José?, ¿por qué pretender “dar un paso atrás” respecto a María, su esposa, de quien sabía su virtud?; y es que a este justo hijo de David le pasó lo mismo que a cualquier alma llamada a cosas grandes le puede pasar: sentirse indigno de tomar parte de algo que, ciertamente, está más allá de lo ordinario, de sus capacidades, de su comprensión, pero que tiene al mismo Dios por autor y sólo nosotros tenemos “el poder de frustrar” si nos alejamos de la divina voluntad. ¿Cuántas “almas pequeñas, como las nuestras” has sido llamadas a hacer cosas grandes?, ¿acaso no es la misma santidad, que Dios nos pide a cada uno sin discriminaciones, una grande empresa ante la cual retrocedemos?, ¿cuántas grandes renunciaciones Dios nos ha pedido y hemos “dado un paso atrás”, renunciando a la grandeza?; pues bien, en san José Dios nos enseña que nuestra nada y poquedad o son obstáculo para sus “grandes obras”: Dios nos pide generosidad, Dios nos pide que confiemos en Él, Dios nos pide magnanimidad...

El ángel del Señor le dice a san José en sueños que “no tema”, porque el temor estanca las almas, frustra los planes divinos, y hace perder incontables gracias que nos serían concedidas si tan sólo confiáramos más en Dios.

“El mensajero se dirige a José como al «esposo de María», aquel que, a su debido tiempo, tendrá que imponer ese nombre al Hijo que nacerá de la Virgen de Nazaret, desposada con él. El mensajero se dirige, por tanto, a José confiándole la tarea de un padre terreno respecto al Hijo de María.” (San Juan Pablo II); pero no sólo se vuelve, san José, un modelo de padre para el Hijo de Dios a quien custodia, sino también un modelo de esposo, dedicado en todo a sustentar a su familia con el esfuerzo de su humilde trabajo: “Aunque no hubiera otra razón para alabar a San José, habría que hacerlo, me parece, por el solo deseo de agradar a María. No se puede dudar que ella tiene gran parte en los honores que se rinden a San José y que con ello se encuentra honrada. Además de reconocerle por su verdadero esposo, y de haber tenido para él todos los sentimientos que una mujer honesta tiene para aquel con quien Dios la ha ligado tan estrechamente, el uso que él hizo de su autoridad sobre ella, el respeto que tuvo con su pureza virginal le inspiró una gratitud igual al amor que ella tenía por esta virtud y, consiguientemente, un gran celo por la gloria de San José” (san Claudio de la Colombiere); y san Bernardino de Siena llega a decir: “Si toda la Iglesia está en deuda con la Virgen María, ya que por medio de ella recibió a Cristo, de modo semejante le debe a San José, después de ella, una especial gratitud y reverencia”.

Luego del sueño de san José, sin embargo, nuestro querido santo comprende bien que es el mismo Dios quien “le pide este favor”, y esto nos debe ayudar a preguntarnos a nosotros mismos ¿cuántas veces Dios me pidió algo a mí?, y ¿cuántas de aquellas veces le dijimos que no?, ¿cuántas veces dimos un paso atrás por falta de confianza en Dios? San José se ha convertido en ejemplo de fidelidad al plan de Dios, el cual una vez aceptado, no dejó de

cumplir jamás. Si bien no sabemos cuándo aconteció su muerte, sí podemos deducir que hasta encontrarse con ella san José cumplió con Dios.

En este cuarto Domingo de adviento, ya casi la antesala del nacimiento más importante de la historia, le pedimos al custodio de Jesús y de María, que nos alcance la gracia de imitarlo en su abandono incondicional a la voluntad de Dios, de no retroceder ante las cosas grandes que Dios quiere hacer en y por nosotros, y de cumplir con fidelidad hasta el final los planes que Dios nos vaya trazando para nuestra santificación y encuentro final con Él en la eternidad.

El Sagrado Corazón de Jesús (homilía)

Cuando los hombres descubrimos algo de bondad en los demás, ello capta nuestra atención. Luego de detenernos algún tiempo surge la atracción hacia el objeto que contemplamos, y si es posible poseerlo, brota en nosotros la esperanza y junto con ello nuestra actitud de ir por él, de quererlo para sí, y de aquí en adelante es posible que se produzca el amor; y el fruto del amor, es la unión. Es por eso que dos personas que se aman, ya sean hermanos, amigos, esposos, padres e hijos, etc., necesariamente tienden a buscar la “unión de corazones”, y en la medida que ese amor se vaya acrecentando, se vaya haciendo puro, el que ama irá haciendo lo posible por entregarse más profundamente a la persona que ama. El amor verdadero, entonces posee ciertas características:

– **se corresponde:** por ejemplo, los amigos que se buscan constantemente

– **se manifiesta:** como los esposos que se dicen todos los días que se quieren

– **y busca cada vez más la unión de los que se aman.**

Y como este día celebramos al Sagrado Corazón que nos amó y nos ama hasta el extremo, pasemos ahora a considerar el amor que brota hacia nosotros de este Sagrado Corazón cuyos latidos nos siguen llamando ininterrumpidamente a la unión con Él.

El amor de Cristo

Habiendo considerado todo esto, vemos más claramente que el amor genera lazos tan fuertes entre aquellos que se aman que se dice que “se van volviendo una sola alma”, en cuanto que aman lo mismo, es decir, la bondad que descubren en el otro. Por eso el amor verdadero, agradable a los ojos de Dios, es el amor que se funda en la virtud:

– no es amor verdadero el que se fundamenta en el interés,

– no es amor verdadero el que se funda en el placer,

– y no es amor verdadero el que se fundamenta en el pecado; sino el que se asienta sobre los lazos de la virtud.

Pero para formarse estos “lazos fuertes” se necesita además tiempo y hábito, es decir, mantener la llama viva y avivarla cada vez más mediante los actos de amor, los gestos, los detalles, etc., y en consecuencia nuestro amor por Jesucristo se va a dar esencialmente a partir de nuestro contacto con Él en la oración, en nuestros ratos a solas con

Él y en las obras de caridad que hagamos con los demás por amor a Él.

El amor del Sagrado Corazón es del todo especial, porque va más allá de los humanos esquemas ya que en realidad los trasciende, está por sobre ellos; ya que Él mismo, siendo Dios, se dignó amar a los hombres de modo gratuito y tomando Él mismo la iniciativa contra todo lo que la sabiduría humana nos podría decir:

– No hay proporción entre ambas partes; Dios es perfecto y el hombre pecador.

– El hombre se había enemistado con Dios por el pecado y lo abandonó... pero Dios no abandonó al hombre y le envió a su Hijo.

– El hombre había rechazado la gracia, pero Dios se la volvió a ofrecer.

– Correspondía el castigo divino por la rebelión, pero Dios nos ofreció misericordia.

Y nos podemos preguntar: ¿cómo es posible que Dios nos ofrezca incansablemente sus dones?, y la respuesta es muy sencilla. Él mismo nos la dejó escrita en “su gran carta”, llamada Sagrada Escritura, donde se nos dice que “Él nos amó primero” ... porque el Amor de Dios siempre se nos adelanta, y a partir del costado abierto de nuestro Señor en la Cruz, sabemos por la fe que el amor de su Sagrado Corazón no ha cesado de fluir deseoso de que nosotros le correspondamos, porque “el amor con amor se paga”, y se manifiesta con las obras; por lo tanto, los verdaderos discípulos de Jesucristo debemos dar ejemplo de caridad y llevar una vida tal que le sea agradable al Corazón de Cristo.

Decía san Juan Pablo II: “El corazón no es sólo un órgano que condiciona la vitalidad biológica del hombre. El corazón es un símbolo. *Habla de todo el hombre interior*. Habla de la interioridad espiritual del hombre. Y la tradición entrevió rápidamente este sentido de la descripción de Juan. ... En realidad así mira la Iglesia; así mira la humanidad. Y, de hecho, en la transfixión de la lanza del soldado todas las generaciones de cristianos han aprendido y aprenden a *leer el misterio del Corazón del Hombre crucificado*, que era el Hijo de Dios.”

En el día de hoy la invitación es a considerar en nuestras vidas dos cosas: lo que ofendió en mi vida al Sagrado Corazón, para comenzar a reparar; y lo que hice por Él para consolarlo, para perseverar, seguir adelante y hacer nuevos y nobles propósitos respecto a esto, teniendo en cuenta las motivadoras palabras de san Alberto Hurtado: “Si pudiéramos nosotros en la vida realizar esta idea: ¿qué piensa de esto el Corazón de Jesús, ¿qué siente de tal cosa...? y procurásemos pensar y sentir como Él, ¡cómo se agrandaría nuestro corazón y se transformaría nuestra vida!”

Le pedimos a María santísima, que nos alcance de su Hijo la gracia de aprender a “dilatar nuestro corazón” de amor por Él, y de renovar con seriedad el noble deseo de vaciarnos de nuestro egoísmo para dejarle lugar al Sagrado Corazón que debe reinar en nosotros.

El Corazón de Cristo

Contemplando el abandono sin razón
de los hombres que la infamia convenció,

el Eterno, compasivo, sentenció
asumir la humanidad y un Corazón:

Benigno, que acogiera a los heridos;
sensible, que supiera de flaquezas;
sincero, sin ambages ni cortezas;
radiante, luz y guía de afligidos;

Paciente, tierno, fuerte, generoso;
en fin, tan portentoso y aledaño,
que oyera quien quisiera sus latidos

Llamando a su regazo junto al gozo
sin fin del que regresa a su rebaño:
morada y redención de los perdidos.

LO QUE JESÚS NO HIZO

7 de febrero de 2025

Contra la corriente del mundo, no contra el Evangelio

*Cristo padeció por vosotros,
dejándoos un ejemplo
para que sigáis sus huellas (1Pe 2, 21)*

Los sacerdotes, a menudo predicamos acerca del amor a Dios y al prójimo, de la necesidad de las virtudes, del llamado universal a la santidad y, por contraste, de aquellas cosas que no corresponden a la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo, como el espíritu mundano, la esclavitud a las pasiones desordenadas y los criterios que se vuelven eslabones de una cadena que, sin una verdadera

y profunda conversión, no son posibles de cortar... o aniquilar. Y en esta sencilla reflexión, quisiera detenerme brevemente en algunos de esos eslabones que esclavizan y aferran a la tierra, impidiéndonos poder elevarnos a las cumbres de una sana espiritualidad, de una espiritualidad realmente católica, profundamente coherente con el Evangelio, efecto natural del deseo sincero de querer darle a Dios la gloria que le corresponde de nuestra parte, y que Él espera de nosotros. En concreto, nos referimos a esas actitudes tan “no cristianas”, simplemente porque Cristo no las vivió ni sería capaz de tenerlas con nosotros, los pecadores, los débiles, los heridos por el pecado, los que somos causa de su compasión, Encarnación y redención; las mismas frágiles vasijas llamadas a seguir el ejemplo de vida que el Hijo de Dios nos dejó en su humanidad y que, libremente, tenemos la capacidad de imitar o contrariar según nuestras acciones.

En primer lugar, Jesús siempre va en busca de la oveja perdida, y de esto no se cansa. Nosotros, en cambio, a veces sí nos cansamos y dejamos de buscar el bien espiritual para los demás -o para nosotros-, y le ponemos fecha de caducidad a nuestro sano entusiasmo. Y así, por ejemplo, podemos hacer el bien a quienes nos hacen el mal “hasta cierto punto, donde si no veo frutos, pues renuncio”, tentación constante en esta época tan compleja que nos toca vivir y donde la ley del más fuerte pretende imponerse sobre la mansedumbre y humildad que nos pide Jesucristo; o podemos bajar los brazos en algún punto del recorrido emprendido para combatir algún defecto o pecado personal. O qué decir del tan perjudicial y antievangélico “pagar al mal con mal”, expresado de muy variadas maneras, y siendo siempre el triste reflejo de un corazón que no termina de comprender y agradecer los

bienes recibidos de parte de Dios, a pesar de nuestras faltas, y que tan santificante se vuelve si se comparte con los demás.

Un lugar especial le corresponde, por supuesto, al terrible veneno del rencor, que carcome, frustra, entristece, engeguece y aplasta al alma que le haya abierto la puerta y haya decidido convivir con él: renuncia implícita a la felicidad verdadera y razón del estancamiento espiritual, pues le cierra la puerta a Dios y a la grandeza a la cual el alma llegaría de tener lugar dónde asentar las virtudes que para ello necesita.

En fin, para nos extendernos en cada posible consideración, digamos que el hecho de “ponerles límite a las virtudes”, sea en su búsqueda, sea en su práctica, es exactamente *lo que no hizo Jesucristo ni hace nunca con nosotros...* y esto solo es materia de profunda meditación personal, pues cuántas cosas podemos hacer “para cansar a Dios”, si es que Él fuera como podemos llegar a ser nosotros mientras no emprendamos con sincera determinación la búsqueda de su gloria en nuestras vidas. Pero Dios es bueno, Dios es amor, Dios es misericordioso, perdonador y sumamente paciente con las almas, y no es capaz de detenerse en su hacer el bien, deseo que debiera anidar siempre en nuestro corazón... Miremos, pues, a Jesucristo, el Dios encarnado -para aprender de Él- quien no limita su bondad, ni su perdón, ni su paciencia con nosotros: Jesucristo fue paciente con sus discípulos y le llevó más de 3 años esculpirlos como las columnas de la Iglesia, a fuerza de bondad, de correcciones, de tiempo a solas con ellos, y aun así en el momento culminante de la cruz seguían inmaduros para comprender las implicancias del Evangelio, y no terminaron de convertirse sino hasta

después de recibir el Espíritu Santo. Pero hay muchos más ejemplos: Jesús no se rindió con los fariseos, a quienes les predicó la verdad hasta la propia muerte; no se rindió con la Magdalena ni con tantos otros pecadores; no le puso límite al amor de sus entrañas con que miraba a las almas como ovejas sin pastor, pese al cansancio, pese a lo exigente de su ministerio; Jesús no dejó de perdonar, ni dejó de hacer el bien a quienes lo rechazaron; no condicionó su hacer el bien a los aplausos; no se detuvo ante la incomprensión ni las amenazas de muerte, ni las traiciones, ni el abandono; ni siquiera dio un paso atrás cuando comenzaba a caminar hacia la cruz... y todo esto, repetimos, lo ha hecho, lo hace y lo seguirá haciendo con nosotros, para que nosotros a su vez lo hagamos con los demás: ¿acaso nos podríamos imaginar a Jesucristo diciéndonos, “bueno, listo, ya te perdoné bastante así que se acabó mi perdón para ti”, ¡oh, qué terrible sería esto para nosotros!; o tal vez, “como me ofendiste con tus pecados reiterados, a partir de ahora te negaré mis gracias y mis bendiciones”, etc.

Jesús ante el pecado no se aíra ni se aparta, no le da la espalda al pecador “ni se cruzaría a la vereda de enfrente para no topárselo” como nosotros sí podríamos hacerlo (o quizás, tristemente, alguna vez lo hayamos hecho)... repito una idea que ya he compartido en otro momento: Jesús, ante nuestros defectos y hasta ante nuestros pecados, no decide alejarse de nosotros sino todo lo contrario, se acerca queriendo remediar, porque Él lo ve como una herida del alma y Él desea curar heridas, sanar almas, sacar a los malos del mal y llevar a los buenos a la santidad.

En este punto, simplemente hay que recordar que debemos confiar en Dios, mirar a nuestro Señor Jesucristo

y preguntarnos seriamente ¿qué haría Él en mi lugar? Probablemente hayamos hecho más de alguna vez -incluso en el plano de la imperfección-, alguna cosa que Él no haría, así que la invitación en este día es a detestar toda actitud contraria al Evangelio, para ser verdaderos y fecundos discípulos y testigos de la Verdad; y dejarnos transformar por la gracia de Dios que a todos se nos ofrece: hay que entusiasmarse cada día con las virtudes, con el ideal del Evangelio, con la imitación de Jesucristo; pedir la gracia de hacer desaparecer los límites a nuestras buenas obras, y ser de esas almas cada vez más admirables que van contra la corriente del mundo -y no contra el Evangelio-, movidas por el viento del Espíritu Santo que las va purificando y moldeando según se dejen trabajar.

¡MONASTERIO LLENO!

13 de marzo de 2025

Santa Misa y Vía Crucis de niños en la casa de santa Ana

Queridos amigos:

Por gracia de Dios, intercesión de la Sagrada Familia y de vuestras oraciones -ciertamente-, hoy por la mañana tuvimos el monasterio lleno. Hace unos pocos días, nos contactaron para pedirnos traer a varios cursos de la escuela -niños de entre 8 y 10 años-, para poder rezar el Vía Crucis y participar de la santa Misa en este lugar santo; imagínense nuestra alegría de recibir a aquellos de los cuales nuestro Señor dice que “de los que son como ellos es el Reino de los Cielos”; y en esta oportunidad,

niños cristianos de Rene (pueblo vecino a Nazaret), acompañados por el P. Ibrahim Shómali, párroco; Sister Shatha, nuestro amigo Samer, a quien conocemos desde hace años, y demás profesoras que los acompañaban a rezar. Samer nos contaba que desde que comenzó la guerra es la primera vez que los niños salen lejos del colegio y a rezar así en los lugares santos así que la alegría fue notablemente visible, no sólo en el colorido de sus uniformes y de las imágenes de las estaciones del Vía Crucis que trajeron, sino especialmente en sus rostros inquietos, que nos llenaron de diversos saludos en los idiomas que se les ocurrían para saludar a los monjes extranjeros del monasterio, gracioso recuerdo para nosotros especialmente. Emotiva de ver fue realmente la participación tanto en el Vía Crucis como en la santa Misa, donde parecía que no hubiera ni un solo niño o niña cantando con fuerza y rezando con devoción; al ser cristianos, entraban con gran respeto a la capilla a saludar a quien se encuentra en el Sagrario, y con gran respeto también se despidieron luego de nosotros. Y mientras tanto, durante la sagrada liturgia celebrada afuera -pues eran unos 120 niños sin contar a los adultos-, un grupo de señoras entraba piadosamente también a la capilla a dedicarle varios cantos sagrados a la Virgen y rezar un poco. Providencialmente se encontraban aquí dos de nuestras religiosas, misioneras en Maghar, quienes nos ayudaron con el apostolado durante esta intensa y hermosa mañana llena de peregrinos.

Por gracia de Dios hemos recibido varios mensajes de grupos agendando visitas guiadas por los monjes y algunas celebraciones de la santa Misa, coloreando poco a poco, a su ritmo, la casa de santa Ana y los demás santos

lugares que habían permanecido silenciosos durante la guerra.

Seguimos encomendando a vuestras oraciones la casa de santa Ana, y renovamos como siempre nuestro compromiso de rezar por vuestras necesidades e intenciones: no olviden que cada primer Domingo de mes, justamente por ellas ofrecemos la santa Misa desde este apartado y sencillo lugar de Tierra Santa, que sigue esperando silencioso a más devotos peregrinos.

SOLEMNIDAD DE LA ENCARNACIÓN EN NAZARET

25 de marzo de 2025

Dice san Alberto Hurtado: “Al buscar a Cristo es menester buscarlo completo. Él ha venido a ser la Cabeza de un Cuerpo, el Cuerpo Místico, cuyos miembros somos o estamos llamados a serlo nosotros los hombres, sin limitación alguna de razas, cualidades naturales, fortuna, simpatías... Basta ser hombre para poder ser miembro del Cuerpo Místico de Cristo, esto es, para poder ser Cristo. El que acepta la encarnación la ha de aceptar con todas sus consecuencias y extender su don no sólo a Jesucristo sino también a su Cuerpo Místico.”

A partir de este breve párrafo, quería resaltar una especie de binomio que podemos deducir del misterio de la Encarnación en relación con nosotros: Jesucristo se encarnó para asumir todo lo auténticamente humano; y a

la vez, el hombre rescatado y redimido por Jesucristo, está llamado a “ir asumiendo a Jesucristo”:

En el sentido primero y más externo, ha de aprender a imitar a su santísima humanidad, que nos dejó ejemplo de todas las virtudes y obró de manera siempre referencial para nosotros; pero también en un sentido más profundo todavía, es decir, en el sentido de ir asimilando poco a poco -por la gracia- al Dios que se nos da por el maravilloso misterio de la inhabitación trinitaria. Y nosotros, en cuanto miembros de la familia religiosa del Verbo Encarnado, debemos contribuir especialmente a esto con nuestro apostolado y nuestra predicación en la misión que sea que la Divina Providencia nos haya encomendado; como lo dicen claramente nuestras constituciones: “comprometemos todas nuestras fuerzas para inculturar el Evangelio, o sea, para prolongar la Encarnación en todo hombre, en todo el hombre y en todas las manifestaciones del hombre, de acuerdo con las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia.”... prolongar la Encarnación, es decir, contribuir a que se siga extendiendo por la humanidad en gracia a través de esa asimilación de Jesucristo...

“El primer rasgo que nos llama la atención en el Hijo de Dios -dice el P. Hurtado- es su resolución de hacerse hombre por salvarnos a nosotros hombres, y elevar nuestras vidas a la altura de la vida divina.” ...Resolución significa determinación, empuje o entereza, que en nuestro caso son irrenunciables cuando se trata de llevar a las almas a Dios, de enseñarles a ir asumiendo el plan divino del que vino a nuestra humanidad para salvarla. Y justamente la entrada en este mundo del Hijo de Dios para realizar su plan divino es lo que pudimos celebrar este

25 de marzo, por gracia de Dios, nuevamente en Nazaret, lugar preciso del anuncio del ángel a María santísima y la Encarnación del Hijo de Dios.

Los Maitines solemnes fueron el día 24 por la tarde y la santa Misa al día siguiente por la mañana, en la Basílica de la Anunciación, donde pudimos renovar nuestra consagración delante de la gruta de Nazaret, dando gracias por tantas gracias recibidas en estos 41 de existencia de nuestra familia religiosa del Verbo Encarnado, pidiendo la gracia de ser fieles a lo que Dios nos pida e interceder siempre con generosidad en bien de las almas.

¡Dios los bendiga, siempre gracias por sus oraciones!

¡RECEMOS EL SANTO VÍA CRUCIS!

13 de abril de 2025

Para acompañar esta cuaresma

Hermanos y hermanas: ha llegado la penumbra de la tarde, tarde del viernes. De nuevo la Iglesia se prepara a revivir, en la escucha de la Palabra, el último tramo de la vida de Cristo: desde el Huerto de los Olivos a la tumba excavada en el Jardín.

(Del Vía Crucis de san Juan Pablo II)

Es un hecho hermosamente cotidiano para nosotros los católicos, que existen devociones y oraciones tan profundas, y que nos acercan tanto a Dios - directamente o mediante la santísima Virgen o los santos,

y que se sustentan y a la vez fortalecen nuestra fe enriqueciéndonos eficazmente en el alma-, que les damos el apelativo de “santas”, como por ejemplo el santo rosario, la santa devoción al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María, o el rezo del santo Vía Crucis. Este último, recomendado siempre -pero especialmente en tiempo de cuaresma-, nos introduce de lleno de reflexionar en la sagrada Pasión de nuestro Señor Jesucristo, deteniéndonos en cada estación a considerar el amor hasta el extremo de nuestro Salvador, e invitándonos a sacar las conclusiones y formular las determinaciones que preceden una conversión profunda, un acercamiento del todo especial al Corazón de Cristo, y -por qué no-, al inicio de una vida santa, una de esas vidas que aprendieron a mirar la existencia justamente a través del crisol de la sagrada Pasión, donde el pecado debe ser sanado, donde el error debe ser desterrado, y donde el corazón del pecador aprende a conmoverse de quien primero se compadeció de él, bajando a la tierra en forma humana para padecer hasta lo indecible y demostrarnos que no hay amor más grande que el suyo, medido terriblemente en este sufrimiento que se convierte para nosotros en la prueba visible de la misericordia divina que nos invita a lo invisible, es decir, a esa íntima gratitud y transformación que, en última instancia, queda escondida entre la intimidad del alma y su relación con Dios...

Rezar el santo Vía Crucis, reiteramos, es una invitación a transformar el corazón, a ablandarlo para Jesucristo mientras lo acompañamos hacia el Calvario, y a endurecerlo contra el pecado y contra toda falta de correspondencia a este amor divino que se ofrece por nosotros a la cruz. ¡Recemos el santo Vía Crucis!, acompañemos a nuestro Señor; seamos como el Cireneo

que le ayudó a cargar la cruz pero sin vergüenza ni pusilanimidades; o como la Verónica que se le acercó valientemente para secar su rostro ensangrentado y sudoroso; miremos a María santísima, aceptando los dolorosos designios amorosos de su Hijo pero sin retroceder ante la cruz -¡oh qué grande misterio del corazón Inmaculado!-, encontrémonos con Él en la oración y tratemos de consolarlo como la Virgen tomando sus manos entre las suyas; y dejémonos consolar por Él como las mujeres de Jerusalén; levantémonos de nuestras caídas porque nuestro Señor se levantó, y no soltó la cruz, y llegó hasta el final para consumir esta amorosa entrega que tan bien nos hace conmemorar.

En este tiempo especial de oración y penitencia en preparación a la Pascua del Señor, examinemos nuestros sacrificios ofrecidos a Dios por amor, por gratitud, por santa compasión de la Sagrada Pasión, invitación propia del santo Vía Crucis.

¡JESUCRISTO SE MERECE HONORES!

22 de abril de 2025

Reflexión de viernes santo en Nazaret

*Hubo un viernes diferente,
que en silencio respetuoso
fue testigo doloroso
-resignado e impotente-,
del error más insolente;
escondido tras el manto*

*de la fe que guarda tanto,
y veía en el madero
más que un hombre un fiel cordero,
¡que era el Santo de los santos!*

Cada año, por gracia de Dios, en viernes santo podemos participar, entre otras piadosas ceremonias, del emotivo “funeral de Cristo”. Este año fue en Nazaret, donde nuevamente este día fue el de mayor participación de los feligreses, quienes llenaban la basílica hasta el tope para ver y tratar de acercarse a la hermosa imagen de nuestro Señor difunto, de tamaño natural, y como siempre sobre su correspondiente colchón de flores rojas, tan deseadas por los presentes para ser llevadas a sus casas como precioso recuerdo de este día tan especial, tan conmemorativo y a la vez tan distinto de aquel primer viernes santo de la historia... en seguida me explico.

El primer viernes santo fue absolutamente gris: nuestro Señor, abandonado a la tristeza de muerte de su corazón que caminaba sin retorno hacia el calvario, entre burlas y maledicencias; quedando exangüe de camino y finalmente habiendo consumado su sacrificio de manera totalmente opuesta a la entrada triunfal con que, una semana antes, había sido recibido. Y no hubo funeral. Lo bajaron con presteza para llevarlo al sepulcro lo antes posible; sin honores, sin aclamaciones, sin reconocimiento; recibiendo el tierno abrazo de su madre como único homenaje a su sacratísimo cuerpo malherido. Hoy, en cambio, sí hay funeral. Hoy en día en viernes santo, los creyentes hacemos lo posible por “contradecir” aquella entrega redentora que, externamente, terminó en tinieblas; porque nosotros sí sabemos quién es el que se entrega, y

somos bien conscientes de que dicha entrega nos abrió las puertas de los Cielos; es por eso que conmemoramos el viernes santo de manera tan distinta, porque tenemos que hacerlo así, ¡Jesucristo se merece honores!, ¡su sacrificio ha de ser reconocido!, ¡nuestro Señor no puede pasar desapercibido!

La liturgia del funeral de Cristo es por eso profundamente emotiva: todos los sacerdotes presentes rodean respetuosamente el féretro del Señor yacente, el cual es rociado con agua bendita e incensado antes de comenzar la solemne procesión que poco a poco debe abrirse paso entre el mar de feligreses, que acercan sus manos para tocarlo y persignarse, y continuar rezando mientras acompañan lentamente el homenaje. Es realmente hermoso cuando, al llegar a las puertas de la basílica para salir al patio externo nos encontramos con que ni siquiera las escaleras que bajan hasta la gruta, ni las que suben hacia el portón de salida, pueden verse, pues también están abarrotadas de feligreses honrando la muerte redentora de nuestro Señor; y los “Hosanas” de los niños del primer Domingo de ramos parecen encontrar un eco en los labios de los niños pequeños que besan la hermosa imagen levantados en brazos de sus padres conforme ésta va pasando, mientras el coro de la basílica y los instrumentos cantan y suenan con todas sus fuerzas, porque es lo que corresponde. Hoy en día, nosotros debemos tomar el lugar de aquellos beneficiarios que antaño no se presentaron para el funeral del Señor: aquel día no estaban los que habían sido leprosos, sordomudos, endemoniados ni aquejados de cualquier otro mal del cual Jesús los había librado; pero hoy estamos nosotros, ¡debemos estar nosotros!, y no sólo en viernes santo sino durante toda nuestra vida, rindiendo valiente homenaje a

nuestro Señor, porque somos sus actuales beneficiarios: somos los redimidos, los perdonados, los que podemos recibir su gracia, los que podemos salir del pecado y hasta hacernos santos gracias al Cordero de Dios que se ha entregado por nosotros a la muerte.

Acompañemos siempre a nuestro Señor: en su pasión, para alcanzar la conversión del corazón, cada vez más cerca del suyo; en su resurrección, para animarnos a buscar su gloria puestos nuestros ojos en la meta, donde el Hijo de Dios, nuestro gran triunfador, espera a los que valientemente estén dispuestos a rendirle honores con sus vidas.

EN ESTE ÚLTIMO TIEMPO...

3 de mayo de 2025

Queridos amigos:

Por gracia de Dios, desde que comenzó la tregua el ambiente cambió notablemente (al menos así es en esta parte de Medio Oriente), y la casa de santa Ana ha podido palpar notablemente esta nueva etapa que hace poco tiempo hemos comenzado, lo cual se ha dejado ver especialmente en el regreso de los visitantes, tanto los que vienen propiamente como “peregrinos”, es decir, para rezar pidiendo esas gracias especiales que ofrecen los santos lugares, como aquellos que vienen más bien por el aspecto histórico y la curiosidad acerca de lo que es un monasterio y el estilo de vida de los monjes, pues para no pocos de los habitantes locales de la zona es algo más bien

desconocido. Dentro de estas visitas podemos resaltar la de nuestros padres y hermanas de las misiones vecinas y más cercanas, con quienes pudimos compartir especialmente durante la octava de Pascua, ese “gran Domingo” prolongado y dedicado a celebrar y alegrarnos de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Tampoco han faltado -si bien aún no se dejan ver los grupos como antes de la guerra en mayor cantidad-, las almas devotas que han venido a acompañar a nuestro Señor sacramentado o participar de vez en cuando de la santa Misa, como nuestro pequeño grupo de amigos hispanos que asisten a la santa Misa del sábado por la tarde, iniciativa que la Divina Providencia puso en nuestro camino cuando llegaron los primeros a pedirnos la santa Misa dominical en español, la cual gracias a Dios se sigue realizando ya desde hace algunos años; y hasta un par de almas voluntarias para ayudarnos con los trabajos hemos podido recibir, con profunda gratitud de nuestra parte.

Tampoco han faltado los grupos de peregrinos extranjeros que lentamente se van dejando ver por Séforis, así como los primeros grupos escribiéndonos desde la distancia para agendar la celebración de la santa Misa en los meses futuros.

Por supuesto que los trabajos de mantenimiento son parte de la maravillosa custodia de este sencillo santuario, y nos permiten llevar a cabo en el silencio propio del monasterio la misión que se nos ha encomendado, ayudándonos a vivir el “ora et labora” que ha de signar la vida contemplativa.

Y dentro de todo este contexto del Triduo pascual y la celebración de la resurrección, nos ha tocado a todos como Iglesia despedir al santo Padre, el Papa Francisco, a

quien encomendamos especialmente a la Sagrada Familia, y por quien hemos recibido muchas condolencias de parte de nuestros amigos locales, principalmente cristianos, pero también de los no cristianos, tanto del vecindario como guías locales, y rezando ahora junto con todos los feligreses por la Iglesia.

Siempre hay mucho para rezar, para trabajar, atender, etc., y pedimos a la Sagrada Familia que nos alcance del Cielo la gracia de vivir así siempre nuestra vida, velando, ocupados en la búsqueda de la Divina voluntad; con el firme deseo de reparar nuestras faltas y adquirir las virtudes que necesitamos para darle a Dios la gloria que le corresponde.

Seguimos rezando siempre por sus intenciones.

“Tú, ¿qué has hecho? La responsabilidad del crecimiento de la Iglesia es mía. Él cumplió su misión, pero quiere que yo cumpla la mía. Quiere servirse de mis pies para caminar, de mis manos para trabajar, de mis labios para bendecir, de mi ejemplo para entrar en las almas. ¿Le negaré mi esfuerzo? Aquí está mi sublime y consoladora realidad.” (San Alberto Hurtado)

MI DIBUJO DEL PADRE PÍO

21 de mayo de 2025

Dejémosle a Dios intervenir...

“Nosotros no somos sino discípulos y pecadores. ¿Cómo podremos realizar el plan divino, si no detenemos con frecuencia nuestra mirada sobre Cristo y sobre Dios? Nuestros planes, que deben ser parte del plan de Dios, deben cada día ser revisados, corregidos. Esto se hace sobre todo en las horas de calma, de recogimiento, de oración.”

(San Alberto Hurtado)

Cuando estaba en tercer año de filosofía en el seminario -si mal no recuerdo-, encontré una hermosa foto del rostro del padre Pío que realmente me encantó. Por entonces todavía no había dedicado mis manos al cuidado y mantenimiento de algún parque o jardín como actual y felizmente pasa hoy en Séforis, así que, apelando a cierto talento sobre el lápiz de carbón, me animé a dibujar dicho santo rostro, quedando bastante conforme para el nivel artístico que en aquel momento poseía. Y apenas terminé, me fui donde uno de los padres que por esos años estaba viviendo en el seminario, cuyo talento siempre ha sido notable y admirable, además de variado, pues sabe dibujar, pintar, tallar, tocar algunos instrumentos, etc., y siempre que le pedíamos consejo respecto a alguno de estos aspectos en seguida nos ayudaba. Así que partí donde él muy satisfecho de mi dibujo pues yo solamente sabía hacer caricaturas y esto era para mí realmente una novedad: me había costado bastante, no tenía muy buena técnica, y a mi parecer había quedado bien hecho... hasta que se lo mostré al padre, quien antes de escuchar mi explicación

completa, con una gran sonrisa se adelantó a felicitarme y a sorprenderme de la manera más inesperada:

“Mira qué bueno, te quedó muy bien el padre Pío”, me decía al mismo tiempo que agregaba -mientras pasaba sus dedos sobre el dibujo-, “pero acá te conviene mezclar un poco, y acá oscurecer más; no le tengas miedo al contraste de las luces y sombras...”; y yo que miraba mi dibujo al revés, creo que alcancé a decirle algo así como “pero oiga no...”, y recuerdo que solamente pensé en que “me lo había manchado y ya no se parecería”. Entonces lo giró y me lo mostró, mientras me decía: “mira, mezcla más estas partes y contrasta más estas otras, yo sólo te hice un poquito para que aprendas cómo se hace, ahora mejóralo tú”. Y la verdad es que fue muy grande mi sorpresa cuando me di cuenta de que ahora parecía menos caricatura y más realista, y eso que era solamente una parte; entonces comprendí perfectamente a qué se refería el padre, quien después hasta me enseñó a pasar la goma en algunos puntos estratégicos para que el retrato se viera aún más real. En definitiva, cuando no veía el dibujo desde el ángulo correcto, y solamente me fijaba en que “el padre me lo estaba arruinando” (¡él, el artista profesional -según yo-, “estaba arruinando mi dibujo!”), no llegaba a ver las cosas como correspondía: no tuve en cuenta que él más que nadie sabía lo que hacía, y que en realidad era yo quien no sabía todavía cómo terminar la obra para que quedara realmente bien hecha, incluso mejorando después las propias capacidades con la ayuda de este experto.

Pues bien, la moraleja que deseo compartir a partir de esta sencilla anécdota que hace pocos días recordaba, no es nada nuevo, y, sin embargo, es algo siempre actual: Dios sí sabe ver las cosas desde el ángulo correcto, sabe

hacerlas bien y quiere enseñarnos a -con su ayuda- hacerlas bien.

¿Cuántas veces llegamos con nuestras propuestas delante de Dios, y resulta que pareciera irrumpir con su mano providente para borrar “nuestros perfectos planes” y reescribir los suyos encima?; ¿Acaso alguna vez no hemos deseado que nuestro Padre celestial confirme nuestras buenas ideas, pero resulta que finalmente se derrumban?; y el problema aquí es pensar que esto es algo malo, es decir, que es motivo de tristeza; que esa “reescritura” es una especie de reproche cruel, cuando en realidad es una paternal contribución recompensando nuestra buena voluntad, y supliendo la falta de un discernimiento un poco más profundo. Esto lo entienden perfectamente los santos que no quieren otra cosa que aprender a adentrarse lo más posible en la voluntad divina y sus designios, gozándose cada vez que las cosas se derrumban para edificar sobre esos escombros unos edificios nuevos e inamovibles: “Señor, si mis planes no son los tuyos, destrúyelos”, decía san Agustín, totalmente convencido de que si la mano de Dios viene a cambiar los trazos de los cuales nos sentíamos seguros, es buena señal, ¡excelente señal!, porque significa que le estamos dejando a Dios intervenir en nuestras vidas para nuestro bien, y que vamos removiendo los obstáculos que impiden encaminarse hacia la perfección.

Pero no es todo destrucción, claro que no, sino solamente de lo que no estamos haciendo bien o de lo que debemos hacer mejor: “mira, mezcla más estas partes y contrasta más estas otras..., ahora mejóralo tú”. Podemos aplicar estas palabras a las propias virtudes, que por naturaleza deben contrastar con lo incorrecto, con los

vicios y pecados; de hecho, en el momento en que nos examinamos en profundidad y tomamos la firme decisión de contrastar todo lo que hubiere de desordenado en nuestra vida y mejorar lo bueno, entonces dejaremos de gatear para comenzar a caminar – y, por qué no, ¡a correr! –, en nuestra vida espiritual hacia la unión con Dios, mediante el santo abandono a su divina voluntad.

“Ahora, mejóralo tú”, es decir, ¿qué he de hacer para mejorar aquello sobre lo cual Dios ha puesto su mano paternal?; ¿qué he aprendido de mis errores e imperfecciones para que la próxima vez haga las cosas bien, mejor, y hasta perfectamente? No olvidemos que la vida espiritual implica ir progresando, cada uno a su ritmo, cada cual a partir de su experiencia, sus heridas, sus fracasos y sus victorias, sopesando tanto las buenas como las malas decisiones para darles el lugar que les corresponde; y siempre a la luz de la fe, suplicando al Cielo esa mirada sobrenatural que tanto nos ayuda y enseña a mirar las cosas desde el ángulo correcto, es decir, desde la bondad divina que sabe dónde debe corregir, borrar, trazar nuevas líneas o simplemente confirmar lo que va bien.

Presentemos nuestras buenas obras a Dios (abundantes buenas obras); dejémosle intervenir y hacer su parte, y seamos luego dóciles y fieles a hacer la nuestra. Si en esto nos enfocamos, probablemente descubriremos al final que la obra salió mejor de lo que pensábamos, y que el bosquejo inicial terminó siendo una hermosa y meritoria obra de arte, como todo aquello en nuestra vida que ha pasado por las manos de Dios.

NUEVO RELICARIO PARA NUESTRA CAPILLA

7 de junio de 2025

“La unión de los miembros de la Iglesia peregrina con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo de ninguna manera se interrumpe. Más aún, según la constante fe de la Iglesia, se refuerza con la comunicación de los bienes espirituales.” (CIC 955)

La carta a los Hebreos nos advierte: “*Acordaos de vuestros guías, que os anunciaron la palabra de Dios; fijaos en el desenlace de su vida e imitad su fe.*” (Heb 13,7) El Catecismo de la Iglesia Católica, en el número 956, al hablar de la intercesión de los santos, nos enseña que por el simple hecho de que “los del cielo están más íntimamente unidos con Cristo, consolidan más firmemente a toda la Iglesia en la Santidad [...] No dejan de interceder por nosotros ante el Padre. Presentan por medio del único mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, los méritos que adquirieron en la tierra [...] Su solicitud fraterna ayuda, pues, mucho a nuestra debilidad.”

Esta veneración que le tributamos a los santos, confiando en su auxilio junto a Cristo Señor y esperando recibir las gracias necesarias para que alcancemos el mismo camino que ellos mismos han recorrido y que, por lo tanto, han alcanzado la meta definitiva en la eternidad, es algo de una tradición antiquísima en la Iglesia. Con efecto, en el famoso *Martirio de San Policarpo*, nos es relatado la siguiente frase del santo obispo, dice san Policarpo: “Nosotros adoramos a Cristo porque es el Hijo de Dios; en cuanto a los mártires, los amamos como discípulos e imitadores del

Señor, y es justo, a causa de su devoción incomparable hacia su Rey y maestro; que podamos nosotros, también, ser sus compañeros y sus condiscípulos.” (CIC 957).

Con gran alegría, esta semana pudimos poner en nuestra sencilla capilla, un nuevo relicario, que nos recuerda toda esta enseñanza milenaria de la Iglesia sobre la veneración de los santos. Es una tradición en nuestra congregación, y en varios otros lugares también, el tener en la capilla un cuadro reservado para las reliquias de los santos, para que ellos también nos acompañen y nos auxilién en nuestro trabajo cotidiano de amar más y más a Nuestro Señor.

Con ayuda de bienhechores, pudimos mandar confeccionar un relicario más grande, dónde fue posible ordenar no sólo las reliquias que ya teníamos, como también ponerle más reliquias que teníamos guardadas por cuestión de falta de espacio.

Ahora, con mucha alegría, les compartimos esta noticia y, confiados en la intercesión de estos nuestros amigos del Cielo, nos encomendamos unos a otros a su intercesión y ayuda para que ambos podamos alcanzar la gloria de la patria celestial y gozar por toda la eternidad de los gozos y alabanzas al Dios Uno y Trino que vive y reina por los siglos de los siglos, ¡amén!

¿QUÉ HAREMOS SEÑOR CON ESTA CRUZ?

14 de junio de 2025

Reflexión sobre el valor de nuestras cruces

Queridos todos: como ya la mayoría se habrá enterado mediante los noticieros, la situación por esta zona nuevamente se complicó... y fue una noche del todo especial. Si bien, en el momento en que les escribo está todo realmente tranquilo, no por eso debemos tomarnos un descanso respecto a las oraciones por la paz que deben seguir subiendo al Cielo con la mayor insistencia posible de nuestra parte. Nosotros estamos bien gracias a Dios y a las oraciones de todos ustedes; la Sagrada Familia jamás nos abandona y estamos muy seguros de que santa Ana vela por nosotros desde el Cielo. Es una situación compleja, triste, y a ratos muy tediosa, pero a la vez siempre -si nosotros lo decidimos- purificadora y santificante: porque es cruz, y la cruz es fecunda si sabemos llevarla como corresponde.

A partir esta penosa realidad, quisiera compartirles una sencilla reflexión que espero pueda ser de algún provecho para alguien y sirva de pequeña respuesta a la notable caridad que se manifiesta en todos aquellos que nos escriben preocupados reiterándonos sus oraciones por Tierra Santa y la casa de santa Ana: gracias de todo corazón, correspondemos siempre con nuestras plegarias.

Una carrera tiene por objeto alcanzar la meta. Y normalmente comporta un premio para quienes lleguen entre los primeros, además del reconocimiento mismo por haber completado el trayecto. Recordemos aquí las palabras de san Pablo a los corintios: “¿No sabéis que en

las carreras del estadio todos corren, mas uno solo recibe el premio? ¡Corred de manera que lo consigáis! Los atletas se privan de todo; y eso ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible.” (1Cor 9, 24-25) Pues bien, nosotros como creyentes sabemos bien que debemos “correr la carrera de esta vida con los ojos puestos en la maravillosa meta que es la eternidad junto a Dios”. Ahora bien, con esto bien en claro, consideremos lo que pasa cuando, debido a la falta de fe, el desorden de nuestras pasiones, la tristeza, pesadumbre u otras mundanas razones, dejamos entrar lo absurdo (absurdo para nuestra fe) en la carrera al punto de, no sólo dejar de correr hacia la meta, sino comenzar a correr en sentido contrario, lo cual ocurre mediante el pecado. Con esta idea presente, pensemos también en las almas llamadas a ir un poco más allá, es decir, invitadas por Dios a una entrega especial, a un amor más profundo, a un “darle mucha más gloria y arrastrar a muchas más almas con ellas hacia Dios”; estas son las almas destinadas a la grandeza de la santidad, cuya carrera se hace más y más fecunda si corren hacia nuestro Señor crucificado y crucificadas con Él. Pero también respecto a esto encontramos una contra cara: la de las almas que emprenden la frustrante y triste carrera en contra de la cruz, es decir, una carrera que en realidad es una huida. Esta sería una competencia, si es que propiamente la hubiera, en que nadie gana; cuyo único premio es el fracaso y la derrota. Y a esto me quería, propiamente, referir.

La carrera contra la cruz (o, mejor dicho, la huida de la cruz), es una tentación que durará lo que dure la historia de la humanidad. La cruz por naturaleza implica rechazo, pues no ofrece deleites ni promete consolaciones, y cada uno de sus matices nos muestra un aspecto penoso

y sombrío: un gran dolor, una cruel enfermedad, una pérdida terrible, un problema que aplasta, una circunstancia que aprisiona, una pasión que nos domina, un defecto que se aferra, un buen propósito que se nos hace inalcanzable, etc. Las cruces no son agradables y probablemente si se nos ofrecieran gratis en las vitrinas éstas se quedarían allí... Pero esto no es absoluto como ya lo sabemos, pues cuando la fe es profunda la mirada del alma se hace más sobrenatural, y las razones escondidas y los beneficios y las bendiciones que las cruces traen consigo comienzan a dejarse ver y ser apreciadas por el amor de los buenos corazones que no desean más que la gloria de Dios y la correspondencia a su amor divino. Y eso es lo que han sabido ver los santos, y lo que comienzan a ver las almas buenas que se esfuerzan con sinceridad -y sudores- en la vida espiritual.

Delante de las cruces que nos salen al camino, lo primero que debemos preguntarnos es “¿cómo puedo aprovechar lo mejor posible esta cruz?”, convencidos de que la Divina Providencia está detrás sosteniéndome, sí, pero además probablemente esperando de mí una respuesta que me alcanzará una gracia que de otra manera no seré capaz de conseguir. Hagamos aquí una pequeña pausa para recordar que Dios es un Padre bueno, y por lo mismo sabe bien recompensar a las almas generosas y enamoradas con las cruces que ellas necesitan para ser purificadas, de tal manera que a través de sus cruces vayan hermoseeándose cada vez más y así, la distancia entre ellas y Dios se vaya estrechando y la intimidad con Él se vaya acrecentando.

Dios no permite o envía cruces para torturar, ¡claro que no! -y de esto debemos estar bien convencidos por la

fe -aun cuando no lleguemos a comprender sus razones escondidas-, pues “todo ocurre para el bien de los que aman a Dios” (Ro 8, 28); así que si nos decimos amadores de Dios (por imperfectos y pecadores que nos sepamos), hagamos ante nuestras cruces ese acto sobrenatural de santa aceptación que exige la fe, para que ésta misma se acreciente y embellezca, y para que nuestra alma se haga fuerte y más y más cercana a nuestro buen Dios: “Acuérdate que se va lejos, después que se está fatigado. La gran ascética es no ponerse a recoger flores en el camino. Hay más valor en soportar los acontecimientos, que en cambiarlos. El sufrimiento, **la Cruz**, es sobre todo permanecer en el combate que se ha comenzado a librar. Esto es lo que más configura con Cristo.” (san Alberto Hurtado).

Una buena propuesta en este punto sería examinar nuestras quejas y ponerlas delante de Dios en la oración, pidiéndole su gracia para que en adelante, en vez de gracias de purificación desperdiciadas, se conviertan en victorias y progreso espiritual para nosotros, aceptándolas y ofreciéndolas con paciencia y gran determinación en corresponder al Dios de amor, cuya tristeza de muerte ante la cruz más terrible de todas, sin embargo, no le hizo retroceder ni dejar de ofrecerse Él mismo en cruz al Padre por nosotros (Cf. Mt 26, 38).

Queridos amigos, hermanos en la fe: o corremos por el sendero de la cruz -de nuestra cruz-, o corremos (huimos) de la cruz, perdiéndonos de sus beneficios, a veces tan secretos e incomprensibles, pero no por ello menos fecundos, sino todo lo contrario: siempre abundantes para quienes decidan hacerse “cireneos voluntarios” en el camino de la cruz junto a nuestro Señor.

¿Qué haremos, Señor, con esta cruz de la guerra?, pues la ofreceremos con paciencia por la conversión de los pecadores, por los corazones endurecidos, especialmente los más alejados de Ti; ¿qué haremos, Señor, con esta cruz de la enfermedad?, pues crecer en la vida espiritual, incluso en la medida que se vaya desgastando nuestra vida terrenal, pues el alma es lo más importante y tal vez sin esta enfermedad nuestros ojos se habrían quedado distraídos de la eternidad; ¿qué haremos, Señor, con este dolor profundo?, pues ponerlo a tus pies pidiéndote por nuestras necesidades y las de nuestros seres queridos.

Seamos sinceros, hay cruces más difíciles de llevar que otras, al menos para mí y dependiendo de las virtudes que posea o no. Pero es norma general de nuestra fe, que cada cruz, como hemos dicho, es fecunda si sabemos abrazarla y aprovecharla. Roguemos, pues, al Cielo para aprender a hacer fecundas nuestras cruces, a contemplarlas con mirada sobrenatural, a reparar por las que tal vez hemos despreciado y aprender de ellas, y -por qué no- a enseñarle a otros a llevarlas... y más aún: ¡a ayudar a los demás a llevar las suyas!

Quisiera ser un cireneo

Señor, quisiera ser un cireneo
saliendo, voluntario, a tu camino,
con ansias de abrazarse a tu destino
que tras la cruz esconde su trofeo;

Un cireneo firme y decidido
a no soltarse más de tu madero;
dichoso de ir tiñendo su sendero

con este amor que salva lo perdido.

Señor, que con mi vida te consuele:
bebiendo de tu cáliz sin lamentos
ni miedos que derrumben tus deseos

de rescatar a todo aquel que anhele
quedarse junto a Ti en los sufrimientos...
que rompen los grilletes de los reos.

DIOS ES NUESTRO REFUGIO

3 de julio de 2025

*“El que vive bajo la sombra protectora del Altísimo y
Todopoderoso, dice al Señor:
Tú eres mi refugio, mi castillo,
¡mi Dios, en quien confío!” (Sal 91, 1)*

A pocos días de haber terminado este último periodo de conflicto e incertidumbre en Tierra Santa, nuevamente los santuarios han quedado silenciosos, casi vacíos, expectantes ante alguna posible visita, como mirando con tristeza las consecuencias terribles de las guerras, especialmente en aquellos lugares donde no hay silencio ni paz ni descanso. Nosotros estamos bien; gracias a Dios y esa inmensurable red de oraciones que se extiende entre la tierra y el Cielo, estamos bien. Pero hay que seguir rezando, hay que seguir engrosando y extendiendo esas redes o cadenas de oraciones que interceden en favor de quienes continúan sufriendo, pues si bien aquí ahora está tranquilo, no ocurre lo mismo en todas partes, y en el

momento en que compartimos estas líneas seguramente hay corazones elevando sus plegarias de entre los escombros del dolor y la injusticia, así que por favor no dejemos de rezar y ofrecer sacrificios por quienes más están sufriendo, ahora mismo, las consecuencias de las guerras, y por sus seres queridos que también a la distancia saben dolerse con ellos. Por favor, repetimos, no dejemos de rezar.

A partir de la primera vez en que sonaron las sirenas de alarma en Tierra Santa -escribo desde mi experiencia en el Monasterio de la Sagrada Familia-, se introdujo prácticamente como parte del interrogatorio obligatorio de quienes venían a visitar la casa de santa Ana, una pregunta absolutamente nueva y muy diferente a las que habitualmente contestamos los monjes, cuando somos llamados a atender a quienes tocan la campana solicitando nuestra atención: “¿ustedes tienen refugio?”, es decir, aquel lugar destinado a proteger ante la posibilidad de los peligros propios de la bélica situación; sea una habitación sólida, reforzada; sea un lugar de la misma casa más seguro, firme, apartado de las ventanas y de alguna manera más protegido que el resto. Y a partir de esta nueva realidad -para mí en tierra de misión, reitero-, esta simple y sencilla “palabrita” se me ha vuelto en más de una ocasión una oportunidad para sacar provecho, al examinarla en relación con nuestra vida espiritual. Pues no es algo que debamos tomar a la ligera ni dejar de profundizar, aquella afirmación bien conocida para todo cristiano, que cada uno de nosotros ha escuchado y muy probablemente hayamos repetido en más de una oportunidad: “Dios es mi refugio”; así como aquella hermosa letanía dedicada a nuestra Madre del Cielo: “Refugio de los pecadores, ruega por nosotros”. Y es que la palabra refugio está más presente en nuestra

vida espiritual de lo que pareciera, al menos implícitamente, porque a menudo se nos hace algo “necesario para crecer en la vida espiritual”. ¿Por qué decimos esto?, pues porque muchas veces nos hemos ido a refugiar en Dios; y si nos refugiáramos más en Él y en la protección de María santísima, seguramente nuestro corazón sería “más de Dios” de lo que lo es ahora. Me explico: ¿Cuántas faltas cometidas no serían tales, si en lugar de haber continuado por el sendero sugerido por la tentación, nos hubiéramos ido a refugiar prontamente en Dios?; ¿cuántas tentaciones se habrían simplemente ahogado o desvanecido si nos hubiéramos ido a “encerrar” con Dios en la seguridad de su compañía? La primera vez que estuvimos cercanos a los ataques, mientras comenzaban a sonar las sirenas de advertencia, nos fuimos al lugar más seguro y cercano que teníamos, llevando con nosotros -por supuesto- nuestra pequeña imagen de la Sagrada Familia, rezando el santo rosario hasta que todo hubo terminado. Pues bien, cuando uno se refugia del peligro piensa solamente en lo esencial, y pareciera poder discernir y rechazar lo superficial de una manera prácticamente automática, no por miedo, no por desesperación, sino ante la consideración fundamental en nuestra existencia de si hemos hecho lo que Dios esperaba de nosotros hasta ese momento. Así pues, refugiarse en Dios constantemente va transformando vidas: va forjando criterios, va profundizando consideraciones, va ordenando los amores y avivando las respuestas a las amorosas exigencias de nuestro Padre celestial. Pero además, para nosotros es del todo especial, pues el único temor que nos mueve a refugiarnos en nuestro buen Dios es el temor del pecado o el de poder fallarle (o el de haberle fallado si se quiere, pero regresando siempre con gran confianza a sus

brazos misericordiosos); el cual, sin embargo, no es la razón primera ni la más urgente, claro que no; sino la exigencia sobrenatural de corresponder a su amor divino; y esto es una constante en las vidas de las almas realmente enamoradas de Dios que debemos tratar de imitar con toda nuestra determinación, con todo el corazón, aún -y sobre todo-, cuando más necesitamos ser protegidos, como bien decía el santo: “Soy con frecuencia como una roca golpeada por todos lados por las olas que suben. No queda más escapada que por arriba. Durante una hora, durante un día, dejo que las olas azoten la roca; no miro el horizonte, sólo miro hacia arriba, hacia Dios. ¡Oh bendita vida activa, toda consagrada a mi Dios, toda entregada a los hombres, y cuyo exceso mismo me conduce para encontrarme a dirigirme hacia Dios! Él es la sola salida posible en mis preocupaciones, mi único refugio.” (San Alberto Hurtado)

Refugiarse en Dios, por tanto, no debería ser una manera de escapar sino una necesidad de corresponder, como hemos dicho; un deseo y una convicción sobrenatural profundas, pues un hijo no se refugia en brazos de su madre o de su padre solamente cuando tiene miedo, sino -y, en primer lugar-, porque los ama y desea recibir cariño; porque en su regazo se sabe seguro; o simplemente por sentirse a gusto en sus brazos, o mejor dicho “por el sólo hecho de dejarse abrazar por ellos”.

Refugiémonos, pues, más en Dios; no le neguemos nuestra compañía, nuestra confianza absoluta en su Providencia, “nuestra correspondencia”; pues sólo Él es el refugio seguro ante nuestras necesidades, ante nuestros problemas, nuestras debilidades y nuestras heridas; huyamos del peligro del pecado, del terrible mal de la

indiferencia y cobardía para defender nuestra fe, de la comodidad mundana y la contradicción del Evangelio. Vayamos las veces que sean necesarias donde está la seguridad de nuestra alma y quedémonos allí, bajo la protección divina, ante la mirada bondadosa del Altísimo, bien protegidos por los muros de la Misericordia que espera la visita de las almas.

“Yo lo pondré a salvo, fuera del alcance de todos, porque él me ama y me conoce. Cuando me llame le contestaré; ¡yo mismo estaré con él!” (Sal 91, 14-15)

CONCIERTO DE MÚSICA CLÁSICA 2025

8 de julio de 2025

Queridos amigos:

Lo más significativo de este concierto ha sido en realidad el contexto. Estaba dispuesto justamente para los días en que comenzaron los problemas que ya todos saben, así que el hecho de haber podido retomar esta iniciativa que ya lleva algunos años, fue una gran alegría para todos. En los saludos iniciales la mayoría de los que hablaron remarcaron la misma idea de poder disfrutar en paz de la música ofrecida por la orquesta. De parte nuestra, el mensaje fue hacer una especie de pausa durante la hora y media que duró todo, compartir en paz todos juntos, y rezar por la paz. Les dijimos que los monjes a diario rezamos por la paz, para que reine en el mundo y en los corazones, y el asentimiento fue general, pues todos los presentes deseábamos lo mismo.

Una pequeña consideración valiéndonos del tema, podría ser la de la necesidad y búsqueda de la armonía en nuestra vida. Si durante la presentación de una pieza un músico llega a desafinar, de alguna manera es como que la canción se arruina... y tal vez haya sido sólo una nota, sólo durante un segundo, pero al menos ese instante se arruina, y por más que la música continúe perfectamente hasta el final, desgraciadamente muchos recordarán dicho error. Ahora bien, en nuestra vida espiritual, debido al pecado original, la desarmonía consiste en más de una nota errada, pues es muy probable que no tengamos solamente un defecto que corregir ni haya sólo 2 o 3 pecados que reparar, pero la gran diferencia con nosotros es que cada aspecto que corregimos, mejoramos, cada falta que reparamos y cada buen propósito que emprendemos, no sólo que recupera, sino que le va dando armonía a nuestra vida y Dios se goza de ello. La armonía es la correcta disposición de las partes dentro del todo, podríamos decir, lo cual da belleza y produce deleite. Pues bien, si Dios es quien dirige la obra, con su gracia, con su Palabra, sus mandamientos, sus correcciones paternas y sus divinas mociones, tengamos por seguro que poco a poco nuestra vida se irá armonizando como nuestro buen Padre del Cielo lo desea para nuestro bien y fecundidad espiritual.

Volviendo al concierto, la satisfacción fue general y las palabras de agradecimiento a los artistas que prestaron su talento y su tiempo, y a los monjes que simplemente prestamos la basílica, fueron el telón de fondo que acompañó la larga despedida de las poco más de 350 personas asistentes que aprovecharon para hablar un poco con los religiosos y religiosas pues como bien sabemos, los hábitos religiosos son siempre un gran atractivo tanto para cristianos como para no cristianos, especialmente en estos

lugares, convirtiéndose para nosotros nuevamente en una gran oportunidad de compartir y hacer apostolado.

FELIZ DÍA DE SAN ALBERTO HURTADO

18 de agosto de 2025

En este día en que litúrgicamente la Iglesia conmemora a san Alberto Hurtado, me tomo devotamente la libertad de escribir y compartir una sencilla reflexión que destaque alguno de los aspectos de este gran santo con quien comparto nacionalidad y con quien desearía compartir más aún el amor sin condiciones y la entrega profunda hasta la santidad, y desde allí aquella fecundidad tan directamente proporcionada a nuestro “vivir el Evangelio” que las almas nobles, incluso ahora mismo desde la eternidad, nos enseñan. Ruego al Cielo nos conceda a todos esta gracia de arrancar los posibles límites que en nuestra vida se interpongan entre la grandeza y generosidad de Dios y nuestra falta de confianza y entrega cada vez mayores.

Si bien desde pequeño conocí el rostro del padre Hurtado, dos o tres de sus frases más populares, y hasta pasé alguna vez delante de las puertas del famoso “Hogar de Cristo” que prolonga la caridad y preocupación por el prójimo de nuestro santo; sin embargo, debo reconocer que no fue sino en el seminario -san Rafael, Argentina-, donde realmente pude encontrarme de cerca al padre Hurtado en sus escritos, sus maravillosos escritos, de los cuales especialmente durante mi sacerdocio me hice bien

devoto, pues son de aquellos párrafos que uno pareciera leerlos pensando que fueron escritos más de alguna vez en la capilla, quizás delante del Santísimo, especialmente las meditaciones y reflexiones. Así pues, los escritos del padre Hurtado, así como los de tantos otros santos, especialmente doctores y los más notablemente enamorados de nuestro Señor y la buena doctrina, me pesa no haberlos encontrado antes en mi vida; así como sus mismas vidas, páginas plasmadas del Evangelio encarnado, puentes firmes y seguros hacia las Sagradas Escrituras de las cuales las almas santas bebieron para, justamente, hacerse santas...

Volviendo al padre Hurtado, y teniendo presente el santo Evangelio de este día -normalmente conocido como el del joven rico-, podemos hacer un paralelismo entre los extremos de dos partes bien lejanas entre sí, unidas solamente en el punto común de la llamada de Jesucristo nuestro Señor a la perfección. Uno fue convocado en persona por Jesucristo, recibiendo de sus propios labios la invitación a su seguimiento; el otro, comprendió dicha convocatoria desde el corazón, viendo con los ojos de la fe, y aceptando con pronta generosidad el llamado a la consagración total... y uno se marchó triste, porque estaba apegado a “sus cosas”; el otro, en cambio, se desprendió de todo y vivió y murió dichoso, porque supo hacer de Dios su única riqueza. Y así, uno sufrió por las creaturas, con amargura; el otro, en cambio, sufrió por Dios, con alegría. Y perseverando en su determinación y generosa entrega, este último llegó a ser santo, porque así funciona la lógica Divina: la pequeñez humana puesta con confianza en las manos de Dios produce frutos abundantes, produce el bien en desproporción, produce santidad e invita a la santidad.

La historia del joven rico, en el Evangelio de hoy, terminó en el versículo 22. La historia de los santos, en cambio, no termina con su muerte en este mundo, pues sus obras siguen vivas, su intercesión permanece intacta, sus escritos siguen disponibles, sus ejemplos perduran y nuestra devoción a ellos nos acompañará cuanto nosotros lo queramos. Así, san Alberto Hurtado, nos sigue predicando y enseñando; y no sólo él, sino tantos otros innumerables santos y santas de Dios, resaltando hermosamente los diversos matices de la perfección divina con aquello que nos han dejado hasta el fin de la historia, es decir, los incontables ejemplos de los miembros preclaros de la Iglesia que nos han enseñado constantemente a responder “¿qué haría Cristo en mi lugar?” con sus propias vidas. Obviamente que nuestro modelo supremo y absoluto es Jesucristo, y en seguida su santísima Madre; pero los santos nos dejan ver de una manera especial lo que pasa cuando la imperfección humana toma la decisión de comenzar su proceso de purificación hasta alcanzar las expectativas divinas dispuestas para tantas almas: “(Es) tan indispensable, elevarse a Dios, perderse en Él, partiendo de nuestra miseria, de nuestros fracasos, de nuestros grandes deseos. ¿Por qué, pues, echarlos de nosotros, en lugar de servirnos de ellos como de un trampolín? Con sencillez, pues, arrojar el puente de la fe, de la esperanza, del amor, entre nuestra alma y Dios.”, escribía nuestro santo.

Tal vez hoy en día -hablo al menos desde el entorno en que crecí-, Chile sigue recordando al padre Hurtado por el Hogar de Cristo, obra palpable que expresa la preocupación del santo por los más necesitados; pero la obra que realizó y que realiza mediante su intercesión, es más extensa todavía. No recuerdo las vocaciones

consagradas y al matrimonio que se le atribuyen, pero son muchas; así también nos contaba un religioso que lo había conocido (cuando éramos novicios, el 2005), que se le armaban filas para la dirección espiritual y en unos pocos minutos todos se iban contentos y agradecidos, pues era muy preciso y no necesitaba muchas palabras para saber qué aconsejar a cada alma; y dio muchas conferencias, predicó muchos retiros, homilías, etc., y nos dejó no pocos escritos además... todo esto, reiteramos, para seguir enseñándonos las consecuencias de decirle a Dios que sí en lo que nos proponga, para nuestro bien y el de aquellas personas que entren en contacto con nosotros, porque eso es un santo y porque así se forja un santo: aprendiendo a decirle en todo a Dios que sí, como vemos en la vida y obra de san Alberto Hurtado: “Antes que toda práctica, que todo método, que todo ejercicio, se impone un ofrecimiento generoso y universal de todo nuestro ser, de nuestro haber y poseer... En este ofrecimiento pleno, acto del espíritu y de la voluntad, que nos lleva en la fe y en el amor al contacto con Dios, reside el secreto de todo progreso.”

¡BASÍLICA LLENA!

1 de septiembre de 2025

Queridos amigos:

Como ya les hemos contado anteriormente, hace ya un buen tiempo, por gracia de Dios la casa de santa Ana aquí en Séforis, fue nombrada santuario de la Custodia

franciscana de Tierra, atendido por los monjes del Instituto del Verbo Encarnado, maravillosa expresión de lo que pudimos ver hace algunos años, antes de la guerra y del corona, cuando los devotos grupos comenzaban a llegar prácticamente cada semana para rezar, confesarse, celebrar la santa Misa, escuchar la visita guiada de parte de los monjes y pedir las gracias especiales que se encuentran “escondidas” en cada santuario, particularmente según seas sus correspondientes patronos, como lo es aquí santa Ana y la Sagrada Familia completa. Sin embargo, después de la guerra y hasta ahora, ha sido realmente excepcional recibir a algún grupo en semanas, limitándose las visitas prácticamente a algún que otro vecino, quizás un par de amigos del monasterio o el paso de alguno de nuestros sacerdotes y hermanas que misionan por esta zona. Si bien el silencio externo es una parte esencial de la vida monástica en orden a ayudar a vivir en el silencio interior, apropiada fragua del recogimiento que ha de buscar incansablemente el monje, sin embargo, no deja de ser triste la razón actual del silencio de tantos santuarios, que no es otra que esta ausencia de los peregrinos que antes coloreaban con sus visitas los santos lugares. Pero últimamente, al encontrarnos con otros religiosos, hemos escuchado -aunque muy aisladamente- que por tal lugar pasó un grupo y en tal santuario vieron otro, y que en tal altar de tal santuario una devota comitiva celebró la santa Misa... Con esto presente han de imaginarse y compartir nuestra alegría cuando un grupo de Senegal, acompañados al igual que el año pasado por Monseñor Paul Abel Mamba, nos confirmó su asistencia para celebrar este pasado sábado la santa Misa, en la cual los restos de la basílica que alberga este lugar santo pudieron ver nuevamente entre sus muros al gran grupo que vino a

venerar especialmente a santa Ana. Monseñor, junto con 10 sacerdotes y 450 feligreses, ¡llenaron la basílica!, celebrando píamente la santa Misa acompañada por cantos tradicionales, y pudiendo hacer nosotros un gran apostolado, para el cual nos ayudaron nuestras hermanas de Nazaret.

Seguimos rezando por la paz en el mundo entero, pero la paz verdadera y duradera. Es cierto que por esta zona de Galilea y por Jerusalén hay actualmente tranquilidad, pero necesitamos que haya paz, ¡paz en los corazones!, ¡paz en las familias!, ¡paz entre los pueblos!, intención especialmente agregada continuamente en nuestro pequeño monasterio, que más silencioso de lo normal acompaña a la distancia con sus oraciones y sacrificios a todos aquellos que rezan por nosotros y nos piden oraciones.

Damos gracias a la Sagrada Familia y a todos ustedes por sus oraciones, y pedimos especialmente para que poco a poco los santuarios puedan volver a recibir las súplicas confiadas de quienes tengan la gracia de poder visitarlos.

ENTRE HOY Y EL DÍA DE NUESTRA MUERTE

2 de septiembre de 2025

Hablando del sentido de la muerte para nosotros, los creyentes, dice san Alberto Hurtado: "...para el cristiano no es la derrota, sino la victoria: el momento de ver a Dios. Esta vida se nos ha dado para buscar a Dios, la muerte para hallarlo, la eternidad para poseerlo. Llega el momento en que, después del camino, se llega al término. El hijo encuentra a su Padre y se echa en sus brazos, brazos que son de amor, y por eso, para nunca cerrarlos, los dejó clavados en su Cruz; entra en su costado que, para significar su amor, quedó abierto por la lanza manando de él sangre que redime y agua que purifica (cf. Jn 19,34). La muerte para el cristiano no es el gran susto, sino la gran esperanza. ¡Felices de nosotros porque hemos de morir!"

Nosotros sabemos bien por nuestra fe que esta vida nos ha sido ofrecida para conquistar desde aquí la eternidad. Sabemos que Jesucristo, nuestro Dios y Señor, fundó su Iglesia y junto con ella la posibilidad de salvarnos para siempre, de llegar al Paraíso y quedarnos junto a Él maravillosa e irrevocablemente, para lo cual Él mismo abrió las puertas del Cielo y nos dejó su gracia a cambio de fidelidad, perseverancia, arrepentimiento y conversión si es necesario, reparación y trabajo espiritual, precio nada alto si consideramos con profundidad sus inefables consecuencias. Pero así también, junto a esta innegable realidad de la dicha eterna, se encuentra también para nosotros, a lo largo de la vida, aquella otra que es penosamente terrible, y nos referimos a la del fracaso

absoluto, e irreversible también, de la posibilidad de la condenación eterna, consecuencia justa y lógica también para aquel que haya tomado la decisión de alejarse de Dios, sea abandonando su Iglesia, sea abandonando su gracia (su amistad), sea rechazándolo abiertamente... o más o menos implícitamente. El punto aquí es que la respuesta definitiva nos llegará el día de pasar de este mundo al otro, cuando hayamos cerrado por última vez los ojos en esta vida para abrirlos tras el velo de lo finito y temporal, donde nuestro Señor Jesucristo se nos presentará con toda claridad, y pondrá delante de nosotros todas nuestras obras para ser juzgadas y pesadas en la balanza de la justicia, donde nosotros mismos veremos hacia qué lado se inclina y qué es lo que hemos llegado a merecer.

Dios mismo es quien nos juzgará, sí, pero no olvidemos que serán nuestras acciones las que determinen nuestro destino postrero; y si éstas han sido buenas, pues habrá Cielo para nosotros, y si han sido malas, pues habrá condena. Todo esto está en juego según las obras que hagamos entre hoy y el día de nuestra muerte.

Con esta reflexión, en tiempos donde la popularidad del pecado es tan abrumadora, tan grotesca su promoción y tan perseguida y condenada en tantos lugares la virtud, sin embargo, no pretendemos ser pesimistas ni pusilánimes, sino todo lo contrario, ya que debemos ser muy conscientes de que el día de nuestro juicio personal, delante del mismo Dios, somos nosotros mismos quienes lo vamos “diseñando a nuestra voluntad”; y es por eso que si hay falencias, si hay errores, si hay heridas, ¡si hay pecados, e incluso incontables pecados!, debemos enderezar las cosas y contrarrestar las más terribles consecuencias a fuerza de arrepentimiento, de reparación,

de conversión; y si vemos el mal en nosotros hay que decidirse a echarlo fuera; si hemos hecho mucho mal pues debemos hacer desde ahora mucho bien, lo más que podamos; y si le cerramos alguna vez las puertas de nuestra alma a Dios, debemos abrirlas de par en par a partir de ahora, y “ordenar la casa” para que Él se sienta cómodo y se dedique gustosamente a acomodarlo todo.

Comparto estas sencillas consideraciones, movido en esta oportunidad por las hermosas experiencias que Dios me ha concedido presenciar en estos últimos años, en que he debido despedir a personas cercanas, así como también he tenido la gracia maravillosa de asistir en sus últimos momentos a algunos seres queridos, contemplando la antesala de lo que fue su encuentro amoroso y definitivo con nuestro Señor Jesucristo a los ojos de la fe, luego de haberlos visto recibir los sagrados sacramentos, incluso habiéndoselos dado por medio de mis propias manos.

Entre hoy y el día de nuestra muerte están nuestras acciones y el juicio de Dios sobre ellas. Sumemos, pues, buenas acciones en la balanza definitiva de nuestra vida terrena, sin pesimismo, sin mediocridades, sin quedarse a mitad de camino: pongamos sobre los platillos de la balanza nuestros perdones al prójimo, nuestro trabajo contra los defectos personales, nuestras luchas contra el pecado y nuestra reparación, nuestra paciencia ante nuestras cruces, nuestros fracasos sopesados y detestados a la luz de la experiencia y todas nuestras enmiendas; nuestra paciencia ante la adversidad, nuestras batallas contra las tentaciones y nuestras conquistas de las virtudes; nuestro tiempo delante de Dios, nuestra vida sacramental (cada santa Misa, cada confesión, etc.), nuestros deseos de

santidad, el arrepentimiento de nuestras faltas y las santas determinaciones de todos nuestros buenos propósitos.

Tal vez más de una vez hemos escuchado la frase “nunca es tarde para cambiar”, lo cual podríamos decir que es cierto, pero solamente entendido como “mientras dure nuestra vida”, porque la muerte es para algunos su “demasiado tarde”, así como para otros es su dichoso “finalmente”, es decir, como recompensa a sus esfuerzos y trabajo espiritual por alcanzar la salvación eterna. Parece más acertado decir “¿por qué no comenzar a cambiar ahora mismo?; no mañana, no muy pronto, no cuando me sienta preparado, sino tomar la decisión en este mismo instante”; pues no sabemos cuándo tendremos que presentarnos delante de Dios para ser juzgados, pero sí podemos preparar desde ahora el “cómo”, es decir, velando, trabajando, haciendo el bien, y acercándonos más y más a Dios. La clave y la respuesta para preparar nuestro momento decisivo delante de Dios, es la pregunta que en esta vida acompañó a innumerables almas que se dejaron transformar por la gracia que absolutamente a todos se nos ofrece si decidimos aceptarla: ¿qué he hecho por Cristo?, ¿qué hago por Cristo?, ¿qué he de hacer por Cristo?

Roguemos al Cielo y trabajemos incansablemente para que entre hoy y el día de nuestra muerte, nos dediquemos a preparar un dichoso encuentro con nuestro Señor Jesucristo, y que sean cada vez más las almas que se determinen a cambiar para bien en respuesta a la Divina Misericordia, viviendo nuestras vidas en búsqueda de su gloria, pues allí se encuentra nuestra eterna salvación.

“A VECES SIN DARNOS CUENTA...”

16 de septiembre de 2025

Una de las tantas cosas maravillosas de la vida consagrada, y especialmente misionera, es el enorme bagaje de edificantes anécdotas que se van forjando a lo largo de los años, muchas de las cuales vamos compartiendo en las diversas crónicas, buscando algún beneficio espiritual, algún entusiasmo por la virtud, y especialmente oraciones por la obra que Dios va realizando en las almas a través de quienes se encuentran en tierra de misión, pidiendo especialmente que los misioneros se santifiquen, de tal manera que su fecundidad apostólica sea cada vez mayor, es decir, de que sean instrumentos cada vez más aptos a través de los cuales el plan divino de redención llegue a la mayor cantidad de corazones posibles.

Hace ya casi 20 años, antes de entrar a la vida contemplativa, fuimos como seminaristas a misionar en uno de esos barrios bien difíciles, donde las primeras indicaciones para visitar las casas (dejando de lado, por ahora, las obvias razones sobrenaturales que acompañan siempre el inicio de las misiones populares), versaban sobre “dónde no meterse”, “dónde había que ir siempre acompañados”, “cómo encarar las cosas ante ciertas circunstancias especiales, difíciles o peligrosas”, etc.; hasta una lluvia de piedras tuvimos por aquellos días. En resumen, era un barrio peligroso y complicado, pero no por eso sin personas buenas también; y sobre todo por eso, necesitado del Evangelio y su predicación en orden a la preparación y posterior celebración de los sacramentos.

Dicho esto, vamos propiamente a la hermosa anécdota que ahora nos interesa.

Hacia el final de una calle -creo que de tierra, pero no estoy seguro-, había una especie de canchita, un pedazo de terreno desocupado y polvoriento, donde el padre misionero comenzaba su sermón con un gran parlante, acompañado de los seminaristas y hermanas que íbamos por las sencillas casas invitando a participar a todos los que quisieran. Para llegar a dicha esquina, había que atravesar la estrecha calle donde cada cual tenía su música, bien fuerte por lo general, con los parlantes hacia afuera en las ventanas algunos, produciendo una especie de aturdimiento hasta llegar donde el padre debía comenzar su sermón misionero. El caso es que el primer día no fue ninguno de los vecinos a escuchar al padre mientras predicaba frente a nosotros, lo cual fue bastante triste, pues la prédica fue excelente, con ejemplos de los santos y explicaciones bien claras, pues el padre además de formador del seminario tenía mucha experiencia, y se notaba realmente en sus palabras. Al segundo día ocurrió lo mismo... y al tercero y cuarto día creo que había alguna que otra señora y unos pocos niños esperando para jugar luego con nosotros. Y fue bastante triste. Fue así que, llegada la cena, después de la santa Misa, rosario por las calles (para el cual sí habían acudido más personas y muchos niños gracias a Dios), el padre dijo muy sereno y con una pequeña sonrisa: “la gente no está yendo a escuchar el sermón misionero, yo les pido oraciones, por favor, y quien pueda ofrecer algún sacrificio especial por estas almas sería de gran ayuda”. Fue entonces cuando el seminarista que había hecho apostolado en dicho barrio todo el año -y varios años en realidad, o sea, el que conocía mejor a las personas-, corrigió caritativamente al padre y

nos dejó a todos asombrados: “no padre, todo lo contrario: todos lo están escuchando”. Ante la cara de sorpresa nuestra y del padre, continuó con su inesperada aclaración: “A esa hora, todos están con la música a más no poder, como compitiendo cuál suena más fuerte; pero fíjese padre cómo bajan la música apenas usted empieza a hablar. No salen porque les da vergüenza, pero lo están escuchando.” Esta, queridos amigos, es una de las anécdotas, para mí, más hermosas que les puedo compartir de mis años de seminario (aunque son muchísimas gracias a la bondad de Dios). No nos habíamos dado cuenta de que todo el trabajo y esfuerzo estaban dando fruto frente a nuestros ojos..., bueno, detrás de las ventanas propiamente, pero allí estaban las personas escuchando atentas, en un lugar donde el primer día apenas nos podíamos dar algunas indicaciones por el ruido; y en el barrio donde se decía “traten de no meterse ahí”, habían muchas almas escuchando voluntariamente las palabras del padre misionero; con un respeto que para nosotros, los misioneros, había pasado totalmente desapercibido, pero que al momento de darnos cuenta de lo que en realidad estaba pasando, nos llenó de un nuevo entusiasmo, y nos enseñó una vez más que siempre es posible hacer el bien, incluso “sin darnos cuenta”, ¡y cuántas veces sin darnos cuenta! Es más, en tierra de misión a menudo debemos renovar nuestros actos de fe en el valor del Evangelio predicado sea de la manera que sea, con palabras y con ejemplos; renovar la convicción de que no hay dolor ni sacrificio ofrecido a Dios que pase desapercibido ante sus ojos paternales, y que no lleve consigo algún fruto espiritual, tantas veces oculto para preservar al misionero del orgullo o el exceso de confianza, para mantenerlo humilde e irlo purificando, en su alma, en sus intenciones,

en la esperanza sobrenatural; pues el día en que midamos nuestra entrega a Dios a la luz de los frutos visibles y consuelos, habrá comenzado la ruina de nuestra fe. Es cierto que aun así Dios a menudo nos deja ver algunos frutos, y para algunos quizás hasta en abundancia, pero esa no es la razón de que nos esforcemos más o no, de que recemos más o no, de que confiemos más o menos en la Divina Providencia, ¡claro que no!, la razón de estar en tierra de misión es simplemente la voluntad de Dios sobre nosotros, por nuestra salvación y la de las almas que se nos encomiende ayudar a acercarse a Él.

Muchas veces nuestro testimonio, en ciertas misiones especialmente, “no hace ruido”, no deja ver grandes conversiones y quizás ni pocas ni ninguna; pero los frutos, si somos fieles, aun así, se dan. Donde Dios quiera, como Dios quiera, en quien Él quiera y en el momento que quiera.

Tal vez sintamos de vez en cuando “que estamos solos predicando en una esquina”, pero sabemos por la fe que no es así, pues la oración sincera no se esfuma, sino que llega al Cielo, y los sacrificios ofrecidos con paciencia y caridad jamás se pierden, sino que llegan gratamente a las manos de Dios como reparación de nuestras faltas e intercesión por las de los demás.

Pidamos a Dios constantemente la gracia de perseverar en todo buen propósito; en el deseo inquebrantable de vivir y predicar de palabra y de obra el Evangelio sin desanimarnos; siempre con mirada sobrenatural, siempre con santo abandono a su santa voluntad y no pendientes de los posibles consuelos terrenos, sino buscando simplemente hacer lo que Él espera de nosotros. Él sabrá dar sus frutos al momento

oportuno, como hacia el final de aquella misión popular de la que he compartido esta hermosa anécdota y enseñanza para nosotros, donde gracias a Dios los sacramentos administrados fueron muchos.

Continuemos el plan de Dios en nosotros sin desanimarnos ante las dificultades, ante el ruido, las contrariedades y hasta las persecuciones; pues probablemente haya a nuestro alrededor almas que, escondidas y en silencio, estén poniendo a su manera y a su tiempo, los ojos de su corazón en la verdad salvífica del Evangelio que Dios desea predicarles.

¡Recemos por la salvación de las almas; recemos por nuestra conversión y santificación; recemos por los consagrados!

“UN AÑO BUENO Y UN AÑO MALO...”

20 de octubre de 2025

Cosecha en el monasterio

Una cosa que hemos aprendido en estos años custodiando la casa de santa Ana, llegado el tiempo de la cosecha, es el hecho de que normalmente hay “un año bueno y un año malo”, según nos han enseñado los vecinos y según hemos podido constatar con nuestros propios ojos; es decir: un año la cosecha es abundante, y al año siguiente es, por el contrario, notablemente menor. Pues bien, como el año pasado fue, gracias a Dios, de mucha abundancia, no es de extrañar que esta vez, lo que

anteriormente nos haya tomado prácticamente 3 semanas -y con ayuda de algunos amigos., este año lo hayamos hecho en tan sólo un día y medio. Sí, este año no llegamos ni siquiera a la cantidad que el propio monasterio suele necesitar hasta la siguiente cosecha así que más adelante, probablemente, nos tocará comprar aceite. Ahora bien, la gran pregunta respecto a la cosecha es: ¿realmente fue un año malo? Si atendemos al aspecto material, la respuesta podría ser afirmativa; sin embargo, espiritualmente hablando -que es lo que realmente nos interesa-, ¿podemos decir que fue excelente! Y esto por todo lo que implicó la jornada misma de trabajo y voluntariado.

El sábado bien temprano, luego de haber terminado nosotros las oraciones de la mañana (Adoración Eucarística, rezo de las horas litúrgicas y del santo rosario comunitario), llegaron nuestros amigos a realizar fielmente su voluntariado como el año anterior; pero no sólo eso, sino que esta vez trajeron a más personas para ayudarnos, de las cuales algunas no conocían siquiera el monasterio. Fue así que, luego de los correspondientes saludos y presentaciones, la jornada comenzó con la habitual visita guiada, que los peregrinos nos piden con el toque de campana que llama al monje portero a atender. Especialmente notable fue la alegría de quienes por primera vez estaban aquí para saber algo de la historia de este lugar santo perteneciente a la Custodia Franciscana de Tierra Santa, nuestros hermanos, y que actualmente, por gracia de Dios, los monjes del IVE podemos atender con nuestras oraciones y trabajos. Y luego de las preguntas y las fotos, tanto de las ruinas de la basílica como de la capilla, nos juntamos todos a rezar y encomendar la jornada de cosecha a la Sagrada Familia, ofreciéndola por

todas las almas encomendadas a nuestras oraciones y por el regreso de los peregrinos a Tierra Santa.

Como siempre, el ambiente fue muy familiar y una hermosa oportunidad de hacer apostolado y compartir experiencias, aclarar dudas, etc. Y así, con el sudor en la frente, se nos pasó volando el día entre el sonido de las aceitunas cayendo sobre las lonas y los pequeños sacos que se iban llenando con el fruto del esfuerzo común y generoso de todos. Luego del almuerzo hubo un pequeño tiempo más como para ir rastrillando los pocos árboles que aún tenían aceitunas; a continuación, vino el tiempo de asearse y arreglarse para culminar con lo más importante de todo: la santa Misa en nuestra pequeña capilla dedicada a la Sagrada Familia.

Así, pues, queridos amigos, no nos parece del todo exacto decir que “este año fue el año malo”; pues las gracias no se dejaron de derramar en abundancia, y las virtudes propias de este tipo de actividades fueron los primeros y más duraderos frutos de toda la jornada: la generosidad, la amabilidad, el esfuerzo, el buen espíritu, etc., con que todos quisimos aportar para el común. Buen año entonces para la casa de santa Ana, no en la abundancia de las aceitunas, pero sí en el testimonio especialmente de generosidad de quienes nos quisieron venir a ayudar, conocer el monasterio y rezar con nosotros en la santa Misa.

A la Sagrada Familia y a todos ustedes por sus oraciones les agradecemos sinceramente.

¡CRISTO REY CON FELIGRESES!

24 de noviembre de 2025

Queridos amigos:

La solemnidad de Cristo Rey, tan esperada por todos nosotros, ha sido del todo especial este año en la casa de santa Ana; pues, además de la especial solemnidad con que corresponde celebrarse, en esta oportunidad tuvimos la gracia de recibir un variado grupo de amigos y peregrinos de habla hispana que actualmente viven en el país, y deseaban rezar junto con los monjes en un día tan importante, y aprovechar para compartir luego los debidos festejos.

La jornada comenzó con el recibimiento de los peregrinos (acompañados por algunos amigos del monasterio), a las 15:00 hs. para realizar la debida visita guiada, en la cual el monje portero siempre les comparte la historia de este sencillo lugar santo, cómo la Custodia Franciscana de Tierra aceptó nuestro pedido para vivir custodiando este lugar y nos encomendó fraternalmente su cuidado y atención de los peregrinos, y, por supuesto, algo acerca del estilo de vida monástico en nuestra familia religiosa.

A continuación, comenzó la Adoración Eucarística en nuestra pequeña capilla, guiada al principio por el Hno. Diego, acompañando las oraciones con los feligreses, y luego quedando la mayor parte en el correspondiente silencio delante del Santísimo Sacramento, para que cada cual siguiera rezando tranquilamente. Mientras tanto, los sacerdotes -P. Harley y P. Jason-, atendimos las confesiones afuera, en la basílica, hasta la bendición

solemne y rezo de las letanías, con la cual terminaba la Adoración y preparábamos todo para la santa Misa a las 17:00.

Fue muy lindo de ver la pequeña capilla “llena de feligreses” pues, si bien no es nada grande, sin embargo, nos hacía agradecer de manera especial pues desde hace tiempo tenemos presente en nuestras plegarias la intención del “regreso de los peregrinos a Tierra Santa”, y como varios de los presentes venían por vez primera al monasterio, pues con toda propiedad se adjudicaban el título de peregrinos.

Posteriormente pasamos a compartir la cena, de la cual nuestros mismos visitantes se encargaron, cerrando la jornada en un ambiente festivo muy agradable, conociéndonos más y quedando en contacto para cuando deseen regresar al monasterio, donde ya saben que siempre que lo deseen encontrarán a nuestro Señor en el sagrario para rezar, y la posibilidad de confesarse o poder hablar en español con alguno de los monjes para sus respectivas consultas.

Agradecemos a la Sagrada Familia y a todos ustedes por sus oraciones; los invitamos a unirse al pedido de oraciones por el regreso de los peregrinos y, especialmente, a rezar por los más necesitados, por los enfermos y las benditas almas del purgatorio, y por la conversión de los pecadores más alejados y la santificación de las almas buenas.

¡DEO GRATIAS! TRECE AÑOS DE SACERDOCIO

1 de diciembre de 2025

“...Pero Él me dijo: «Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza». Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo.”
(2 Cor 12, 9)

Una de las consideraciones que siempre me han cautivado al reflexionar en el Sagrado Corazón de nuestro Señor, es aquella impactante y a veces tan tierna predilección que tiene por la fragilidad humana.

Algo frágil es algo débil, de poca resistencia y fácil de romper, como el corazón del hombre; y el maravilloso hecho de que el Dios eterno y Todopoderoso se haya encarnado en la persona del Hijo, a fuerza de compasión, queriendo reparar y rescatar lo que el pecado había roto, no puede menos que fascinar a quien se detenga por un momento siquiera a considerarlo. ¡Oh, misteriosa predilección del Altísimo por la pequeñez!; el Verbo Encarnado entra en este mundo en la fragilidad del recién nacido, y saldrá del mismo en la fragilidad de una humanidad destrozada, deformada por el dolor, exangüe hasta acabar con todas sus fuerzas... Jesucristo, nuestro Redentor, sin embargo, allí donde más endeble se mostraba era más fuerte que nunca, pues la fortaleza de su Corazón amante lo sostuvo hasta consumir su obra, dejándonos entre tantos innumerables ejemplos, el del triunfo de la voluntad divina sobre la fragilidad humana que se pone en sus manos... Dicho esto, podemos dirigir ahora nuestros ojos de una manera más profunda -aunque

siempre misteriosa-, a aquella inefable predilección que nuestro Sacerdote eterno ha querido realizar en “nuestra frágil existencia”, para hacernos partícipes de un don tan grande que no podía venir más que del Cielo; y tan exclusivo -e inmerecido- que solamente Jesucristo podía encargarse de ofrecer y llevar adelante con su gracia apoyada en nuestra pobre naturaleza: el don del sacerdocio católico; misterioso acontecimiento en nuestras vidas que a partir de la sagrada unción se volvió irrevocable; y que conforme pasa el tiempo se vuelve más incomprensible para el sacerdote, pues la conciencia de la propia indignidad va echando sus raíces a mayor profundidad cuanto más contempla la inmensidad de Dios y su propia finitud.

En el sacerdocio ministerial nos encontramos nuevamente con una paradoja, y de las más incomprensibles: el poder de Dios puesto en las manos, en los labios y en la vida misma de sus ministros; pequeñas creaturas, pecadores de nacimiento, limitados y heridos por naturaleza y, sin embargo, por esos velados designios del Señor, elegidos para administrar un poder que los sobrepasa y trasciende absolutamente... “Un tesoro en vasijas de barro”, figura perfecta para definir nuestro bendito ministerio: “Cada vocación sacerdotal, en su nivel más profundo, es un gran misterio, un don que trasciende infinitamente al hombre. Cada uno de nosotros, sacerdotes, lo experimentamos muy claramente a lo largo de nuestra vida. Considerando la grandeza de este don, sentimos que no estamos a la altura de él.” (san Juan Pablo II)

Nuestro sacerdocio es tan frágil que, de hecho, puede romperse. O quizás es más preciso decir que

“podemos romperlo”, como lo hizo Judas, por ejemplo. Por eso pedimos a diario la gracia de la perseverancia, porque lo que administramos nos sobrepasa y las almas que atendemos no son nuestras sino de Dios, ¡del Todopoderoso!; por eso debemos cuidar nuestro ministerio y pedir constantemente oraciones a los demás, para que a su vez también recen por nosotros. Debemos vivir de manera implacablemente atenta a “nuestro tesoro que es de Dios y de las almas”, pues la frágil vasija podría irse rompiendo de manera más bien sutil e imperceptible si no prestamos atención, y se puede ir resquebrajando poco a poco con el cansancio, las preocupaciones, el enfriamiento de las virtudes, la mundanidad o el exceso de trabajo, y tantas cosas más. Es por esto que, el sacerdocio y la oración han de ser inseparables; porque es allí, delante de Dios, donde Él mismo se encarga de mostrarnos las posibles fisuras y ofrecernos curación, renovando nuestras fuerzas e iluminando nuestras decisiones, pues sin Él nada podemos hacer: “Los sacerdotes deben permanecer cerca del Señor en la oración, frente al sagrario, no cediendo a quienes quieren alejarlos del centro que inspira su misión...” (Benedicto V XI).

Conforme pasa el tiempo, me parece que más claramente un sacerdote puede contemplar su propia fragilidad, esa misma sobre la cual Dios dirige su paternal mirada; es decir, ¿Quién soy yo para que el Rey de reyes descienda hasta mis pobres manos en cada consagración?, ¿quién soy para hacer las veces de mi Redentor en el tribunal de la misericordia, y ver cómo delante de mis propios ojos se rompen las cadenas del pecado?, débil, limitado, defectuoso: todo lo contrario al sumo Sacerdote e Hijo natural de Dios, y, sin embargo, apartado del mundo para ser su ministro... esta misma consideración fue, en su

momento, la engañosa encrucijada del futuro primer Papa al encontrarse de golpe con la grandeza del Verbo Encarnado: “apártate de mí Señor, porque soy un pecador” (Lc 5,8). Qué actitud tan “humanamente lógica” y peligrosa si nos miramos a nosotros mismos; pero, así también, qué punto de partida tan sublime si, en cambio, miramos y escuchamos a nuestro Señor, el que nos ha elegido, diciéndonos también como a su vicario: “no temas... serás pescador de hombres” (Lc 5, 10); y se lo decía al mismo cuya posterior promesa de seguirlo hasta la muerte caería por tierra la noche misma de su ordenación sacerdotal -¡oh, Corazón Divino, ¿quién puede comprender tus designios?, ¿qué ves en los corazones de los pobres pecadores para elegirlos como tus ministros?--; y Jesucristo lo sabía perfectamente, pero aun así lo llamó; y sigue conociendo perfectamente también nuestras debilidades, ¡todas!, y aun así nos ha llamado y seguirá llamando a la fragilidad humana para formar parte de sus filas sacerdotales; porque así nos deja en claro que el sacerdocio que ha venido a inaugurar ejerce todo su poder gracias a Él y no a los hombres, y por eso mismo le renovó a Pedro su elección sacerdotal junto al lago: “Pedro, ¿me amas?... apacienta mis ovejas” (Jn 21, 15-19), para que, en la debilidad y el arrepentimiento del discípulo, brillara más la fuerza santificadora del Maestro; pues en cada vida que Él elige para su sagrado servicio, por fisurada e imperfecta que se encuentre -y hasta rota muchas veces-, es Él quien puede hacer las cosas grandes que desea, y a través de nosotros, simples mortales, llevar su Evangelio a los corazones que ha dispuesto que lleguemos.

Dios mira las almas de manera diferente. En su amor misericordioso, parece siempre fijarse más en lo que puede llegar a ser un alma bajo su cincel que en lo que es

actualmente sin Él, sin su presencia transformadora. Hermosa figura de esta realidad es, por ejemplo, el pesebre: lugar vil, indigno, sucio, frío, apartado, despreciable, etc.; pero pongamos allí en el centro al Niño Dios, y veremos en seguida cómo se transforma en una obra de arte que invita a contemplar. Algo así es lo que pasa en el corazón del sacerdote que aceptó darle a Jesucristo el lugar principal durante el resto de su existencia... porque Dios mira diferente, y Él elige también de manera diferente tantas veces: "...antes lo necio del mundo se escogió Dios, para confundir a los sabios; y lo débil del mundo se escogió Dios, para confundir a lo fuerte; y lo vil del mundo y tenido en nada se escogió Dios, lo que no es, para anular a lo que es; a fin de que no se gloríe mortal alguno en el acatamiento de Dios. De Él os viene lo que vosotros sois en Cristo Jesús..." (1 Cor 1, 27-30)

Queridos hermanos en el sacerdocio, en este día de acción de gracias por un año más al servicio de Dios, a pesar de las flaquezas personales, a pesar de los errores y defectos que hay que seguir combatiendo; roguemos al Cielo para que aprendamos a imitar a nuestro Sumo Sacerdote, quien desde la maravillosa cátedra de la Cruz nos enseñó a clavar allí también nuestra debilidad; porque allí donde lo frágil del hombre se deja crucificar junto a su Maestro, es donde la fuerza de Dios más nos sostiene y comienza a obrar lo que esperaba de nosotros.

Sepámonos siempre frágiles, para anonadarnos y cuidar en todo nuestro ministerio; rezando siempre "por todas las vasijas de barro", las que peligran, las fisuradas, las que se rompieron (porque Dios puede restaurarlo todo), las que son fieles y las que son santas para que perseveren y se santifiquen más; y dejémosle a Dios valerse

de nuestra fragilidad para su gloria y la salvación de las almas.

“Experimentar la vocación es un acontecimiento único, indecible, que sólo se percibe como suave soplo a través del toque esclarecedor de la gracia; un soplo del Espíritu Santo que, al mismo tiempo que perfila nuestra frágil realidad humana, enciende en nuestros corazones una luz nueva. Infunde una fuerza extraordinaria que incorpora nuestra existencia al quehacer divino.” (San Juan Pablo II)

A PESAR DE TODO, SIEMPRE VUELVEN A SONREÍR

29 de enero de 2026

Reflexión dedicada a los feligreses de la Parroquia de la Sagrada Familia, en Gaza

Una de aquellas frases sueltas que recuerdo de mi infancia, entre tantas otras, es aquella que dice que “los niños son como esponjas”, es decir, que aprenden con prontitud; ya que, al estar en desarrollo, todo en ellos va creciendo o se está formando: el cuerpo, el conocimiento, el carácter, los hábitos, dones, etc. Y es por esta razón que decimos que los niños están en un proceso. Y es de vital importancia especialmente para los padres moldearlos de la mejor manera posible, para lo cual se requiere cariño, atención, paciencia, palabras, ejemplos, etc. “Ejemplos”, qué fundamentales son los ejemplos, “porque arrastran”,

porque confirman la enseñanza o la destrozan, porque revelan si el formador es coherente o mendaz, porque pueden encaminar un alma al Cielo o torcerle el camino hacia la perdición. Sí, hay que darles buenos ejemplos a los niños; “educa a los niños y no será necesario castigar a los hombres”, dice la frase atribuida a Pitágoras, y educar y guiar corresponde normalmente a los más grandes, a “los que saben porque ya aprendieron”. Pero esto no es absoluto... ya que también los niños pueden -y, de hecho, muchas veces lo hacen- darnos ejemplos a nosotros, los más grandes, los que estudiamos y tenemos experiencia, los que por oficio o profesión debemos enseñar; pero sí, también nosotros podemos aprender de ellos tantas cosas -o “recordar” tal vez, podríamos decir; reconsiderar, examinar, etc.-; como la prontitud en perdonar y no guardar rencor, o la inocencia y sencillez para aceptar la verdad, y hasta la capacidad tan notable que suelen tener para hacer nuevos amigos con presteza. Todo esto lo sabemos bien, no es nada nuevo, no hay originalidad en lo escrito hasta ahora, pero quería citarlo a modo de introducción para llegar al punto que, en esta oportunidad, quisiera compartir; y me refiero a un ejemplo muy concreto, y de un lugar muy específico, en una comunidad que lleva el maravilloso nombre que también titula nuestro monasterio: Sagrada Familia, la Parroquia católica de la Sagrada Familia en Gaza; conocida seguramente por todos nosotros gracias a las noticias diarias que nos han acompañado a lo largo de la guerra en esta parte del mundo y que, por aquellos lados, ha sido terriblemente devastadora, y cuyas consecuencias seguirán sólo Dios sabe hasta cuándo...

Queridos lectores, en esta oportunidad les comparto un sencillo pensamiento y reflexión que ha

surgido, precisamente, a lo largo de estos últimos años, en que los sagrarios de todo el mundo, pero especialmente los de aquí en Medio Oriente, han sido testigos de las abundantes y constantes oraciones pidiendo en favor de la paz, así como de uno de los milagros más hermosos -a mi parecer-, que se han dejado ver como la flor entre las cenizas; como esa lejana luz del faro que en medio de la tormenta se roba toda la atención y guía lleno de esperanza; en fin, como una palabra de aliento en la aridez más profunda, pero de esas palabras que cambian el ambiente y saben hacernos sacar fuerzas desde donde antes no las había. “Algo así” han sido para mí *las sonrisas de los niños y feligreses de la parroquia de la Sagrada Familia*; nuestros hermanos en la fe; quienes al abrigo misterioso de la Divina Providencia, y asistidos por nuestros padres y hermanas entregados a tan especial misión, sin embargo, a pesar de haber vivido entre constantes explosiones, inmersos en la más terrible incertidumbre de no saber hasta cuándo se encontrarían con vida, sufriendo y viendo sufrir, y dejando de ver a quienes partieron antes que ellos hacia la eternidad; y entre noches sin dormir, y habitaciones y camas improvisadas, y entre todo lo demás, tan terrible como sabemos (y miramos a la distancia), asombrosa y ejemplarmente, a pesar de todo -repetimos-, **siempre vuelven a sonreír.**

Me detengo especialmente en los más pequeños, aquellas almas inocentes que tantas veces en lugar de un parque de juegos no contaron más que con un espacio entre los demás refugiados para jugar... y todavía pueden jugar. Niños que, en la más tierna edad tuvieron que vivir cosas que nosotros quizás jamás veremos, y asumir pérdidas que nosotros recién de adultos hemos sufrido; corazones cuyo entorno gris no ha podido apagar el

colorido de sus sonrisas ni los cantos de sus voces, ¡oh!, ¡cómo me enternecen sus cantos a la Virgen! Ojo que no estamos negando sus sufrimientos, que a pesar de ser ellos pequeños éstos son grandes y mucho, o no; ellos sufren más que nosotros, pero saben sufrir mejor que muchos de nosotros -al menos hablo por mí.; pues sufren abrazados a la Cruz y no renegando de ella, ¡niños tan pequeños y de ejemplos tan grandes!; a su corta edad ya han aprendido a ofrecer sus padecimientos con esperanza sobrenatural; a vivir con una fe probada en una tristemente variada gama de adversidades; a practicar la caridad fraterna y santa resignación de una manera admirable.

Dejando de lado los rincones más profundos y exclusivos del alma, en los cuales solamente entra Dios, podemos ir poniendo cada uno de nuestros problemas junto a los de estos hermanos nuestros ejemplares, y veremos cómo van perdiendo fuerza y dimensiones; no que no sean tales necesariamente, pero sí que tenemos ejemplos tangibles de cómo han de padecerse ellos y seguir nosotros adelante en la vida espiritual. Tal vez estas hermosas sonrisas entre los escombros sean para ellos la antesala -sino la entrada-, o al menos la expresión de aquella verdad madura y profunda que los santos supieron comprender y que tan difícil nos resulta a nosotros mientras no emprendamos con grandísima y fiel determinación nuestra purificación, es decir, mientras no pasemos por las noches del alma con que Dios nos quiere purificar para hacernos menos carnales y más espirituales: la alegría de la cruz; la eficacia de la cruz, la bendición que es la cruz, el camino que es la cruz, la fecundidad de la cruz y la santificación que se haya en la cruz; no, claro, por el sufrimiento mismo que ésta lleva consigo, sino por todos estos bienes que ella nos ofrece y nos alcanza si

aprendemos a abrazarla como Jesucristo nuestro Señor lo quiere: suavizando el yugo y aligerando su carga en la medida de nuestra santa aceptación y ofrecimiento, amando en ella a nuestro Dios crucificado, y viendo en Él mismo, el primero de todos y el ejemplo sublime, la manera amorosa de llevarla.

Recordemos aquí la conocida reflexión de san Alberto Hurtado acerca del valor de una sonrisa. Escribía el santo: “¿Sabes el valor de una sonrisa? No cuesta nada, pero vale mucho. Enriquece al que la recibe, sin empobrecer al que la da. Se realiza en un instante y su memoria perdura para siempre. Nadie es tan rico que pueda prescindir de ella, ni tan pobre que no pueda darla. Crea alegría en casa; fomenta buena voluntad y es la marca de la amistad. Es descanso para el aburrido, aliento para el descorazonado, sol para el triste y recuerdo para el turbado.

Y, con todo, no puede ser comprada, mendigada, robada, porque no existe hasta que se da. Y en el último momento de compras el vendedor está tan cansado que no puede sonreír ¿quieres tú darle una sonrisa? Porque nadie necesita tanto una sonrisa, como los que no tienen una para dar a los demás”. Dice el santo al principio que “no cuesta nada pero vale mucho”; no cuesta en cuanto a que no hay que pagar por ella monetariamente hablando, pero al mismo tiempo “vale mucho”, a su vez, en la medida que se haya tenido que abrir paso entre las tristezas, las arideces, el arrepentimiento, los escombros o las cenizas... tal vez por esta razón las sonrisas de estos niños y feligreses nos parecen de un valor inmensurable, imposible de llegar a conocer en profundidad, porque eso le corresponde solamente a Dios, el mismo que en sus secretos y

profundísimos designios los sostiene en el dolor, los levanta de la frustración, los guía con esperanza sobrenatural en medio de las tinieblas, y les ha concedido la perseverancia en la dureza de las pruebas que implica la guerra.

Aprendamos a seguir el ejemplo que nos dan nuestros hermanos más probados en la fe, especialmente de los pequeños de alma grande, de los que lloran pero serán consolados, de los artífices de paz que no saben de rencores; de los pobres -y no sólo de espíritu- que poseen las llaves del Reino de los Cielos; de los afligidos que serán consolados; en fin, de los feligreses que aun en medio de sus arduos sufrimientos y el entorno catastrófico en que han sabido forjar y mantener un verdadero oasis espiritual en torno al Sagrario, **a pesar de todo siempre vuelven a sonreír.**

Y OTRA VEZ LA TREINTENA SE NOS CAMBIÓ EN ACCIÓN DE GRACIAS

5 de febrero de 2026

¡Gracias a san José y a la Sagrada Familia!, ¡Gracias a todos por sus oraciones!

Queridos amigos del monasterio de la Sagrada Familia:

Como bien saben todos aquellos que nos acompañan a la distancia con sus oraciones por la casa de santa Ana, hace unos meses llegamos al punto de tener que

pedir ayuda, entre otras cosas, para poder conseguir un auto nuevo para la comunidad; quienes conocen Tierra Santa y dónde se encuentra ubicado el monasterio, sabrán comprender mejor la situación. En resumen, prácticamente todo está a varios kilómetros de Séforis: algunas atenciones espirituales, compras, donaciones, médico, celebraciones litúrgicas del Patriarcado, etc., y desde hace un tiempo que los mecánicos nos consideran clientes frecuentes, como frecuentes también se nos hicieron las paradas obligatorias por los problemas en aumento del auto. Pues bien, comenzamos la correspondiente treintena a san José e hicimos el pedido de ayuda pues la cantidad requerida está totalmente fuera de nuestro alcance; pero como suele hacer san José, a mitad de la treintena nos llegó la última grande y decisiva donación para poder concretar en breve dicha petición... creo que muchos de nosotros, los religiosos que solemos mantener tan ocupada a la Sagrada Familia y demás santos intercesores, estamos convencidos de que si nos pusiéramos a recopilar las gracias recibidas por san José, la Virgen y la Sagrada Familia toda (pues aquí santa Ana y san Joaquín tampoco han dejado de sorprendernos), ciertamente saldría más de un volumen de impresionantes, variadas y coloridas historias de gracias recibidas. ¿Cuántas veces nos ha llegado “la cantidad exacta” que necesitábamos?; ¿cuántas veces llegó “la donación precisa” que estábamos pidiendo?; y por allí sigue pasando la historia del “burro sin cola” que todas las hermanas habían dibujado y puesto a los pies de san José para el pesebre, y que justamente así llegó: sin cola; o aquella vez que los niños del Hogar vieron “una película con nieve” y nieve fueron a pedir a la capilla, bastante difícil para el clima de aquel entonces... y nieve cayó para que jugaran; y así está

la historia de la camioneta de manzanas que tocaba la bocina cuando terminaban de rezar por ayuda, y treintenas y treintenas que supieron esperar hasta el día final para sorprender a las comunidades con las gracias pedidas tocando a la puerta de los seminarios, conventos, monasterios o parroquias. Sí, de san José se sigue escribiendo el historial de maravillas recibidas por su intercesión; y a la Virgen no cesarán de atribuírsele tantas otras gracias hermosísimas que, como en Caná, al pasar por sus manos su Hijo no le niega; y así también podemos compartirles nosotros que ha hecho aquí en su casa santa Ana y san Joaquín.

Es por esto que, a las correspondientes oraciones y santas misas de acción de gracias, hemos querido agregar esta mañana una peregrinación caminando hasta Nazaret acompañados por el santo Rosario, por supuesto; y así poder rezar en lo que fue la casa de san José, donde cuidó a Jesús y a la Virgen con la máxima y más perfecta ternura. Y ante la silenciosa imagen de nuestro querido Custodio, pusimos nuestro pequeño esfuerzo y nuestra acción de gracias, pero también las intenciones y necesidades de todas aquellas personas que rezan por nosotros y las de nuestra familia religiosa del Verbo Encarnado.

Por la tarde, providencialmente, como cada jueves realizamos la Adoración continua ante el Santísimo Sacramento y junto al hermoso cuadro de la Sagrada Familia que ornamenta nuestra pequeña capilla... para seguir agradeciendo.

Ya que a san José le hemos pedido esta gracia, aprovecho la ocasión para compartirles unas “Buenas noches” (pequeña charlita), que el año pasado me pidieron y, sinceramente, no recuerdo si las llegué a publicar; en

todo caso, van de nuevo en honor de nuestro querido santo.

Dios los bendiga y la Sagrada Familia los proteja. Nos seguimos encomendando a sus oraciones y seguimos renovando las nuestras por sus necesidades e intenciones.

Con nuestra bendición:

Monjes del Monasterio de la Sagrada Familia.

LA CASTIDAD DE SAN JOSÉ

En este día vamos a dar una pequeña pincelada acerca de la castidad de nuestro santo Custodio, esa virtud que tiene la capacidad de asemejar a las almas a los ángeles, y que en san José podríamos decir que “resplandecía de manera escondida” ... Antes de aclarar esta verdadera paradoja les comparto unos versos que resumen la idea que hoy queremos expresar acerca de nuestro querido santo:

I

Para cuidar los tesoros
se necesita un guardián
sin doblez y con afán
de proteger por decoro,
que esto vale más que el oro,
perlas, rubíes, diamantes;
y si además es constante
en las virtudes que expresa

-sobre todo la pureza-,
será confiable garante;

II

Cuánto más si los tesoros
corresponden al mismo Dios;
no uno solo sino dos,
y los más grandes de todos:
un Hijo, abajado al modo
de la herida humanidad;
y una Madre que en piedad
sobresale más que el sol;
y por eso el protector
debía ser santo en verdad.

Dice el Papa Francisco: “José vio a Jesús progresar día tras día «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (*Lc* 2,52). Como hizo el Señor con Israel, así él “le enseñó a caminar, y lo tomaba en sus brazos: era para él como el padre que alza a un niño hasta sus mejillas, y se inclina hacia él para darle de comer” (cf. *Os* 11,3-4). Jesús vio la ternura de Dios en José: «Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen» (*Sal* 103,13).” Esto último es maravilloso: es común pensar en san José mirando a Jesús, entre sus brazos paternos y entre sus tiernos cuidados, pero aquí el Papa nos invita a pensar en otra perspectiva: Jesús mirando el rostro de san José, es decir, el Hijo de Dios en su humanidad buscando un rostro paternal, una mirada pura sobre sí, en definitiva, un corazón casto, capaz de cuidarlo como corresponde.

Decíamos más arriba que la castidad de san José “resplandecía de manera escondida”, porque las virtudes

se dejan ver o descubrir siempre de alguna manera, aunque por otro lado también es cierto que pueden pasar desapercibidas a los ojos mundanos o a las miradas superficiales que no saben apreciar su brillo. Esto, obviamente, no pasaba con Jesús y la Virgen: ellos sabían bien que san José poseía un corazón tan casto, tan puro, que el Padre eterno decidió encomendarle a él el cuidado de sus más preciados tesoros. Recordemos aquí que la impureza es ese “mezclarse algo de cierta nobleza con algo inferior, imperfecto, hasta vil si se quiere”, de tal manera que dicha impureza hace las cosas menos nobles y hasta las puede corromper; pues bien, la pureza de san José no era así, su alma noble debió pasar -sí-, por la purificación de la prueba cuando pensó dar un paso atrás en su desposorio con la Virgen, pero el mismo Dios mediante su ángel le salió al encuentro para confirmarle el designio que sobre él había decidido; dice san Juan Crisóstomo: “en cambio, No se apareció a José en clara visión como a los pastores, porque era sobremanera fiel. Los pastores necesitaban de una visión clara, como rudos que eran. La Virgen también lo necesitaba, porque era la primera que tenía que ser instruida en muy grandes misterios, como Zacarías necesitó de una visión admirable antes que su mujer concibiese.”. Y san José “obró”, porque no tenemos palabras de él, ni una sola, pero sí hechos, y él supo resguardar en su casa y en su corazón a Jesús y a la Virgen, y ellos, por supuesto, que no se hubieran puesto a su cuidado si san José no fuera tan puro de corazón que pudiera cumplir con dicha santa encomienda... En otras palabras, podríamos decir que Jesús y la Virgen vivían muy a gusto con san José.

Dice san Juan Pablo II en la *Redemptoris Custos*:
“En el momento culminante de la historia de la salvación,

cuando Dios revela su amor a la humanidad mediante el don del Verbo, es precisamente el *matrimonio de María y José* el que realiza en plena «libertad» el «don esponsal de sí» al acoger y expresar tal amor. «En esta grande obra de renovación de todas las cosas en Cristo, el matrimonio, purificado y renovado, se convierte en una realidad nueva, en un sacramento de la nueva Alianza. Y he aquí que, en el umbral del Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero, mientras la de Adán y Eva había sido fuente del mal que ha inundado al mundo, la de José y María constituye el vértice, por medio del cual la santidad se esparce por toda la tierra. El Salvador ha iniciado la obra de la salvación con esta unión virginal y santa, en la que se manifiesta su omnipotente voluntad de *purificar y santificar la familia*, santuario de amor y cuna de la vida.» En este párrafo espléndido, lo que se nos está diciendo es que, para realizar el matrimonio con la Virgen Inmaculada, el esposo debía también tener un corazón castísimo, capaz de corresponder al designio divino que le encomendaba la custodia más pura de todas.

San Juan Pablo II dice que: «La virginidad y el celibato por el Reino de Dios no sólo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo», que es comunión de amor entre Dios y los hombres.

Mediante el sacrificio total de sí mismo José expresa su generoso amor hacia la Madre de Dios, haciéndole «don esponsal de sí». Aunque decidido a retirarse para no obstaculizar el plan de Dios que se estaba realizando en ella, él, por expresa orden del ángel, la retiene consigo y

respetar su pertenencia exclusiva a Dios.” ... san José, así, respeta la castidad absoluta de la Virgen, y él mismo vive castísimamente también para resguardarla durante toda su vida.

Y el Papa Francisco expresa de una manera también muy hermosa la castidad de san José: “Sólo cuando un amor es casto es un verdadero amor. El amor que quiere poseer, al final, siempre se vuelve peligroso, aprisiona, sofoca, hace infeliz. Dios mismo amó al hombre con amor casto, dejándolo libre incluso para equivocarse y ponerse en contra suya. La lógica del amor es siempre una lógica de libertad, y José fue capaz de amar de una manera extraordinariamente libre. Nunca se puso en el centro. Supo cómo descentrarse, para poner a María y a Jesús en el centro de su vida.”

Eso es lo que hace un corazón casto, y esa es la invitación que se nos hace en este día mirando el ejemplo de san José, el varón justo del corazón purísimo.

Terminamos con unas palabras del P. Pío: “San José, con el amor y la generosidad con que guardó a Jesús, así también guardará tu alma, y como lo defendió de Herodes, así defenderá tu alma del Herodes más feroz: ¡el diablo! Todo el cariño que el Patriarca San José tiene por Jesús, lo tiene por ti y siempre te ayudará con su patrocinio. Él te libraré de la persecución del malvado y orgulloso Herodes, y no permitirá que tu corazón se separe de Jesús. ¡Ite ad Ioseph! Acude a José con extrema confianza, porque yo, como Santa Teresa de Ávila, no recuerdo haberle pedido nada a san José sin haberlo obtenido de buena gana.”

UNA SEMANA SANTA DEL TODO PARTICULAR

20 de abril de 2026

Como nosotros los católicos bien sabemos, la Semana Santa es tan especial, tan importante y tan fecunda para quienes sepan aprovecharla, que nuestra santa madre Iglesia ha dispuesto que tengamos unos intensos 40 días de preparación; donde el color morado pasa a ser el manto penitencial que cubre dicho periodo de preparación, y donde todos nuestros buenos y santos propósitos serán regados con las particulares gracias que la Bondad Divina dispone y reparte ampliamente en la medida de nuestra generosidad. Es así que, cada año, debemos entrar en la Semana Santa entre los “Aleluyas” que cantan nuestros sacrificios, nuestros ofrecimientos, y los “Hosanas” de nuestros planes concretos de conversión. Porque sí, comenzamos la santa cuaresma de una manera, pero para terminarla de otra... por eso decimos que durante la cuaresma lo que hacemos es buscar y trabajar por alcanzar la conversión que nuestro buen Dios nos ha dispuesto: aunque sea llegar hasta el Domingo de Ramos un poco más generosos, un poco más pacientes, un poco más humildes, un poco más piadosos y responsables con Dios; pero también “mucho más” si realmente nos hemos esforzado en dejar hacer lo suyo en nosotros a nuestras cruces y a la gracia de nuestro Señor.

La Semana Santa, por lo tanto, se prepara y nos prepara para celebrar el triunfo de nuestro Señor sobre el pecado y sobre la muerte. Y para eso debemos discernir bien lo que hemos de entregar; sí, porque no es lo que

perdemos sino lo que entregamos a Dios lo que dispondrá nuestros corazones para la santidad.

Y, por otro lado, contamos también con aquello que Dios dispone y permite en su plan providencial; en el cual, a través de los padecimientos que se ciernen sobre nosotros sin que hayamos tomado parte ni en su confección ni en su ejecución; ante los cuales nos encontramos con que nuestra única y muy meritoria opción es la del ofrecimiento paciente y generoso; fruto genuino y purificador que hunde sus raíces en lo más profundo de nuestra fe, tantas veces incluso entre la oscuridad de “nuestras razones” y la reciedumbre de nuestros combates para mantenernos firmes, asistidos fielmente por la fuerza de la gracia; es decir, mediante las cruces que no llevan nuestros planos y medidas; esas que los santos han sabido tanto aprovechar y desear, para que el ofrecimiento sea lo más puro posible.

Y como todos bien sabrán también por las noticias, en Tierra Santa este año la Semana Santa -y desde antes-, estuvo cubierta por el manto lúgubre -nuevamente- de la guerra.

Queridos hermanos, para ser coherentes con nuestra fe, nos corresponde a pesar de todo dar gracias a Dios... sí, dar gracias. Porque nos regaló vida para poder honrarlo en la liturgia Pascual, tan importante para todos los miembros de la Iglesia; tan hermosa para nuestros ojos y para nuestros corazones; tan fecunda para quienes participen con devoción, y siempre tan “testimonial y expresiva” de nuestra fe.

Decíamos que la sombra de la guerra cubrió esta Semana Santa, pero no la aplastó; y algunas veces los

ruidos de las explosiones en el cielo intentaron silenciar los piadosos cantos de los feligreses, pero no lo consiguieron; ni el temor apartó a las almas, ni en cansancio aminoró los ánimos, ni se cerraron los confesionarios ni dejó de descender nuestro Señor a los altares ni ofrecer su perdón y su gracia a los corazones de los pecadores. Y en este punto es necesario aclarar que, en esta parte de Tierra Santa, si bien las sirenas y sus razones se dejaron sentir constantemente, no fue como en la guerra anterior, y distó mucho de lo que en otros lugares dejó verdaderos vestigios de destrucción.

Tampoco es que la tristeza de la situación no se haya dejado sentir, por supuesto, pero estoy muy convencido de que las oraciones de intercesión por los más afectados se multiplicaron por montones, por el mismo hecho de constatar todo lo terrible que ha estado aconteciendo, así como de que Dios Todopoderoso, que en su sabiduría infinita suscita bienes y gracias de entre las más dolorosas cenizas, ha sabido sacar sus bienes de entre los males, y sus destellos de luz entre la oscuridad, como la pequeña vela que se enciende en la oscuridad de una habitación cerrada para destruir el título de “absoluta oscuridad”; porque así hace siempre Dios en este mundo, aunque a veces nos resulte difícil de entender mientras nuestra fe no se haya terminado de purificar; porque en esta vida ni las tinieblas son absolutas ni tiene el mal la última palabra, ni siquiera la muerte, pues hemos sido creados para la eternidad, y podemos aspirar a ella tanto en la bonanza como en la tormenta: por eso algunas almas tal vez no estén lo suficientemente fuertes para ciertas pruebas y necesiten tiempo todavía, y otras quizás se arriesgan a perder su reciedumbre en el combate espiritual si se quedan acomodadas en los oasis de la tranquilidad;

como sea, la Iglesia forja su armonía en toda esa amplia gama de escenarios donde la Divina Providencia, reiteramos, distribuye sabiamente sus gracias para todos aquellos que las sepan descubrir y aprovechar.

Con todo esto presente, podemos comprender un poco más el escenario en el cual se situó la Semana Santa para nosotros, un escenario por supuesto providencial y con sus gracias especiales respectivas. En otras circunstancias, tal vez no habríamos rezado con tanto fervor ni dejado de lado tantas cosas superficiales para participar con mayor devoción. Son tantas las bendiciones que adornaron esta “Semana Santa gris”, que no bastaría esta pequeña crónica-reflexión para citarlas todas (sin contar las ciertamente innumerables que se nos pasaron desapercibidas); así, por ejemplo, para nosotros poder dar la Sagrada Comunión en la basílica de la Anunciación - donde participamos del Triduo Pascual-, fue algo realmente hermoso, pues normalmente tenemos nuestro pequeño grupo de feligreses los días sábados en el monasterio y nadie más durante la semana, pero en Nazaret ayudamos a dar la Sagrada Eucaristía hasta literalmente cansarnos los brazos; y qué gracia maravillosa también haber podido renovar nuestras promesas sacerdotales en el lugar de la Encarnación; y ver las filas para los confesionarios antes de las celebraciones, así como todos los ritos propios de estos días que enriquecen una vez al año la sagrada liturgia con sus oraciones específicas y con toda la belleza de sus símbolos: los ramos que ornamentan el inicio de la Semana Santa, los sacerdotes postrados ante el altar, el celebrante principal lavando los pies, las filas devotas para besar la imagen de nuestro Señor crucificado, las flores que adornan el silencioso féretro de nuestro Señor yacente el viernes

santo; el cirio pascual que se abre paso comunicando a todos los presentes su llama que ilumina, y la entonación del Aleluya que rompe las tinieblas durante la sagrada Vigilia pascual, son tan sólo parte de la maravillosa riqueza de la Semana Santa que nos invita a recordar que Jesucristo ya venció, y que los males y tragedias de este mundo tienen fecha de caducidad, así como nuestro tiempo para convertirnos a Dios y poder entrar así en su Reino.

Mientras escribo esto el ambiente es muy tranquilo: no se oyen sirenas ni explosiones ni alarmas hace varios días. Pero las necesidades de tantas almas nos siguen exigiendo ofrecer oraciones y sacrificios, y la gloria de Dios no cesa de invitarnos a la santidad. Las guerras entre las naciones son terribles, y los males que de ellas se siguen claman al Cielo; recemos, pues, para discernir bien cuál es nuestra parte en todo esto, es decir, lo que Dios espera de nosotros: ser de los que dicen “el mundo está muy mal” y critican de brazos cruzados, o de “los que hacen”, de los que obran el bien, de los de la santa inquietud por hacer algo bueno.

Esta Semana Santa en Nazaret, marcada por la penumbra y el dolor de la guerra, sin embargo, nos regaló esa providencial consideración de lo que es realmente importante: de cómo queremos presentarnos delante de Dios cuando Él así lo disponga; de que con sus sacramentos y su gracia podemos ganar nuestras propias guerras internas, no solos sino con Él; de mirar con mayor claridad el dolor grande de nuestros hermanos poniendo el nuestro en su lugar; de ver cuáles son las prioridades de nuestro corazón y poner orden, quitar obstáculos, hacer propósitos que tengan peso para la eternidad, etc.

Finalmente, haciendo una muy sencilla analogía, podríamos pedir la gracia de que nuestra alma sea lo que fue para nosotros la basílica de la Anunciación: el lugar donde está Dios, donde el ambiente es oración y las cruces no se auto confeccionan, sino que se reciben con paciencia y se ofrecen con generosidad. Donde rezamos unos por otros y donde, en presencia de Dios, vamos descubriendo y aceptando lo que es esencial. Donde querríamos estar si nuestro Señor nos llamara a su lado: en un ambiente de oración y haciendo, de hecho, oración.

Queridos todos, sigamos rezando por la paz, seamos artífices de paz, y no dejemos de hacer llegar al Cielo nuestras plegarias por quienes más están sufriendo las terribles y penosas consecuencias de las guerras.

IMPRESIONES DE TIERRA SANTA

Cuando un alma noble que ha alcanzado la santidad toca un objeto o fue de su pertenencia, lo tenemos por venerable, digno de devoción, y a veces hasta lo fraccionamos y hacemos de aquello piadosas reliquias. Y es que como el bien es difusivo de sí, parece que la virtud de los santos, su amor al Creador, su Madre y su santa Iglesia, se han quedado como “impregnados” en dichos objetos, al punto de predisponer y ayudar a los corazones de los creyentes a valerse de ellos para elevar sus plegarias al cielo por su mediación. Sí, el contacto con aquello que se impregnó de lo divino, como los santos, por fuerza deja una especie de *aroma espiritual* que invita al alma a poner sus

anhelos de lo celeste en el regazo de la fe, a la vez que la acrecienta.

Pero existe un caso excepcional, causa, origen y vitalidad de estos “aromas”, un caso tan único como el Infinito y tan misterioso como la Encarnación; y este es justamente aquel en que el Infinito se encarna, asumiendo la humana naturaleza sin dejar de ser Dios, para venir a predicar la Buena nueva del Evangelio invitando a toda la humanidad a tomar parte de la gloriosa plenitud de su eternidad. Y para mostrarnos el camino, además de su vida misma, nos dejó en este caduco mundo las albricias de su triunfo definitivo: Tierra Santa, el lugar en que el Hijo de Dios quiso anonadarse por nosotros; lugar no ya perfumado tanto por las reliquias de los santos cuanto por la preciosa sangre del Cordero de Dios; causa, origen y vitalidad...; tierra bendita que huele a misericordia, redención, triunfo y glorificación; tierra que aromatizó el sacrificio agradable al Padre; que se impregnó de la perfecta humanidad y divinidad del Salvador, convirtiéndose así en **el gran relicario de nuestra fe**; tesoro precioso que contiene los recuerdos siempre vivos del Dios que tanto amó al mundo² y al Varón de dolores³ que por nosotros se entregó a la muerte... y la venció.

Existe un lugar en el mundo, el del caso único, en que las reliquias se impregnaron de lo divino, pero fue porque el Hijo de Dios se dignó abrazarlas con su perfecta humanidad, que perfumaba divinidad, y plasmó en ellas la historia de la redención.

² Cfr. Jn 3,16

³ Cfr. Is 53,3

Es en esta bendita “Tierra Santa”, relicario eminente para el mundo, en que apunto estas sencillas impresiones, regalo siempre inmerecido de parte del Dios que no se cansa nunca de amar al pecador y ofrecerle generosamente sus dones.

La roca del Calvario

Existe una cualidad en todo ser humano que es esencial para poder abrazar la verdad y aprender a gozar de ella. Y como sabemos que la verdad se identifica con el ser, y que “lo que es” tiene la capacidad de ser amado, concluimos que para amar la verdad, antes es necesario descubrir en ella aquello que tiene de “amable”. Pero es real también que no todo lo que conocemos lo amamos, ¿por qué?, sencillamente porque no todo nos atrae de la misma manera. He aquí la capacidad esencial que necesitamos para enamorarnos de una verdad: *la capacidad de asombrarse ante lo bello, bueno y verdadero de las cosas*; porque el que no se asombra de algo pasará de largo sin detenerse a considerarlo, en cambio, quien se encuentra con algo deslumbrante –al menos bajo algún aspecto- se vuelve capaz de volverse hacia él y abrazar su verdad-bondad con toda el alma.

De las casi infinitas realidades capaces de asombrar al hombre en este mundo, espirituales o materiales, nos quedamos ahora con la roca del Calvario que, “asombrosamente”, se partió de arriba a abajo cuando el Hijo de Dios consumaba la augusta obra de la redención⁴

⁴ Cfr. Jn 19,30

entregando su espíritu al Padre celestial⁵, mientras entraba triunfante en el limbo de los justos para rescatar a los que primero entrarían en el reino de los cielos.

En el santuario del Santo Sepulcro se encuentra signado con solemne precisión el lugar de la roca en que se apoyó la santa Cruz de nuestro Señor Jesucristo. Está en la base de un altar erigido en su honor y rodeado, como otros santos lugares, con un gran aro de plata por el cual se puede introducir perfectamente la mano para tocar dicha roca y rezar..., y rezar..., porque en Tierra Santa prácticamente todo invita a rezar, a considerar los misterios de la vida terrena del Salvador del mundo, a detenerse y leer los hermosos pasajes del Evangelio que hace casi 2000 años se escribieran no con letras sino con hechos, con Vida, con Verdad, etc., y ahora reviven en los corazones de los fieles de la santa Iglesia que se fundó **aquí**, en Tierra Santa, y que **desde aquí** comenzó a propagarse por el mundo hasta el fin de los tiempos; Iglesia de la cual sabemos que *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*⁶, ¿por qué?, pues porque lleva en sí la promesa de Jesucristo de acompañarla hasta el fin de los tiempos⁷ y porque el mismo Salvador decidió fundarla sobre roca⁸, como la Cruz, porque si algo se edifica sobre roca ni las lluvias ni las aguas torrenciales, ni los vientos, ni nada podrá derrumbarlo⁹. Por lo tanto, no es casualidad que Jesucristo haya cambiado el nombre a su vicario por el de Pedro, “Petrus”, es decir roca o piedra asentando así las

⁵ Lc 23,46: “y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» y, dicho esto, expiró.”

⁶ Mt 16,18

⁷ Cfr. Mt 28,20

⁸ Cfr. Mt 16,18

⁹ Cfr. Mt 7,24-25; Cant 8,7

indefectibles bases de su Cuerpo Místico; y tampoco es coincidencia que la Cruz misma se haya asentado sobre la firmeza de la roca, porque así tenía que ser y así nos enseña también a nosotros a fijar nuestra cruz sobre la sólida base de la roca que es la fe.

El sacrificio de Jesucristo por nosotros en la Cruz, puso sus fundamentos en la roca del Calvario, y así – oscilando y complementando entre el plano histórico y el espiritual- consolidó su entrega hasta la muerte¹⁰; porque la firmeza última de la Cruz se encontraba en “la roca amante” de la voluntad de Cristo, el Cordero de Dios de amor inamovible. Pero como la roca del Calvario sostenía el instrumento divino que exigía la vida del Redentor, una vez consumado el sacrosanto sacrificio, *la roca se rompió*. Y es que, como sea, se hallaba ligada tan estrechamente a la muerte del Mesías, que no podía quedar incólume una vez que en ella misma fue vencida la muerte por el Hijo de Dios, perdiendo así la muerte toda su solidez ante la entrega de Aquel que vino a vencerla junto con el pecado¹¹.

Ante este gran pedazo de historia partida por en medio, Dios me concedió la gracia de rezar embebido del misterio de la Cruz, la de maderos contrapuestos que armonizan perfectamente la horizontalidad de la naturaleza humana con la verticalidad sobrenatural de la gracia; y es que parece que la paradoja se las arregla como sea para acompañar los misterios divinos, comenzando por la Encarnación, y enriqueciéndolos con su consideración. Y “paradojalmente” yo contenía las lágrimas allí donde el Hijo de Dios no contuvo la sangre, porque se hallaba fundida con la divina misericordia que

¹⁰ Cfr. Fil 2,8

¹¹ Cfr. 2Ti 1,10

vino a derramar sobre la tierra: ¡y se quiebra la roca cuando no lo hacen los corazones de los hombres!, mas no en vano, porque ni todos seguirán caminando hacia la condenación, ni pocos son los que ven figurada en esta veta de la piedra la “puerta estrecha”¹² que termina en la eternidad.

Y como a Dios no se le escapan los detalles, la roca del Calvario se partió en dos cuando expiró Aquel que también en dos dividió la historia.

Nazaret, santa Misa en la basílica de la Encarnación

El misterio de la Encarnación del Hijo de Dios ha dejado una impronta indeleble en la historia de la humanidad y de la creación entera, puesto que hasta el Cielo toma parte de tan augusto suceso.

La historia consiste en una serie de acontecimientos que se relacionan unos con otros, pasados, presentes y futuros, que constituyen nuestra realidad insertándose indefectiblemente dentro del divino plan de la Providencia. Sin embargo, pocos se convierten en verdaderas efemérides cuyo recuerdo permanezca siempre vivo a través del tiempo, puesto que no todo acontecimiento es de la misma importancia que otro, y menos aún son los que se han convertido en una especie de otero desde el cual se pueda ver y entender mejor el resto de la historia, es decir, que por su misma elevación permitan comprender de una manera más profunda el peregrinar de la humanidad por este mundo y así vislumbrar más claramente aquella sentencia evangélica de que *todo coopera*

¹² Cfr. Lc 13,24

*para el bien de los que aman a Dios*¹³. Y, en efecto, el misterio de la Encarnación se arroga por naturaleza toda la preminencia de la historia, *de nuestra historia*, y sólo en él se llena ésta de sentido, pues “en realidad –como enseña la santa Iglesia–, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor; y Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”¹⁴; tal vez por eso decía Pascal que “es peligroso hacerle ver al hombre su miseria sin mostrarle su grandeza”, porque ciertamente su miseria es grande una vez que se ha atrevido a ofender a Dios con el pecado, ya que al perder la gracia sólo le queda la mancha de la falta y la miseria personal. Pero el hombre también es grande, o puede hacerse grande porque tal es su vocación: la grandeza que le ofrece Dios, puesto que tanto lo amó, y tanto amó al mundo¹⁵..., que se encarnó, y con su Encarnación descendió hasta nuestra debilidad para elevarla Él mismo con su gracia, revelándonos con su misericordia la grandeza a la cual hemos sido llamados por la fe.

Y así de grande y absolutamente más es en sí mismo el misterio de la Encarnación, misterio de la Eternidad que toca el tiempo para volverlo eternidad.

¹³ Cfr. Ro 8,28

¹⁴ Gaudium et Spes n° 22

¹⁵ Cfr. Jn 3,16; Gál 2,20

El evangelista san Juan, aquel discípulo amado¹⁶ que tuvo la dicha de recostar su cabeza sobre el pecho de Jesús en la última cena¹⁷, escribe explícitamente acerca del misterio de la Encarnación del Verbo-Hijo de Dios en el prólogo de su evangelio: “Y el Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros”¹⁸..., “Y el Verbo se hizo carne”, en latín: **Verbum Caro Factum Est**, versículo que respetuosa y devotamente imprimió en su escudo nuestra familia religiosa, y particularmente podemos ver en los escapularios de nuestros hábitos monásticos¹⁹; y es que aquellos miembros nuestros consagrados a la vida contemplativa, no podían no signarse con el *Misterio de los misterios*; con el suceso que ciñó la historia, la roca firme de nuestra Fe, el origen de la causa de los mártires y el hecho concreto que nos reveló el desbordante amor de Dios, al punto de venir a empapar nuestra historia con su sangre ofreciéndonos salvación.

Y como es **aquí**, en Tierra Santa, el lugar en que la divinidad se unió a la humanidad, donde Dios envió a su Hijo y se pronunció el “Fiat” más humilde y trascendente de la historia²⁰, es que encontramos en la Basílica de la Anunciación, a los pies del altar de la gruta de Nazaret, este testimonial “aquí” que se inserta en el Evangelio de la santa Misa del Propio: “Y el Verbo **AQUÍ –hic**, en latín- se hizo carne...”, y que señala con emocionante precisión el lugar en que la Virgen santísima dijo que **sí**, con su Fiat, al *misterio de la Eternidad que toca el tiempo para volverlo eternidad*, es decir,

¹⁶ Cfr. Jn 13,23

¹⁷ Cfr. Jn 13,25; 21,20

¹⁸ Jn 1,14

¹⁹ Cfr. Directorio de Vida contemplativa del Instituto del Verbo Encarnado, n° 84

²⁰ Cfr. Lc 1,38

al misterio excelso de la Encarnación. Con razón se entiende que al momento de celebrar la santa Misa en esta Basílica, resuenen en el interior del sacerdote aquellas palabras que escribiera san Agustín en una exclamación puramente sacerdotal: “¡Venerable dignidad la de los sacerdotes, entre cuyas manos se encarna el Hijo de Dios, como se encarnó en el seno de la Virgen!”; porque la santa Misa es justamente ese “volver a descender” del Hijo de Dios con su cuerpo y con su sangre bajo el sacramento de la Eucaristía que lo contiene verdadera, real y sustancialmente..., como en el seno de María, “su primera custodia”.

Celebrar la santa Misa en el lugar de la Encarnación constituye una profunda meditación y contemplación del Magno Misterio, porque el Hijo de Dios que desciende nuevamente con su cuerpo y con su sangre lo hace tantas veces cuantas sean pronunciadas por el sacerdote las palabras de la consagración y, en consecuencia, prolonga su Encarnación por el resto de la historia junto con todos sus beneficios, quedándose con los hombres en las manos de los sacerdotes que consagran, en los corazones de los fieles que lo reciben devotamente y en los sagrarios que lo contienen y desde donde invita a todos hacia Él. Celebrar la santa Misa en Nazaret, es considerar de manera especial aquella Anunciación que fue la semilla de la santa Iglesia, aquella que “desea servir a este único fin: que todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida, con la potencia de la verdad acerca del hombre y del mundo, contenida en el misterio de la Encarnación y de la Redención, con la potencia del amor que irradia de ella”²¹; es detenerse ante

²¹ San Juan Pablo II. Enc. *Redemptor hominis*, 13

la realidad sagrada de que Dios, no queriendo la muerte del pecador sino que se convierta y que viva²², decidió venir por él en persona a rescatarlo de la condenación que merecían sus pecados, y ofrecerle que libremente acepte seguirlo por el camino de la gracia que culmina en el paraíso.

Pero la santa Misa en Nazaret, también invita a poner los ojos en la Virgen Madre, aquella que —como dice hermosamente Pemán— *formó la primera cruz de nuestra redención* con sus manos sobre su seno inmaculado al recibir la salutación del ángel que le daba la noticia más alegre de todas: la maternidad divina; maternidad que se extendería hacia la humanidad entera como regalo de su Hijo en el momento culminante de su misión terrena²³, porque **aquí** —hic— comenzó el milagro perenne de la maternidad virginal. Por lo tanto, podríamos decir que fue aquí, en Nazaret, donde comenzó el camino de la cruz, pero de la Cruz salvífica, la cruz que ofrecerá en Jerusalén al propio Cordero de Dios²⁴ en expiación por nuestros pecados al Padre Eterno, aquel *Hijo del Altísimo*²⁵ que se nos entrega en cada santa Misa que proclama su Encarnación y exige nuestra aceptación, como la Virgen, que por no mezquinar nada a Dios lo recibió a Él mismo en recompensa al momento en que, aquí, ella correspondió al Misterio de los Misterios por medio del cual vino a nosotros, hasta el fin de los tiempos, el Hijo de Dios: “La Santísima Virgen María fue aquella a quien se hizo esta divina salutación para concluir el asunto más grande e importante del mundo: la Encarnación del Verbo Eterno, la paz entre Dios y los

²² Cfr. Ez 33,11

²³ Cfr. Jn 19, 26-27

²⁴ Cfr. Jn 1,29; 1,36

²⁵ Cfr. Lc 1,32

hombres y la redención del género humano.... La salutación angélica contiene la fe y la esperanza de los patriarcas, de los profetas y de los apóstoles; es la constancia y la fuerza de los mártires, la ciencia de los doctores, la perseverancia de los confesores y la vida de los religiosos.”²⁶

Hic Verbum Caro Factum Est, es decir, aquí comenzó en la tierra *el misterio de la Eternidad que toca el tiempo para volverlo eternidad*; y aquí pude celebrar la santa Misa.

El Santo Sepulcro

Visitar la capilla del Santo Sepulcro, constituye una verdadera confirmación y, a la vez, anticipo del triunfo definitivo de nuestra fe; porque el Santo Sepulcro se ha convertido en una especie de síntesis de la historia de la salvación: he ahí el lugar de la Cruz, la que partió la roca en dos; he ahí un trozo de la columna en la que fue azotado nuestro Señor Jesucristo; he ahí el lugar donde fue ungido su sacrosanto cuerpo luego de expirar, conmemorado por una fragante piedra de mármol; he ahí la roca donde estuvo sentado el ángel que preguntaba a la Magdalena la causa de sus lágrimas, cuando ya no había más motivo²⁷; he ahí también **el sepulcro vacío**, porque si no estuviera vacío - siguiendo al apóstol de los gentiles-, vana sería nuestra fe²⁸.

La mañana del Domingo de Resurrección, aconteció un hecho demasiado grande como para quedar contenido en el sepulcro, y esta es la causa de que podamos

²⁶ Beato Alano, citado por San Luis María Grignon en El secreto del Rosario, Rosa 15.

²⁷ Cfr. Jn 20, 12-13

²⁸ Cfr. 1 Cor 15,17

decir que “la grandeza del hecho de la Resurrección no cabía en el sepulcro, y fue por esto que se quedó vacío”. Pero dejando a un lado la metáfora, hay que atender primero a la realidad, en la que aquella tiene su fundamento, y esta genuina realidad no es otra que el triunfo glorioso del Mesías que arrastra consigo la redención de la humanidad y la constatación del cumplimiento de las arcaicas profecías **en Jesús de Nazaret**, nacido de una mujer, nacido bajo la ley²⁹..., y verdaderamente Hijo de Dios, como bien lo afirmó delante del colegio apostólico nuestro primer Papa en el instante previo a recibir el vicariato³⁰. Por lo tanto, hablar del Santo Sepulcro –reiteramos- es hablar de la Resurrección, y hablar de la Resurrección es hablar inseparablemente de la victoria de Jesucristo.

Hoy en día, por extraño que parezca, nos encontramos con muchos discípulos como Cleofás camino de Emaús³¹, es decir, que habiendo constatado la trayectoria salvífica del *siervo sufriente*³² vaticinado por las Sagradas Escrituras, sin embargo, se quedaron con los ojos puestos en el Calvario olvidándose de que *así tenía que suceder*³³ para que se cumpliera la profecía figurada en Jonás³⁴ en referencia directa al Cordero de Dios³⁵: he aquí

²⁹ Cfr. Gál 4,4

³⁰ Mt 16,16 “Simón Pedro contestó: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.»”

³¹ Cfr. Lc 24,13-31

³² Cfr. Is 53,3

³³ Ídem.

³⁴ Cfr. Jon 2,1

³⁵ Mt 12,40

el gran peligro del cual nos advierte el santo jesuita, y del cual nos libra la fe: “Los peces del océano viven en agua salada y a pesar del medio salado, tenemos que echarles sal cuando los comemos: se conservan insípidos, sosos. Así podemos vivir en la alegría de la resurrección sin empaparnos de ella: sosos. Debemos empaparnos, pues, en la resurrección. El mensaje de la resurrección es alentador, porque es el triunfo completo de la bondad de Cristo.”³⁶ Y si el triunfo es completo, entonces no hay motivos para desesperar, ni para aminorar el fervor de nuestra fe; porque la fe en el Hijo de Dios va de la mano con un sublime estilo de vida: el del evangelio; con un mismo espíritu que anima: el de las bienaventuranzas; y una consoladora certeza “ya realizada” por un divino designio, y que sólo debe ser “aplicada” en nosotros, lo cual se concretará en la medida de nuestra aceptación del mensaje de Jesucristo con todas sus consecuencias; porque la consecuencia de nuestra naturaleza herida por el pecado fue la misericordia de Dios, y de ésta lo fue la Encarnación, y de aquella la Cruz..., pero el problema está justamente cuando los ojos terrenales se detienen aquí olvidándose de que el camino del Calvario termina en la Resurrección, y ésta en la eternidad. Y tanto para aquellos que se quedaron con la mirada puesta en el Calvario, como para los que viven mirando siempre el Cielo, Jesucristo nos dejó un sepulcro vacío: motivo de confianza y conversión para los que dudan, y de amorosa confirmación para los creen.

Si tanto predicamos la Cruz de Cristo, es porque hay que pasar por ella. Pero no olvidemos que la Cruz es tanto el signo de nuestra fe cuanto un camino y no un

³⁶ San Alberto Hurtado: “El espíritu de la Resurrección”, Meditación de unos Ejercicios Espirituales predicados a jesuitas, posterior a 1944. Un disparo a la eternidad, pp. 315-317.

término; el más seguro y el único eficaz para producir la salvación, por eso Jesucristo lo eligió; y en su sabiduría infinita decidió asumirla para resaltar más aun el triunfo de su Resurrección, y así, el Santo Sepulcro asume en nuestras vidas una función análoga a la del Tabor, en cuanto que nos sirve de reconfortante consuelo al manifestarnos desde ya la gloria a la que el Hijo de Dios nos invita. Esta es la causa de que, en este Sepulcro, que es santo, no descansa ya un cuerpo mortal sino una alegría sobrenatural, porque de aquí salió el primer cuerpo glorioso que no es otro que el del mismo Hijo de Dios para ofrecer gloria también a los mortales, porque “la resurrección de Cristo es vida para los difuntos, perdón para los pecadores, gloria para los santos. Por esto el salmista invita a toda la creación a celebrar la resurrección de Cristo, al decir que hay que alegrarse y llenarse de gozo...”³⁷; pero de un gozo doble: por la victoria de la misericordia de Dios sobre el pecado, y por nuestra adopción filial que gracias al Hijo natural de Dios, con su Cruz y su Resurrección, nos engendran -mediante la gracia- para la eternidad: “este fue el motivo de la venida de Cristo en la carne, de su convivencia con los hombres, de sus sufrimientos, de su cruz, de su sepultura y de su resurrección: que el hombre, una vez salvado, recobrara, por la imitación de Cristo, su antigua condición de hijo”³⁸; y todo esto sí que está contenido en el Santo Sepulcro, dispuesto a dejarse degustar por las almas que poseen una fe verdadera.

³⁷ San Máximo de Turín, Sermón 53

³⁸ San Basilio, Sobre el Espíritu Santo, 15, 35

Si bien, como hemos dicho metafóricamente, “la grandeza del hecho de la Resurrección no cabía en el sepulcro”, sin embargo, eso no quita el hecho de que Jesucristo nos haya dejado un Santo Sepulcro vacío; motivo de confianza y conversión para los que dudan, y de amorosa confirmación para los creen.

La Gruta de la Natividad

Uno de los lugares santos más visitados por los devotos peregrinos es la Basílica de la Natividad. Esta basílica, como las personas de alma noble, esconde un gran tesoro que no se ve desde afuera ni se puede “degustar” si no es entrando en íntimo contacto con ella. Y este *pequeño gran tesoro* es la **Gruta de la Natividad**, lugar preciso en que la sagrada Tradición nos revela dónde nació en el tiempo el “Divino Niño Jesús”, y también dónde fue envuelto tiernamente en pañales por su madre, la santísima Virgen María. ¿Quién diría que un lugar tan pequeño podría contener oculto al Rey del universo?, y es que desde el principio quiso Dios elegir lo pequeño para realizar “las cosas grandes”³⁹, las que realmente importan, las que pesan eternidad. Fue así por ejemplo que, libremente, Dios eligió no a los ángeles sino a los hombres para asumir su naturaleza, encarnando en sí todo lo auténticamente humano, menos el pecado⁴⁰; y no a algún poderoso soberano sino al justo José por Padre adoptivo⁴¹ y a la humildísima *esclava del Señor*⁴² por Madre; ni eligió la grande y majestuosa ciudad de Jerusalén para entrar al mundo con

³⁹ Cfr. Lc 1,49

⁴⁰ Cfr. Heb 4,15

⁴¹ Cfr. Mt 1,16; Lc 1,27

⁴² Lc 1,38

un cuerpo humano, sino Belén, “la pequeña entre las familias de Judá”⁴³. Y es que *Dios hace grandes cosas de lo pequeño*; y si el Verbo Encarnado se iba a servir de tan sólo dos maderos para abrazar a la humanidad entera, ¿qué podía impedirle desconcertar desde antes nuestra terrena lógica humana naciendo en “la pequeña humildad” del pesebre de Belén?, pesebre socavado –dicho sea de paso– en la fría roca de la gruta, figurando ya los corazones de los hombres que, a partir de ahora, deberían cobijar así también a este pequeño Niño Dios, que desea morar para siempre en ellos.

Pero iluminemos un poco más esta realidad: *Dios hace grandes cosas de lo pequeño*, es decir, que la pequeñez de las creaturas, nuestra pequeñez, de ninguna manera puede ponerle límites a la grandeza de Dios; y esto hay que tenerlo bien en claro para no caer ni en un mediocre pesimismo, ni en injustificadas excusas respecto a *lo magno* que Dios quiere realizar **en** y **por** nosotros: pequeño y desconocido era Abraham a los ojos de los hombres y, sin embargo, de él hizo Dios una gran nación⁴⁴; pequeño era José entre sus hermanos y, sin embargo, grande fue la salvación que Dios obró mediante él en tiempo de hambre⁴⁵; un pequeño pastor era David⁴⁶ y, no obstante, sobre él recayó la unción de Dios que lo constituiría en el memorable rey de cuya estirpe saldría el Mesías esperado; pequeño rebaño eran los hijos de Matatías⁴⁷ ; y pequeño

⁴³ Miq 5,1 “Mas tú, Belén Efratá, aunque eres la menor entre las familias de Judá, de ti me ha de salir Aquel que ha de dominar en Israel, y cuyos orígenes son de antigüedad, desde los días de antaño.”

⁴⁴ Cfr. Gén 12 y sgts.

⁴⁵ Cfr. Gén 41-46

⁴⁶ Cfr. 1Sam 16,13

⁴⁷ Cfr. 1Mac 2

puñado de hombres serían también los apóstoles y, sin embargo, de toda esta pequeñez humana Dios hizo brotar las grandes obras que se inmortalizarían en el tiempo gracias a la misteriosa desproporción con que las signó su omnipotencia, y que sólo se logra entender a la luz de la fe. Y es en la “pequeña Gruta de la Natividad”, donde más podemos contemplar *la grandeza de la pequeñez*, de la cual cantaría la inmaculada Virgen Madre en un desbordarse de la gracia que desde su concepción la inundó completamente⁴⁸.

Fue aquí también, en la Gruta de Belén, donde nuevamente los hombres pudieron contemplar de cerca a Dios después del pecado original; y los primeros en hacerlo fueron los sencillos, los más pobres, los humildes pastores, que tomando el lugar de las ovejas vinieron ellos mismos tras el Buen Pastor que entraba en este mundo para pastorear las almas hacia el redil del Padre⁴⁹. En otras palabras, aquella primera Navidad que se quedó para siempre en esta gruta, fue testigo del amoroso reencuentro entre la grandeza soberana de Dios –escondida en este Niño⁵⁰- y la pequeñez herida del hombre, que veía nacer en este día su Salvación, ya que Jesucristo traía consigo y hasta el fin de los tiempos las llaves de la eternidad, ofrecidas a toda la humanidad bajo el nombre de “gracia divina”, llaves que serían forjadas en la Cruz, signo del amor más grande, del amor que siempre se desborda, del amor que Dios nos tiene. No iba a ser extraño, por lo tanto, que el primer coro católico conformado por los ángeles, cantara la gloria de Dios mirando hacia el

⁴⁸ Cfr. Lc 1,28; 46-55

⁴⁹ Cfr. Jn 10, 11; 10,14

⁵⁰ Cfr. Lc 1, 32-35

pesebre⁵¹, porque así lo exigía la pureza de su condición y el deseo indeleble de tributar al Creador el culto celeste para en cual fueron creados.

Pero aquí también se constató el anhelo de trascendencia de la humana naturaleza, es decir, el *deseo de Dios*, en las personas de los Reyes magos, “embajadores de la gentilidad”, que confiados en la estrella guiadora se embarcaron al encuentro del *recién nacido rey* para doblar ante Él sus rodillas⁵², reconociendo así su divinidad, y ofreciéndoles los conocidos dones⁵³ que hoy en día podemos y debemos reemplazar por actos de virtud revestidos de la gracia divina, más agradables aún que éstos a los ojos de Dios; es decir, que aquí la redención comenzaba ya a extender sus brazos misericordiosos más allá de los lazos de la sangre del pueblo elegido, puesto que el corazón del Niño Dios late por todo el mundo y por todos ellos ha venido a ofrecer su salvación.

La pequeña Gruta de la Natividad, cofre precioso que recibió el más grande de los tesoros, invita a considerar el anonadamiento de Dios por nosotros los hombres, el abajarse, el humillarse, para realizar en nosotros *las cosas grandes* que sólo con su gracia podemos alcanzar, como la santidad, como el Paraíso. Por lo tanto, si nos consideramos indignos, “pequeños” y débiles, entonces no debemos ser injustos con Dios y aspirar a lo grande animados por su gracia y confiando plenamente en Él, a quien nuestra debilidad no puede poner límites, sino sólo nuestra desconfianza. Por eso escribía san Pablo: *Al contrario, Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir*

⁵¹ Cfr. Lc 2, 13-14

⁵² Cfr. Mt 2,1-2

⁵³ Cfr. Mt 2,11

*a los sabios; lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar a lo que vale*⁵⁴; y Él mismo se ha querido hacer pequeño para que pudiéramos contemplar hasta dónde llega el amor que nos tiene⁵⁵, el amor que hace las grandes cosas a partir de nuestra propia pequeñez, y que se quedó como impreso en la pequeña Gruta de la Natividad, donde la santísima Virgen María estrechó por primera vez al Niño Dios y lo envolvió tiernamente en pañales.

ORACIÓN DE UN SACERDOTE

Señor mío y Dios mío, mira a tu pequeño servidor que te dirige esta sencilla plegaria apelando a tus mismas palabras para cumplir su inmerecido ministerio: *Pedid y se os dará, buscad y hallareis, llamad y se os abrirá*⁵⁶... es así, mi buen Padre, que te *pido* misericordia, que *busco* tu gloria y *llamo* a las puertas de tu bondad infinita para implorar tu gracia en favor del plan divino de redención trazado desde la eternidad, rogando en mi indigencia, en mi debilidad y mis limitaciones, que seas Tú mismo el gran conquistador de las almas que me has encomendado.

Señor mío, escucha mis plegarias y bendice mi sacerdocio con una vida de virtud; concédeme olvidarme por completo de mí; que mi única preocupación sea extender tu reinado y llevar almas hacia ti. Moldéame,

⁵⁴ 1 Cor 1,27-28

⁵⁵ Cfr. 1Jn 4,16

⁵⁶ Mt 7,7

Señor, en la cruz de tu Hijo para que pueda asemejarme a Él dando la vida por mis ovejas, que en realidad son tuyas, puesto que *todo es tuyo*⁵⁷.

Dios, Padre Todopoderoso, Autor de la vida y la resurrección, te pido por los hijos que me has concedido la gracia de engendrar por el bautismo, que crezca junto con ellos la fe y la gracia, que aprendan a caminar el sendero de la virtud y que no olviden jamás que tienen por Padre al mismo Dios-Creador del cielo.

Concédeme, Señor, te pido, un verdadero *espíritu de padre*: que aprenda a gastarme y desgastarme por mis hijos, que mi alma esté siempre en vela para socorrer las necesidades del espíritu que aquejan a los pobres pecadores, que eduque primero con el ejemplo y aprenda a morir a cada instante de mi vida con tal de salvar la de los hijos que quieras encomendarme; que los cuide y los proteja mientras caminan hacia Ti por los caminos de tu providencia divina...

Te suplico, Padre eterno, por todos aquellos que han recibido y recibirán de mis frágiles manos aquel divino y santo cuerpo de tu Hijo Jesucristo junto con su sangre, para que aquel manjar de ángeles fortalezca sus almas y acreciente la vida divina que, sembrada en el bautismo, comienza allí a germinar como vástago precioso que exige eternidad.

Te ruego, Padre bondadoso, por mis penitentes; por todos aquellos que vendrán a mí humilde

⁵⁷ Cfr. 1Cro 29:11 *Tuya, oh Yahvé, es la grandeza, la fuerza, la magnificencia, el esplendor y la majestad; pues tuyo es cuánto hay en el cielo y en la tierra. Tuyo, oh Yahvé, es el reino; tú te levantas por encima de todo.*

confesionario con sus pecados, miserias y dolores, para que vean no mi rostro sino el tuyo, para que se acusen con sinceridad y contrición, y pueda yo ser aquella caña por la cual fluya copiosa tu misericordia y tu perdón. Señor, que los conforte como un padre, que los instruya como un maestro, que los juzgue con buen discernimiento, que sepa darles los remedios que requieren sus flaquezas; pero sobre todo que se abracen a tu clemencia y desprecien inexorablemente el pecado, confiando absolutamente en aquel perdón divino que ofreces continuamente a los pecadores, al punto de haberlo revestido con la sangre de tu Hijo.

Te suplico, Dios Todopoderoso, Señor de los corazones y fuente de toda virtud, por aquellas almas que han de nutrirse de tus palabras salidas de estos indignos labios: que no pronuncie mi boca más que tu mensaje de salvación; que no enseñe más que la verdad recibida, conservada y transmitida por la santa madre Iglesia, tu cuerpo místico y mi esposa; que este siervo tuyo pueda contribuir en tu obra de disipar las tinieblas del error, de hacer brillar tu luz admirable sobre la tierra en penumbra y de ser una lámpara más de aquellas que *no se ocultan bajo el celemín*⁵⁸ sino que se ponen en lo alto para llevar tu resplandor a donde quiera que vayan.

Otórgame, Señor, un corazón de carne para comprender y consolar el sufrimiento de las almas que conquistaste con la cruz y muerte de tu propio Hijo; dame un corazón de piedra que resista los embates del mundo, del demonio y de mi propia carne; concédeme, mejor, un

⁵⁸ Cfr. Lc 11,33 "*Nadie enciende una lámpara y la pone en sitio oculto, ni bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que los que entren vean el resplandor*".

corazón de espíritu, para poder adentrarme en las verdades eternas y abrazar con ardiente amor tus sagrados misterios y extraer de ellos la preciosa dulzura que mi ministerio exige derramar sobre los demás impregnándome yo primero de ella, pues nadie da lo que no tiene y no es posible invitar a los corazones de los hombres a que te amen si antes no me dejo consumir de celo por tu gloria⁵⁹.

Dios omnipotente, concédeme fortaleza en mi debilidad, paciencia en la adversidad, auxilio en la tentación, luz en la oscuridad, confianza en la tribulación y total entrega en mi peregrinar.

Convierte mi vida, Señor, en un continuo ofertorio y que toda ella gire en torno al santo sacrificio del altar, que toda ella se ofrezca en la sagrada patena y sea elevada con ella juntamente hacia las alturas que busca insaciablemente mi alma en esta tierra con la esperanza de llegar algún día a tu presencia en la eternidad sin las manos vacías, sino habiendo fructificado el maravilloso talento, la dádiva preciosa y don celestial del *sagrado sacerdocio* que por tu sola e infinita misericordia he recibido y que pongo en las manos de la santísima Virgen María, la tierna Señora de los cielos, bajo segura custodia.

Que te ame, Señor, y que te amen; que mi sacerdocio lleve la impronta de tu amor abrasador por las almas; que no anteponga nada a Ti y que sólo te busque a ti en cada alma que venga hacia mí ansiando poder hallarte y nutrirse de tus dones.

Lleva, Señor, mi ministerio al puerto seguro de la salvación, bendícelo y santifícalo, Dios Padre

⁵⁹ Cfr. Sal 69,10 “pues el celo por tu Casa me devora, y si te insultan sufro el insulto”.

Todopoderoso, y no me permitas, te lo ruego, ser infiel a tu llamado.

“Tuyo es el poder y la gloria por siempre Señor”⁶⁰... tu pequeño servidor te pide, con la sencillez de un niño, que “*no abandones la obra de tus manos*”⁶¹

Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén

⁶⁰ Misal Romano, del rito de la comunión.

⁶¹ Sal 137, 8

POESÍAS

AVE MARÍA

Dios te salve María,
noble albricia del Amor,
causa de nuestra alegría
y alabanza del Señor;

Llena eres de gracia
por divina dilección;
tu alma pura, sin falacia,
no conoce corrupción;

El Señor está contigo
como el sol junto a la luz,
como está en la espiga el trigo
o los brazos en la cruz.

Bendita, Madre, tú eres
-oh sagrario celestial-
entre todas las mujeres,
por ser Madre Virginal,

Y bendito sea el fruto
de tu vientre: tu Jesús,
cuya entrega fue el tributo
que agradó al Padre en la cruz.

“Santa María”, te aclaman
los creyentes con su voz,
y en los cielos te proclaman

como aquí, “Madre de Dios”;

Ruega tú, Corredentora,
por nosotros, pecadores,
desde ahora y en la hora
de la muerte y sus albores.

OFRENDA AL NIÑO DIOS

¿Qué darte Dios nacido así, pequeño;
tan sólo por amores torrenciales
que brotan de los valles celestiales
y bajan a esta tierra con su dueño?

No tengo ningún oro que ofrecerte,
ni tengo algo de mirra entre mis cosas,
tampoco llevo incienso olor de rosas
ni nada que no sean ganas de verte...

Mas, ¿qué es esa sonrisa luminosa
que brindas a los pobres pastorcitos,
que sólo traen consigo su mirada?...

¡Ya entiendo!, ¡qué respuesta tan hermosa!
Señor, ahí en tus brazos pequeñitos
te dejo mi pobre alma enamorada.

BREVE PLEGARIA

Enséñame a vivir,
Señor, muriendo cada día;
aceptando lo que tenga que sufrir
con tal de salvar el alma mía;
renunciando a mi querer torcido,
reparando el daño cometido,
y abrazado a tu Cruz con alegría.

YA DOS AÑOS...⁶²

Volaron ya dos años con el tiempo,
fugaces;
como el tamo con el viento,
como inquietos pensamientos,
sin fases...

Pero el paternal abrazo divino
que sella
al alma en su designio,
se prolonga al infinito,
sin mella.

Fruto insigne de la copiosa potencia:
¡Sacerdote!
barro siempre en la apariencia,

⁶² A mis compañeros, en ocasión de nuestro 2º aniversario de ordenación sacerdotal

y un tesoro de clemencia:
¡Dios por dote!
Misteriosa configuración
con el Hijo;
albricia de la Encarnación
que mi existencia, con antelación,
bendijo.

Oh dulce consideración:
mi vida
en continua inmolación
se ha quedado sólo en Dios
asida.

Cuidemos de esta perla
preciosa;
ofrenda y prenda eterna
que el alma en sí contempla,
¡dichosa!

AHORA HAY QUE CAMBIAR

Conversiones hipotéticas no sirven:
ahora hay que cambiar;
“santidades” esperando su momento:
jamás han de llegar;

Virtudes sin sudor son ilusiones:
quimeras nada más;
anhelo de grandeza sin acciones:
propósito mendaz...

La gloria comienza en el presente
del alma que no espera para andar
la senda de la cruz, que sabe hallar
la perla que se esconde al indolente.

VOCACIÓN CONTEMPLATIVA

Dejar a Dios hablarle al corazón:
¡oración!;
expiando los pecados con violencia:
¡penitencia!;
inmerso en un silencio misterioso:
¡dádivoso!
Son impronta en la existencia
del que vive consagrado
sólo al Dios que lo ha llamado
a morar en su presencia.

LA SANTIFICACIÓN DEL MONJE

No está la perfección de nuestra vida
en el haber dejado atrás el ruido
del mundo, que oscurece aquel latido
divino, que en el alma fiel anida;

Ni está en la soledad y su misterio,
o en el silencio rico de verdades;

tampoco en el vencer las tempestades
que embaten al redil del monasterio.

La búsqueda continua y amorosa
de Dios y su querer en cada cosa,
fragancia es de la vida religiosa

del monje que incesante, así buscando
profundidad, a Dios se va acercando,
al tiempo que Él lo va santificando.

LA SANTIDAD NO ESPERA

No está la perfección en los “querría”
que cambian ideales por quimeras
de generosidades pasajeras,
que mueren embotadas con el día;

La vía de la entrega más profunda,
que invita al corazón a darse entero,
comienza con aquel genuino “quiero”,
que abraza una existencia y la fecunda:

No sirve suspirar por una meta
que marcha con el tiempo y envejece
inútil, mientras llega nuestro ocaso;

La santidad no espera al alma quieta;
¡ahora hay que entregar lo que se ofrece:
la vida toda a Dios sin más retraso!

LOS TRES BINARIOS

I

El primer binario “querría”,
pero en verdad no quiere;
y el problema es que no tiene
del vivir la garantía,
y si así lo encuentra un día
la muerte imponente:
mediocre e impenitente
con sólo “su querría”;
será cruel el resultado
sin retorno, desgraciado:
llorar su fantasía
en perpetua agonía.

II

El segundo binario es
más nocivo y peligroso,
pues se cree generoso
cuando actúa con doblez;
y egoísta, como es,
bien aferrado a su afecto
so pretexto de “correcto”
pretende a Dios negociarle,
en vez de sacrificarle
su cadena a lo imperfecto.

III

En cambio, el tercer binario,

suspirando por el Cielo,
se desprende del consuelo
y hace nido en el Calvario;
desterrando lo contrario
a la cruz y a las virtudes,
construyéndole ataúdes
a las mediocres razones,
y ofreciendo por montones
obras llenas de laúdes.

GENEROSIDAD

No basta darse al modo
de aquel que a su Señor deja en espera
de más, sin darlo todo,
quedando en la frontera
en vez de atravesar la cordillera.

No basta con las cruces
que tallan nuestras manos a medida;
hay que aceptar las luces
del Cielo cuando pida
quebracho en vez de pino y cruz fornida.

No basta con llenarse
la boca de propuestas dadivosas,
el alma ha de volcarse,
en obras decorosas
que broten de la fe, siempre frondosas.

No basta con “ser bueno”:

la casa no se acaba en los cimientos;
virtud que pone freno
entierra los talentos,
y muere finalmente en los intentos:

Un alma generosa,
humilde y decidida siempre ofrece
el máximo, y ansiosa
del Dios que la engrandece,
jamás le niega nada y fiel florece.

TODO TUYO

Todo tuyo quiero ser, Virgen Bendita,
Todo tuyo para siempre, Madre Santa,
Todo tuyo en la tormenta que me agita,
Todo tuyo en la bonanza que te canta;

Todo tuyo consagrado en oración,
Todo tuyo junto a tu Hijo en el altar,
Todo tuyo con el alma en oblación,
Todo tuyo en tu regazo maternal;

Todo tuyo en el combate que sostengo,
Todo tuyo bajo el manto que me ampara,
Todo tuyo cuando atento te contemplo,
Todo tuyo cuando tengo tu mirada;

Todo tuyo cuando subo a mi calvario,
Todo tuyo en mi suspiro por el Cielo,
Todo tuyo en cada cuenta del Rosario,

Todo tuyo en mi aflicción y mi consuelo;

Todo tuyo, finalmente, cada día,
Todo tuyo en el ocaso de mi andar,
Todo tuyo, Madre Santa, en la agonía:
Todo tuyo en la feliz eternidad.
Amén.

YO TAMPOCO LO ENTIENDO

Recitado a la vida monástica

I

¿Cómo se entiende esta vida
-me preguntaba un amigo-,
que pone a Dios por testigo
de una existencia escondida
lo más que pueda, y decida
cerrarle al mundo la puerta;
al tiempo que desconcierta
la inclinación natural
de ceder cuando acecha el mal
o si arrecia la tormenta?

II

Y entonces me puse a pensar:
¿por qué Dios me habrá llamado?;
no por virtuoso probado
ni por ser muy ejemplar;

y tampoco por destacar
en piedad o devoción,
si más bien siempre fui bufón
y sin importarme mucho
de prudencia no ser ducho
cuando andaba de burlón.

III

Y así, comencé a indagar
otras posibles razones;
y mientras más reflexiones
menos podía encontrar
de mérito singular
para ser un elegido,
de aquellos pocos que han sido
apartados del mundo,
para vivir un fecundo
morir de la cruz prendido.

IV

¿Por qué escoger soledades?,
¿por qué huir de los hombres?,
¿por qué despreciar renombres,
aplausos y suavidades?
Oh, misteriosas verdades
que Dios mismo va tejiendo
en el alma poniendo
por su cuenta una elección,
cuya última intención
sólo Él sabe... y yo no entiendo.

V

Pues nunca se podrá entender
que a la simple creatura
el Amor sin medida
la quiera consigo traer
de cerca, para esconder
en ella una vocación
de silencio y oración,
en favor del mundo entero,
recompensando al obrero
con su propia dilección.

VI

Qué antinomia tan oscura
por un lado, y por otro, luz:
oscura, porque en la cruz
sabe encontrar dulzura;
luminosa, porque cura
la ceguera del corazón
herido de cerrazón
por la culpa del pecado;
pero ahora renovado
por el Autor de la elección.

VII

Un silencio misterioso
para oír mejor la voz
del que invita a andar en pos
de su ejemplo bien copioso
de virtudes, y un ganoso

deseo de santidad,
cimentado en la humildad
de un pasar desapercibido,
cuanto pueda el que ha asumido
esta vida de piedad;

VIII

Oculto en el monasterio,
y viviendo agradecido
de que Dios le haya pedido
abrazar su magisterio
de amor, tomando en serio
el despojo y la renuncia,
el monje sereno anuncia
cuánto vale la pena
esta vida que refrena
al tentador que se pronuncia.

IX

Convertir en oración
la jornada, es sentencia
labradora de la esencia
monástica y arpón
contra el mal y su agujón;
al mismo tiempo que aliento
que aferra a la Vid el sarmiento
mientras su unión se estrecha,
preparando la cosecha
que dará del uno el ciento.

X

El monje es trigo que muere
combatiendo firme, a diario,
todo afecto contrario
a la virtud que tanto quiere
alcanzar, por eso adhiere
su voluntad a la del Cielo,
despreciando hasta el consuelo
-si lo aleja del camino-
que le trazó el Divino
pa' emprender junto a Él el vuelo.

XI

En esta entrega completa
de la propia libertad
no hay lugar a flojedad
porque la Gloria es la meta
que mantiene al alma inquieta,
trabajando sin parar
por llegar a conquistar,
en el ocaso de su vida,
la tierra prometida
al que se ocupa en amar.

XII

La vida contemplativa
no se entiende humanamente,
pues su razón y su fuente
es sólo un Dios que cautiva
la existencia; y que motiva

al corazón que eligió
para seguirlo, y apartó
por un designio secreto,
que mantiene discreto
hasta el final que Él trazó.

LA CRUZ Y EL MISIONERO

Sobre el sacrificio del apóstol

I

No se planta la semilla
sin romper antes el suelo;
no se pesca sin anzuelo,
ni se forma la gavilla
si primero no se trilla
con esfuerzo y con sudores,
despreciando los dulzores
con espíritu austero,
como lo hace el misionero
tras celestes amores.

II

Porque el alma que se entrega
al servicio del Dios bueno
por el bien se va de lleno
pero sólo si se niega
a sí misma, mientras riega
con renunciadas su misión,

estrechando así la unión
con el Dueño de la mies
que le pide sin doblez
darse entera, sin fracción;

III

Es por eso que el que quiera
abrazar la noble empresa
del apóstol que no cesa
de luchar y hacer la guerra
al pecado y su bandera,
no pretenda la conquista
si en las cruces no se alista
con el alma bien briosa,
decidida y generosa
de sufrir lo que la embista...

IV

De las cruces la primera
es aquella que va dentro:
la que quiere ser el centro
y sin cansancio persevera
bien atenta, como fiera,
siendo espina que ha mellado
la existencia del creado
para amar y no lo deja,
como el mal que siempre aqueja:
es la herida del pecado.

V

Pero, aunque haya un aguijón
que acompañe la existencia
no por eso la exigencia
de esta noble vocación
retrocede, y con tesón
se dispone hasta el suplicio
si lo pide el Dios del juicio,
del amor y la piedad,
que establece su amistad
bajo el plan del sacrificio;

VI

Sacrificio generoso,
voluntario y sin sayón
más que el propio corazón
que se ofrece bien celoso
de la gloria del Esposo,
al que sigue en la vigilia
y en la pena que concilia
el afán de misionar
y el pesar de abandonar
a su patria y su familia.

VII

Luego vienen los dolores
que en silencio va llevando
el que vive cultivando
las razones superiores,
misteriosos bienhechores

que combaten el orgullo
con firmeza y sin barullo,
demostrándole al alma
que sólo reina la calma
si renuncia a lo que es suyo;

VIII

Los dolores escondidos
que conoce sólo el Cielo,
como el grande desconsuelo
de saberse incomprendido,
o quedarse confundido
por la falta de respuesta
del rebaño que le cuesta
oración y penitencia,
juntamente con paciencia,
tan probada como expuesta.

IX

Además, en la misión,
siempre hay lobo si hay cordero,
por lo cual el misionero
no está exento de aluvión,
y hasta la persecución
puede ser su compañera
si el Eterno permitiera
que golpeará su puerta;
y por eso estar alerta
nunca es opción somera...

X

¿Qué es lo que hace al consagrado,
sin embargo, ser feliz?;
¿qué razón le da el matiz
de una dicha que ha empezado
al momento que el arado
tomó firme, con sus manos,
dejando casa y hermanos
sin querer mirar atrás?;
justamente aquella Faz
de designios arcanos;

XI

Es feliz el misionero
pues la fe le da la luz
para hallar allí en la Cruz
al Señor que lo hizo obrero
de su mies y amó primero;
cruz que ahora le comparte
pues allí se hizo el arte
del amor crucificado
-el más grande y acendrado-,
que hoy se ha vuelto su baluarte.

MT 16, 24

¿Qué causa la renuncia
a la felicidad de un alma buena?;
¿en qué momento anuncia

que no halla más que pena
donde otra que ama más se encuentra plena?

Parece que el origen
está donde el amor se ha vuelto frío:
las cruces que le exigen
perseverar con brío,
en vez de acicatear le dan hastío.

Oh alma, que elegiste
andar por los senderos del Cordero
de Dios, cuando le diste
tu ser libre y entero,
¿por qué te echas atrás en tiempo fiero?

¿Acaso no tomaste
alegre entre tus manos el arado?;
la vida que abrazaste
junto al Crucificado
no admite desandar lo comenzado;

Confía en el Eterno:
Él mismo es la respuesta a tu promesa;
después del duro invierno
el premio a la entereza
será la paz dichosa que no cesa.

LA MUJER ADÚLTERA (JN 8, 1-11)

Se encontraba Jesucristo
predicando allá en el templo,
multitudes lo escuchaban
como auténtico maestro;

Acudían las ovejas
a los pastos del divino
que curaba las dolencias
de los tristes y afligidos;

Cuando entonces los escribas
con los zorros fariseos
le presentan una rea
sorprendida en adulterio,

Y poniéndola en el medio,
aumentando su ignominia,
con irónica consulta
se dirigen al Mesías:

“La mujer que estás mirando
por culpable la traemos,
descubierta fue flagrante
en delito de adulterio;

En la ley Moisés nos manda
que apedreemos sin demora
a mujeres semejantes:
¿Tú, qué dices de estas cosas?”;

Pero hablaban con engaño
pues buscaban un motivo
de acusarle de rebelde
a la ley de los antiguos.
Mas Jesús no dice nada
e inclinándose hasta el suelo
sus deseos desconcierta
escribiendo con el dedo;

Mas como ellos insistiesen
exigiendo una respuesta,
se levanta bien erguido
y responde con sorpresa:
“De vosotros quien se encuentre
en conciencia sin pecado,
la primera de las piedras
que le arroje sin retraso”,

E inclinándose de nuevo
tan sereno como era,
sin mirarlos continúa
escribiendo en la tierra.

Y en oyendo sus palabras,
perturbados y molestos,
uno a uno se marcharon,
comenzando por los viejos;

La mujer de pie en el medio
continúa sin moverse,
solamente quedó Cristo,
los demás están ausentes.

Levantando la cabeza
se dirige a la culpable
el Autor de la justicia
con mirada penetrante:

¿Dónde están los fariseos
que apedreada te quisieran?,
¿dónde fueron los escribas?,
¿es que nadie te condena?

Sollozante y compungida,
con extraña fortaleza,
y un susurro quebrantado:
“Señor, nadie”, le contesta.

Y el Mesías bondadoso,
perdonándola con creces,
le responde con ternura:
“ve tranquila; ya no peques”

¡MARÍA!

Poesía a santa María Magdalena

“María”,
fue el saludo del Señor,
que rompió con el dolor
y la ceguera
que a esta buena alma cubriera;

“María”,

resonó en su corazón
la que fue revelación
de la gloria del Mesías;

“María”,
de los labios se escapaba,
del que ayer la perdonara
y ahora colma su alegría;

“María”:
por su nombre la llama
el Señor que tanto ama;
y trocó la noche en día
de esta alma pía
que “Rabbuní” lo aclama.

“María”;
más que nombre es armonía
que oye dulce, como miel,
de una suave melodía,
en los labios del que fiel
a sus palabras que dan Vida,
a creer en Él convida;
confirmando en este día
lo que creía María.

SEA DIOS TU TESORO

Si hiciste del pecado tu riqueza
ceñiste libremente tus cadenas,
aquellas que terminan en las penas
que acechan al mundano como presa.

En cambio, el corazón que le hace nido
a Dios como a su único tesoro,
buscando las virtudes por decoro,
se arroga el Paraíso prometido.

El alma que se aferra a las creaturas
viviendo en comunión con el pecado
no espere encaminarse a las alturas;

En cambio, la que pone su cuidado
en combatir mundanas ataduras,
tendrá en el Cielo un puesto reservado.

NUEVE AÑOS DE SACERDOCIO

Nueve años ya pasaron
de aquella suave unción transformadora
de vidas, que aceptaron
ser mies trabajadora
del Cielo aquí en la tierra, a toda hora;

Portando en sí un tesoro
que en frágiles vasijas se resguarda,

volviéndose el decoro
del alma que lo guarda,
y en faro hacia la meta que la aguarda:

El santo sacerdocio
de los que son de Cristo y no del mundo;
benéfico “negocio”
que el Dios de amor profundo
nos dio por ministerio y don fecundo.

¡Qué gracias tan copiosas
podemos contemplar con nuestros ojos!
¡Y cuántas más, grandiosas,
ocultas tras cerrojos
que Dios conoce y brinda por manojos!

Oh Eterno, que elegiste
de entre los pecadores servidores,
concede a los que diste
encargo de pastores
vivir correspondiendo a tus favores.

Este libro se terminó de editar
el 1 de mayo de 2026,
fiesta de San José
patrono insigne de los trabajadores
y custodio de la Santísima Virgen María
cuyos pies infantiles dieron sus primeros pasos
sobre esta tierra sagrada
que hoy tenemos el honor de custodiar,
bajo la guía de sus padres
Joaquín y Ana.



A.M.D.G.